

Juan Ambóu



**LOS COMUNISTAS
EN LA RESISTENCIA
NACIONAL
REPUBLICANA**

Fondo documental

EHK

Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

Los comunistas en la resistencia nacional republicana

Juan Ambóu

La guerra en Asturias, el País Vasco y Santander

*Este trabajo ha sido convertido a libro digital
por militantes de EHK,
para uso interno y forma parte del
material de trabajo para el estudio,
investigación y formación del
pensamiento marxista y la historia
de los comunistas vascos.*

Euskal Herriko Komunistak
<http://www.ehk.eus>

Edición digital realizada por la Célula “Mariano Parra” de Avilés del PCPE (Partido Comunista de los
Pueblos de España) de Asturias

© Juan Ambóu

© Editorial Hispamerca

Libertad, 27. Madrid-4

Cubierta: César Bobis

ISBN: 84-85318-04-8

Depósito legal: M. 19.075-1978

Imprime: Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

Para la clase obrera de Asturias

PRIMERA PARTE

I. La década del treinta y la sublevación militar fascista

La década de los años treinta es la más importante en la historia contemporánea.

Los grandes acontecimientos se inician con la derrota de la monarquía borbónica y el nacimiento de la II República, y continúan con la insurrección de octubre de 1934 en Asturias; el ensayo filofascista desde posiciones legales en el período conocido por el «bienio negro»; el clamoroso triunfo del Frente Popular, y la imposición de la guerra al pueblo español por la sublevación militar que, a causa de la abierta e insolente participación de las potencias del eje fascista, se convierte en una gran guerra de carácter nacional-revolucionario.

En esta década, preñada de múltiples y ricas experiencias, enseñanza permanente para la lucha, sobresale el papel jugado por la clase obrera. Su participación en la insurrección de octubre fue decisiva. Por primera vez la clase obrera dobliga a las clases explotadoras y se adueña del poder en Asturias, confirmando su papel como dirigente de la revolución democrática. Octubre es la batalla histórica más importante que el proletariado ha librado en España; política e ideológicamente; táctica y estratégicamente...

El papel dirigente de la clase obrera queda como cuestión permanente y vital para el desarrollo revolucionario en España.

Un partido, aún con pocos años de actuación, inspirado en la Gran Revolución Socialista de Octubre, en las inmortales enseñanzas de Lenin, hace acto de presencia en el escenario político español: el Partido Comunista. A él le corresponderá mantener y robustecer, ideológica y políticamente, el papel dirigente de la clase obrera, convirtiéndose en su destacamento de vanguardia. Así lo prueba en la sangrienta guerra que habían de desatar las fuerzas fascistas de dentro y fuera del país para imponer a España la dictadura terrorista del gran capital financiero, con la pérdida de su soberanía nacional.

Consciente de que la prueba a que se enfrentaba comprendía al gran conjunto de la clase obrera, de los campesinos y de todo el pueblo, el Partido dedicó lo mejor de sus fuerzas a forjar el arma de la unidad de acción con el Partido Socialista, con todas las organizaciones sindicales y obreras.

Y así llegamos al 18 de julio,¹ día en que comienza la gloriosa resistencia de nuestro pueblo que habría de asombrar al mundo.

No quisimos esa guerra. Siempre consideramos que podría ser evitada. Pero para ello era absolutamente necesario que el Gobierno, surgido de la victoria del Frente Popular, cumpliera los compromisos establecidos en el tímido programa del mismo (muy distinto, por cierto, al que propusiera inicialmente el PSOE y más aún del presentado por el PCE). Cumplir con esos compromisos significaba no sólo proclamar que la Ley Constitucional estaba de nuevo en vigor, sino la adopción de

¹ Realmente la traición se inicia el 17, en que el general Juan Yagüe, subleva al Ejército de Marruecos.

medidas que garantizaran la realidad de la vigencia constitucional. Y una de ellas era hacer respetar las leyes y el orden republicano por todos los medios: lo que exigía, en primerísimo lugar, la democratización del Ejército, dentro del cual los jefes más reaccionarios habían empezado a conspirar ya contra la República aún antes del triunfo del Frente Popular.

Lejos de obrar así, en defensa de la República, los gobiernos del Frente Popular practicaron una funesta política de equilibrio: querían ser el fiel de la balanza de la reacción y la democracia. En el fondo temían más a los «desmanes» de las masas populares que a la reacción misma. Un ejemplo: cuando estalla la sublevación militar los burgaleses se concentran frente al edificio del Gobierno civil exigiendo armas... Sale el gobernador al balcón y asustado contempla a la muchedumbre y grita: «¡Pero si esto es la revolución!» El pueblo dispuesto a defender la República había producido en él un estremecimiento mayor que la sublevación fascista... Y los fascistas lo fusilaron... Otro ejemplo: en Asturias tuvimos un buen gobernador, Rafael Bosque. Era un demócrata de cuerpo entero que se rebeló contra las posiciones subversivas de Calvo Sotelo, que desde el Parlamento llamaba a los militares a levantarse contra el Gobierno republicano. Esto le costó el cargo a Bosque, a pesar de que hubo protesta obrera y popular en Asturias. Una concesión más del Gobierno a la reacción tratando de amansarla; pero los resultados fueron tan funestos como la política de apaciguamiento del nazismo que siguieron los gobiernos de Inglaterra y Francia. Las concesiones estimulaban a la reacción en sus criminales maquinaciones contra la República.

Un ejemplo más: en tierras castellanas pude comprobar los descalabros producidos por esa política de contemporización con las derechas. Era el 1 de mayo de 1936. Anteriormente, el Comité Central del Partido acordó que yo hablara en su nombre en algunos mítines de la provincia de Palencia. En efecto, intervine en Baltanás, con los esposos Otero, maestros socialistas.² Y en Villaviudas. Y en la capital palentina. Me emocionaron los campesinos de Baltanás, dirigidos por un excelente alcalde comunista, Santiago Rodríguez. ¡Qué entusiasmo! ¡Qué desfile de las milicias! ¡Con qué avidez escuchaban a los oradores! ¡Qué felices nos sentíamos! cuando, en una hermosa manifestación de la fuerza real de la alianza obrera y campesina, nos ofrecían a los representantes de los dos partidos las frutas y el vino producto de su trabajo. Eso era lo bueno que empezaba a penetrar tierra adentro... Pero al día siguiente nos informaron de lo que había ocurrido en la provincia: terratenientes, caciques y la guardia civil —acabada estampa feudal en el primer tercio del siglo XX— habían campado por su respeto en casi todas partes: impidiendo la celebración del Día del Trabajo, apaleando y encarcelando a campesinos, asesinando a alguno de sus dirigentes... ¿Reacción de las autoridades? Eso no estaba programado en un Gobierno que perseguía el objetivo inalcanzable de «la paz social», la idílica colaboración de clases, la convivencia con el fascismo...

Esa misma política fue la que determinó que los altos mandos militares de Asturias, colocados allí por el «bienio negro» después de octubre del 34, quedaran en sus puestos. Ejemplo relevante: Aranda, comandante militar de la provincia. El

² Los esposos Otero fueron asesinados con refinado salvajismo por los falangistas. Las vejaciones a que fue sometida la maestra Otero van más allá de todo lo imaginable. Igual hicieron con los campesinos de Baltanás...; así fue en toda la provincia, así en toda la parte de España que ellos dominaron.

coronel Pinilla, al mando del «Simancas», regimiento creado después del 34 y que conservó también el Gobierno republicano. El coronel Franco, en la fábrica de cañones de Trubia... Así se hundió a la República, desde el Gobierno mismo, en la más completa indefensión.

Casares Quiroga fue el abanderado de esa política de capitulación ante los conspiradores fascistas. Y con tanto celo la defendió que cuando éstos iniciaron el levantamiento le negó las armas al pueblo... Hasta que el pueblo mismo las tomó — Asturias entre otros ejemplos— y forjó la gran epopeya libertadora.

El levantamiento militar, aún con el apoyo del eje nazifascista, hubiera fracasado desde el primer momento si el Gobierno del Frente Popular, como acabamos de señalar, no hubiera incurrido en gravísimos errores, que a veces no parecían tales, sino una táctica bien calculada para impedir avance más profundo de las fuerzas populares: tal es el caso de la no depuración del ejército de los mandos reaccionarios, tan reiterada y tesoneramente reclamada por nuestro Partido.

Los altos mandos de los ejércitos obedecen, en general, a la clase de que proceden y a la que siempre están dispuestos a servir: a la clase dominante; a la oligarquía financiera y terrateniente en España. Y si hay honrosas excepciones, éstas no hacen más que probar la regla. Y si también, en determinados casos, cambian de opinión algunos mandos, ello obedece siempre a la presión incontenible de la lucha de las masas populares.

Perder de vista este concepto de clase, el más fuerte desde que las clases antagónicas existen, es no saber el abc del marxismo, es desconocer las grandes experiencias internacionales, particularmente a partir de la Gran Revolución de Octubre en Rusia. Y aunque esto sí lo sabíamos los comunistas, y de ahí nuestra actitud intransigente por la democratización del ejército, no es menos cierto que los Indalecio Prieto o no lo sabían o preferían fingir ignorancia. De todas formas eso es, desgraciada e inevitablemente, el oportunismo. ¿Cómo es posible justificar, si no, que en *El Socialista* (2 de mayo de 1936) Prieto afirme, refiriéndose a Franco: «Acepto íntegramente su declaración de apartamiento de la política»? Otro ejemplo sangrante: lo ocurrido en Oviedo el domingo día 19 de julio de 1936.

Allí, en el Gobierno civil, con el gobernador, Liarte Lausín, estábamos los representantes de los partidos del Frente Popular: Amador Fernández, máxima representación del prietismo en Asturias; Ramón González Peña, Graciano Antuña, Inocencio Burgos, del Partido Socialista Obrero Español; Juan José Manso, diputado por el Partido Comunista de España; Juan Ambóu, por el Comité Provincial del mismo; José Maldonado, por los republicanos (Izquierda republicana). También estaban Avelino González Mallada y Avelino Entrialgo, por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Los conocidos médicos Carlos Martínez y Laredo. Y Lapresa, jefe de la guardia civil.

El deber ineludible y urgente de las fuerzas del Frente Popular era derrotar en Asturias, y principalmente en su capital y en Gijón, a los traidores que se levantaron en armas contra el Gobierno legítimo de la República.

Ni amigos ni enemigos dudaban de la enorme significación de Asturias en la lucha del conjunto de España contra los traidores. Asturias no era un mito, no. Desde la insurrección de octubre de 1934, era un símbolo, una espada, un baluarte moral y material que reunía todas las condiciones para ser inexpugnable. La victoria sobre

los facciosos en Asturias podría adquirir un carácter determinante para el combate antifascista en España entera.

El enemigo lo sabía muy bien. Por eso, fríamente, se valió de todas las artimañas y de las más grandes mentiras, así como de la torpeza cómplice de ciertos dirigentes obreros y republicanos, para impedir nuestro triunfo. Aran se conformaba —y así lo indican las maniobras militares que dirigió antes del alzamiento traidor— con forjar y mantener una táctica defensiva. Defender Oviedo y, si posible fuera, Gijón para contener maniatadas en estos dos puntos a las fuerzas leales.

Y consiguió lo primero: no tomamos Oviedo. Y hay que decirlo con rabiosa sinceridad: si Aranda no fue más allá, en el comienzo, se debió a que no conocía nuestra dispersión; fue, psicológicamente, por el «miedo a los mineros», pues si bien se habían cerrado débilmente los accesos a la cuenca minera, a Gijón y a Trubia, no es menos cierto que sus defensores en esos críticos momentos eran muy escasos y estaban muy mal armados.

¿Cómo pudo llegarse a esta situación tan favorable a los que tenían pocas esperanzas de salvarse? Los que decidieron, los responsables, fueron: Indalecio Prieto, los más destacados dirigentes de su Partido en Asturias y el gobernador Liarte Lausín, tan parecido a Casares Quiroga y a otros «defensores» pusilánimes de la República.

Las instrucciones transmitidas por Prieto a Amador Fernández y Ramón González Peña, a las que dieron su aprobación Avelino G. Entrialgo y Avelino González Mallada, ambos de la CNT, y la complacencia cretina del gobernador determinaron la caída de Oviedo en manos de Aranda.

Prieto reclamaba mineros para defender Madrid. Aranda, para él, era un hombre de honor, casi masón —pues se dice que había pedido el ingreso en una logia—; todo, al parecer, caería como fruta madura en manos republicanas... Sin disparar ni un solo tiro...

¿Es que el coronel Aranda no participó en la represión contra los mineros asturianos en octubre de 1934? ¿Es que no fue el escogido por la reacción gilroblista para hacerse cargo militarmente de Asturias, al frente de la *Comandancia Exenta de Asturias*, que gozaba de todos los privilegios: más hombres, más cuarteles, mejores armas, todo, en fin, lo necesario para mantener a raya a la indomable Asturias? ¿Por qué entonces tanta confianza en Aranda? ¿O es que se desconfiaba más de un verdadero desbordamiento popular que acabara con las vacilaciones de los que eran incapaces de defender las libertades republicanas?

Sea lo que fuere, el caso es que Aranda, coincidencia objetiva, tuvo la confianza de Prieto y de Mola al mismo tiempo.

Como es natural, Aranda reiteradamente se negó a dar armas al pueblo. No había orden del Gobierno. Tampoco Prieto lo exigía. Aranda sí acudió, sin embargo, al Gobierno civil; a inspirar confianza, a infundir tranquilidad, a manifestar su lealtad a la República.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Llegó acompañado por su capitán de Estado Mayor, Loperena, pálido como la cera, lo que significaba la delación de lo que estaba ocurriendo, es decir: mientras Aranda permanecía en el Gobierno civil, los falangistas entraban en el cuartel de Pelayo; la guardia civil, procedente de

diferentes puntos de la provincia, se concentraba en la capital, a la que llegaba con el puño en alto y gritando: «¡Viva la República!» Yo los vi por Buenavista, por la Silla del Rey... El astuto plan de Aranda triunfaba: *menos mineros, más guardias civiles*. Los primeros, ¡a Madrid! Los segundos, ¡a Oviedo!

Nosotros, los comunistas —y concretamente el que esto escribe—, reclamábamos a gritos la retención y la detención de Aranda y sus acompañantes hasta que no se entregaran armas al pueblo y salieran a la calle desarmados los jefes y oficiales del Regimiento de Milán. Exigíamos que no saliera de Asturias ni un solo hombre, ni un solo fusil, hasta que Oviedo no estuviera sólidamente en manos leales.

Mientras tanto nos llegaban —al Gobierno civil— noticias de todas partes, por todos los conductos, especialmente por el telefónico: se denunciaba que ya salían las tropas del Cuartel de Pelayo, los falangistas, la guardia civil... «¡Ya salieron a la calle!» «¡Ya se sublevaron!», eran los gritos de todos los que se acercaban al Gobierno civil.

«¡Mentira!», otra vez «¡mentira!», gritaba descompuesto el gobernador. «¡Bulos, bulos!...» No se me olvidará nunca esa maldita palabra... «¡Qué saben esos jovenzuelos!», proseguía, dirigiéndose a nosotros... «Prieto y el Gobierno garantizan a Aranda...» Y en eso estábamos cuando Aranda y su capitán de Estado Mayor se fueron camino de su puesto de mando —en la calle del Conde de Toreno— para seguir ordenando el exterminio de los verdaderos defensores de la República y de la patria.

Poco antes había cruzado durísimas palabras con Graciano Antuña, a quien conocía mejor que al resto de los compañeros dirigentes socialistas de la provincia; como emigrados políticos habíamos estado juntos en Moscú durante un año, después de octubre del 34 y como consecuencia de la insurrección. Nuestras relaciones, tanto con él como con Dutor, eran muy cordiales.

Salía del despacho del gobernador. Di un salto hacia él y se produjo un intercambio relampagueante de palabras...

—Oye, Antuña, ¿qué pasa? ¿Insisten en enviar hacia Madrid a los diez mil mineros que pide Prieto?

—Creo que sí, respondió nervioso y un tanto demudado.

—Pues mi Partido ha ordenado que ninguno de sus miembros se incorpore, porque ¿quién y con qué se asegura que Oviedo quede en manos republicanas?

—Pero, ¡qué quieres! Prieto insiste en que el coronel es leal... El general Pozas acaba de hablar con Aranda y éste jura de nuevo fidelidad...

—Fidelidad ¡a quién!, interrumpo. Porque todo su pasado y lo que ocurre en estos precisos instantes dicen lo contrario. Los que llegan de las cercanías del Cuartel de Pelayo denuncian que hay en el mismo una actividad inusitada, que han visto entrar a falangistas... Y aquí repiquetea el teléfono... Y los que llaman lo confirman... ¿Qué crees, compañero Antuña?

—Yo no creo nada, contestó evasivo... Lo único que sé es que ya Burgos partió hacia la cuenca minera con la orden de que las columnas salgan... Y Aranda está de acuerdo...

—¡Tremenda responsabilidad la vuestra! ¡Estáis, creo que inconscientemente, entregando Oviedo!

—Lo que quieras...; pero todos piensan igual, menos vosotros... Además, el comandante Ros va a repartir armas en el Cuartel de Santa Clara...

—Ya lo sé... Y ahí están los nuestros...; pero —insistí— ¡lo importante es que esas columnas no salgan de Asturias!

—Bueno, bueno, ya veremos, Ambóu, me respondió; y salió no sé hacia dónde, confuso, destemplado...

Ya habían partido hacia León, camino de Madrid, dos columnas de trabajadores, y aún iba a salir una tercera. Pero ya nuestra protesta fue violenta. Y a ella se sumaron Javier Bueno y otros socialistas, así como también Mellada y Entrialgo, de la CNT.

¡Qué más podía apetecer Aranda! Incluso para redondear la vil maniobra permitió que se entregaran a los que se iban unos fusiles del Cuartel de Asalto.

El Comité Provincial del Partido Comunista había cursado órdenes terminantes a todos sus miembros para que no se incorporasen a columna alguna. «Eso —decíamos— ya lo veremos después de tomar Oviedo». Y a las palabras acompañábamos los hechos. Nuestros camaradas se fueron a concentrar en el Cuartel de Asalto (Santa Clara); a unirse a los valientes que aún estaban con nosotros. Ya era un poco tarde. Las fuerzas de la traición, mandadas por Caballero, rodearon y asaltaron el Cuartel. El comandante Ros moría virtualmente acribillado en forma de cruz por la ametralladora manejada por un guardia civil... Cae Daniel de la Fuente, jefe de las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas) de Oviedo, hermano mayor de Aída, la heroína de octubre de 1934. Resultan gravemente heridos José María Castro, secretario general del Comité Provincial de la Juventud Comunista, así como Faustino Viejo, que más tarde serían asesinados. Se salva milagrosamente Bonifacio Fernández, que fue comisario en el «Sangre de Octubre». De ejemplar comportamiento durante toda la guerra y después de ella, resultó finalmente detenido y ejecutado en Madrid en 1943.

Gracias a las medidas adoptadas por el Partido, varios grupos de mineros vinieron a la capital. Entre ellos uno de Turón. En las calles de Oviedo dejaron algunos sus vidas, y recordamos con dolor a uno de los que cayeron, al destacado militante de la JSU y del Partido Comunista, Victoriano Colías, de sólida formación política y también militar.

Así pagamos los comunistas nuestra incommovible lealtad a la democracia, a la República... A los mencionados camaradas hay que agregar el nombre de Carlos Vega, secretario general de nuestro Partido en la provincia, que se había internado en la ciudad tratando de rescatar documentos, avisar a camaradas importantes y de paso sacar a su mujer, Clarita, y a su hijo.

Antuña fue detenido y ejecutado. Igual que Liarte, el apocado gobernador que había demostrado hasta la saciedad su total incapacidad para gobernar la provincia asturiana de los mineros, de los metalúrgicos, de los ferroviarios, de los pescadores, de los maestros revolucionarios; de la clase obrera, en fin, que había protagonizado la hazaña de octubre 1934...

Oviedo estaba en poder de Aranda. Esto no impidió que Prieto, en su alocución radiada del 23 de julio, dijera fanfarronamente: «Aranda está sitiado en Oviedo, a merced de la generosidad de los mineros, quienes pudiendo conquistar la ciudad renuncian en su empeño para evitar derramamiento de sangre». Nos irritaban estas mentiras. La verdad era muy otra y había que hacer frente a ella con todas las consecuencias. Por otra parte, ¡cuánta sangre se ha derramado y derramará en nombre de este concepto tan falso y tantas veces inhumano de evitar el derramamiento de sangre!

Volvamos al Gobierno civil. ¿Qué hacer? Las balas silbaban por todas partes. Salimos en distintas direcciones: yo a La Argañosa, a reunirme con los combatientes de mi barrio; Juan José Manso a Trubia, punto vital para la lucha. Mallada y Entrialgo salieron conmigo. Me dijeron que se iban a Gijón, cosa que me pareció muy acertada... Recorrimos varios tramos de la vía que va de Oviedo a Trubia (del ferrocarril del Norte). Los facciosos la habían cortado en varias partes, en rápidas incursiones. Prueba más que evidente de que, en efecto, los planes de Aranda eran defensivos, aún después de haberse quedado en Oviedo.

Había terminado la primera etapa de nuestra lucha. Quedan ya señalados los responsables de todo lo ocurrido en el bando republicano. Nosotros, los comunistas, debíamos haber tomado una decisión drástica, aunque muy difícil porque todos los demás estaban en contra: ajusticiar al coronel Aranda cuando salía con su ayudante del Gobierno civil, pues por más masón y leal que se dijera estaba apuñalando por la espalda a la República. En momentos cruciales, aunque no por principio, una decisión de esta naturaleza puede cambiar el curso de los acontecimientos.

Estando el día 20 en San Claudio reclutando gente para la lucha, al mismo tiempo que se ponían a buen recaudo a algunos falangistas de la localidad, recibí un aviso lacónico, tajante, del comandante Juan José Manso. «A Trubia», me decía. Y allá fuimos. La fábrica de cañones estaba virtualmente tomada y cercada por los obreros. En el cerco estuve hasta que llegó de regreso forzoso la columna que nunca debió haber salido de Asturias. El coronel Franco, por fin, se rindió. Y dispusimos de más armas: fusiles, cañones, ametralladoras... Pero a éstas les faltaba el trípode. ¡Qué casualidad!

Recibo nuevas instrucciones de la dirección provincial del Partido. Y el día 22 de julio salgo para Sama de Langreo, para seguir representando al Partido en el Comité Provincial del Frente Popular.

Se inicia un trabajo más organizado: editamos un boletín diario, se hacen octavillas que se arrojan en todos los frentes y en la misma ciudad de Oviedo. Se organiza o refuerza la resistencia en San Esteban de las Cruces, en la carretera a Trubia, en la que conduce a Gijón y Sama de Langreo.

Se forma la llamada Columna Motorizada de Sograndio. A su frente están Dutor y Damián Fernández. De ella nace el famoso batallón «Sangre de Octubre», que manda Damián. Y sucesivamente Manolín Alonso, Manolín Fernández —ambos de Oviedo— y Salgado, minero.

Este batallón está compuesto por jóvenes de La Argañosa, principalmente, y otros de la cuenca minera del Nalón. De los de La Argañosa recordamos estos nombres:

Marino Granda, de la dirección provincial de la Juventud Comunista y más tarde de la JSU; hermanos Eusebio; hermanos Arce; hermanos Villameitide, ambos muertos; Carlos, Lafuente, Julio «el Canario», Gustavo Fernández, Modesto (que había servido en Artillería), Juan Martínez Lignak, Luís Montero, Cagancho, los Barbajero, Arriaga, ferroviarios los cinco últimos, que con otros habían de formar después el batallón ferroviario, primero en ser dotado principalmente con ametralladoras. Cuartas, de corta edad, conserje del Ateneo de La Argañosa, formó también en las filas del «Sangre de Octubre». Fue gravemente herido en la toma del sanatorio del Naranco. Y murió desangrado por la carencia total de material médico... En esas condiciones empezaba la lucha.

En el «Sangre de Octubre» había compañeros de otros barrios, destacando Manolín Alonso y Manolín Fernández.

De este histórico batallón salieron cuadros para la formación de otras unidades.

Como veremos, participó en numerosos combates y contribuyó a cerrar el paso a las fuerzas de Aranda que intentaron salir del cerco por Buenavista. Realmente se trataba sólo de un sondeo.

Entre las conclusiones que se derivan de este primer apunte hay que destacar: que el tremendo error de considerar a Aranda leal a la República y el hacerle inconscientemente el juego, propiciando la salida de miles de mineros hacia Castilla, lo pagamos muy caro.

Este pecado capital, cometido en los comienzos mismos de la resistencia, es imperdonable si se tiene en cuenta que fue posible porque no se hizo un análisis serio no ya de lo que nos decía Prieto desde Madrid, sino de la situación política y militar, tanto en lo que se refiere al conjunto del país, como lo relacionado concretamente con Asturias, León, Galicia y otras provincias vecinas.

Minuto a minuto iba perfilándose con mayor claridad la situación general en España, favorable en todos los puntos vitales del país. Marruecos, desde luego, se daba ya por perdido: pero el traslado de las fuerzas sublevadas — fundamentalmente mercenarias— al territorio peninsular tenía que contar con la flota de guerra, y ésta, según los partes leales, estaba en nuestras manos.

En cuanto a nuestros vecinos, Euzkadi se había mantenido fiel a la República, como no podía ser de otra forma; Santander sofocaba la revuelta, a excepción del cuartel de la guardia civil, que cayó más tarde.

No temíamos, por el momento, un desembarco de tropas facciosas, como el ocurrido en Gijón en octubre de 1934, por lo que sabíamos de la flota de guerra y porque los partes nos hablaban de la base de El Ferrol como escenario de una encarnizada batalla entre facciosos y pueblo.

¿Qué pasaba en Oviedo, en Galicia, en León?

Oviedo. Las cosas estaban claras, al menos para nosotros: teníamos fuerzas suficientes para derrotar a los sublevados. Pero concentrándolas, no dispersándolas. En Oviedo hubiera tenido que ceder el Regimiento de Milán, con Aranda a la cabeza, lo mismo que ocurrió con los de Zapadores y Simancas en Gijón, o con no pocos cuarteles de la guardia civil en diferentes puntos de Asturias,

principalmente en la cuenca minera.

Galicia. Indudablemente no existía en las cuatro provincias gallegas la misma concentración obrera, el mismo grado de conciencia política ni la misma combatividad que en Asturias. Pero sí existían centros obreros muy importantes, como El Ferrol, donde los obreros del Arsenal, así como la marinería de los buques de guerra, libraron una violentísima batalla durante casi una semana; La Coruña, donde los trabajadores de la flota pesquera, con otras fuerzas populares, resistieron tenazmente a los facciosos durante varios días; en Vigo, Marín. Tuy y Villagarcía la lucha duró hasta fines del mes de julio. En la misma capital de Lugo, así como en Sarriá, Monforte y Vivero, los fascistas no vencieron sin encontrar seria resistencia. En cuanto se refiere a la guarnición militar en Galicia no podía considerarse importante. La primera columna que había de partir de la ciudad de Lugo no estuvo organizada hasta fines de julio. Las fuerzas heterogéneas que la componían eran más bien débiles.

León. Ya desde el comienzo teníamos en nuestro poder una buena parte del norte de la provincia, lo que quiere decir que también estábamos en posesión de los puertos. Me acuerdo de Emilio Morán, estupendo camarada, dirigente de la JSU, y de su ayudante, Virgilio Álvarez Rey, cuando los visité en el frente de La Robla, por ellos estabilizado... Todos los centros mineros de León dieron abnegados y capaces combatientes. Por otra parte, la guarnición militar, además de débil, contaba con algunos jefes y oficiales leales...

¿Qué duda cabe que este cuadro general de la situación nos era favorable para no dejar que se nos escapara Oviedo de las manos? Es natural que en los comienzos no pudiéramos adivinar lo que iba a suceder en cada lugar, pero sí podíamos apreciar el valor de las fuerzas en presencia; lo que nos confirmaría las noticias que sobre la marcha nos llegaban, muchas de ellas transmitidas por Prieto en sus conferencias telefónicas con el Gobierno civil de Oviedo. La conclusión hubiera sido una: reducir al coronel Aranda a toda costa. Podíamos y debíamos hacerlo. Y esto aún en el caso de que no hubiéramos conocido ni sabido nada del resto de España.

Si lo hubiéramos hecho, otro gallo nos cantarían: no hubieran sido las columnas gallegas las que emprendieran la ofensiva. Hubiéramos sido nosotros y ellos no hubieran tenido más salida que plegarse a la defensiva.

El enemigo mismo nos lo advertía: Mola temía que los combatientes asturianos se desbordaran por la meseta del Duero. Aranda se refería constantemente al peligro que corrían tanto Galicia como León. Y el coronel de Artillería Martínez Bande, en su libro *La guerra en el Norte*, dice atinadamente: «Oviedo salvó, quizá, a León y a las provincias gallegas en los primeros días del Alzamiento». Queremos agregar algo más: aun perdido Oviedo, si hubiéramos tenido estrategias, no necesariamente geniales, se hubiera mantenido el cerco a la capital, destruido las cuatro columnas de Martín Alonso, abierto las posibilidades de atacar y reconquistar Galicia y el resto de León. Y esto sí hubiera sido una auténtica y sustancial ayuda a Madrid y al resto de España.

Pero se cometió un segundo error, consecuencia de no haber aprendido las lecciones del primero: durante el resto de las operaciones en Asturias, el esfuerzo principal iría siempre dirigido a reconquistar Oviedo. Así, en nuestra primera ofensiva —octubre de 1936— el resultado fue que las columnas facciosas, con los

regulares a la cabeza, rompieron el cerco de Oviedo. Y en la segunda el enemigo mantuvo abierto el pasillo o corredor, que era lo más importante para Aranda.

Las lecciones históricas tienen siempre vigencia. No se olviden éstas, que se escribieron en los momentos en que de las grandes decisiones dependían el curso y desenlace de los acontecimientos revolucionarios, la victoria o la derrota.

II. El frente occidental

A modo de introducción digamos unas palabras sobre lo ocurrido en el frente occidental en las primeras semanas de la guerra.

Los facciosos organizaron en Lugo, con muchas dificultades, su primera columna destinada a Asturias. Parte, por fin, de la capital gallega el 28 de julio al mando del comandante Ceano (nombre que siempre nos recordaba al carnavalesco conde Ciano, ministro del Exterior de Mussolini). Días después se formarán otras dos columnas, que salen para León a fin de preparar desde allí el asalto a Asturias por el suroeste. Luego había de formarse una cuarta, ya en Ponferrada.

La primera columna facciosa encuentra resistencia en Vivero (aún en territorio gallego), y ya más enconada en Vegadeo; durísimos combates se libran en Villapedre, siempre siguiendo la línea costera; Luarca se enfrenta a los enemigos de la República dignamente... Después de Luarca aparecen ya algunos grupos mineros. Recuerdo a los de Turón, encabezados por el camarada Ceferino Álvarez Rey, miembro del Comité Provincial del Partido y hombre de la mina desde la infancia. Con él los compañeros Rufino González, Alegre, Pachín de la Berruga, Colasón, Camilo Correas y muchos más que se hicieron fuertes en las cumbres del Pontigón y Castañedo... También encontré por allá —¿y dónde no?— a Horacio Argüelles, con destacamentos milicianos de Gijón... Todos ellos con armamento desigual, no muy efectivo, y además con escasa munición... De ahí algunos grupos retrocedieron hacia La Espina y otros continuaron por la costa... Hacia La Espina, importantísimo nudo de comunicaciones, se dirigían desde el norte y desde el sur las columnas enemigas...

Mientras tanto, en el Ayuntamiento de Sarna de Langreo se reunían los representantes del Frente Popular, que decidieron, a propuesta de Ramón González Peña, que yo me trasladara inmediata y ya definitivamente al frente occidental.

La columna gallega avanzaba por la costa con demasiada rapidez. Téngase en cuenta, además, que la resistencia por parte de la población no podía ser determinante, habida cuenta de que no existían en aquella zona núcleos obreros importantes... Eso explica que se hubiera votado, por considerable mayoría, a los candidatos derechistas en las anteriores elecciones de febrero.

Buena noticia fue que el 16 de agosto cayó en nuestro poder el cuartel de Zapadores de Gijón, operación que estuvo a cargo, fundamentalmente, de las MAOC, mandadas por el camarada Antonio Muñiz.

Pero el 18 cae Leitriegos en manos facciosas y Arteaga pone rumbo a Cangas del Narcea y a Tineo.

Otra noticia nos favorece grandemente: la rendición del cuartel de Simancas el día 21. Allí habíamos estado en días anteriores a nuestra salida para Salas con el comandante Gállego, Avelino G. Entrialgo, líder inteligente y bravo combatiente; Víctor Álvarez, Antonio Muñiz, Luís Bárzana, Manolín Álvarez...

El día 22, la columna gallega al mando del comandante Castro tenía en su poder Malleza y Mallecina, amenazando con cortar la carretera general de Salas a Grado y a Oviedo. Por allí estábamos ya con el comandante Gállego, los tenientes de

Artillería José Fernández, Caravera y Antonio Flórez; los jefes milicianos Dositeo Rodríguez, Onofre García, Antonio Muñiz, Víctor Álvarez, Higinio Carrocera y otros... Estábamos a punto de librar el primer combate en campo abierto: el contraataque a las posiciones enemigas de Maeza y Mallecina, tomarlas y empujar a las fuerzas de Castro hacia el mar... Nuestro único cañón del 7,50 hizo blancos admirables; y con apresuramiento, pegados al terreno y protegiéndose en las cercas de piedra avanzaron combatiendo los diferentes grupos de milicianos hasta desalojar a los facciosos de sus posiciones... La primera batalla en campo abierto estaba ganada... ¡Qué enorme satisfacción, a pesar del cansancio y de las bajas, se veía en todos los rostros republicanos! La columna enemiga retrocedía... Se dio la orden al grupo de Carrocera para que le cerrara el paso por el desfiladero de Ablanedo; pero, por lo que fuera, la orden no se cumplió... Estábamos todavía empezando... Si se hubiese cumplido hubiéramos realizado el primer copo de la guerra..., el botín en armas hubiera sido importante, amén de la desmoralización que se hubiera producido en las filas del enemigo, que días después llegó, en efecto, a la costa por Novellana.

Sobre el terreno que ocupamos al enemigo algo habíamos aprendido: vimos sus pozos de tirador, inteligentemente dispuestos; el aprovechamiento de las raíces de los árboles y los árboles mismos. Y luego la retirada ordenada, bien protegida por la artillería... Caravera se habla revelado como un buen artillero. Me acerqué a él muchas veces, manifestándole mi satisfacción en nombre del Comité Provincial del Frente Popular. Era católico, conservador y, claro, no se mostraba muy confiado en nosotros. Y aproveché una oportunidad para decirme, muy terminante:

—Yo no soy comunista.

—Bueno, le repliqué, a mí me satisfacería que lo fuese; pero tenga presente que esta guerra no es de comunistas contra fascistas, sino de todas las fuerzas democráticas y progresistas, incluidos muchos católicos. Vea, si no, los de Euzkadi.

—Lo decía —prosiguió él— porque quería tener la conciencia tranquila.

—La puede tener perfectamente tranquila, pues está cumpliendo con un deber ciudadano... Usted defiende lo que juró defender: la legitimidad republicana. Y como soldado está usted respondiendo al llamamiento de la nación y de su Gobierno legal.

—Entonces —prosiguió— seremos todos respetados...

Sí, todos, y no sólo respetados, sino estimados por los comunistas y, espero, por todos los componentes del Frente Popular. Esta no es una guerra religiosa. Es, repito, una guerra entre democracia y fascismo... Y como ya tenemos noticias de que están interviniendo nazis, alemanes y fascistas italianos, esta guerra es una guerra nacional, patriótica... Recuerdo que ya niño me enseñaron a respetar y a admirar a nuestro pueblo y a sus dirigentes que lucharon contra la invasión napoleónica... Y Hitler no es Napoleón. Aquél, por lo menos, trajo aires de la Revolución Francesa, lo que no le daba derecho, claro, a pisotear nuestra independencia...

Caravera asintió con la cabeza. Así fue con otros militares profesionales que prestaron una leal y eficiente colaboración en nuestra guerra. Digamos que Flórez, su compañero de arma y grado, era comunista. Y se entendieron bien.

El día 23 —seguimos en agosto— nos volvimos a reunir los responsables políticos y militares en la sucursal del Banco Asturiano en Salas. El comandante Gállego estaba herido en un pie... Para mi asombro propone a los demás que yo lo sustituya... Me veo en un verdadero aprieto... Pero los demás aceptan y a mí no me queda más remedio que hacer lo mismo... ¡Menuda responsabilidad! Pero así es la guerra: no se puede rehuir ninguna responsabilidad, y hay que suplir con la fuerza de la convicción política y con el entusiasmo la falta de conocimientos militares.

Antes de seguir, permítaseme hablar de un militar profesional tan fiel a la República como el comandante José Gállego Aragonés.

Conocí al comandante Gállego en Gijón, dirigiendo el ataque contra las fuerzas del coronel Pinilla, que ocupaban el cuartel de Simancas. Iba vestido de paisano, con traje gris, sin nada en la cabeza, ya plateada. Su dirección fue acertada, su entrega a la lucha indiscutible. Después nos vimos en la zona occidental, en Salas. Observé en él las mismas cualidades.

Se decía que pertenecía a la CNT. Francamente no lo sabía; sí nos habían dicho que era gran amigo de Azaña. Además, en aquellos tiempos un carnet no era difícil de conseguir. Y a veces el carnet no identificaba, sino que encubría y confundía. Esto fue muy corriente durante nuestra guerra en muchos lugares de España. Lo cierto es que fuera o no de la CNT, fue a un comunista al que propuso como sustituto suyo en el frente occidental.

Por otra parte, tenía gran preocupación por cómo había de conducirse la guerra. Me hablaba de aprovechar las «Ordenanzas» de Carlos III. Y a mí no me pareció mal. Recuerdo siempre que me impresionó cómo en ellas se describe la función del cabo en relación con los soldados de su escuadra. Es una función humana, política, muy inteligente, que aplicada a la situación concreta del momento podría dar resultados.

Conversamos largamente sobre cómo organizar a los grupos y a las columnas, mientras no se llegara a la militarización regular. Y el comandante Gállego escribió una serie de instrucciones tácticas para el combate, sobre todo para uso de los jefes de grupo y columna: tratar por todos los medios de ocupar el objetivo señalado con la debida protección y apoyo; mantener el enlace con los grupos o columnas que se encuentren en los costados o en la retaguardia; impedir a toda costa que las retiradas no ordenadas se convirtieran en desbandadas —sin duda, a veces así ocurría—; condenar toda clase de rumores y mentiras acerca de la supuesta superioridad del enemigo, de imaginarios peligros de «copo» y todo aquello que pueda ir en detrimento de la moral del combatiente republicano.

Así y todo hubo alguien en la dirección de nuestro partido que desconfiaba del comandante Gállego. La mayoría estuvimos siempre en contra. El ocultamiento de municiones de cañón que se le imputaba se comprobó que era falso.

El comandante Gállego fue trasladado a Santander, donde mantuvo su intachable línea de conducta.

Cuando sobrevino el desastre y cayó la capital montañesa, el comandante Gállego fue hecho prisionero y fusilado más tarde.

Durante su cautiverio conservó alta su moral, y lo que es más importante: mantuvo

hasta los últimos momentos una lealtad intachable al régimen republicano y a la nación.

Prosigamos. Tineo está a punto de caer. Nos reunimos en La Espina. Están presentes Inocencio Burgos, el capitán Abad, Caravera, un comandante de Trubia, Antonio Muñiz y representantes de otros grupos y organizaciones. Manuel Otero, uno de nuestros más bravos combatientes, visiblemente cansado, se retira a la retaguardia, lo que hace más difícil nuestra ya comprometida situación. Como dato curioso recuerdo que el único que tenía casco era el camarada de Trubia, tomado a los soldados que custodiaban la fábrica y que se rindieron o de los que la misma fábrica hacía... Al día siguiente se emprende el camino hacia Tineo. No se llega al pueblo. Se organiza la resistencia en las afueras y ésta es enconada. Gómez Iglesias, jefe de las fuerzas enemigas, reconocerá más tarde que aquella había sido tenaz y prolongada... Allí quedó para siempre uno de nuestros mejores dirigentes, tanto en lo político como en lo militar: Antonio Muñiz, jefe de las MAOC de Gijón... Muchos más perdimos...

En la tierra de Rafael de Riego quisimos hacer más. Teníamos la fuerza que nos daba el saber que defendíamos la justa causa de la República; y a ello había que agregar el impulso revolucionario que suponía el recordar al insigne liberal de principios de siglo, que valientemente se levantara en Cabezas de San Juan para proclamar la Constitución de 1812 e impedir que el ejército expedicionario saliera hacia América para tratar de sofocar los anhelos libertadores de los pueblos que luchaban por su emancipación. Pero ni contábamos con la fuerza y organización necesarias ni con el concurso de buena parte de los habitantes de aquellos lugares, víctimas del atraso político y el caciquismo que perduraba en el campo.

La Espina es el objetivo más importante del enemigo; el gran cruce de carreteras que les permitirá más capacidad de maniobra y enlaces vitales... Lo sabemos y nos disponemos a resistir.

Nos llegan más armas de Gijón: proceden del Simancas. Llamamos desde la sucursal del Banco Asturiano a los jóvenes campesinos reunidos en Salas. Acuden presurosos a recoger sus fusiles. En esto llega un rapaz como de unos quince años, pequeño, enclenque. Y antes de darle el fusil y las municiones correspondientes, lo miro de arriba a abajo y, vacilante, le pregunto:

—Y tú, ¿para qué quieres el fusil? ¿Sabes manejarlo?

Y sin dudar lo me responde:

—No sé manejarlo, pero aprenderé tirando.

Estupenda respuesta: así fue nuestra guerra en los buenos comienzos: todo lo aprendimos sobre la marcha. Y la gran capacidad creadora revolucionaria del pueblo habría de manifestarse más esplendorosamente en la batalla del Ebro. Y aún hay quien no cree que las masas populares son decisivas en la marcha del progreso y de la historia.

Se organiza la resistencia en La Espina; se vuelan todos los puentes, retrasando el avance del enemigo. Pegados al terreno, aprendiendo a manejar el fusil tirando, así nos defendemos en La Espina hasta que un enemigo muy superior en fuerzas,

organización militar y armamento, la conquista. Las columnas gallegas procedentes del norte y del sur convergen en La Espina.

La representación del Frente Popular, que sólo yo sustentaba, se refuerza con la representación de la CNT (Onofre García) y con la del PSOE (Inocencio Burgos). Cuartel general: Cornellana.

Todos estamos de acuerdo en un punto vital: *en la necesidad imperiosa de organizar más y más la resistencia*. Posibilidad a la vista: los altos de Cabruñana. Hay que hacer trincheras, fortificaciones con milicianos y paisanos dirigidos por ingenieros civiles y expertos militares, aunque no sean de la rama de ingenieros.

El camarada Gonzalo López viene con una orden del Comité Provincial de mi Partido: «A Sama, me dicen; hay que atender, antes que nada, la dirección provincial de la guerra y de la producción». Recuerdo lo de Cabruñana. Lo expongo en la primera reunión. La aceptación es unánime. Pronto en Cabruñana se verán las trincheras... Más fuerzas y más disciplina: las de Luís Bárzana, las de Manolín Álvarez, «el Pescador», que, aunque toparán todavía con grupos de incontrolados e incontrolables, escribirán en Cabruñana una página realmente inolvidable.

III. Constitución del comité provincial del frente popular. — Histórica reunión en grado. — lo nuevo en la defensa de los altos de Cabruñana

Una sola dirección provincial política y administrativa: era una exigencia apremiante, ineludible, para organizar la resistencia. Una sola dirección compuesta por los partidos del Frente Popular, las organizaciones sindicales —Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo— y las organizaciones juveniles.

La dirección única era absolutamente necesaria para tratar de coordinar la acción antifascista, política y militarmente, en todo el Norte.

Esa unidad en lo político era la garantía de que en lo militar hubiera también unidad de voluntad y de acción, máxime cuando la guerra por nuestra parte revestía un carácter esencialmente popular. Unidad no fácil, pero de ninguna manera imposible, por la heterogeneidad ideológica de las fuerzas antifascistas participantes.

Esa dirección única marcaría, además, la pauta para la unidad en el plano local, donde los comités con diferentes colores políticos surgían como hongos. Acabar con la dispersión: he aquí la primera gran tarea del Frente Popular Provincial.

La primera etapa de esta gran tarea era terminar con la dualidad de poderes existentes: en Sama funcionaba el Comité Provincial del Frente Popular. En Gijón el Comité de Guerra, de indudable influencia anarquista.

Ni que decir tiene que la influencia en la casi totalidad de la provincia era del Partido Socialista, y lo mismo en la dirección provincial del Frente Popular. También en las Comisiones Gestoras de cada Concejo, que durarían hasta la primavera de 1937, cuando fueron sustituidas por Concejos Municipales.

La autoridad del Comité de Guerra de Gijón quedaba prácticamente reducida a la ciudad portuaria, cuya importancia, desde luego, estamos muy lejos de menospreciar.

Por otra, parte se hacía sentir la necesidad acuciante de que el organismo provincial de dirección asumiera funciones eminentemente prácticas en cuanto se refiere a la producción de guerra, a la movilización de fuerzas combatientes, al orden público, estricta y severamente republicano; a la agricultura, ganadería y pesca; al abastecimiento de víveres para los milicianos y para el pueblo, y a aquellas múltiples actividades que reclamaba la nueva y excepcional situación de guerra que había trastornado todo el anterior orden existente.

Todas estas actividades estaban parcialmente subordinadas a que se regularizaran, en el menor plazo posible, las relaciones con el Gobierno de la Nación en armas. Cosa no muy fácil, pues no puede olvidarse que Asturias, Santander y Euzkadi —ya a partir de la pérdida de Irún— estaban más aisladas del resto de España. En aquella situación no cabía ni pensar ni pedir que el Gobierno de la República —al menos durante un cierto periodo— pudiera coordinar la acción en toda España leal y mantener con eficiencia su autoridad, por otra parte política y constitucionalmente indiscutible.

En los comienzos mismos de la gran traición militar-fascista no había más solución

que reaccionar al instante, aun a riesgo de cometer errores; ningún error hubiera sido más grave que la inacción y el esperar órdenes y ayudas que no podrían llegar a nosotros sino más tarde, cuando tuviéramos un Gobierno más estable y dispuesto a luchar y no a capitular, como ocurría con el presidido por Casares Quiroga: obrar sin dilaciones y hacer frente a la sublevación con cuanto teníamos era la misión y la responsabilidad histórica de asturianos, santanderinos y vascos que sí podían, desde el comienzo mismo de la guerra, organizar mancomunadamente la resistencia.

En estas condiciones, el 6 de septiembre de 1936 se constituye en Gijón, presidido por el delegado del Gobierno de la República, Belarmino Tomás, el Comité Provincial del Frente Popular, que, dividido en departamentos, su composición es la siguiente:

- * Presidente: Belarmino Tomás, del Partido Socialista Obrero Español.
- * Guerra: Juan Ambóu, del Partido Comunista de España.
- * Interior: Amador Fernández, del Partido Socialista Obrero Español.
- * Obras Públicas: José San Martín, de Izquierda Republicana.
- * Hacienda: Rafael Fernández, de la Juventud Socialista Unificada.
- * Industria: José Tourman, de la Confederación Nacional del Trabajo.
- * Comunicaciones: Ángel González, de la Federación Anarquista Ibérica.
- * Asistencia Social: Eladio Fanjul, de la Federación Anarquista Ibérica.
- * Agricultura: José García Álvarez, del Partido Comunista de España.
- * Sanidad: Joaquín F. Paredes, de Izquierda Republicana.
- * Instrucción Pública: Manuel Suárez Valles, de la Juventud Socialista Unificada.
- * Marina Mercante y Pesca: Eduardo Vázquez, de la Confederación Nacional del Trabajo.

El Comité de Guerra de Gijón no se acabó de disolver hasta principios de noviembre de 1936, cuando se incorporó una representación de la CNT al Gobierno presidido por Largo Caballero.

Como ya hemos dicho, el Departamento de Guerra fue regido por el camarada Juan Ambóu, al ser aceptada la propuesta que en tal sentido hizo ante el pleno del Comité Provincial del Frente Popular el camarada Rafael Fernández.

En la calle San Bernardo, número 25, de Gijón, quedó instalado el Departamento de Guerra. Nuestro afán se resumía en tres palabras, que en realidad eran una sola: organizar, organizar, organizar.

Y en el «Diario Oficial» y en la vida misma irían apareciendo las disposiciones al respecto:

1. Quedan disueltos todos los Comités de Guerra locales, grupos de milicianos o ciudadanos armados para pasar a una fase superior de la lucha que acabe con la dispersión, la irresponsabilidad, la acción incontrolada.
2. Se fijan lugares de concentración en los que serán formadas unidades hasta de un batallón (con sus compañías, pelotones y escuadras) cuando sea posible.
3. Los mandos, en esta etapa inicial, serán elegidos por los milicianos mismos.

Nadie mejor que ellos saben quiénes son dignos de su confianza por su comportamiento antes de la guerra y ante la sublevación fascista. Sobre la marcha, y siempre sobre la marcha, irán surgiendo nuevos y más capacitados

cuadros de mando.

4. El Departamento de Guerra, de acuerdo con el mando militar, señalará el destino de cada cual, previa una corta temporada de instrucción militar. Se procederá al reclutamiento militar obligatorio tan pronto como las circunstancias lo permitan.
5. El Departamento de Guerra suministrará armas a todos en la medida de sus posibilidades. Sólo se entregarán las armas a jefes de grupo o de columna perfectamente identificados como combatientes responsables.
6. Se autoriza al gran dirigente obrero Horacio Argüelles para que continúe organizando el regimiento «Máximo Gorki», que tantos laureles había de conquistar en la lucha.

El paso siguiente era reunir en Grado a todos los representantes en el Comité Provincial del Frente Popular, dirigentes de sus partidos y organizaciones y mandos milicianos y militares profesionales que habían actuado principalmente en el frente occidental. Era absolutamente indispensable examinar las experiencias vividas, con sus aciertos y fracasos, a fin de darle a la conducción de la guerra un carácter más regular, acorde con las nuevas circunstancias que vivíamos tanto en Asturias como en toda España.

El 10 de septiembre, convocada por el Departamento de Guerra, se celebró esta reunión, cuyos acuerdos nos atrevemos a calificar de históricos por la influencia que ejercieron en la marcha posterior de la guerra.

Esta reunión tuvo lugar cuando aún se combatía en los altos de Cabruñana. Gracias a sus esforzados defensores pudimos celebrarla «tranquilamente».

La experiencia era ésta: al enemigo, aún débil, lo vencimos en Malleza y Mallecina, a pesar de la muy irregular organización militar con que contábamos. Pero siguieron recibiendo refuerzos y tuvimos que retroceder hasta Cabruñana. Fortificado el terreno y con unidades más disciplinadas, Cabruñana representaba una superación en la organización militar; pero aún incompleta, desde luego.

Por eso la cuestión que se planteaba era radical: o nos organizamos militarmente y ponemos en práctica una disciplina férrea, frente a un enemigo organizado y pérfido, o la pérdida de la guerra en la región es inevitable. No puede seguir actuando cada grupo según el color político de su organización o partido. Aquí todos a una, como en Fuenteovejuna. Mando único, organización militar, táctica y estrategia militares, disciplina, código militar, tribunales para que juzguen y condenen con todo el rigor de la ley en tiempos de guerra a los que delinquen, los desertores, los que abandonen posiciones sin órdenes superiores, poniendo en peligro de ser «copados» y aniquilados a los compañeros de otras unidades...

Salario del miliciano. *Cartilla del combatiente* (con las diez condiciones del compromiso del miliciano), con clara exposición de sus derechos y deberes. Y con el gran objetivo estratégico único: ganar la guerra al fascismo y a la reacción, salvar la República y las conquistas democráticas.

La oposición de los representantes de la FAI en el Frente Popular, sobre todo la de Eladio Fanjul, fue obstinada. Su defensa de los principios ácratas, tan mal parados

ante la contundente razón de los hechos mismos que estábamos viviendo, fue intransigente: ni autoridad, ni gobierno, ni disciplina... El libre albedrío... Pero ellos no habían estado en el frente. Ellos no vieron cómo perdíamos posiciones, terreno y, lo que es más sensible, hombres por la actuación «libre» de diferentes grupos. Destacó, por el contrario, la actitud de Avelino G. Entrialgo, que defendió los mismos puntos de vista de comunistas y socialistas. Y los jefes milicianos cenetistas que habían vivido esa amarga experiencia, como Carrocera, Víctor Álvarez, Onofre, Celesto «el Topu» y otros, también estuvieron de acuerdo con nuestros planteamientos, porque, como diría Durruti más tarde, «preferían renunciar a todo menos a la victoria». Prácticamente ya habían renunciado al sacrosanto principio del apoliticismo al figurar como representantes en el Comité Provincial del Frente Popular.

Todos los demás partidos y organizaciones representantes en el Comité Provincial del Frente Popular coincidieron con nosotros.

Poco tiempo después, cada miliciano tenía su cartilla de combatiente, su credencial de soldado de la República. Pasados muchos años nos encontramos con algunos de esos combatientes que aún guardaban con legítimo orgullo ese documento.

Cabruñana resistió valientemente varios días más. Ataque tras ataque del enemigo era rechazado; un movimiento envolvente de los facciosos fracasó asimismo. Incluso las fuerzas de Bárzana toman la iniciativa y combaten encarnizadamente cerca de Cornellana. Se hacen presentes los regulares —moros—, con efectos psicológicos a su favor; pero la resistencia continuó, tenaz, heroica. El enemigo le dio a Cabruñana una categoría militar al hablar siempre del «sistema defensivo» de Cabruñana.

En realidad, Grado en lo político y Cabruñana en lo militar abrieron una nueva etapa en el curso de la guerra de liberación. Los jefes más destacados lo fueron Luís Bárzana y Manolín Álvarez, ambos de las MAOC de Gijón. Eso ya era hacer la guerra en serio, como se había planteado en la reunión de Grado. Eso también explica que si bien los facciosos, poco después, tomaron Grado, no es menos cierto que ya no pudieron tomar Trubia, codiciado objetivo militar, y que el avance sobre Oviedo se hizo más lento: de Grado a Oviedo tardaron treinta y dos días.

La defensa organizada de Cabruñana y la retirada ordenada de sus defensores explican cuán equivocado estaba Indalecio Prieto cuando, en un artículo aparecido en *El Liberal* de Bilbao, el 25 de agosto de 1936, menospreciaba no sólo la fuerza del enemigo, sino la necesidad vital de organizar militarmente a nuestros milicianos y acelerar y perfeccionar la construcción de trincheras. Prieto decía: «Los mineros necesitan poquísima gente. Se lo da todo hecho el terreno», y llamaba al proletariado a concentrarse sobre Oviedo. ¡Cuando Cabruñana demostraba exacta y dramáticamente todo lo contrario! No negamos el valor de la topografía, pero lo que decide es el hombre, el hombre organizado.

En el Departamento de Guerra se trabajaba febrilmente y siempre en estrecho contacto con el mando militar. Los combatientes, además de su propia organización militar, cada día superada, y de su disciplina, necesitaban de los servicios propios de todo ejército: transmisiones, sanidad, intendencia, transportes, centros adecuados para armas y municiones, cuarteles..., habilitación

para cobrar sus haberes... Y fortificaciones, más fortificaciones...

Transmisiones. Antes de iniciar la ofensiva sobre Oviedo, el 4 de octubre, todos los frentes que rodeaban la capital estaban ya debidamente comunicados. Sería una omisión imperdonable no destacar el trabajo incansable, creador, entusiasta y revolucionario realizado por el camarada Manuel Abol, modesto telegrafista de Grado, verdadero artífice de este logro.

Como lo sería no poner de manifiesto una actuación similar en la sanidad militar del camarada médico Mariano Fernández, así como la del doctor Herrera y la del doctor Luís Martín, animador incansable del trabajo de sanidad; son notables sus crónicas escritas en el frente de Sograndio.

- la del comandante profesional Manuel Fernández al frente de la intendencia militar.
- la del aparejador de obras Iglesias, que fortificó casi todo el frente que comprendía el cerco de Oviedo y otros más.
- la de los compañeros del transporte, a través de la Alianza Obrera, destacándose Almeida, Requena, Naves, Roza y otros.

Muchos otros nombres nos quedarán en el tintero. Pero ese riesgo se corre cuando el esfuerzo y el heroísmo ya no son patrimonio de unos cuantos, sino de todo el pueblo, de cuya acción creadora surgen permanentemente numerosos cuadros.

Mientras tanto, el Comité Provincial del Frente Popular prestaba gran atención a las fábricas de guerra o a las que, no habiéndolo sido, podían producir algo de lo mucho que necesitaban nuestros combatientes. Y esto vale, sobre todo, para toda la industria metalúrgica.

La coordinación en este orden con Santander, y sobre todo con Euzkadi, hubiera sido de un valor incalculable, pero nunca fue posible más que parcialmente. Lo impidió el cantonalismo. El de todos; pero en especial el del Gobierno vasco. Si Euzkadi negaba la unidad militar del Norte, por más esfuerzos que hiciera la Subsecretaría de Armamento y, en particular, los obreros de la fábrica de Trubia, no era posible llegar a un grado de coordinación suficientemente alto en lo que se refiere a la producción de guerra...

Y aunque en septiembre de 1936 el Gobierno de la República nombrara al teniente Francisco Ciutat jefe de operaciones del Norte, eso nunca fue más allá del nombramiento mismo. Lo mismo ocurrió con el general Llano de la Encomienda, republicano leal a toda prueba. En noviembre fue nombrado oficialmente jefe del Ejército del Norte. Tampoco fue efectivo por la rotunda oposición del Gobierno de Aguirre.

Sin embargo, sí vinieron a Asturias —como veremos— batallones vascos, con mandos comunistas y socialistas durante la ofensiva de octubre; sí acudieron a Asturias unidades santanderinas, entre ellas el batallón «Lenin»; sí salieron los asturianos camino de Madrid para defenderlo; a Guipúzcoa, antes de la caída de Irún; a Vizcaya y a Santander durante la ofensiva de Mola y Dávila. De todo lo cual hay que sacar una necesaria conclusión: el internacionalismo proletario es superior a todo otro principio; su contenido de auténtica confraternidad hace

posible lo que para otros —patrioterros excluyentes— no lo es. Y en este caso combate, niega y destruye el cantonalismo.

De México, del México del gran estadista y adalid anti-imperialista Lázaro Cárdenas, nos llegan a Asturias armas y municiones... Vienen, en mayores proporciones, de la URSS... Más tarde, en medio del entusiasmo de la población antifascista, recibiríamos los primeros doce «chatos» —nombre dado a los aviones de caza soviéticos por su forma—, y después dieciséis «moscas», también de caza, pero más modernos... Todos con pilotos soviéticos.

Recuerdo que con motivo de la llegada de esas armas —las de México—, Amador Fernández me recomendó que les diera a los anarquistas las menos posibles. Le contesté que todos los combatientes tenían los mismos derechos, fuese cual fuese el color de su partido u organización sindical. Y que ya había llamado a los compañeros de la CNT destacados en el frente: a Víctor Álvarez, Carrocera, Celesto «el Topu», Mario y otros.

En estas fechas llega a Asturias el comandante de Estado Mayor Javier Linares Aranzabe, que con Ciutat y el capitán Lluch —procedente del Cuerpo de Asalto— contribuiría notablemente a la lucha contra los facciosos en Asturias. Más tarde, Linares pasaría a ser el Jefe del XVII Cuerpo de Ejército...

Contábamos también con consejeros militares soviéticos, sencillos, callados, pero presentes en todos los sectores de operaciones. Ellos dirigieron la Escuela de Clases, ubicada en Noreña, donde actuaron eficientemente en compañía del comandante de milicias Manuel Fernández, camarada nuestro, obrero de la fábrica de Gas, de Oviedo.

Así estamos cuando asoma octubre de 1936.

Cerrado este apunte, permítasenos prolongarlo brevemente, pues antes de la ofensiva republicana de octubre sí se habían realizado por nuestra parte operaciones locales en el cerco de Oviedo. En ellas recuerdo que González Peña ofreció a los combatientes un arma realmente especial: la «sidrina», como cariñosamente se llama en Asturias a la sidra. Para esas operaciones fue abundante la cantidad de esta popular bebida traída de Nava.

Sidra había y mucha. También milicianos. Pero las armas escaseaban. En muchas de estas operaciones se contaba con un fusil por cada tres o cuatro hombres. ¿Qué hacían los que quedaban desarmados? Esperar a que cayeran en la lucha los compañeros que habían tenido el privilegio de empuñar el fusil, recogerlo y continuar la lucha. Esto se repitió a lo largo de los primeros meses de guerra. Y también en los últimos, durante la resistencia final.

IV. ¿Ofensiva sobre Oviedo o contra las columnas que avanzaban desde occidente?

Asturias llevaba ya dos meses y medio combatiendo sin cesar, en un proceso constante de superación, tanto en cantidad como en calidad. Habíamos aprendido mucho en la resistencia, tanto en las victorias como en los reveses.

Llegó el momento de organizar una operación militar ofensiva de gran alcance. Y aquí estalla la polémica: ¿Qué hacer? ¿Atacar a Oviedo tratando de derrotar a Aranda o concentrar lo mejor de nuestras fuerzas contra las enemigas que avanzaban desde Occidente con el objetivo, reiterada e inequívocamente manifestado por el mando faccioso, de romper el cerco de Oviedo?

Nosotros, Partido Comunista, defendimos terca, pero vanamente, la idea de destruir la ofensiva de Mola y Martín Alonso volcando lo mejor de nuestras fuerzas combatientes contra las suyas, con el objetivo de cortar su línea de penetración por diferentes puntos de su larga retaguardia. Y mantener el cerco de Oviedo, proteger Gijón y Trubia con las fuerzas mínimas indispensables.

Entendíamos que su alargada línea no podría defenderse de un ataque bien organizado por la parte republicana. A pesar de los refuerzos recibidos, era perfectamente vulnerable. A esa conclusión se llegaba después de un estudio sereno, marxista, de la situación concreta, real, de aquellos momentos.

Pero Oviedo era el sueño dorado de Don Inda y de sus seguidores en Asturias. ¡Oviedo por encima de todo!, era el grito de guerra. Y ese grito, esa idea, prevalecieron. Todos queríamos, naturalmente, tomar Oviedo; sabíamos el valor moral que encerraba la reconquista de la capital; pero esto había que hacerlo cuando se dieran las condiciones para ello y no por amor ciego a la vetusta ciudad. A buen seguro que se podría conquistar cuando estuvieran protegidas nuestras espaldas, cuando estuviera bien asegurada nuestra retaguardia, que pudiera haber sido toda la zona occidental de Asturias y aun Galicia y León. La parte más estratégica de esta última provincia, casi todo el norte, estaba ya en nuestras manos.

Sin embargo, decidida la operación ofensiva sobre Oviedo, nos sumamos a ella sin ninguna vacilación, conscientes de nuestra responsabilidad y con indiscutible entusiasmo.

La ofensiva se inicia a las 5 de la madrugada del 4 de octubre con una preparación y organización militar de las unidades combatientes muy superior a la que teníamos dos meses antes.

La artillería juega un papel de alta importancia, tanto moral como material. Los facciosos cercados en Oviedo hablaron más tarde de las noches —y los días— de terror ocasionados por nuestra acción artillera. Acción que no fue más intensa debido a que a los pocos días de iniciada la operación empezaron a escasear los proyectiles, lo que originó enconadas discusiones, entre el coronel Franco, director de la fábrica de Trubia, y jefes artilleros auténticamente leales.

Sin menospreciar en absoluto la actuación de los artilleros profesionales, hay que destacar que los verdaderos héroes de esa acción fueron los hermanos Campa, comunista uno de ellos y socialista el otro —todo un símbolo de la unidad de

comunistas y socialistas—, quienes participaron en el combate a veces en la misma vanguardia. Recuerdo como si fuera hoy cuando uno de los Campa atacaba, precisamente en vanguardia, la casa de Melquíades Álvarez, en la Silla del Rey... Después de la andanada artillera, Campa empuñó el fusil y se unió a los milicianos para tomarla. ¡Y la tomaron! Pero en esta ofensiva uno de los Campa perdió la vida, como más tarde había de ocurrirle a su hermano. ¡Qué revolucionarios dio nuestra Asturias!

La aviación, muy menguada en número, realizó auténticas proezas, empleándose a fondo, tanto en la preparación de las operaciones como en el apoyo a los infantes milicianos en las operaciones mismas. Téngase en cuenta que ya entonces la aviación nazi estaba interviniendo cada día con mayor intensidad. En la película de Karmén, famoso cineasta soviético, aparecen repetidamente, en un soleado día de octubre, los aviones de la Legión Cóndor. Von Faupel y Von Keitel ya mandaban en España.

También algunos blindados hacen su aparición en esta ofensiva. Son los contruidos por nuestros técnicos y obreros en diferentes fábricas.

En cuanto a los servicios, ya hemos mencionado en el apunte anterior los notables éxitos logrados, lo mismo que en lo referente a la ingeniería militar.

Pero las irregularidades aún eran muchas. En lo militar podemos asegurar que por la base se progresaba más que en la dirección militar de la guerra. La ofensiva de octubre se realiza sin contar todavía con un verdadero Estado Mayor y un jefe digno del mismo. En lo que existía de Estado Mayor se incrustó un militar alemán que había participado en la primera guerra mundial. Desde luego, el delegado del Gobierno lo aceptó. Nosotros dudábamos mucho de él. No sabíamos ni de dónde ni cómo había llegado. Al parecer procedía de Euzkadi. Confiábamos en el que fuera teniente de Asalto, Francisco Lluch Urbano, extraordinariamente inteligente, y en los mandos principales del cerco de Oviedo: Damián Fernández y Francisco Martínez Dutor. Y en jefes milicianos y profesionales que habían probado su capacidad y lealtad en los combates. Y, naturalmente, confiábamos en nosotros mismos, es decir, en el Comité Provincial del Frente Popular. Finalmente, no sería justo omitir las tan valiosas como prudentes recomendaciones del principal consejero soviético que había llegado a Gijón recientemente.

Las fuerzas más importantes que atacaron Oviedo fueron: las de Damián Fernández, del capitán Calleja y del capitán Sacedón, que mandaba una unidad santanderina. Al mismo tiempo proseguía nuestra resistencia, tratando de frenar la progresión de las columnas que procedentes de Occidente tenían como meta romper el cerco de Oviedo.

Así las cosas, fuimos a visitar algunos frentes en compañía del notable escritor soviético y director de *Pravda* M. Koltzov y del famoso cineasta, también soviético, Román Karmén. El primero narró de una manera veraz, objetiva, todo lo que vivió en los frentes de Asturias, en crónicas que fueron publicadas por *Pravda* primero y posteriormente recopiladas en un libro universalmente conocido: *Diario de la guerra de España*.

Karmén se granjeó inmediatamente toda nuestra simpatía. Con su cámara lo captaba todo. Recuerdo que se enfurecía cuando las «pavas» nazis volaban demasiado alto. Quería que en la película salieran hasta los pilotos con los más

mínimos detalles. Enamorado de su profesión, comunista convencido, alegre, seguro, valiente, responsable, hizo una o más películas que aún deben existir en alguna parte y que constituyen un documento vivo de inestimable valor de nuestra lucha en Asturias contra el fascismo...

En el curso de la resistencia se produjo un hecho en extremo emocionante para mí. Y fue que el día 7 de octubre cayó en nuestro poder el depósito de máquinas del Ferrocarril del Norte. Exactamente el mismo día que lo tomamos dos años antes, en octubre de 1934. Pero ¡qué diferencia! Lo de octubre de 1934 fue un asalto valeroso, temerario, con unos cuantos fusiles y dinamita. Ahora, octubre de 1936, la potencia de fuego, la dirección y concentración del mismo, eran realmente expresión de un gran combate que produjo la derrota y la desbandada de los facciosos... Y la hazaña fue del «Sangre de Octubre», que actuó también en Olivares y Buenavista. La Argañosa completa fue reconquistada.

Ya hemos llegado a un punto que hace vibrar todo mi ser, pues la entrada en mi barrio me produjo una de las grandes emociones de mi vida. Siempre La Argañosa había sido espiritualmente mía aun después de haberla perdido. Pero ahora volvía a ser mía también físicamente. Nuestros bravos combatientes del «Sangre de Octubre», muchos de ellos argañosinos, la estaban reconquistando palmo a palmo.

Con Koltzov y Karmén llegamos a la Fuente de la Plata —lugar de mis primeros amores—, y allí pude abrazar a los hermanos Arce, a Gustavo Fernández y a otros camaradas cuando precisamente estaban enfrascados en intenso cambio de disparos con los facciosos que defendían sus últimos reductos en las canteras de Modesto. Seguía, y ante nosotros estaba, la entonces más alta casa de San Antonio —la de Modesto—, en la cual nuestra artillería había abierto grandes boquetes por los que penetraban nuestros milicianos para avanzar más y más. A la izquierda el Depósito de Máquinas del Norte, donde yo trabajaba y donde se instaló el Comité Revolucionario, elegido democráticamente en plena calle —donde terminaba precisamente la línea de tranvías— el 7 de octubre de 1934. Más allá estaba la escuela particular de San Antonio, del maestro Isidoro García —también vendedor de gramófonos—, en la que aprendí las primeras letras y a dar las primeras patadas de fútbol en el equipo infantil «Covadonga». Entramos a la escuela. En las paredes, colgadas, no pocas fotografías de nuestra infancia. ¡Qué emoción! Y ya fuera, la «caleya» que conducía a las canteras y a la Ería.

Observaba cómo también Koltzov y Karmén compartían mi emoción.

Lo más impresionantemente humano se produjo cuando vecinos, amigos, compañeros de trabajo y algún que otro camarada, que habían abandonado sus casas convertidas en escenarios de la guerra, se abalanzaban sobre mí y me abrazaban llorando unos, riendo con inmensa alegría otros, gritando, maldiciendo a los fascistas; siempre con esas expresiones de humana emoción que sólo en estos singulares casos se dan.

¡Cuántas cosas decían! ¡Y con qué inigualable fuerza humana!

«¡Juan, Juan! Acaban de matar a Elías —el más pequeño de los Eusebio, pues salió emocionado de su casa al ver que los suyos volvían y una bala lo mató».

Otro me decía: «Mataron a mi padre, al hermano de Pepe, al hijo de Gustavo. ¡Asesinos falangistas!»

Atropellándose, queriendo todos decirme al mismo tiempo cuánto habían sufrido por las depredaciones fascistas, me ponían en un verdadero aprieto. ¿Cómo escucharlos a todos? Yo quería saber de todos, estaba ávido por saber de todos. Y creo que pude escuchar, de alguna manera que no puedo describir, a todos.

Recuerdo:

«Todos los rateros y granujas del barrio son falangistas, así como los vagos de profesión: el Becerra, el sobrino del barbero y otros». En efecto, la Falange reclutaba para sus filas a los lumpen-proletarios, a la escoria de la barriada, incluso a elementos presidiarios...

«Saquearon tu casa», decían otros. Y nombraban a los delatores, a los repugnantes confidentes, a los asquerosos soplones.

Preguntaba yo por todos y ellos querían saber de todos los que habían podido salir en los primeros momentos de la sublevación fascista.

Y seguimos nuestro camino, metiéndonos por los boquetes —obra de artilleros y dinamiteros— de los edificios y guiados por milicianos. Hasta que uno de ellos gritó: «¡Ya estamos en Facetos!» En la empinada Facetos sacó Karmén de nuevo su cámara. Y rodó la película que después pude ver en Barcelona. Sale la calle Facetos y La Argañosa, el Naranco visto desde allí; aviones nazis y milicianos, más milicianos.

Precisamente la casa de La Argañosa, que hace esquina con Facetos, es en la que yo vivía al estallar la guerra. Y al lado la de azulejos verdes, en la que viví durante toda mi infancia y juventud hasta octubre de 1934, en que me fui a Trubia y al monte con 400 pesetas que me dio mi padre, que era cuanto tenía...

Los dueños de la de azulejos eran los Arias, de Las Regueras. Y la Busdonga, dueña de carnicerías, lo era de la última en la que vivía después de regresar de la URSS, ya casado. Y con una hermosísima niña: Aída. Tenía que llamarse así, como mi inolvidable camarada Aída de la Fuente.

Subimos presurosos al segundo piso con Koltzov y Karmén. La puerta de la izquierda estaba precintada. La forzamos y entramos. En efecto, todo se lo habían llevado, todos mis libros. Y sólo dejaron algo que a Koltzov le llamó extraordinariamente la atención: una muñeca que había traído de Moscú. Todo un símbolo.

Bajada un poco a saltos, por los muchos peldaños rotos que había. La casa, como todas las demás, estaba desierta: era el frente de lucha.

Al salir a la calle, un miliciano argañosino me abordó: «Juan, vinieron por ti para que te presentaras en el cuartel y ascendido». En efecto, yo había sido sargento de complemento, pues «serví al rey» y trabajé al mismo tiempo... «Pues que me vayan a buscar al Departamento de Guerra, allá en Gijón», le dije al muchacho, conteniendo la risa. El miliciano siguió: «Tus libros están expuestos en la calle de Uría...; dicen que para demostrar que eres extranjero y recibes órdenes de Moscú». «Bueno, si posible fuera, les diría a estos felones que no recibo órdenes; pero sí a estos admirables camaradas soviéticos —apuntando a Koltzov y Karmén—, que vienen como internacionalistas a ayudarnos, como nos ayuda el Gobierno y todo el pueblo soviético...»

Lo bueno del barrio, lo humano, lo políticamente mejor era nuestro. Era mi barrio, mi casa grande, donde hablé por primera vez en 1933 contra la guerra y el fascismo, en el solar contiguo al bar de los Eusebio; el barrio obrero de los ferroviarios; el del Ateneo Obrero de La Argañosa, centro de conspiración juvenil y depósito de armas antes de 1934; el barrio donde organicé la primera célula del Partido Comunista, que actuaba coordinada con la del Depósito de Máquinas; el de octubre de 1934, bautizado por el gobernador del bienio negro como el «Barrio Rojo».

Mi barrio, orgullo de la insurrección de 1934, estaba de nuevo en manos de sus legítimos dueños. ¡Qué amor siento aún por mi barrio!

Y ya arranquémonos del barrio de La Argañosa. Vayamos de nuevo con los combatientes de otros sectores del cerco a Oviedo. Los nuestros, obligan a retroceder a las fuerzas de Aranda. Se rompen sus tres famosas líneas de resistencia, penetrando profundamente en la ciudad. El día 16 de octubre interceptamos y desciframos un parte que Aranda envía a Martín Alonso, en el que aquél decía que la situación se agravaba de tal manera que en aquellos momentos estaba tomando las medidas necesarias para una retirada general hacia los cuarteles, donde esperaba defenderse.

Pero no pudimos simultanear los éxitos de la ofensiva sobre Oviedo con un esfuerzo tal que paralizara el avance hacia Oviedo de las unidades de Martín Alonso, constantemente reforzadas... No teníamos, sencillamente, efectivos para dos grandes operaciones militares. De ahí nuestra primera actitud contraria a que el grueso de nuestras fuerzas se concentrara en el cerco de Oviedo... La resistencia republicana fue rota en el cruce de El Escamplero. Desde ahí las vanguardias enemigas se lanzaron sobre el Naranco, un Naranco desguarnecido, pues las unidades de Damián estaban participando desde el comienzo en la ofensiva sobre Oviedo... Y así, el día 17 de octubre se rompe el cerco republicano a la capital. Por el Boquerón de Brañes y sobre el Pico del Paisano, con la ayuda de nuestros prismáticos, podíamos ver claramente los uniformes de los regulares, las fuerzas coloniales moras, la carne de cañón barata que una vez más empleaba Franco contra los asturianos...

Comenzaba una nueva etapa en nuestra lucha. Se había establecido, aunque débilmente, el «pasillo» o «corredor» desde Grado a Oviedo.

La oportunidad ideal para estrangular la resistencia facciosa en Oviedo fue al comienzo mismo de la sublevación; pero las columnas milicianas que podían haberlo realizado con los antifascistas de la capital habían sido llamadas a defender Madrid. Como si cupiera en cabeza humana —perdónesenos la insistencia— que los obreros asturianos podían atravesar tan fácilmente una Castilla en donde el fascismo, la vieja reacción y el más desenfrenado caciquismo eran dueños absolutos de todo, en general, y donde, naturalmente, triunfó el golpe militar fascista, pese al esfuerzo de soldados tan leales como los generales Caminero, Batet y otros, cuya fidelidad a la legalidad republicana no encontró eco en las guarniciones respectivas.

La ruptura del cerco de Oviedo tuvo entre nosotros repercusiones políticas. Hubo

un intento de inculparme, como responsable del Departamento de Guerra, de lo ocurrido, y hasta se habló de sustituirme. ¡Cómo! Si había sido yo, en nombre del Partido, el que me había opuesto en el seno del Consejo a que se realizara la ofensiva sobre Oviedo, descuidando toda la parte occidental y menospreciando al ejército faccioso, que recibía constantes refuerzos en hombres y armas con el archiconocido objetivo de romper el cerco de Oviedo. Habló Amador del entusiasmo con que yo desempeñaba el cargo de Delegado de Guerra, y por esta vez se me perdonó la vida, políticamente hablando.

Nos dolió lo acontecido. Se estableció el contacto de las columnas facciosas con Aranda, a causa del segundo error que se cometía por la borrachera de ciertos dirigentes de Madrid y de Asturias, que querían tomar Oviedo sin tener en cuenta las condiciones objetivas y subjetivas de la provincia y sus alrededores.

Estábamos obligados a tomar buena nota de esta nueva lección. Y repetirla para no olvidarla. *¿Quién puede dudar que si rompimos las defensas exteriores del cerco de Oviedo no habiéramos también podido lograr, sumando las fuerzas que atacaban Oviedo a las que resistían el avance de Martín Alonso, la derrota de las columnas que éste mandaba?*

Si, como dijimos, Aranda hablaba de retirarse a los cuarteles y Martín Alonso acusaba cansancio y no cesaba de pedir refuerzos a Mola, *¿no está claro como la luz del día —perdónesenos la insistencia— que sólo cuidando el cerco de Oviedo y volcando el grueso de las fuerzas disponibles sobre los facciosos que se acercaban a la capital, habiéramos hecho morder el polvo de la derrota a nuestros enemigos, para proyectarnos después con fuerza sobre Galicia y en su día contra Oviedo mismo?*

Esto estaba muy claro. Pero no para todos. Y tan es así, que volveríamos a cometer el mismo error en febrero de 1937, en las condiciones concretas de ese momento del que hablaremos en su oportunidad.

Pero aún reconociendo ese grave error, ¡qué maravillosa capacidad organizadora y combativa la del proletariado astur y sus aliados naturales, que en sólo tres meses pudieron poner en pie de guerra un ejército miliciano que atacó Oviedo al mismo tiempo que mantenía una resistencia heroica en occidente!

Y esto se hizo sin tener todavía un verdadero Estado Mayor, como hemos indicado en líneas anteriores; y no lo tuvimos hasta que se encontró un jefe de absoluta lealtad y capacidad como el teniente coronel Linares, con colaboradores de tanta valía como Francisco Ciutat y Francisco Lluch Urbano, entre otros.

Además, sabíamos que la lucha de octubre no había sido ni fácil ni gratuita para el enemigo: el número de sus bajas, como las nuestras, fue considerable; la distracción de fuerzas de otros frentes, muy importante, y con esas fuerzas, jefes enviados incluso directamente desde el cuartel general de Franco.

Éramos conscientes de que habíamos dado una no pequeña contribución a los ejércitos leales que preparaban la defensa de Madrid o actuaban en otros teatros de operaciones. Lo éramos de que en estos primeros tres meses la lucha continua e intensa de Asturias no encontraba parangón en casi ningún otro escenario de la guerra antifascista y de liberación nacional.

En el lugar llamado de «Las Varas de Hierba» (o en la Casa Negra, en la carretera

del Naranco), por la loma del Canto, punto principal fortificado en la línea defensiva de Aranda y escenario de cruentos combates, cayó para siempre, entre otros, un auténtico héroe proletariado: el capitán de una compañía del «Sangre de Octubre», nuestro entrañable camarada Columbiano Machado, zapatero, viejo militante, destacado combatiente en octubre de 1934, con quien viví en la emigración hasta abril de 1936: Gravemente herido cayó el comandante del «Sangre de Octubre», Manolín Fernández, en el puente de La Argañosa.

Por eso no había desmoralización. La clase obrera y sus aliados tenían conciencia de su propia fuerza y eran capaces de forjar nuevas hazañas. Sabían por qué luchaban, lo que el fascismo representaba para los trabajadores y para la nación misma... Oleadas de terror y de sangre en la retaguardia franquista habían de confirmarlo durante la guerra misma y el recrudecimiento del terror en los tenebrosos días de la posguerra.

Y la pelea continuó día tras día. Los ataques al «pasillo» se iniciaron inmediatamente. Y con inusitada furia, como lo demuestran los ataques sobre Peñaflor y El Escamplero, llevados a cabo por dos batallones hermanos del País Vasco: los mandados por nuestro gran dirigente Jesús Larrañaga y por Rehola.

No tiene, pues, nada de asombroso que nosotros, con renovados bríos, trabajáramos en el Departamento de Guerra sin tregua ni descanso, con el fin de mejorar día a día las condiciones combativas de nuestros héroes, alma de obreros conscientes, soldados ya con férrea disciplina.

Cerramos este apunte con un hecho que no podemos dejar de reseñar: el envío al Norte de la escuadra republicana, precisamente cuando se desarrollaban las operaciones de que venimos hablando.

Hacer llegar hasta Gijón la flota republicana constituyó, sin duda, una audaz maniobra naval. Bombardeó el litoral por donde venían sobre Oviedo las fuerzas enemigas, desembarcó en Gijón más de 2.000 fusiles con su dotación correspondiente y elevó, desde luego, aún más la moral de los combatientes y de la retaguardia, a la que siempre hay que tener en cuenta.

Su estancia en el Norte fue breve, pues no contábamos con aviones ni con cañones antiaéreos para defenderla. En estas condiciones zarpó rumbo al Atlántico y al Mediterráneo el 10 de octubre. Como se puede observar, en plena ofensiva republicana sobre Oviedo.

En general, todos convinieron en que, pese a las buenas intenciones del Ministro de Marina, el desplazamiento de la flota al Norte fue, militarmente hablando, perjudicial. Téngase en cuenta que la flota tenía que custodiar a los barcos que con pertrechos de guerra y alimentos venían de otros países, particularmente de la URSS; que había limitado en buena medida —y podía seguir haciéndolo— el traslado de fuerzas coloniales y del Tercio de Marruecos a la Península, y que su ausencia podría facilitar, como así fue, que la flota enemiga dominara el Estrecho de Gibraltar... El destructor «José Luís Díez» y otras unidades navales de guerra quedaron en Gijón y otros puertos del Norte.

V. Entrevista con José Antonio Aguirre y Lecube, presidente del gobierno del país vasco

A fines de octubre de 1936 recibimos la notificación del Gobierno vasco de la llegada a Bilbao de un regalo de Voroshilov, Comisario del Pueblo de Defensa de la URSS. El regalo no podía consistir más que en una cosa: armamentos, parte de los cuales venían destinados a Asturias.

Ni corto ni perezoso, con la debida autorización del Consejo, me trasladé a Bilbao. Fui directamente a ver al camarada Astigarrabía, secretario general del Partido Comunista de Euzkadi y consejero del flamante Gobierno autónomo vasco, nacido del Estatuto concedido por el Gobierno central a principios de este mes.

Astigarrabía me llevó a su casa, donde desayunamos. Me regaló una pistolaametralladora fabricada en Eibar y me facilitó la entrevista con Aguirre, cosa, al parecer, no fácil.

Después de hacer una larga antesala —lo que no le gusta a nadie, y menos en tiempo de guerra—, me recibió el jefe del Gobierno de Euzkadi.

Yo tenía gran interés en hablar con él. Al fin y al cabo la integración de Euzkadi en la resistencia nacional al fascismo constituía una notable contribución. Y para el Norte podía ser decisiva.

Intercambiamos saludos, me pidió cortésmente que me sentara y sin más preámbulos iniciamos la conversación.

Desde el comienzo me dio la impresión de que más quería oír que hablar.

He aquí el diálogo:

A.—¿Viene usted por las armas?

J. A.—Sí. Vengo a tratar con usted sobre la cantidad y calidad de las armas y la forma de hacerlas llegar a Asturias, pues ésa es, al parecer, la voluntad del Gobierno de la URSS.

A.—No se preocupe usted, mañana ya estarán camino de Gijón.

J. A.—Pues muchas gracias.

A.—No, mejor se las da a Voroshilov —repuso sonriente—. ¿Qué piensa usted de la lucha en el centro?

J. A.—Se está haciendo un gran esfuerzo por parte de los madrileños. Llegan constantemente refuerzos. De otras partes de España. Brigadas Internacionales. Ayuda militar de la URSS... Pero van a necesitar que se les ayude desde otros frentes... No quiero entrar en detalles secretos, pero quién sabe si ustedes...

A.—Sí, hay que ayudar a Madrid. Pero ustedes en Asturias acaban de realizar una ofensiva; las fuerzas de Mola rompieron el cerco de Oviedo y no creo que puedan ayudar mucho...

J. A.—Sí podemos ayudar; si no con una nueva ofensiva, imposible por el momento, mejorando constantemente nuestra preparación militar, afianzando nuestras posiciones... La lucha de Asturias dio su ayuda por anticipado, pudiéramos

decir... Y en algo se benefició Euzkadi, ¿no?

A.—Sí, desde luego —y agregó discretamente—: algo había que hacer.

J. A.—De todas maneras, Madrid es hoy más que nunca el corazón de España.

A.—Pasando a otra cosa: ¿Qué concepto existe en Asturias sobre los vascos, nuestro Estatuto, nuestro Gobierno autónomo?

J. A.—Desde luego, la mayoría de los asturianos tienen conciencia de la existencia de una sólida nacionalidad vasca: su historia, su lengua, su cultura, su desarrollo económico..., en una palabra: todo lo que representa el árbol de Guernica, debajo del cual juró usted su cargo el 7 de octubre... Los reaccionarios son los que no admiten ninguna clase de autonomía y llaman a los vascos «separatistas», igual que a los catalanes... Quiero significarle que nosotros, comunistas —él sabía que yo lo era—, no sólo aplaudimos la autonomía lograda por ustedes, sino que por principio hemos defendido tenazmente ese derecho de la nacionalidad vasca...

A.—Sí, estoy más o menos informado de todo eso; pero no me negaré que hay quien no comprende ni la espiritualidad ni la política social de orden que caracteriza a nuestro Gobierno... ¿Han tratado ustedes a la Iglesia en Asturias como la tratamos nosotros aquí?

J. A.—En Asturias se respeta rigurosamente a todo ciudadano de creencia católica: católicos hay hasta en el mando militar... Pero en Asturias ha sido la Iglesia la que nos ha tratado mal a nosotros, no nosotros a la Iglesia... Ella se ha puesto incondicionalmente al lado de los facciosos. Y no le ha faltado, como a la Iglesia en general, el aliento de las más altas jerarquías eclesiásticas internacionales... La actitud de los católicos vascos, algunos de los cuales han sufrido la brutal represión de los sublevados, tiene toda nuestra simpatía...

A.—Esto se alarga... ¿Quiere usted tomar algo?

J. A.—Sí, muchas gracias, pero no sé si estoy abusando de su precioso tiempo.

A.—No, no. De ninguna manera. Quiero saber algo más de Asturias. Por ejemplo, la cuestión militar. ¿Ustedes también están por la unificación de las milicias?

J. A.—Evidentemente, es una necesidad insoslayable impuesta por la guerra misma que queremos ganar.

A.—¿Pero tras eso de la unificación no se esconden, como ocurre aquí, otros móviles políticos, de captación de voluntades para determinado partido...?

J. A.—El partido que tal hiciera no es digno de esta guerra, cuyo contenido es esencialmente patriótico... Los «junkers», los «caproni»... Y en la guerra no vale la politiquería... Los soldados, obreros, campesinos, intelectuales, no van tras el político locuaz y embustero, sino tras los que combaten de verdad al fascismo. ¿Es pecado que un ciudadano vea con simpatía a los hombres del partido —el que sea— que más da a la guerra?

A.—No, nosotros a lo que nos oponemos es al proselitismo...

J. A.—Bueno, señor presidente, todos los partidos tienen el derecho de fortalecerse, siempre que lo hagan limpia y legítimamente. ¿Sabe usted de alguno que no tenga esa aspiración?

A.—Siguiendo con la unificación. ¿Cree usted que es posible un mando unificado en el Norte cuando no tenemos jefes capaces y, por qué ocultárselo, cuando todo el mundo sabe de la desorganización y poco orden que existe en Asturias y en Santander?

J. A.—Primero voy a responder a lo último. En Asturias, en efecto, hay aún desorganización o, mejor dicho, falta de más organización. Como ocurre en Euzkadi y en toda España, pues es ésta una guerra popular en que todo o casi todo se tiene que improvisar desde el principio para organizarlo después. Pero en Asturias hemos luchado desde el primer día... y hasta hemos enviado nuestros hombres a defender Irún y vendrán mañana a Euzkadi de nuevo si es necesario... Y, perdone mi franqueza. si no hay más organización en toda la zona Norte es porque jamás ha habido entre los dirigentes políticos de Asturias, Santander y el País Vasco, el esfuerzo necesario para llegar a un entendimiento común: unificar la poderosa industria en todo el Norte con fines de guerra; unificar las fuerzas militares... Sin eso será difícil sostener esta región tan codiciada por el fascismo.

A.—Ojalá algún día exista en Asturias el orden y la disciplina de los combatientes vascos.

J. A.—Señor presidente, remitámonos a los hechos... Esperamos las armas que nos envía Voroshilov...

A.—Se cumplirá rigurosamente...

Las armas llegaron, en efecto, a Asturias en la fecha convenida: cañones, ametralladoras, municiones y otros...

Regresé a Asturias verdaderamente preocupado; llegué e informé al Partido y al Consejo. Mi conclusión: será muy difícil que algún día tengamos un mando único en el Norte, una industria de guerra unificada que trabaje conforme a las exigencias del momento excepcional que vivimos.

No creo que haya quien dude de que los comunistas somos partidarios convencidos de llevar a la vida el principio de autodeterminación de los pueblos. Sabemos, incluso, que lograda la independencia de un pueblo, la lucha de clases prosigue y es en última instancia decisiva. Pero los intereses de Asturias, Santander y Euzkadi eran comunes frente a un enemigo que amenazaba las más elementales libertades democráticas y la autonomía vasca...

Para la España republicana, en su gran conjunto, el enemigo era uno: el fascismo, y contra el mismo debía dirigirse el esfuerzo mancomunado de españoles, vascos, catalanes y gallegos... Esto en Euzkadi se comprendía hasta cierto punto, pero se interponía una cuestión fundamental: el Gobierno vasco era el auténtico representante de la burguesía vasca. Y la defensa de los intereses de clase de la misma se ponía a veces por encima de todo. De ahí que consideraran, sobre todo a Asturias, como otra cosa muy distinta. Al fin y al cabo, en Asturias era la clase obrera la que ejercía indiscutiblemente el papel dirigente. Por eso Aguirre no quería mezclas con nosotros y rechazaba el mando único en el Norte... No es ningún secreto que Aguirre —él mismo lo ha dicho y escrito repetidamente como representante del nacionalismo vasco— es anticomunista. Y arremetía contra los mandos salidos del pueblo y aun contra los profesionales cuando éstos militaban o simpatizaban con partidos obreros.

El anticomunismo condujo al Gobierno nacionalista vasco a ser exclusivo, patriotero, hasta llegar al chovinismo. Lo ejemplar estaba en Euzkadi; lo peor en el orden político, espiritual..., ¡en Asturias! ¡Jamás se reunieron Aguirre, B. Tomás y Ruiz Olazarán! Ningún entendimiento sobre la base de un programa mínimo de defensa, de acuerdo, claro, con la política general de defensa del Gobierno de la República. Antes se entendieron los nacionalistas con los invasores italianos en Santoña para capitular. Antes se entendió el Gobierno vasco con la burguesía que representaba para dejar intactas al enemigo las fundamentales fábricas de guerra, incluidos los Altos Hornos, que habían de ser utilizados más tarde para matar españoles en el resto de la España republicana. Hasta destacamentos de soldados se pusieron a la entrada y en el interior de algunas fábricas importantes para impedir su desmantelamiento o demolición. Al fin y al cabo, qué le importaba a la burguesía financiera e industrial vasca la nacionalidad. Lo que le interesaba era seguir obteniendo beneficios...

Aunque los comunistas vascos se diferenciaban radicalmente en cuanto a la ideología de los nacionalistas vascos en el poder, algunos de sus dirigentes cayeron de lleno en una política que más que de colaboración fue de capitulación ante los intereses de la burguesía.

Nosotros, en Asturias, estábamos seriamente preocupados por esta situación, que se agravaba por la proximidad de las fuerzas facciosas de Mola al cinturón de hierro de Bilbao. Y decidimos sugerir a los camaradas vascos celebrar con la mayor urgencia una reunión en la que estuvieran presentes, si fuera posible, los camaradas soviéticos Tumanov, jefe de la misión diplomática en Bilbao, y el general Gorev, cuyo consejo podría ayudarnos.

Nos reunimos cuando sobre la capital vasca caían los «pepinos» enormes de los barcos de guerra franquistas y llovían las bombas arrojadas por los «Junkers» y «Capronis»... Los comunistas vascos, algunos con vehemencia, defendían la gestión del representante del Partido en el Gobierno autónomo. Otros no (Ormazábal y Monzón). Nosotros tampoco. Considerábamos que nuestra representación comunista en el Gobierno de Euzkadi se había diluido en las posiciones de clase que éste practicaba consecuentemente; que la no existencia del mando único en el Norte, la enemiga a los comisarios y la no coordinación de la industria de guerra eran consecuencia de esa política y que aún era tiempo —¡qué ilusiones las nuestras!— para hacer profundas rectificaciones... (En aquellos días gravísimos se operaba, sin embargo, por la fuerza de las circunstancias, un tardío cambio relativo a los comisarios y al ejército regular).

Gorev habló muy poco y con extraordinaria prudencia. Se ciñó a lo militar. Demostró la enorme significación negativa que supondría en toda la zona leal la pérdida de Bilbao y acaso después la de todo el Norte. Insistió con fuerza en un solo punto: mando único por encima de todo. «Sin mando único no se puede triunfar». Y para enfatizar la importancia de este aserto, agregaba: «Más vale un mando malo que muchos buenos» (palabras textuales).³

³ De Gorev dice Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid y Jefe del Estado Mayor Central después —en su libro *Así fue la defensa de Madrid*—: «El coronel Gorev, que sería ascendido a general en su país o por jefes legítimos antes de ausentarse de Madrid, merece mención especial y quiero hacerla, por la

El secretario general del Partido Comunista vasco sería expulsado poco después de las filas del mismo.

Admiramos el esfuerzo heroico del pueblo vasco durante la guerra: vimos a sus hombres en los frentes de Asturias; escribieron una página gloriosa en la defensa de Irún y resistieron heroicamente la ofensiva de Mola durante ochenta días, desde el 31 de marzo hasta el 19 de junio, en que cayó Bilbao.

Pero nos permitimos decir a la clase obrera vasca, que ha librado y libra una colosal batalla contra el franquismo:

La libertad nacional de Euzkadi será reconquistada, sobre todo por el esfuerzo de vanguardia del proletariado, en alianza con otras fuerzas auténticamente democráticas y nacionales... La clase obrera vasca no puede hacer concesiones a nadie en cuanto se refiere a la dirección de la lucha general que está conquistando heroicamente en los combates de cada día contra el régimen... De esa manera la libertad nacional tendrá un contenido internacionalista y no podrá ya ser para usufructo exclusivo de la burguesía vasca, sino en beneficio, esencialmente, de la clase obrera, de los campesinos, de las masas populares y de los sectores más progresistas de la burguesía...

Esa es la única garantía de que Euzkadi prospere y florezca en la unión libre con los españoles, catalanes y gallegos en un Estado multinacional democrático que se consolidará definitivamente en el socialismo.

Aprendamos todos esta lección, acaso la más importante, que se desprende de los acontecimientos en el Norte y concretamente en Euzkadi durante nuestra guerra nacional liberadora.

estrecha relación que tuvo conmigo gran parte del tiempo del suceso que se relata en este libro. Se trataba de un jefe extraordinariamente inteligente, correcto, discreto, activo, sincero y leal. Fue un valiosísimo auxiliar en las horas difíciles de la batalla de Madrid, cuando empezaban a llegar con alguna intensidad los medios de guerra soviéticos, así como durante las batallas del Jarama y Guadalajara, en las que actuaron las unidades de tanques y aviación de manera sobresaliente...»

VI. Después del 17 de octubre

Terminados los combates de octubre de 1936, ya no era sólo Oviedo la preocupación del Comité Provincial del Frente Popular, sino una más: el «pasillo» Grado-Oviedo abierto por los facciosos.

Pero lo que predominaba en aquellos momentos era la batalla de Madrid. De sus resultados dependía toda la zona leal. Nunca antes se había sentido tanto a Madrid como capital de España; en los brazos de sus heroicos defensores estaba la suerte de la democracia española.

En la conversación que sostuve con el presidente Aguirre, se manifestó claramente ya esta preocupación. Algo tenía que hacer Euzkadi. También Santander. Y continuar haciéndolo nosotros, pues la ofensiva de octubre constituyó ya una ayuda a los defensores del centro de la patria.

La ayuda que el Norte podía prestar se facilitaba grandemente porque las fuerzas enemigas no estaban en condiciones de emprender ninguna operación de carácter ofensivo. Para ellos —como para nosotros— lo importante era Madrid.

Y como insinuamos en el apunte anterior, Euzkadi preparó y desató una ofensiva. En efecto, Modesto Arambarri, jefe de Operaciones del Cuerpo de Ejército en Euzkadi, expide el 20 de noviembre la orden de operaciones para la ocupación de Villarreal, Vitoria y Miranda de Ebro. La ofensiva se inicia el 30 de noviembre y termina el 24 de diciembre. La ganancia fundamental que se logra es impedir que de la zona comprendida en las operaciones se retiren fuerzas que pudieran ayudar a los facciosos, que insisten en tomar la capital de España. Claro que aunque la lucha había de continuar en el centro, ya el 7 de noviembre se había decidido en favor de las armas republicanas la batalla de Madrid, del Madrid invicto y glorioso.

Santander contribuye a la ofensiva vasca sin consecuencias de gran alcance.

En Asturias y en nuestro Departamento de Guerra seguíamos con el mismo programa: organizar y luchar; luchar y organizar; por Madrid, por Asturias, por la República.

Lo cual significaba que en los frentes no se cesara en la tarea permanente, intensa, de perfeccionar nuestra organización militar, combinada con la continuación, sin tregua ni descanso, del hostigamiento, de las acciones en pequeña y mediana escala contra las posiciones enemigas. Y así en el resto del mes de octubre, y durante noviembre y diciembre los frentes no conocieron descanso. De esta misma manera continuó la situación hasta la ofensiva de febrero de 1937.

Al no haber conseguido con la ofensiva de octubre nuestro objetivo y, por el contrario, al lograr los facciosos el contacto con Aranda, alguien podía creer que cundiría cierta desmoralización en nuestros medios. Nada más lejos de la verdad. El brío combativo no se había debilitado; por el contrario, con mejor organización y nuevas armas la moral crecía.

Además, no fue fácil a las tropas facciosas, procedentes de León y Galicia, llegar a Oviedo. Las unidades atacantes, y así lo describe el mismo Aranda, estaban seriamente quebrantadas. Sostener el «pasillo», las posiciones que defendían Oviedo y las alargadas del frente leonés requería muchos efectivos con los que por el momento no se contaba. Abastecer tan dilatados frentes, Oviedo comprendido,

tampoco era empresa fácil. Podíamos y debíamos, por consiguiente, proseguir el combate. Y así lo entendía, con el Consejo, nuestro respetado y amigo teniente coronel Linares, que tenía el puesto de mando en el mismo frente, casi a horcajadas sobre el «corredor». Y los ataques no cesaron en todo el «pasillo», particularmente en los sectores de Escamplero, Peñaflor, Gurullés, Otero, Santullano, San Claudio, Olivares, Buenavista y también sobre Oviedo. En tres ocasiones, por lo menos, quedará cortada la comunicación de Oviedo con su retaguardia, aunque temporalmente: al ser tomado un largo tramo de la carretera que va de Loriana a La Lloral, al conquistar Valduno y finalmente por Cabruñana, casi extremo occidental del «corredor».

Veamos con algún detalle lo que ocurrió después del 17 de octubre.

Vayamos primero a los olvidados puertos de la división cantábrica. En Pola de Gordón está la Comandancia Militar del frente de Castilla. Al frente de la misma el comandante Emilio M. Morán, entrañable camarada de la juventud, dirigente capaz que aprendió en la escuela heroica de su padre, valeroso militante comunista. Morán es modesto, reflexivo, sereno, de firmes convicciones ideológicas. Organizó y estabilizó el frente de Castilla con mineros y campesinos, la mayor parte de los cuales no sabían manejar el fusil. Se granjeó la simpatía de los campesinos leoneses porque respetó e hizo respetar sus propiedades, sin que se diera un solo caso de «requisa», problema muy grave en aquellos primeros meses en otros frentes de lucha.

Tenía Morán pocas armas pesadas, pues toda la atención, como es sabido, se había concentrado, terca y fanáticamente, en tomar Oviedo. Morán compartía nuestra opinión, y nos decía que con las fuerzas disponibles no podía avanzar mucho en dirección a León; pero con mayor atención por parte del Consejo de Asturias y León y del Estado Mayor era posible emprender operaciones militares con perspectivas de éxito en dirección al corazón de Castilla. Eso era precisamente lo que temían nuestros enemigos, que contaban con escasos efectivos en aquel frente. «En esto coincidían —afirmaba Morán— todos los que pasaban a nuestras filas: obreros, campesinos, soldados».

Estuvimos de acuerdo en todo con Morán. Y le prometimos impulsar la ayuda política y militar a la región que él comandaba. Para nuestros adentros quedaba que iba a ser muy difícil vencer la resistencia de los poseídos por el mito de Oviedo.

De todas formas, el día 27 de octubre las fuerzas republicanas del sector de Puerto Ventana inician una acción ofensiva y toman Puerto de Pinos, cercando San Emiliano. El 28 avanzan hacia el sur, desde Pola de Gordón, los milicianos de Morán, ocupando los pueblos de Robledo, Vega, Calda y Oblanca. El avance mira ambiciosamente hacia León, pero por el momento es mucho pedir.

Puerto de San Isidro. Está firmemente en nuestras manos, ocupado por el batallón de Silvino Morán.

Puerto de Somiedo. Ahora no somos nosotros los que vamos al puerto; es el puerto el que viene a nosotros, representado en la aguerrida figura del comandante de milicias José García, de Pola de Lena, quien ya tuvo una actuación brillante en octubre de 1934.

Llega García al Departamento de Guerra. Nos abrazamos con efusión. No es para menos por las buenas, muy buenas, noticias que nos trae. Exactamente el 28 de

octubre el batallón de García supo realizar un copo perfecto de las posiciones ocupadas por los facciosos que guarnecían el puerto. La victoria fue total. Nuestras bajas fueron leves. El botín de guerra, considerable en armas, municiones, víveres... Nos muestra a 64 soldados que trae prisioneros; muchos otros han muerto. De los oficiales que mandaban la unidad facciosa nos entrega los galones. El camarada García ha realizado el primer copo de la guerra. Pudo haber sido el segundo de no haberse malogrado el primero en el combate de Malleza y Mallecina. Varias veces lo hemos recordado el comandante Gállego y nosotros.

El puerto de Somiedo estuvo en nuestro poder hasta el 3 de julio de 1937.

Y ya volvamos al «corredor». Inmediatamente después del 17 de octubre, el batallón «Larrañaga», que ostenta el nombre de su comandante, y el batallón «Meabe», al mando de Benito Rahola, ambos vascos, operan eficientemente en los frentes de San Claudio y Escamplero, ambos inscritos en la Comandancia Militar que dirige Damián Fernández. Los batallones vascos, con el de Mieres, cortan la comunicación del enemigo con Oviedo al dominar la carretera que va desde Loriana a La Lloral. La lucha en Escamplero es encarnizada.

Los santanderinos del batallón «Lenin», también en Escamplero, realizan acciones ofensivas de importancia.

En el cerco de Oviedo, las fuerzas del comandante Ladreda, con Julio Hevia, Chinto y Pepón de la Roza, penetran en la capital tomando San Roque, Matadero Viejo, Monte de Santo Domingo, Colonia Ladreda, Puente del Vasco...

Ya entrado el mes de noviembre, el comandante Bertrand toma el Pico del Pedrosu, desde el que se domina Peñaflo. En el sector de Grullos, el batallón «Izquierda Republicana», en el que manda el camarada Taboada, reconquistan Pico Cimero. Siempre buscando el corte de las comunicaciones del enemigo.

En el sector de Colloto-Lugones, el batallón «Barbusse», al mando de Garsaball — ex sargento catalán—, con el apoyo de la compañía de Josepín, toma Ventanielles. En la acción por la toma del Pico del Árbol (al norte del Naranco), el comandante Rapín pierde la vida al frente de su batallón «Carlos Marx».

En acción ofensiva más intensa —fines de noviembre—, fuerzas del batallón «Sangre de Octubre», al mando de Manolín Alonso, toman Valduno interrumpiendo temporalmente la vía de abastecimiento, el «pasillo», a las fuerzas de Aranda en Oviedo. En esos mismos días tiene lugar el corte de la comunicación de la retaguardia facciosa con Oviedo en el sector de Cabruñana.

Las acciones principales del mes de noviembre se desarrollaron a principios y a fines de este mes. Esta última es de tal importancia que Aranda se ve obligado a emplear todas sus reservas. El temor al corte del «pasillo» es en los medios facciosos creciente e inocultable.

La acción ofensiva que se inicia a fines de noviembre se prolonga casi durante dos semanas del mes de diciembre. Recordamos que en el sector de Grullos los batallones «Bárzana», «Izquierda Republicana» y «Azaña» atacan y toman la importante posición del Pico del Arce.

No cesa la actividad en todo el mes de diciembre en todos los frentes, y así llegaremos a febrero, en que se desata la gran ofensiva sobre Oviedo.

No tenemos la menor duda de que si durante la ofensiva de octubre ayudamos ya a la defensa de Madrid, lo que hicimos después no fue más que la continuación de aquélla. Es cierto que muchas de las posiciones conquistadas pasaron de nuevo a manos del enemigo, cuya táctica de contraatacar siempre para recuperar las posiciones perdidas era incuestionablemente muy acertada, pero no lo es menos que de Asturias no se movió ni un solo hombre del ejército faccioso para incorporarlo a la ofensiva sobre la capital de España. Recuérdese que Aranda tuvo que emplear todos sus hombres disponibles para resistir y contraatacar en todos los frentes asturianos.

En estos meses cesó la penuria de aviones. Nuestro amigo y camarada Fernando Cavero, oficial de aviación, se había batido con sólo un viejo «Dragón», un «Breguet 19» y otro cacharro más, amén de la avioneta civil, cuyo campo estaba en Llanes. El cambio fue notable cuando llegaron los primeros doce aviones de caza soviéticos, conocidos popularmente, por su forma, con el nombre de «Chatos», y después los 16 «Moscas», más modernos. Por el momento, la impunidad con que atacaba la aviación germano-italiana se había terminado... Más tarde volverían a dominar el aire... Pero vimos cómo caían los primeros pajarracos enemigos... ¡Qué alegría! Esto ayudaba mucho a trabajar y desde luego a luchar.

También nos satisfacía ver cómo el Gobierno hacía esfuerzos por dotar al Norte de un mando único —cuestión vital reiteradamente obstaculizada por el Gobierno de Euzkadi—, siendo nombrado el 14 de noviembre el general Llano de la Encomienda como Jefe del Ejército del Norte. Ejército que nunca acabaría de ser una realidad.

Más armamentos y más aviones podíamos seguir recibiendo si el tristemente célebre Comité de No Intervención no hiciera objetivamente causa común con los invasores, pues mientras éstos enviaban a España toda clase de pertrechos de guerra, en la frontera franco-española se fueron acumulando aviones, tanques, cañones, ametralladoras, soviéticos fundamentalmente, hasta llegar a alcanzar un valor de más de 300.000.000 de pesetas... Y en Francia gobernaba el Partido Socialista: el primer ministro era León Blum.

El contacto del Departamento de Guerra con los mandos era cada día más estrecho y más personal. Actuábamos en este sentido el camarada Fernando Rodríguez, el segundo de a bordo en el Departamento, y el titular del mismo. Quiero decir, de paso, que Fernando era uno de los viejos líderes metalúrgicos de La Felguera y jugó un notable papel tanto en la lucha política como en la ideológica, sobre todo en las famosas controversias que se practicaban entre dirigentes comunistas y anarquistas. Luego, en 1938 fue gobernador de Castellón de la Plana y cayó preso. Murió hace dos años en Moscú.

El contacto de que venimos hablando fue con el comandante de Estado Mayor Javier Linares, el capitán Francisco Lluch Urbano, el teniente coronel de Artillería Enrique Flores y otros... Más tarde fue con Ciutat a su regreso del País Vasco.

No hubo punto de reposo. A veces no sabíamos si era de día o de noche.

El ritmo de la construcción de fortificaciones se aceleró considerablemente. Y de su alta calidad había de quejarse más de una vez, amargamente, el general Aranda. Y en algunos frentes (por San Claudio, por ejemplo) se hacían hasta túneles en los que cabía un tren completo de sanidad militar. ¡Qué estupendos eran los mineros y

los jóvenes argañosinos de Damián Fernández!

Las fortificaciones nos permitieron intensificar la propaganda dirigida por altavoces —de las «emisoras del parapeto»— a las tropas enemigas. A los soldados, fundamentalmente. Esta propaganda, donde estaba bien organizada y se le daba el contenido acertado, era muy eficaz.

Se fortalecieron unas líneas, se rectificaron otras... Se perfeccionaron todos los servicios: municionamiento, transporte, transmisiones, sanidad... Hubo especial cuidado en que los combatientes no carecieran de comida, calzado, ropa adecuada...

Se prestaba especial atención al adiestramiento de las tropas en el mismo frente y en centros de reclutamiento. Simultáneamente se cuidaba la preparación política de estas fuerzas, haciéndoles llegar diariamente la prensa de los partidos del Frente Popular. Tenían instructores políticos, luego comisarios, y nunca les faltó la visita de los dirigentes políticos al frente. El Departamento de Guerra publicó varios folletos, entre ellos uno sobre la significación del Frente Popular que se leyó mucho, tanto en las líneas de fuego como en la retaguardia.

Se terminó la organización del primer batallón de ametralladoras, compuesto fundamentalmente por jóvenes ferroviarios, entre los que destacaban Luís Montero, Emilio Fernández («Cagancho»), Juan Martínez L., Barbajero, entre otros. Juan Martínez, el joven maquinista, fue su comandante.

Se perfeccionó el único batallón integrado exclusivamente por compañeros gallegos. Al frente del mismo estaba el comandante Iglesias, que fuera teniente de asalto. Era joven, corpulento, brioso, de gran acometividad e iniciativa. Recuerdo que en una ocasión se presentó en el Departamento de Guerra y me dijo: «Hay escasez de armas de fuego y hasta de armas blancas, pero en cuanto a estas últimas traigo esta sugerencia». Y nos mostró una guadaña adosada a un grueso y largo mango. Tan ingeniosamente que los que empezaban a reírse, después lo tomaron en serio. Sí se podía combatir con ella a falta de bayonetas. El arma, además de cortante, era psicológicamente temible.

En cuestiones de reclutamiento e instrucción hay que hacer una mención especial del regimiento «Máximo Gorki», de Gijón, al mando de nuestro entrañable camarada Horacio Argüelles. Sus viajes a Panes, de donde traía numerosos contingentes, fueron de primera importancia. Los reclutados eran fundamentalmente campesinos.

También organizamos grupos especiales que penetraban en la retaguardia enemiga, siendo auxiliares muy eficaces del servicio de información militar, deficientemente organizado. Estos grupos estaban compuestos, principalmente, por compañeros gallegos que habían venido huyendo de Galicia. Tenían un carnet especial y las mejores armas que se necesitan para estos menesteres. El jefe de estos grupos, José María, era coruñés, rubio, delgado, bajo, de temple de acero, que prestó valiosos servicios.

El Departamento de Guerra contaba con una sección de motociclistas que diariamente recorrían todos los frentes llevando y trayendo información. Los partes de guerra eran redactados por nosotros únicamente después de recibir esa información.

Especialísima atención nos merecía la industria de guerra, en la parte que nos correspondía, cuidando con preferencia y con preocupación la fábrica de Trubia. Los cañones jugaron un estupendo papel, sobre todo en la gran ofensiva de febrero de 1937.

Nuevas tareas se le habían asignado a cada unidad combatiente. Una de ellas la de luchar contra la quinta columna —que nunca alcanzó en Asturias las peligrosas proporciones de las que actuaban en Santander y Euzkadi—, contra los emboscados y en particular contra las «requisas» hechas irresponsablemente.

Con bastante frecuencia llegaban al Departamento campesinos quejándose de estas requisas. «Nosotros somos republicanos. Tú lo sabes, Juan», me decían muchos que me conocían. Nosotros les extendíamos vales garantizándoles el pago o la reposición de cabezas de ganado igual a las requisadas. No era fácil cumplir; pero sí se logró en buena parte.

Con la ayuda del camarada Gonzalo López, flamante Delegado en Agricultura que tuvo el mérito de llevar al campo profundas reformas sobre la base del Decreto de Reforma Agraria promulgado en fecha reciente por el camarada Vicente Uribe, ministro de Agricultura del Gobierno de la República... Pues gracias a Gonzalo —Gonzalón le decíamos cariñosamente—, a muchos campesinos se les entregaron vacas y aperos de labranza hasta donde era humanamente posible...

No es difícil comprender el gran valor político que esto tenía: se trataba de campesinos minifundistas, pobres y medios, cuyos intereses encuadraban perfectamente en el carácter de la República Democrática y en la guerra de liberación nacional que librábamos... Lo mismo ocurría con la pequeña burguesía y la llamada clase media de las ciudades. La prueba está en que muchos estaban afiliados a partidos republicanos. Y como hemos visto, los republicanos (fundamentalmente Izquierda Republicana), en la proporción correspondiente, también organizaron unidades de milicianos. Entre los organizadores se encontraba César Maldonado, que trabajaba también en el Depósito de Máquinas del Ferrocarril del Norte, de Oviedo.

Conservar los aliados era tanto como respetar sus legítimos intereses. Y realizar reformas con vistas a que construyeran un porvenir mejor... Otra cosa era sólo anarquía y reducción de naturales y necesarios compañeros de lucha.

Volvemos al ejército, propiamente dicho. Preparar y forjar cuadros y más cuadros militares constituía una tarea decisiva para la prosecución de la guerra. Los nuevos cuadros militares no podían salir más que de las milicias. Y si al comienzo de la resistencia pedimos que los mandos fueran elegidos democráticamente por los milicianos, ahora ya las cosas eran de otro modo, se habían superado: en la lucha se habían forjado y probado los mejores, los más valientes, los más capaces.

Y avanzando ya el mes de diciembre, poco antes de estallar la «crisis ministerial», tuve el honor de firmar, después de meticulosas consultas con los mandos de cada batallón y jefes superiores, el nombramiento de novecientos ochenta oficiales y jefes que dejaban de ser definitivamente milicianos para incorporarse a las escalas activas del ejército, de conformidad con un acuerdo del Ministerio del Ejército de fines de septiembre. Era un paso más en el proceso de militarización de las Milicias.

Este hecho produjo inmensa satisfacción entre los cuadros, los nuevos cuadros militares del Ejército Popular. Algunos guardan todavía hoy el nombramiento. Cabe decir que algunos también rehuyeron, muy pocos, «no quisieron» el nombramiento.

Las listas completas de los nombramientos fueron enviadas al Ministerio de la Guerra.

El número de batallones se había duplicado desde octubre a diciembre.

Por disposición del Ejército del Norte se crearon brigadas: con ellas cuatro divisiones, y posteriormente el XVII Cuerpo de Ejército, que mandó el teniente coronel Javier Linares.

VII. La «crisis ministerial» de diciembre de 1936

Para una mejor comprensión de nuestra «crisis ministerial» me permito reproducir a continuación unas palabras del camarada José Díaz, secretario general del Partido Comunista de España, en un pleno del Comité Central celebrado en Valencia a principios de marzo de 1937:

«Hoy el problema decisivo es la unidad de acción, el conseguir que comunistas y socialistas actúen al unísono en el frente, en la producción y en la retaguardia para ganar la guerra. Para ello es preciso despejar la atmósfera creada en estos últimos tiempos por la acusación que se nos dirige de hacer campaña “proselitista” para reforzar nuestro Partido, arrancando nuevos afiliados a los socialistas o a otras organizaciones proletarias. Nosotros no hacemos semejante campaña. Es cierto que a nuestro Partido vienen decenas de millares de nuevos afiliados, pero vienen voluntaria y conscientemente, atraídos por la justeza de nuestra línea política y por la actuación llena de sacrificios de los miembros de nuestro Partido... Nada más lejos de nosotros que el espíritu de absorción. ¡Ojalá que, al amparo de una línea política justa y de una acción congruente, conquistase también el Partido Socialista millares y millares de nuevos afiliados!...

No; los que ingresan a nuestro Partido no acuden a él seducidos por el señuelo de promesas o beneficios personales. Saben, por el contrario, que vienen a ocupar un puesto de lucha y sacrificio. ¿Qué exige nuestro Partido a sus militantes?... Que en los frentes de batalla sean los más disciplinados, los más combativos...; que constituyan grupos de choque y sean los primeros en dar el pecho para rehacer el frente allí donde el enemigo lo ha roto; que cubran los puestos más peligrosos en las avanzadas. No retroceder jamás, es lo que nosotros exigimos a nuestros afiliados; crear, con el ejemplo, la psicología de que hay que avanzar siempre, aun a costa de los más grandes sacrificios; ser los más trabajadores y los más interesados en el frente de la producción. Darlo todo y no pedir nunca nada... Trabajar no seis u ocho horas, sino diez, doce, catorce, las que hagan falta para abastecer al frente del material de guerra necesario; ser los más valientes y los más vigilantes en la retaguardia; perseguir a los especuladores...; no tener más preocupación, incluso obsesión, que la actividad constante para ganar la guerra...»

En otra ocasión, José Díaz había afirmado categóricamente que el Partido trabajaba para el Frente Popular, y lo demostraba al decir, con la fuerza de los hechos, que el V Regimiento había sido obra de los comunistas, pero que pasaba con sus 70.000 efectivos a ser la base del Ejército Popular. ¿Dónde estaba el «partidismo» de los comunistas?

Y ya volvamos a Asturias. En la segunda quincena de diciembre de 1936 se produce la «crisis ministerial» del «Gobiernín», con fuerte sabor cantonalista. Y coincide con un hecho de contenido político totalmente opuesto: la oficialización del órgano político y administrativo de la dirección de Asturias y León. Con ello el Gobierno central da un paso más en el sentido de concentrar y controlar la actividad múltiple del conjunto de la zona leal, sujeta a su autoridad; cosa absolutamente necesaria para acabar con juntas, cantones y «gobierninos» que entorpecían la acción bélica contra el enemigo común.

¿Cuáles fueron las causas de la «crisis»? Por supuesto que no los esfuerzos del

Departamento de Guerra, estrictamente fieles a los compromisos contraídos con los demás partidos del Frente Popular y a los intereses supremos de la guerra.

Me parece de la mayor importancia detenernos en este punto concreto: el Departamento de Guerra y la política del Frente Popular. Es absolutamente necesario para ir al fondo de las causas que provocaron la «crisis ministerial».

Comencemos por decir que, anticipándonos a la creación del Comisariado, en Asturias se habían creado delegaciones obreras, compuestas por un miembro del PSOE, otro del PCE y otro más por la CNT, que estaban adscritas a cada Comandancia Militar en los frentes y cuya función era de carácter político-social cerca de los milicianos, sobre la base de la política del Frente Popular, y de ayuda, por consiguiente, a los mandos mutares, cuya mayor dificultad en algunas ocasiones fueron las querellas políticas entre unidades o grupos, originalmente formados por distintas organizaciones políticas o sindicales.

Pues bien, el 15 de diciembre de 1936, es decir, pocos días antes de que estallase la «crisis ministerial», se celebró en el Departamento de Guerra una asamblea a la que asistieron los representantes obreros en las Comandancias Militares y que fue presidida por el jefe de Estado Mayor, comandante Javier Linares.

En esta asamblea me tocó informar, como Delegado de Guerra, sobre la política del Departamento en el ejército. El punto central del discurso: ahondar en la significación de la política del Frente Popular; difundirla, aplicarla. Dije textualmente:

«El programa del Frente Popular nos une a todos; gracias al Frente Popular hemos podido detener al fascismo; sin el Frente Popular el fascismo se habría adueñado ya de España, como antes se adueñó de Italia y Alemania...

Por eso nosotros decimos que hay que luchar en la retaguardia y el frente simultáneamente; que los compañeros que están en el frente deben hacer conjuntamente la política del Frente Popular. Ninguno deja de ser lo que es, ninguno deja de pertenecer a su organización, precisamente es su representante; pero al mismo tiempo que se reconoce esta independencia, es necesario recordar que el punto de coincidencia es el Frente Popular... Los milicianos, sin esta política de orientación, no pueden tener la misma moral. Los milicianos, sin una orientación de conjunto de las comandancias, tendrán inconvenientes para la unidad de acción. Ninguna organización renuncia a sus principios, pero en el momento no puede haber más que una práctica: vencer al fascismo; y no puede haber, por consiguiente, más que una labor de propaganda: la antifascista...»

Y al final se decía: «Creo indispensable que cada organización refuerce su unidad, su disciplina y robustezca su autoridad ante sus afiliados. Pues de la fuerza, de la cohesión de cada organización en sí depende la fuerza y la cohesión del conjunto de las organizaciones componentes del Frente Popular...

...Las propagandas políticas y sindicales son permisibles siempre que no vayan en menoscabo de la línea del Frente Popular; ahora bien, cuando atenten contra el Frente Popular, entonces son, repito, francamente condenables, y todos los hechos concretos que se conozcan a este respecto deben ser denunciados...»

Considero que lo más importante es que mi intervención fue aprobada unánimemente por todos los allí presentes. Y para nosotros esta aprobación de la

política del Departamento de Guerra por los representantes socialistas, anarquistas y comunistas que vivían la vida del frente de batalla, valía mucho más que la de aquéllos que sólo vivían la vida de la retaguardia. Y fueron éstos, y no los que compartían la vida con los milicianos en los frentes, los que provocaron la explosión, la «crisis» ministerial.

Bastaría este testimonio para calificar definitivamente como maniobra politiquera de la peor especie la tan mencionada «crisis ministerial».

Causa de esa «crisis» no lo fueron tampoco descalabros en el frente —que no los hubo en esa época—; por el contrario, los frentes se consolidaban más y más.

Tampoco fueron causas de la «crisis» ni las innumerables actividades del Departamento de Guerra ni el grado de organización alcanzado en lo militar. Muy al contrario, la obra realizada desde nuestro Departamento fue altamente elogiada por Belarmino Tomás al tomar posesión de su nuevo cargo de Consejero de Guerra, cosa que hizo después de visitar todas las dependencias y pedir amplias explicaciones sobre su funcionamiento y eficacia. Recuerdo bien que el veterano comunista Ramón García Roza, que trabajaba como periodista en nuestro *Milicias*, me decía asombrado: «Pero si a Belarmino todo le ha parecido bien... Ya verás mañana en los periódicos». Y, en efecto, toda la prensa del día siguiente reflejó lo que me acababa de decir Roza.

Por otra parte, el Jefe de Estado Mayor —y hablan ya los mandos profesionales—, Javier Linares, en todos los tonos y en todas las partes, de palabra y por escrito, dejó siempre bien sentado que la obra del Departamento de Guerra constituyó la base de la organización del ejército en Asturias. Y aquí no vale el cuento de que Linares era comunista, ¡por favor! Era un militar leal a la República y su pensamiento era más bien conservador. Todavía en México, después de muchos años, me escribió desde Guadalajara, donde trabajó desde fabricar huaraches —una especie de sandalias rústicas— hasta vender pólizas de seguro. Me preguntaba con gran interés por Francisco Lluch, que había sido su ayudante permanente en la guerra, y me repetía al final de la carta «Vosotros fuisteis los organizadores del ejército en Asturias». Poco después moría trágicamente en un accidente de tráfico. El y su esposa.

Y lo más importante es que la gestión del Departamento de Guerra en aquellos primeros meses, muy complicados pero decisivos, contaba abiertamente con la simpatía de los combatientes, incluyendo a los mandos profesionales.

No podía tratarse, por otra parte, de diferencias básicas —al menos aparentemente— con los compañeros socialistas en general, como lo prueban los puntos del programa conjunto de unidad de acción aprobado poco después de terminada la «crisis». He aquí algunos puntos del mismo: Asegurar la unidad de voluntad y de acción de todo el pueblo. Afirmar, tanto en el frente como en la retaguardia, la autoridad del Frente Popular, que debe traducirse por el acatamiento a las órdenes del Estado Mayor. Disciplina férrea. Mando único. Servicio militar obligatorio...

Entonces, ¿de qué se trataba? De una clara maniobra política basada en un solo punto: el anticomunismo. Y en un solo objetivo: aislar a los comunistas. Era la manifestación en Asturias de lo que ocurría en el resto de la zona leal, tal como se expresa en las palabras del camarada José Díaz, que reproducimos

conscientemente al comienzo de este apunte.

Se acusa concretamente a los comunistas de hacer una política partidista, «proselitista». Esto se venía diciendo desde hacía ya bastante tiempo, pero llegó a su clímax en diciembre. Los demás partidos del Frente Popular, así como los anarquistas, se pusieron de acuerdo: ¡hay que cerrar el paso a los comunistas y aislarlos! Y los anarquistas, predicadores del apoliticismo a ultranza, se manifestaron más politiqueros que nadie en esta maniobra. Fueron precisamente ellos los que acordaron que sus representantes en el Comité Provincial del Frente Popular presentaran la dimisión ante el mismo para forzar la maniobra contra nosotros.

La Juventud Socialista Unificada tuvo una actitud prudente —estaba entre la espada y la pared— decidió publicar un manifiesto en el que llamaba a los Partidos Comunista y Socialista a que forjaran seriamente la unidad de acción y política de ambos como exigencia del gran objetivo de ganar la guerra. Posición encomiable que nuestro Partido hizo suya. De ahí vinieron los acuerdos de unidad de que más arriba hablamos.

Segundo Blanco, por los anarquistas, era el portavoz del anticomunismo más agresivo. Por parte de los socialistas lo era, sin duda, Amador Fernández. Aún recuerdo que en una ocasión, a su regreso de Valencia, hablaba en la sala de reuniones del Comité Provincial del Frente Popular, con gran irritación, de los comunistas, de los soviéticos, del proselitismo y qué sé yo de cuántas cosas más. Y mirándome fijamente gritó: «Yo no me bajo los pantalones ante los comunistas, aunque sean rusos». E insistía: «¡Los rusos se inmiscuyen en todo!» A lo que yo me permití contestar, delante del gobernador: «Es difícil bajarse lo que políticamente no se tiene». Belarmino intervino sonriente y se restableció la calma. Otros compañeros socialistas secundaban a Amador. Los que, a1 fin y al cabo, seguían la política de Prieto, que se distinguió siempre por su enconado anticomunismo.

Sería injusto decir lo mismo de otros dirigentes socialistas de Asturias, y en particular de los que estaban al frente de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Por otra parte, mal síntoma era que el secretario particular del gobernador fuera un trotskista o trotskizante: Santiago Blanco, individualista feroz, henchido de vanidad, autor de un periodicucho que en Oviedo se destacaba por hacer blanco de sus iras a los comunistas, desertor.⁴

Por si fuera poco, el abogado Loredó Aparicio, conocidísimo trotskista, fue nombrado secretario general del Gobierno, con facultades para sustituir a B. Tomás cuando éste se ausentara... Loredó Aparicio puso pies en polvorosa cuando el Norte estaba en peligro. Había caído Bilbao. Y se fue. No sé con qué misión. Nunca se nos dijo. Pero ya no regresó. Después supe que había desempeñado un

⁴ El pasado año de 1972 este elemento publicó en Venezuela un libro titulado *¡Por favor: no se meta a publicista!*, en el que hace gala de su inveterado anticomunismo calumniando a la Unión Soviética y a la Revolución cubana. Para este pigmeo de la política, el gran dirigente de la Revolución cubana. Fidel Castro, es «un esquizofrénico». Y contestando a algún supuesto loco —que creo que él mismo, S. B., ha inventado—, dice iracundo: «Pero lo que no le acepto ni al lucero del alba es que me tilden de comunista. Es cromo si me calificasen de nazi o falangista. Me suena igual. Y es lo mismo». El autorretrato es completo.

cargo diplomático en México.

¿Es cierta la «tremenda» acusación de que la organización del Partido Comunista de España en Asturias crecía cualitativa y cuantitativamente, fenómeno que se daba en toda la España republicana?

Sí, es cierto, rigurosa y venturosamente cierto. Causas: un mayor dominio, a medida que pasaba el tiempo, de la teoría marxista-leninista; aplicación de la misma en la lucha diaria; combinación, en una palabra, de la teoría y práctica revolucionarias; métodos de trabajo serios, responsables; sistema de organización adecuado a la lucha a muerte que librábamos contra el fascismo; disciplina consciente, férrea. Todo esto creaba un militante revolucionario distinto al reformista y tenía que tener una manifestación concreta en la guerra. Nuestra política jamás se hizo en provecho propio, sino con miras a cumplir nuestros compromisos políticos con los trabajadores, con el Frente Popular. Como comunistas no podíamos ser más que antifascistas consecuentes: ésa era nuestra naturaleza política. Y repetíamos hasta la saciedad que en aquel momento no había política más revolucionaria que la del Frente Popular contra el fascismo. Toda palabrería ultraizquierdista era, por el contrario, opuesta al desarrollo revolucionario.

El comunismo no era el objetivo que perseguíamos, aunque jamás ocultamos nuestras intenciones de llegar al mismo en su día, pues ése es el destino histórico de la clase obrera. El objetivo estratégico ahora era rescatar la independencia de España, derrotar al fascismo, consolidar, profundizar y extender la democracia. Esa era la cuestión política vital, de principios, que unía a los partidos del Frente Popular y aun a otras organizaciones no adscritas al mismo.

Jamás los comunistas tuvimos una línea política antisocialista (referida al PSOE) ni antianarquista; lo que no impedía, claro está, que criticáramos ideológica y políticamente a unos y a otros. Sin crítica es imposible hacer la revolución. Cada partido, cada organización, conservaba su independencia política y orgánica. Y cuando nos criticaban nuestros defectos o supuestos defectos, jamás nos molestábamos por ello; sí respondíamos a la calumnia.

¿Qué determinó que obreros, campesinos, jóvenes, profesionales e intelectuales vinieran a nuestro Partido? Fue la política general del PCE aplicada por nosotros en Asturias en las condiciones concretas de la guerra.

Los mandos milicianos, después militares, no emergieron de la nada ni fueron producto de favoritismo. ¿De quién, si en el Consejo éramos una minoría que nunca pasó de tres? Todos se lo ganaron con su intachable conducta como combatientes.

Luís Bárzana fue sin duda el más completo jefe militar, que actuó brillantemente tanto en Asturias como en el resto de la zona leal. Manolín Álvarez, el único que en Asturias fue condecorado con la Medalla de la Libertad, llegó a ser jefe en Cataluña de la 42 división, con la que pasó el Ebro, encontrando allí la muerte. Damián Fernández, jefe de división ya en Asturias, luego en Extremadura, y que combatió contra el nazismo en las filas del ejército soviético. Horacio Argüelles, gran organizador, que murió heroicamente en La Trecha al mando de una de las unidades del «Máximo Gorki». José García, de Pola de Lena, jefe de la unidad que copó a un batallón enemigo en el puerto de Somiedo, aniquilándolo. Ladreda,

Victorero, Silvino Morán, Trabanco, Antonio Muñiz, Somoza, Pepón de la Campa, Crispulo Gutiérrez, Jarero, Valledor, Emilio Morán, Manolín Fernández, Manolín Alonso, Zapico, Cossío, Sabino Menéndez y muchos otros camaradas de nuestro Partido.

Comisarios como Ceferino Álvarez Rey, Silverio Fernández, Simón Díaz...

Alcaldes como el maestro Laureano Argüelles, que convirtió Infiesto en una auténtica retaguardia de guerra —ejemplo singularísimo en esos tiempos de los comités de control—, donde todo y todos estaban al servicio de los frentes. Hasta las monjas, que atendían a los milicianos.

Quiero incluir en este grupo de camaradas a Manuel Abol, Mariano Fernández y a otros destinados a diferentes servicios. Y destacadamente a militares profesionales de tanta valía como Francisco Ciutat, Francisco Lluch Urbano y otros. Y también al Comité Provincial entero del PCE en Asturias...

¡He ahí los exponentes humanos de nuestro «proselitismo»!

Esto no me restó jamás ni un ápice de admiración hacia los jefes milicianos de la JSU —comunistas o socialistas—; ni hacia combatientes de la talla de Manuel Otero, Dositeo Rodríguez, Antonio Vázquez, Garsavall y otros compañeros socialistas; ni hacia hombres de la estatura revolucionaria de Higinio Carrocera, Víctor Álvarez, Celesto «el Topu», Mario y otros de la CNT.

Y no se trata ya sólo de Asturias, ni siquiera de España. Muchos nuevos camaradas vinieron al Partido movidos por otros hechos de un alcance político incalculable. ¿Qué español antifranquista no admiró la presencia y la actuación heroica de las Brigadas Internacionales, fundamentalmente organizadas por los Partidos Comunistas y por la Internacional Comunista, aunque en ellas contaran también algunos destacados miembros socialistas? ¿Es que acaso la Internacional Socialista pudo presentar algo semejante? Era imposible, pues aunque hubiera en ella compañeros de buena fe, la Internacional Socialista estaba influenciada decisivamente por los laboristas británicos, por los Citrine, partidarios de la no intervención y de no comprometer a su Gobierno imperialista en «las cosas de España». El reformismo siempre fue la antítesis del marxismo, del internacionalismo proletario.

Y a este respecto, ¿quién puede desconocer que la mayor y mejor ayuda en materiales y en técnicos procedían de la URSS, el primer país socialista del mundo, dirigido por comunistas? ¿En qué rincón de nuestra guerra no había un arma, un consejero soviético? ¿Qué aviones y qué aviadores defendieron los cielos de Madrid durante su heroica defensa?

No me puedo sustraer a la tentación de reproducir algunos párrafos del libro de V. Rojo, jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid y posteriormente jefe del Estado Mayor central, titulado *Así fue la defensa de Madrid*.

«En cuanto a la misión soviética..., puedo afirmar rotundamente, reiterando lo ya dicho en otro lugar, que son absolutamente falsas y calumniosas las especies vertidas irresponsablemente de que las funciones de mando y Estado Mayor de la batalla (su dirección) estuvieran a cargo de ese personal ni de ningún otro extranjero, pues éstos en ningún caso formaron parte del comando. La total responsabilidad de las órdenes, al darse y al cumplirse, recayó sobre los mandos

nacionales».

En otra parte hemos hablado de que Rojo considera en su libro que el jefe de la misión militar soviética y, por ende, esta misma, fue un «valiosísimo auxiliar en las horas difíciles de la batalla de Madrid...».

En cuanto a las armas soviéticas, había de decir al hablar de la gran batalla del Jarama: «...sería la batalla aérea más importante de la historia de la guerra llevada a cabo hasta entonces, pues intervinieron más de cien aviones de caza y bombardeo. El triunfo correspondió a la aviación del Gobierno».

«Los carros —soviéticos— también se mostraron superiores en número y eficacia...»

Y sin ir tan lejos. ¿Es que los cielos de Asturias no fueron defendidos por aviones y pilotos soviéticos en los primeros meses de la guerra?

Los restos de algunos pilotos soviéticos caídos en la lucha de Asturias, y que yacen en el cementerio de Ceares de Gijón, merecen nuestro respeto y nuestra gratitud. El que nos merece el principio por el cual murieron en nuestra tierra: el internacionalismo proletario.

¿Y quién era capaz de impedir que se hiciera una comparación entre el Gobierno de la URSS y el de León Blum, socialista, que no sólo no ayudaba a nuestro pueblo, sino que, en nombre del funesto Comité de No Intervención, retenía en su frontera las armas que nos enviaba la URSS? Lo mismo podríamos decir del dirigente socialista de derecha belga Spaak y de otros de su ralea. Uno de los que protestó en el Comité Nacional del PSOE contra la actitud de esos dirigentes fue González Peña en julio de 1937.

Resumiendo esta parte: he ahí las causas ideológicas, políticas y de orden práctico —los hechos— que los nuevos militantes del Partido habían tenido en cuenta antes de haberse decidido a ingresar en nuestras filas. La política sucia del «proselitismo» quedaba al desnudo como una maniobra anticomunista de estilo burgués.

Ahora bien, si es rigurosamente cierto que el anticomunismo fue la causa general de la «crisis», no lo es menos, y esto es sustancial, lo que se encubría detrás de esa actitud francamente desintegradora.

Para nosotros la cuestión no estaba solamente en ser intransigentemente leales a la política del Partido Comunista. Esa lealtad entrañaba, además, deberes ineludibles, cuales eran los de criticar con toda la cordialidad posible los defectos, a veces monstruosos, de quienes en el frente y en la retaguardia —andando el tiempo, más en esta última— parecían actuar no para ganar la guerra, sino para perderla.

El trato dado a la pequeña y media burguesía, nuestra aliada republicana, por la CNT-FAI era totalmente contrario al espíritu y a los intereses generales y revolucionarios del Frente Popular. Hay que reconocer en este punto que al menos durante algún tiempo Amador actuó como un verdadero ariete contra esa más que errónea, nefasta política.

Existían los Comités de Control. Tanto la CNT como la UGT habían acordado que se

establecieran en cada empresa. Pero ese derecho por todos reconocido no fue ejercido por la CNT como correspondía. El derecho de control fue convertido en derecho absoluto y privado de propiedad, haciendo de cada empresa industrial un estado infranqueable. Todo esto estaba en flagrante contradicción con las exigencias de la guerra, que consistían en que se coordinara la producción no ya sólo en Asturias, sino en todo el Norte y en la España leal. Además no se practicaba la democracia sindical: los trabajadores no intervenían con sus opiniones en la marcha del proceso productivo. Y aún más: a veces se planteaban reivindicaciones económicas fuera de lugar en aquellos azarosos tiempos en que si bien es rigurosamente cierto que había que atender las necesidades de los trabajadores, no lo es menos que era una exigencia vital trabajar no ocho, sino todas las horas que fueran necesarias para hacer frente a los pavorosos problemas planteados por la guerra.

En fin, el resultado era el siguiente: reino de taifas en la industria, desorganización en la producción, con graves repercusiones en la economía en general de la región y en la de guerra en particular. Esto es un reflejo de la política cantonalista que los comunistas denunciaron sin descanso.

Los compañeros socialistas, al entenderse con los anarquistas para la realización de la maniobra politiquera contra nosotros, no ayudaban a eliminar esas anomalías tan perjudiciales a la marcha de la guerra antifascista, sino que las estimulaban.

En el pleno del Comité Provincial del Partido Comunista —ver *Milicias* del 27 de diciembre de 1936— se aprobó la gestión del titular de Guerra en el Comité Provincial del Frente Popular y se destacó que la «crisis», entre otros fines, perseguía el de encubrir todas las incalificables anomalías que se daban en la retaguardia. Lo precedente —se concluyó en aquel importante pleno— es que cada Departamento del Comité Provincial del Frente Popular presente ante el pueblo un balance de los resultados de su gestión. Y como consecuencia del análisis serio, crítico, de los mismos, proceder a la reorganización del Comité Provincial del Frente Popular. ¡Ah! Pero eso no lo querían presentar algunos Departamentos, porque sus balances no podrían haber hablado de resultados positivos, sino de vergonzosos fracasos, que son precisamente los que querían encubrir con su actitud anticomunista al provocar una innecesaria «crisis», tomando como blanco de la misma al Departamento de Guerra, que sí podía presentar y presentó un balance positivo de su gestión en los seis primeros meses de guerra.

Y naturalmente, la «crisis» se resolvió en ausencia —en la reunión en que eso se decidió— de los representantes comunistas en el Frente Popular y contra éstos. Y para que no hubiera equívoco, algunas organizaciones —las que provocaron la «crisis»— no tuvieron empacho en declarar que había que cambiar al actual titular de Guerra por otro que *necesariamente no ha de pertenecer al Partido Comunista*.

Más claro ni la luz del sol.

Todo lo acontecido en este invierno de 1936 fue un antecedente muy valioso para comprender lo que ocurrió —en proporciones y características mucho más graves— en el otoño de 1937, cuando se proclamó pomposamente la constitución del Consejo Soberano de Gobierno.

Las repercusiones de la «crisis ministerial» y su injusta solución produjeron, sin duda, descontento, tanto en el frente como en la retaguardia. El anticomunismo nunca fue un aliento para la lucha revolucionaria, sino todo lo contrario. Podríamos presentar miles de ejemplos de todas las épocas, desde los tiempos heroicos del marxismo hasta hoy.

Nuestro Partido criticó en términos enérgicos la inmunda maniobra politiquera; comprendió el descontento provocado por la misma entre los milicianos y el pueblo, pero nunca lo alentó. Ni por un solo instante olvidábamos que frente a nosotros estaban el fascismo falangista, el nazi y el italiano... Para nosotros lo fundamental seguía siendo ganar la guerra, pese a todo. Evitar a toda costa el ensanchamiento de las grietas producidas en el bloque antifascista era un factor indispensable para seguir luchando. Y la respuesta fue hacer nuevos esfuerzos por la unidad... Y un mes después, socialistas y comunistas llegaban a un acuerdo sobre este particular.

Una lección permanente se desprende de cuanto acabamos de decir: el anticomunismo pertenece al bagaje ideológico y político de la burguesía más reaccionaria y se infiltra el movimiento obrero a través del reformismo, de la ideología pequeñoburguesa del anarquismo, del trotskismo en sus diferentes modalidades.

Hay momentos en nuestra guerra en que no se sabe qué pesa más en el ánimo de algunos de nuestros aliados: si el antifascismo o el anticomunismo.

El anticomunismo constituyó un gran obstáculo en el desarrollo de nuestra guerra nacional liberadora, pues siempre debilitó la unidad del Frente Popular y de la lucha misma.

El anticomunismo fue, según mi leal entender, una de las causas de la pérdida de la guerra.

Pues fue esa misma bandera del anticomunismo la que enarbolaron los traidores de la Junta de Casado-Besteiro; la misma que fue derrotada en Cataluña cuando los trotskistas y grupos de anarquistas se levantaron contra el Gobierno de la República y los comunistas.

Fue esa Junta de felones la que atacó a las unidades mandadas por comunistas, que tenían que hacer frente al mismo tiempo a los ataques fascistas. Fue esa Junta la que encarceló y entregó al enemigo a dirigentes del Partido, héroes de cien batallas en la lucha contra el fascismo. Una de sus víctimas fue nuestro camarada Aquilino Fernández Rocas, que fuera consejero en Asturias en representación de la UGT, y otros camaradas asturianos.

Con ayuda de los anarquistas del Cuerpo de Ejército de Mera liquidaron la resistencia en el centro y entregaron Madrid, el heroico Madrid. Todo ello en nombre de «una paz honrosa».

Basten estas palabras de Besteiro, que él mismo leyó por radio, para convencerse que el anticomunismo llegó a ser la bandera común de Franco y los traidores de la Junta de Casado:

«El Consejo Nacional de Defensa quiere impedir que el Gobierno de España caiga definitivamente en poder de los comunistas que tiranizan al pueblo».

Para terminar este apunte queremos enjuiciar críticamente lo que escribieron un grupo de camaradas, dirigidos por Dolores Ibárruri, en el libro *Guerra y revolución en España (1936-1939)*, tomo II.

No cabe ninguna duda de que los cinco o seis primeros meses de la guerra fueron decisivos para la organización de la defensa y de la economía en Asturias, al igual que en el resto de España: la formación del V Regimiento en Madrid es un contundente ejemplo de lo que afirmamos.

Y en estos primeros meses la actitud de los comunistas fue decisiva. Sin embargo, en cuanto se refiere a los comunistas asturianos, esto no se tiene en cuenta en el libro citado. Da a veces la impresión de que el papel de aquéllos fue insignificante. El Partido, su trabajo y lucha abnegados no ocupan el lugar que les corresponde.

Esto ocurrió a pesar de que en los primeros momentos perdimos a nuestro inolvidable secretario general, camarada Carlos Vega, quedando el Partido temporalmente sin su principal dirigente.

En primer lugar, en el libro citado no se habla para nada del Comité Provincial del Frente Popular (ya unificado con el Comité de Guerra de Gijón), en el cual, a propuesta de los compañeros socialistas, fue un camarada del Partido el que ocupó el Departamento de Guerra y desde el cual se hizo todo cuanto hemos venido reseñando.

En segundo lugar, si bien es cierto que socialistas y anarquistas ocuparon puestos principales en la dirección de la vida política y económica de la región, como se dice en el libro, no es menos cierto que tenía un gran valor político el que las cuestiones de la guerra estuvieran en manos del Partido, al servicio, claro, del Frente Popular.

No sabemos a qué causas puede obedecer el que el grupo de camaradas citado hayan silenciado la actuación de la dirección y del conjunto del Partido en estos cinco meses ricos en acontecimientos de todas clases. Sí sabemos que en poder de la dirección obraban informes del secretario general, Angelín; de Juan Ambóu, que representó al Partido en el Frente Popular desde el comienzo hasta el fin de la contienda; y de Francisco Ciutat, aunque éste no vivió los primeros momentos de la lucha de Asturias. ¿Qué pasó entonces? ¿Qué queda de la verdad histórica en estos cinco meses de incesante lucha de los comunistas de Asturias? Por lo menos cabe decir que quienes escribieron sobre Asturias lo hicieron con una irresponsabilidad manifiesta. ¿O ignorancia?

No puede ser por ignorancia. Creemos que los autores del libro citado —muy acertado en la mayoría de sus capítulos, según nuestro modesto entender— sí leyeron el *Diario de la guerra de España*, de Mijail Koltzov, quien dice:

«Los comunistas —asturianos— en la situación de guerra se han situado en el primer plano...» «Juan Ambóu dirige la sección militar del gobierno asturiano».

Hasta el enemigo estaba celoso de nuestra acción y crecimiento. El coronel franquista Martínez Bande dice en su libro:

«El Partido Comunista sacó aquí, como era costumbre en él, los máximos posibles frutos de una situación que inicialmente no se le presentaba nada favorable. Sabido es que su influencia era mínima en Asturias el 18 de julio, lo que no fue obstáculo para que acabara dominando los resortes del poder y de las fuerzas

armadas locales, hasta el punto de conseguir la afiliación de un 90 por 100 de los mandos profesionales».

Es indudable que hay exageración en lo que se dice, pero al enemigo le preocupaba también el «proselitismo» en Asturias. Era muy amargo para ellos que creciera y se robusteciera el partido de los comunistas en Asturias. Y el mismo Aranda, tratando de asustarles, advertía «seriamente» a nuestros aliados del peligro que para ellos representaba el comunismo.

Sin embargo, uno de nuestro bando, el teniente coronel Buzón Llanes, jefe de la segunda sección del Estado Mayor del Ejército del Norte, en el informe elevado al Gobierno de Valencia el 21 de noviembre de 1937, dice refiriéndose a Asturias: «Equilibradas las fuerzas socialistas y de la CNT, y éstas bastante sensatas, toman en los primeros momentos la dirección de la provincia en todos los aspectos, *incluso el militar* (el subrayado es mío, J. A.), concediendo un margen de beligerancia al Partido Comunista, que era poco numeroso al empezar la guerra».

Opinión que se parece bastante, en algunos aspectos, a la expuesta por nuestros camaradas en el ya citado libro, *Guerra y revolución en España (1936-1939)*.

Rectificar es de sabios. Y de comunistas. Nosotros tenemos el método insustituible de la autocrítica.

¿Sería posible que los autores del citado libro le dieran a los comunistas de Asturias el lugar que les corresponde, por derecho propio, en la lucha contra el fascismo en los primeros seis meses de guerra?

Solucionada la «crisis» en forma impopular y electorera, el Consejo Interprovincial de Asturias y León —éste era su nuevo nombre— quedó constituido así:

- * Presidencia y Guerra: Belarmino Tomás (gobernador). PSOE.
- * Comercio: Amador Fernández. PSOE.
- * Marina: Valentín Calleja. UGT (del PSOE).
- * Comunicaciones: Aquilino Fernández Rocés. UGT (del PCE).
- * Hacienda: Rafael Fernández. JSU (del PSOE).
- * Justicia: Luís Roca de Albornoz. JSU (del PSOE).
- * Industria: Segundo Blanco. CNT (FAI).
- * Asistencia Social: Maximino Llamedo. CNT (FAI).
- * Trabajo: Onofre García Tirador. FAI.
- * Pesca: Ramón Álvarez Palomo. FAI.
- * Propaganda: Antonio Ortega. IR.
- * Obras Públicas: José Maldonado. IR.
- * Instrucción Pública: Juan Ambóu. PCE.
- * Agricultura: Gonzalo López. PCE.
- * Sanidad (civil): Ramón Álvarez Posada. JJLL.

Quince consejeros en total. De ellos, sólo tres eran comunistas, lo que no representaba en absoluto la influencia tangible del Partido en el frente y en la retaguardia. Pero esa influencia era una incambiable realidad. Y porque lo era, las maniobras para aislar a los comunistas no tuvieron éxito.

VIII. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Lenin decía del Manifiesto comunista que formulaba «con claridad y precisión geniales la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente, que abarca también el dominio de la vida social, la dialéctica, la ciencia más vasta y más profunda de la evolución, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario que le ha tocado en la historia mundial al proletariado, creador de una sociedad nueva, la sociedad comunista».

Y en el llamamiento final del histórico documento —¡Proletarios de todos los países, uníos!— se señalaba el contenido internacionalista de la lucha de la clase obrera y le entregaba una bandera invencible de combate: la de la unidad.

La vida confirmó a través de más de ciento veinte años que Marx y Engels tenían razón: la unidad ideológica, política y orgánica del partido bolchevique conquistó, unió y dirigió a la clase obrera rusa, cuyo histórico fruto fue el triunfo de la Revolución de Octubre.

La profunda división del proletariado alemán, controlado en gran parte por la socialdemocracia, favoreció el triunfo del nazismo.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la amplísima unidad nacional en cada país invadido o amenazado, cuyo núcleo central y más combativo lo constituía la clase obrera, determinó que la coalición antihitleriana de naciones derrotara al nazismo, el mismo que en nuestra España había hecho toda clase de ensayos a costa de la sangre de los españoles y con el beneplácito del franquismo.

En nuestros días, el Partido Vietnamita del Trabajo asombró al mundo derrotando al imperialismo yanqui. El secreto: la unidad de los trabajadores y de todo el pueblo, dirigido por el gran partido de Ho Chi Minh.

El valor decisivo de la unidad de la clase obrera, en alianza con los campesinos y las masas populares, se puso también de relieve durante toda nuestra guerra nacional liberadora.

Quedó palmariamente demostrado que las batallas ganadas al fascismo siempre estaban en íntima relación con el grado de unidad y fuerza dirigente alcanzados por la clase obrera; así como las derrotas sufridas estuvieron siempre en relación directa con el grado de división en el movimiento obrero y, como consecuencia natural, en la del Frente Popular.

LA UNIDAD DESPUÉS DE OCTUBRE DEL 34

Octubre de 1934 fue el gran aldabonazo que penetró profundamente en la conciencia de los trabajadores. La lección era clara y terminante: allí donde el proceso de unidad había avanzado más, triunfó temporalmente el proletariado. Asturias fue el ejemplo. Sin embargo, donde persistió la división, la derrota no se hizo esperar: Cataluña fue el ejemplo.

La consigna, el grito de guerra de los combatientes fue precisamente el de UHP: ¡Uníos, hermanos proletarios! ¡Cómo se aprecia aquí el valor histórico del

llamamiento de Marx y Engels!

Durante la brutal represión que se abatió sobre los luchadores de Octubre, por todas partes surgieron Comités de Ayuda a los presos, tanto en el plano nacional como en el local, en los que figuraban el Partido Comunista de España, el Partido Socialista Obrero Español, la Juventud Comunista, la Juventud Socialista, la UGT y la CGTU.

El acercamiento entre socialistas y comunistas, sobre todo por la base, era inevitable. En diciembre de 1934 las direcciones nacionales del PCE y del PSOE acordaron establecer Comités de Enlace, aunque no se firmó entonces ningún pacto de unidad de acción.

EL VII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El VII Congreso de la Internacional Comunista produjo una gran conmoción en el mundo proletario. El informe del camarada Jorge Dimitrov, que ganó en Leipzig la primera gran batalla al nazismo, convirtiéndose de acusado en implacable acusador, planteó ante el mundo proletario y las masas populares la necesidad urgente de organizar la lucha a muerte contra el nazismo, la dictadura terrorista y más brutal del capital financiero, que amenazaba hundir al mundo en una hecatombe. El arma: el frente único de la clase obrera y la alianza con los campesinos como sólida base para un amplio Frente Popular.

Los socialistas de izquierda, dirigidos por Largo Caballero, aplaudieron las decisiones del VII Congreso de la Internacional Comunista y se dispusieron a establecer relaciones con los comunistas. La Juventud Socialista, empezando por la dirección, secundó con mayor ímpetu esa posición unitaria.

En noviembre de 1935, la CGTU, de orientación comunista, se fusiona con la UGT.

El 15 de enero se firma el pacto del Frente Popular, que resultará victorioso en las elecciones de febrero de 1936.

Más adelante se fusionan cuatro partidos obreros en Cataluña: el Comunista, el Socialista, la Unión Socialista de Cataluña y el Partit Proletari Catalá.

Diferentes organizaciones y revolucionarios intercambiaron correspondencia con Dimitrov. En su carta dirigida el 16 de noviembre de 1935 al redactor jefe del diario socialista de Valencia *Adelante-Verdad*, Dimitrov decía:

«Siento la mayor alegría al ver a los proletarios españoles de vanguardia, socialistas y comunistas, emprender seriamente la gran labor de unión de la clase obrera y de todos los trabajadores para luchar contra el fascismo, contra la guerra y la ofensiva del capital... El camino de la victoria sobre el fascismo, sobre las fuerzas de la reacción y de la contrarrevolución en España, está en la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas, en la liquidación de la escisión del movimiento sindical, en la multiplicación y consolidación de las Alianzas Obreras y Campesinas...»

FUSIÓN DE LA JUVENTUD SOCIALISTA CON LA COMUNISTA

A la luz de los acontecimientos de octubre del 34, la juventud se radicalizó políticamente. Su lucha era más combativa, así como sus publicaciones. Leía y estudiaba más. Se puede asegurar sin exageración que entre los dirigentes de la Juventud Socialista había compañeros más preparados ideológica y políticamente que entre muchos viejos y abnegados dirigentes del PSOE. De ahí que la fusión de ambas organizaciones juveniles, sobre bases revolucionarias leninistas, se realizara con gran rapidez.

Se acababa de celebrar el VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista. En el mismo, y como reconocimiento a la participación de los jóvenes comunistas en la insurrección de octubre de 1934, fui nombrado miembro del Comité Ejecutivo.

Representantes de la Juventud Socialista y de la Juventud Comunista nos reunimos varias veces con Dimitrov y también con Manuilski. El primero ya había sido nombrado secretario general de la Internacional Comunista durante su VII Congreso, en sustitución del segundo. A las reuniones, en las que se habló de la unificación de ambas organizaciones juveniles, asistieron: Santiago Carrillo, José Laín y Federico Melchor, por la Juventud Socialista; Trifón Medrano, Juan Ambóu y Cabo (de Sevilla), por la Juventud Comunista.

Unos y otros salimos satisfechos de estas reuniones. Sin excepción, todos valorábamos la profundidad, la sencillez, la flexibilidad de los planteamientos de los dos dirigentes de la Internacional Comunista. Con insistencia nos explicaban el inmenso valor de la participación de la juventud en la lucha revolucionaria, pero nos pedían que evitásemos el aventurerismo. Preveían grandes luchas en España, pero aconsejaban siempre que «no se forzara la revolución, con peligro de desplazar de nuestro campo a fuerzas que eran necesarias para la lucha contra el fascismo». «Utilizad al servicio de la revolución a todos cuantos estén dispuestos, mal que bien, a trabajar por ella...» Manuilski agregaba que «el desplazamiento de técnicos, profesionales y otros en los días de la Revolución de Octubre nos perjudicó, pues aquéllos tenían los conocimientos y experiencia de la organización y administración y era necesario aprovecharlos...».

Todos salimos fortalecidos ideológica y políticamente de estas reuniones.

Y como es bien conocido, la fusión de ambas organizaciones juveniles revolucionarias se produjo, lo cual constituyó un acontecimiento histórico, una aportación de valor incalculable para la guerra que pronto habríamos de librar contra el fascismo.

EL PROCESO UNITARIO DURANTE LA GUERRA

El proceso unitario de comunistas y socialistas durante la guerra pasó por diferentes fases. A la unidad obligaban apremiantemente la guerra misma, que pronto adquirió el carácter nacional revolucionario, y la gran presión de los obreros y las grandes masas antifascistas. No cabía en estas circunstancias una actitud inmóvil por parte de la dirección del PSOE. El nuestro dedicaba lo mejor de sus esfuerzos en conseguir no sólo la unidad de acción, sino que miraba más lejos,

hacia la creación del Partido Único del Proletariado. Simultáneamente se abogaba por un mayor acercamiento entre la UGT y la CNT. Una y otra cosa eran indispensables para la consolidación del Frente Popular.

En abril de 1937 se publica un documento de la Comisión Ejecutiva del PSOE, conjuntamente con el Comité Central del PCE. En el mismo se anunciaba la constitución del Comité Nacional de Enlace y se instaba a las direcciones provinciales y locales a que hicieran lo mismo.

Pero ¿quién lo había de decir? Fue Largo Caballero, a la sazón presidente del Consejo de Ministros y también de la UGT, otrora el más destacado paladín de la unidad con los comunistas, el que, con el apoyo de la CNT y la FAI, opuso los mayores obstáculos al proceso unificador. Largo Caballero, a quien tanto respetábamos los comunistas, adoptó una posición francamente hostil a nosotros, alegando que hacíamos «proselitismo», «utilizando» la ayuda soviética al pueblo español.

Después del *putsch* de mayo en Cataluña, protagonizado por el POUM y la FAI, se agudizó la crisis política en el país. Por la presión de las masas populares y de los Partidos Comunista y Socialista, y hasta de los republicanos, hubo necesidad de introducir radicales cambios en el Gobierno. El doctor Juan Negrín sustituyó a Largo Caballero en la presidencia del Gobierno.

Los caballeristas —desde la dirección nacional de la UGT— se opusieron al nuevo Gobierno. A ellos se unieron los cenetistas, que en su pleno de junio de 1937 acordaron no prestar «colaboración directa ni indirecta al nuevo Gobierno». Y el punto final decía: «Atacar al Partido Comunista en el orden nacional. Atacar en el plano local a quienes se hagan acreedores a ello...»

En julio, las direcciones nacionales de los Partidos Socialista y Comunista —el primero dividido por la actitud de los caballeristas— acordaron ampliar los comités de enlace, y en agosto aprobaban un programa de acción de gran importancia para la prosecución de la guerra.

LA UNIDAD EN ASTURIAS

Como es sabido, el Comité Provincial del Frente Popular se estableció en Sarna de Langreo en los primeros días de la guerra. Otro Comité de Guerra existía en Gijón, presidido por Segundo Blanco, de la CNT. Como hemos dicho anteriormente, se constituyó después el Comité Provincial del Frente Popular, con la entrada de la CNT, a quienes les costó mucho trabajo disolver su Comité de Guerra. El cantonalismo, en tiempos de la I República, que con tanto ingenio fustigara Engels en su libro *Los bakuninistas en acción*, había cobrado de nuevo vida en Gijón. Con el ingreso de la CNT en el Frente Popular las cosas, sin embargo, empezaban a cambiar.

El Comité Provincial del Frente Popular, dividido en Departamentos (o pequeños Ministerios), empezó a funcionar. Era un buen paso hacia adelante.

Pero en Asturias, el curso que había de seguir la guerra dependía en gran parte del grado de entendimiento político entre socialistas y comunistas.

Nosotros, los comunistas, insistíamos machaconamente en la necesidad de actuar juntos. Y a pesar de la «crisis ministerial» por la que acabábamos de pasar, persistimos en llegar a un acuerdo común. Y así, en enero de 1937 se formó un Comité de Enlace en el cual los compañeros Antonio Llaneza, Dutor y López Mulero representaron al PSOE. El nombramiento de Llaneza no auguraba nada bueno, pues siempre fue un declarado enemigo de la unidad con los comunistas. Y los compañeros Ángel Álvarez, Félix Llanos y Juan Ambóu, al PCE. Este último fue nombrado por unanimidad secretario del Comité de Enlace.

El programa de acción firmado con los compañeros socialistas fue publicado en *Avance* y en *Milicias* a fines del mes de enero de 1937. En él se establecía lo siguiente:

«Asegurar la unidad de voluntad y de acción de todo el pueblo. Asegurar en la vanguardia la autoridad del Frente Popular, que debe traducirse por el acatamiento decidido y entusiasta de las órdenes del Estado Mayor y por un reforzamiento intenso de la disciplina. Acelerar la marcha, hasta su perfección, del Ejército por medio del servicio militar obligatorio. El mando único en la vanguardia sólo es posible si hay mando único en la retaguardia. Protección del pequeño comerciante e industrial mediante la concesión de créditos, etc. Reconocemos la necesidad de un aparato burocrático, pero condenamos la red de pequeños comités que entorpecen extraordinariamente la marcha regular de los auténticos órganos rectores. Popularizaremos la gran ayuda prestada por la URSS y su gloriosa experiencia, que ha de ser nuestro norte, y combatiremos con las armas en la mano contra los que se atrevieran a atacarla. Llevaremos una lucha implacable contra todas las corrientes que quieran infiltrarse en el movimiento obrero para entorpecer la marcha de la unidad, sembrando el confucionismo por medio de frases extremistas, falsamente revolucionarias, queriendo apartar en estos momentos de la influencia del proletariado a los campesinos y a la pequeña burguesía, y pretendiendo desacreditar a la URSS, el gran país de la solidaridad. Lucharemos incansablemente contra todos los que desde fuera o desde dentro de nuestras organizaciones pretendan debilitar la unión sagrada de la clase obrera. Publicarán —ambos partidos— un periódico en común».

Como se observará, en Asturias nos adelantamos a las direcciones nacionales de ambos Partidos, ya que fue en abril cuando éstas publican el documento anunciando la constitución nacional del Comité de Enlace.

Considero que el documento que acabo de transcribir era políticamente oportuno y acertado. Y obedecía, sin duda, al sentir de los combatientes y también de las masas populares en la retaguardia. En una y otra parte tuvo una repercusión muy favorable. Pero la aplicación práctica del contenido del documento es ya harina de otro costal. Los compañeros socialistas no daban señales de vida. No aparecían en las juntas. Pasados dos meses, precisamente el 20 de mayo de 1937, el secretario de la Comisión Provincial (J. A.) hubo de enviar a la prensa un artículo titulado *Crítica*, que en parte decía lo siguiente:

«...en algunos puntos como Villaviciosa, Ciaño, Gijón y otros, lo mismo que en diversos batallones, comunistas y socialistas, comprendiendo esencialmente el llamamiento de las direcciones provinciales, pusieron

mano a la obra, dando vida a los acuerdos de aquéllas».

Y criticaba que en otros puntos no hubiera ocurrido lo mismo en estos términos:

«En una palabra, el trabajo que comenzó con tan grande entusiasmo ha caído en una pasividad cuyas causas es necesario analizar por medio de una crítica sincera... La causa fundamental hay que buscarla en primer lugar en la inactividad, casi total, de la Comisión Provincial, que no ha sido consecuente en su trabajo... La responsabilidad es colectiva de toda la Comisión Provincial, pero a fuer de sinceros hemos de decir que los compañeros socialistas componentes de la Comisión no han prestado toda la atención que merecen a los trabajos encomendados a esta Comisión por la falta de asistencia a las reuniones a que reiteradamente se les convocaba...»

Hablando de problemas «que son cuestión de vida o muerte en estos momentos», añadió:

«Uno de ellos, el más agudo, es el que se refiere a la economía. Por la multiplicidad de centros, por las atribuciones excesivas que hoy tienen muchos controles, los problemas de producción y distribución ni están resueltos ni marchan por caminos de solución.

Siguiendo las orientaciones dadas por la Comisión Provincial, es menester que sin excusa alguna, poniendo en la empresa todas las energías y entusiasmos, comunistas y socialistas provoquen asambleas en los sindicatos para discutir democráticamente el papel que desempeñan los controles, la función que deben desempeñar y las enseñanzas que arrancan de la experiencia de esos controles...»

Esta crítica iba dirigida principalmente a los controles dirigidos por la CNT, que obraban a su manera en las fábricas, rehuyendo la convocatoria de *asambleas democráticas de producción*, en las que los trabajadores tenían el derecho y el deber de contribuir con sus aportaciones y sus críticas al mejoramiento de la producción.

En relación con la guerra misma se abogaba por «un reforzamiento de la disciplina y por una más elevada comprensión de lo que significaba el mando único».

«El toque de atención tiene esta doble finalidad: decir a los trabajadores ante los cuales firmamos el pacto de unidad de acción, principalmente *lo que no hemos hecho* en la Comisión Provincial...»

Como se observará, los comunistas insistíamos en la participación de las masas en el frente y en la producción. Nosotros, a quienes los de FAI no tardarían en motejarnos de ¡totalitarios!

Sí mejoraron las cosas, aunque no en el ritmo y la medida en que podía hacerse, dadas las exigencias del momento.

Las relaciones entre socialistas y comunistas continuaron con toda una serie de altibajos. De todas formas no está de más destacar que se dio en Asturias un caso verdaderamente singular: en el acto que se celebró en el teatro Dindurra, de Gijón, y en el que intervinieron todas las organizaciones del Comité Interprovincial con motivo del primer aniversario de la sublevación militar-fascista, un comunista —el que esto escribe— habló en nombre del PSOE y del PCE, ambos componentes del

Comité Provincial de Enlace.

Sin embargo, las relaciones entre ambos partidos se fueron deteriorando, y en casi todo lo que restó de guerra en el Norte hubo una mayor aproximación entre anarquistas y socialistas contra el Partido Comunista. La constitución del Consejo Soberano, del que hablaremos más adelante, es testimonio excepcional de lo que acabamos de decir.

LA JUVENTUD SOCIALISTA UNIFICADA

Cuando se desencadena la agresión militar-fascista no se había llegado aún a la fusión de la JC y la JS a escala provincial, aunque sí en muchas localidades. No hubo en ningún momento serios entorpecimientos para llevar a cabo tan importante acontecimiento. Alguien puede alegar que entre los jóvenes comunistas había algún que otro sectario. O que entre los jóvenes socialistas existían algunos prejuicios por haberse desenvuelto en un medio ambiente diferente al nuestro. Bueno, eso puede ser cierto; pero en ningún momento constituyó un obstáculo insalvable para la fusión.

El 15 de octubre de 1936, en el teatro Robledo de Gijón se celebró con inusitado entusiasmo la Conferencia de Unificación de la juventud marxista, creándose la Federación Asturiana de la JSU, siendo nombrado el compañero Rafael Fernández secretario general.⁵

La JSU, al igual que en el conjunto de la zona leal, desempeñó en Asturias un papel importantísimo. Y no sólo en la movilización de la juventud para la guerra, hecho éste, por sí solo, de gran valor, sino también en todos los acontecimientos políticos que vivió la región asturiano-leonesa.

La JSU y especialmente su secretario general, el compañero Rafael Fernández,

⁵ El 15 de octubre de 1936 se eligió la primera Comisión Ejecutiva Provincial de la Juventud Socialista Unificada. Los cargos se distribuyeron así:

Rafael Fernández, secretario general.

Francisco Fernández («Pancho»), secretario de Organización. (Bueno, pero con insuficiente flexibilidad). Lucio Losa, segundo secretario de Organización.

Andrés Ibargüen, secretario de Milicias.

Emilio Bayón, segundo secretario de Milicias.

Luís Roca de Albornoz, secretario de Propaganda Oral.

Federico Patán, secretario de Propaganda Escrita

Purificación Tomás, secretaria femenina (nunca estuvo muy convencida de la bondad de la unidad entre la Juventud Socialista y la Juventud Comunista).

Ángel León, secretario de Administración.

Valentín Calleja, secretario Sindical. (Siempre estuvo en desacuerdo con la unificación.)

Marino Granda, secretario Infantil. (Acaso el menor en edad, pero llegó hasta ejercer como comisario de División).

Luís Coca, secretario de Deportes. (Publicado en *Vanguardia*, órgano provincial de la JSU, octubre de 1936.)

Francisco Fernández y Federico Patán, agudo editorialista de *Vanguardia*, siempre constituyeron un factor positivo para el entendimiento entre los Partidos Comunista y Socialista. No podríamos citar un solo hecho de importancia de corte anticomunista por parte de la JSU. Ni siquiera en los momentos de que hablamos anteriormente, en que el anticomunismo había unido al resto de las organizaciones del Frente Popular.

Habiendo simpatizado los jóvenes socialistas de Asturias con la actitud unitaria adoptada por Largo Caballero en los primeros meses de 1935, no se solidarizaron con él cuando adoptó una actitud contraria, es decir, anticomunista, y aplaudieron la salida que se le dio a la crisis con el nombramiento del doctor Juan Negrín como presidente del Consejo de Ministros.

La JSU, lo mismo que el resto de las organizaciones representadas en el Frente Popular, condenó el *putsch* del POUM y de la FAI en Cataluña en mayo de 1937.

Y en momentos difíciles, verdaderamente críticos, como lo fueron aquéllos en que se constituyó el Consejo Soberano, la JSU mantuvo una actitud opuesta a los representantes del PSOE y de todos los demás componentes del Consejo, coincidiendo con la que defendía nuestro Partido de respaldo total al Gobierno de la República. La situación llegó a ser tan difícil que si los comunistas nos hubiéramos quedado solos en esta posición política incambiable, nada de extrañar hubiera sido que estallase una pequeña guerra civil entre nosotros. ¡Qué duda cabe que la postura adoptada por la JSU contribuyó grandemente a evitar tal calamidad!

Estamos en desacuerdo con algunos autores que afirman que la JSU estuvo influida por el PCE, y también con aquellos otros que pretenden que la JSU estuvo siempre, incondicionalmente, del lado del PSOE. Los hechos, como hemos visto, dicen otra cosa.

Que no siempre coincidieron nuestras opiniones... Cierto... Es la cosa más natural del mundo; pero jamás hubo un solo enfrentamiento.

Por eso considero que la JSU de Asturias cumplió dignamente con su cometido revolucionario, tanto en el orden militar como en el político.

La JSU también realizó una política de acercamiento y de unidad con las Juventudes Libertarias. Lo que no dejó de influir en la creación en el plano nacional, en septiembre de 1937, de la Alianza Juvenil Antifascista.

UNIDAD SINDICAL UGT-CNT

Las buenas relaciones existentes entre comunistas y socialistas en los primeros meses de la guerra se reflejaron en el pleno de las federaciones provinciales de la UGT, celebrado en septiembre de 1936. La nueva ejecutiva estaba integrada por socialistas y comunistas. El camarada Manuel Fernández Valdés —viajante, de Oviedo, que había tenido una notable participación en la insurrección de octubre de 1934— ocupaba el cargo de secretario general. Se votaron acuerdos de apoyo incondicional al Gobierno, al Comité Provincial del Frente Popular. Se prestó preferente atención a la necesidad de elevar la producción, principalmente la de guerra.

El Pleno se dirigió a la CNT proponiendo un pacto de unidad de acción. Fue aprobado más tarde, el 5 de enero, y confirmado el 14 de abril de 1937. Como en el pacto se manifiesta la adhesión al Gobierno, el respeto a los pequeños y medios productores de la ciudad y del campo y se declara que no es el momento de hacer experimentos de «comunismo libertario o estatal», nuestro Partido no le regatea el aplauso, considerándolo como un esfuerzo unitario que facilita la acción antifascista. Su firma contribuyó en alguna medida a disolver los Comités de Guerra (¡autónomos, soberanos!) que aún existían, reforzando la autoridad única del Comité Provincial del Frente Popular.

Lo del «comunismo estatal» de que se habla en el pacto no tenía ninguna razón de ser. Nadie había intentado «implantar» tal sistema. Sí había habido ensayos del otro comunismo, del libertario. Pero los anarquistas no admitieron que se hablara de éste si no se hablaba también del otro, del «estatal».

Los Comités de Control Obrero fueron organizados en virtud de un acuerdo firmado el 5 de enero de 1937 por el camarada Manuel Fernández Valdés, secretario general de la UGT, y por el compañero Silverio Tuñón, secretario del Comité Regional de la CNT, y aunque en el mismo quedaba establecido que la función de estos comités de control en fábricas, minas, ferrocarriles y otros «no era la de dirigir ni la de absorber las funciones de los cuerpos técnicos de dirección y administración», la verdad fue muy otra (véase el porqué de mi artículo *Crítica* del que ya hablamos en este apunte). Hubo muchas deformaciones y abusos y no se dio a los trabajadores la posibilidad de celebrar asambleas de producción para rectificar errores, aumentar la productividad, servir mejor a los frentes... Fueron los controles una de las grandes lacras de nuestra retaguardia. De ahí nuestra insistencia.

En abril se celebra el Congreso de la UGT. Y aunque en él se confirma el pacto de unidad de acción con la CNT, firmado el pasado enero, no es menos cierto que volvemos a topar aquí, Sancho amigo, con el anticomunismo. Los comunistas fueron desplazados de la dirección. En esta injusta decisión influyeron mucho los dirigentes de la CNT, que siempre estuvieron en contacto con Inocencio Burgos y otros dirigentes socialistas.

Se crea el comité de alianza sindical UGT-CNT, en el que figuraban por la CNT Avelino G. Mallada, Acracio Bartolomé y Silverio Tuñón, y por la UGT Moisés Carballo, Manuel Martínez e Inocencio Burgos, que fue el más resuelto partidario de eliminar a los comunistas de la dirección de la UGT.

Así discurrió el proceso de unidad en Asturias, tanto en lo que se refiere a los partidos como en lo que se refiere a, los sindicatos. El proceso siguió una línea contradictoria, zigzagueante, debido a la inconsistencia teórico-política tanto de los socialistas como de los anarquistas, salvo muy honrosas excepciones; debido a sus concepciones reformistas y pequeño-burguesas de la lucha de clases en general, lo que fácilmente les hacía caer en el anticomunismo. Y así fue y se manifestó en la constitución del Consejo Soberano. Y así fue hasta el final de la guerra en el Norte...

En el arte de la política hay pocas cosas tan difíciles y delicadas como las relaciones entre dos organizaciones con criterios distintos desde el punto de vista filosófico y

político, con sistemas de organización y de lucha diferentes, con costumbres arraigadas durante años... Lo fundamental es saber atraer la atención de *todos* hacia *un gran objetivo común*, contra *un enemigo común*. En este caso lo teníamos y los hechos eran contundentes: estaban escritos con la sangre de nuestro pueblo.

Claro que era inevitable que los principios sufrieran una prueba de fuego ante la tremenda realidad de la guerra; pero de todas formas los principios no podían entrar en discusiones para organizar la lucha antifascista. En las negociaciones para establecer la unidad de acción es necesario mantener firmemente que lo que esencialmente se persigue es lograr el objetivo común; para ello toda posición sectaria es condenable; el máximo de flexibilidad es indispensable; el ambiente debe saturarse de cordialidad, de camaradería; debe reinar el más absoluto respeto para opiniones encontradas, de tal manera que no sean nunca motivo de ruptura; el derecho de crítica debe ser ejercido con prudencia y sólidos argumentos; las maniobras políticas son inadmisibles. Y lo más importante es hacer participar a las masas en estas discusiones, es decir, que sepan todo lo que pasa, que emitan sus opiniones críticas...

Las posiciones politiqueras de algunos dirigentes anarquistas y socialistas jamás reflejaron el sentir y el actuar consecuente de los obreros, de las masas populares. Sin el contacto vivo con las masas, sin la sensatez de algunos dirigentes, sin la conciencia política de la JSU, es indudable que los comunistas no hubieran podido jugar un papel relevante en la guerra. En esa unidad obrera y popular se apoyó el Partido, que conservó una gran influencia en las fuerzas armadas y en la retaguardia.

Por eso fue posible, a pesar de todo, que existiese unidad antifascista, que trabajara el Frente Popular y que en Asturias se combatiera desde el primer día de la sublevación hasta que cesó la resistencia.

Y la lucha hubiera dado mayores frutos, la resistencia se hubiera prolongado más si el grado de unidad política hubiera sido mucho más alto.

Lección permanente del ayer para hoy y para mañana. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

IX. Ofensiva republicana en febrero de 1937

Insistiendo sobre Madrid.

Después de la conquista de Toledo por los fascistas, éstos se lanzaron, borrachos con las fáciles victorias logradas, sobre el gran objetivo: Madrid.

Madrid tenía una importancia múltiple: era la capital de España, lo que tenía una significación política nacional e internacional evidente. La caída de la capital hubiera tenido un efecto moral muy negativo en el resto del país. Provocaría, sin duda alguna, el reconocimiento diplomático del gobierno faccioso por los países occidentales, con lo que se complicaría para nosotros la situación internacional, ya bastante complicada con el funesto Comité de No Intervención.

En Madrid convergían, por tanto, las miradas de España y del mundo.

El deber inexcusable y urgente de todas las fuerzas antifascistas de la España leal era seguir ayudando a Madrid, que era tanto como ayudarse a sí mismas.

Nada podía esperarse de Cataluña, a pesar de su potencia industrial, de su gran concentración proletaria, de sus comunicaciones excelentes por tierra y por mar con Europa. El frente de Aragón, en manos anarquistas, permanecía completamente pasivo y casi sin enemigo enfrente... Reinaba la irresponsabilidad, la «colectivización» brutal, las prácticas del «comunismo libertario»... Todo lo que se quiera, menos luchar contra el enemigo, débil, muy débil en esa zona, pues sus fuerzas fundamentales estaban concentradas sobre Madrid.

Sólo una columna de Durruti se desplazó al centro. Perdió las posiciones a ella confiadas, y a los pocos días pidió retirarse de nuevo a Aragón... Como Durruti, el gran dirigente obrero, quisiera detener uno de esos «chaqueteos» a que lo tenían acostumbrado, pagó con la vida su noble acción... Otro papel muy distinto jugó la columna catalana organizada por el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), mandada por el teniente coronel López Tienda y llevando como comisario a nuestro camarada Virgilio Llano, que cumplió todas las misiones asignadas.

Los primeros días de noviembre fueron decisivos: el ataque frontal contra Madrid había fracasado. Héroe: en primerísimo lugar el pueblo madrileño; el V Regimiento y otras unidades republicanas; las Brigadas Internacionales. Y apareció la aviación soviética con pilotos soviéticos... Se acabó la impunidad de la aviación italo-germana...

El enemigo cambió de táctica. Ahora pretendía tomar Madrid por medio de operaciones envolventes. Se recrudeció la lucha y precisamente en febrero se entabló en el Jarama la batalla más sangrienta de todas las libradas hasta entonces. Después, las fuerzas fascistas italianas, también con la mira puesta en Madrid, prepararon la batalla de Guadalajara... La batalla terminó con una vergonzosa derrota para los hijos de Mussolini... La gran batalla por Madrid toca a su fin... Mola preparaba ya la embestida contra Vizcaya.

Hemos hecho esta introducción porque a estas alturas de la guerra ya no podía considerarse la lucha en ninguna parte en forma aislada. Además, y aunque con graves dificultades e incomprensiones, el Gobierno y el Estado Mayor Central iban cobrando autoridad. Recordemos que todas las acciones ofensivas republicanas en

Asturias desde octubre hasta febrero estuvieron orientadas a prestar nuestra ayuda a los defensores de Madrid.

De ahí que nuestra ofensiva de febrero en Asturias tuviera como objetivo principal —aunque yo no lo haya leído en la orden de operaciones del Ejército del Norte— ayudar a los bravos combatientes del Madrid invicto. Los objetivos locales fundamentales eran cerrar el «pasillo» Oviedo-Grado y reconquistar la ciudad de Oviedo.

La operación era, por consiguiente, oportuna y necesaria. Sin conocer cómo se iban a utilizar las brigadas que iban a intervenir en la ofensiva, nuestro criterio fue desde el comienzo claro: lo fundamental es estrangular la garganta por la que se nutre la ciudad de Oviedo y mirar hacia occidente. Sin descuidar Oviedo, pero no como objetivo inmediato principal. Eso vendría luego, si triunfamos en el «pasillo», más fácilmente.

La situación política en Asturias había mejorado bastante, a pesar de la «crisis ministerial» de diciembre, por el acercamiento habido entre socialistas y comunistas. Los combatientes del frente y los trabajadores de la retaguardia —combatientes también, al fin y al cabo— poseían una conciencia política más clara y firme de todo cuanto estábamos viviendo: sabían por qué luchaban.

La organización militar en todos los aspectos se había superado notablemente en el primer medio año de guerra... Y todo se hizo sin cesar de combatir ni un solo momento, desde la ruptura del cerco de Oviedo hasta la ofensiva que nos ocupa.

Un factor muy importante es que se constituyera el XVII Cuerpo de Ejército en Asturias, bajo el mando del teniente coronel Javier Linares... Muchos esfuerzos hubo que hacer para que se llegara a esta superior organización militar... Recuerdo que ya en noviembre logramos, por fin, los comunistas que se desplazara de su puesto de mando al aventurero alemán —además morfinómano— Teodoro Zu Putlitz, que no sé por quién, ni cuando ni por qué, se incrustó por un corto lapso en la dirección militar... Tenía la confianza de algunos mandos... Era un elemento extraño. Parece que vino de Euzkadi. Seguramente Ciutat haya hecho claridad en alguno de sus informes sobre este personaje.

El teniente coronel Javier Linares, aún antes de constituirse el Cuerpo de Ejército, fue nombrado jefe de Estado Mayor. El comportamiento de este leal jefe militar fue excelente... Mantuvo a raya al enemigo en todos los sectores del «corredor» desde el frente mismo donde él se habla instalado... Nuestro contacto con él, cuando aún dirigíamos el Departamento de Guerra, fue diario... Recuerdo que en cada comunicado o parte nos despedíamos siempre con «¡Salud y ofensiva!».

Y en efecto, del hostigamiento diario pasamos finalmente a la ofensiva.

Por otra parte, existía ya en el Norte un Estado Mayor encabezado por el general Llano de la Encomienda. Las discrepancias de esta jefatura militar del Norte con Napoleonchu (así Mamaban muchos vascos a Aguirre) son bien conocidas. Por eso es difícil que se pudiera hablar seriamente de la existencia de un Ejército del Norte, aun cuando éste recibiera órdenes del Estado Mayor Central... Porque éste ordenaba y Aguirre disponía..., particularmente en lo que a Euzkadi tocaba...

De todas formas, y de acuerdo con las instrucciones recibidas del Estado Mayor Central, el general Llano de la Encomienda expidió una orden de operaciones, la

número 20, para que en el Norte se llevara a cabo una ofensiva, cuyo esfuerzo principal se desarrollaría en Asturias.

Operaría el XVII Cuerpo de Ejército de Asturias, con el refuerzo de brigadas tanto de Euzkadi como de Santander. Las primeras fueron regateadas hasta lo indecible por el Gobierno vasco; la brigada de Santander, mandada por el teniente coronel José Gállego, se sumó a nosotros. Se recordará que a Gállego lo conocimos en los primeros días de la guerra, allá por Gijón, La Espina y Salas.

En la orden de operaciones citada se asigna al Cuerpo de Ejército de Euzkadi preparar una ofensiva limitada (maniobra de distracción) en el frente de Guipúzcoa para el 25 de febrero, y al Cuerpo de Ejército de Santander otra similar sobre Villarcayo y Traspaderne que debería comenzar el 10 de marzo. Ninguna de estas dos operaciones fue realizada.

Se disponía de más aviación —aunque siempre tuvo el enemigo supremacía en el aire—, de bastante más artillería que antes y también de tanques y hasta de trenes blindados.

Las baterías de Colloto, en la madrugada del día 21 de febrero, anuncian el comienzo de la que habría de llamarse «la gran ofensiva» sobre Oviedo.

La ofensiva se inicia con bastante éxito en algunos puntos. El más sobresaliente es el obtenido al tomar el batallón vasco «Perezagua» (originalmente de las MAOC) el Monte del Pando, cortando el «pasillo» a Oviedo. El enemigo contraatacó violentamente y en repetidas ocasiones esta posición, pero jamás la recuperó. Para seguir comunicando con Oviedo se valió de la pista construida a través del Naranco. También se mantendrían hasta el final las ganancias conseguidas desde la Corredoria hasta Rañeces.

En otros frentes: Escamplero —¡tan vital!—, Grado y otros, los avances iniciales fueron anulados por los facciosos.

Nosotros, como se sabe, estábamos ya en Instrucción Pública, pero el Partido y el Consejo pidieron a todos el máximo esfuerzo en los frentes mismos. Y allá fuimos. Estuvimos con los estupendos hombres de Eguidazu en El Pando; con Bárzana, en su puesto de mando, cerca del Monte Otero, posición dominante de primer orden; con Lucio Deago (era de la JSU) en El Cristo, La Manjoya, el depósito de aguas de Buenavista (durísima fortaleza de cemento armado); con Ladreda, que mandaba otra brigada, también sobre Oviedo, y que tenía la singular característica de que jamás se retiraba a descansar sin antes haber controlado hasta la más pequeña de sus unidades, ejemplo poco común entonces... Volvemos al «corredor». Con Horacio Argüelles, que poco después de dejarlo cae combatiendo en el Pico de la Trecha... Con el camarada soviético Frapio —así era su nombre de guerra—, alto, fornido, valiente. Había estado con Víctor Álvarez, de la CNT, cuyo comportamiento ensalzaba sin reservas; con Horacio, a quien admiraba; con los combatientes, con quienes —decía él— «me siento como pez en el agua».

Volvemos al frente de Oviedo. Llegamos de nuevo cerca de la Plaza de las Américas (aquí, más adelante aún, habíamos estado en octubre de 1936). San Lázaro cae en manos republicanas (vascos y asturianos juntos la tomaron). Cogen «in fraganti» a numerosos moros que gozaban la «dolce vita» en las casas de prostitución que entonces existían en la Puerta Nueva... Se atacaba por Colloto, se llega hasta la fábrica de armas de la Vega...

Al mismo tiempo mantenemos contacto con Javier Linares, Lluch, Ciutat. Saludamos a Llano de la Encomienda... La lucha es durísima, encarnizada. Ataque va y contraataque viene... Se ha crecido el ejército en Asturias...

La ofensiva republicana llega a preocupar seriamente a Aranda. Y así dice en su informe del 6 de marzo, firmado en la Granja de la Malleza:

«La superioridad tan enorme adquirida aquí por el enemigo hace que el problema de Asturias se presente hoy amenazador, no ya para Oviedo, que en si militarmente no significa nada, sino *para Galicia y Castilla* y, por tanto, para la marcha general de la campaña. En opinión del general que suscribe es indispensable decidir rápidamente si se aborda de una vez, en sentido ofensivo, la consecución de una situación táctica estable o hay que ir pensando en evacuar Oviedo y fortificar una línea sólida natural que garantice *Galicia* y permita esperar el momento de la ofensiva...» (Los subrayados son nuestros. J. A.)

Tenía razón el traidor Aranda cuando se preocupaba de Galicia y de Castilla y le restaba importancia militar a Oviedo. Pero podía descansar tranquilo, porque hacia esos puntos no iba precisamente la ofensiva, o al menos, para ser exactos, la dirección principal de la ofensiva. De todas formas, el huracán republicano había hecho fuerte impacto en él. Mientras tanto, Mola, acaso menos nervioso, preparaba ya su ofensiva, al Este de la Zona Norte, por Vizcaya...

Si no todos, nuestra ofensiva estaba logrando uno sus objetivos: distraer fuerzas facciosas de otros frentes, que vinieron a reforzar a las de Aranda.

Grandes fueron las pérdidas en hombres y material por ambas partes. Nosotros recordamos aún hoy con profunda consternación la muerte del gran dirigente de la clase obrera asturiana —en particular de los obreros de la construcción— y excepcional organizador Horacio Argüelles. Algún día el Pico de la Trecha llevará su nombre. En el homenaje a Horacio lo rendimos también a los mandos y soldados vascos, a los santanderinos y a tantos asturianos que entregaron sus vidas a la causa de la República y de la Revolución...

Cabe destacar que precisamente con uno de los batallones del «Gorki», que mandaba Horacio Argüelles, estaba nuestro Casto G. Roza, del Comité Provincial del Partido. Al frente de esa unidad, Roza ataca y toma el Pico del Arca.

Nadie puede dudar que el ingente esfuerzo desplegado por el XVII Cuerpo de Ejército, con ayuda de vascos y santanderinos, puso de manifiesto la alta moral revolucionaria de los combatientes y una superación inequívoca en la organización militar... Al fin y al cabo, la guerra había empezado en julio de 1936, partiendo, militarmente, de la nada. El milagro lo hizo el pueblo, un pueblo heroico dirigido por la clase obrera; la iniciativa creadora, inagotable y rica de las masas...; el grado de unidad que, a pesar de todo, mantenía el Gobierno Interprovincial de Asturias y León.

Sin embargo, el envío de refuerzos militares de Euzkadi fue a todas luces insuficiente. No comprendieron en el Gobierno vasco que en Asturias se estaba jugando la carta de Euzkadi, lo que había de comprobarse poco tiempo después, cuando Mola inicia el ataque a Vizcaya... las autoridades vascas se quejaron amargamente porque muchos de los suyos quedaron muertos o heridos en Asturias, ¡que debían considerar no un frente extraño, sino su propio frente! Desgraciadamente, no hay guerras, sea cual sea su carácter, en las que no haya

derramamiento de sangre... Y culparon de que la ofensiva no hubiera alcanzado el éxito apetecido al Estado Mayor del Norte y al Estado Mayor Central, si es que éste «había aprobado los planes de aquél». Tampoco cumplió el Gobierno vasco, como ya dijimos, la orden de atacar las posiciones facciosas de Guipúzcoa.

Si el Norte, en su gran conjunto, se entrega a la ofensiva en Asturias, ésta hubiera triunfado en todos los frentes. Pero a ese grado de madurez —y de sensatez— política no habíamos llegado aún. Ni llegaríamos ya, pese a los esfuerzos realizados en este orden cuando se perdió el País Vasco.

A la vista de que las fuerzas que participaron en esta ofensiva pudieran no ser suficientes para lograr el doble objetivo de cortar el «corredor» y tomar Oviedo, nosotros, los comunistas, insistimos en que el esfuerzo principal había que dirigirlo a cortar el «corredor», sin organizar grandes ataques en los sectores de la ciudad. Éramos consecuentes con la posición adoptada en octubre, aunque hay que reconocer que en esta ocasión las fuerzas destinadas a cortar el «cordón umbilical» que alimentaba a Aranda fueron mucho más importantes que las que se opusieron a las columnas gallegas en octubre del 36.

Es más. No cesábamos de recordar que antes, el 23 de noviembre exactamente, se demostró cuán vulnerable era su larguísima y estrecha línea de retaguardia cuando fue cortada por los nuestros en Cabruñana. El enemigo reaccionó y tapó el boquete, lo que no hubiera podido hacer de haber empleado nosotros más fuerzas en la acción. Otras operaciones limitadas, esporádicas, habían tenido lugar en otros puntos y sobre todo en el «pasillo» y quedó patente lo mismo: el «corredor» podría ser penetrado y destrozado en muchos lugares. Considero que en esta ofensiva se atacó simultáneamente en diversos puntos a la vez, dispersando más que concentrando nuestras fuerzas.

Más arriba hablamos de la preocupación de Aranda: Galicia y Castilla. Esos eran los puntos débiles. Y no cabía en modo alguno en aquellas circunstancias esperar un ataque del enemigo proveniente de Castilla o Galicia. No había ni el menor indicio de eso. El servicio de información, aunque deficiente, lo sabía. Y lo sabíamos nosotros por los paisanos, algunos de ellos camaradas, que llegaban de la retaguardia enemiga. Es más: era el enemigo quien podía pensar que nosotros, desde las posiciones más occidentales y desde los puertos montañosos, pudiéramos emprender acciones ofensivas de importancia.

Por consiguiente, el punto más vulnerable del enemigo seguía siendo la parte occidental del país, incluido el «corredor».

¿Era ilusorio o no el que nuestras fuerzas hubieran destrozado el «corredor»? No, no era ilusorio. Era seguro.

Y lo era pensando en que las unidades mandadas por Manolín Álvarez, Julio Hevia Deago, Canga, Ladreda, Rehola, Sierra y otras, con el apoyo importantísimo de la artillería y de la aviación —ésta más débil— destrozaron las más sólidas resistencias de Aranda, para lo que hubo que emplear millares de combatientes y cantidades fabulosas de material de guerra. No hay duda alguna: con las dos terceras partes de esa fuerza en hombres y en material de guerra volcadas a reforzar el ataque al «corredor», éste hubiera caído hecho pedazos. Si ayer estaba convencido, más lo estoy hoy.

La guerra iba a entrar en otra fase: en primer lugar, la febril obsesión por tomar

Oviedo ya no volvería a figurar en los delirantes planes políticos de la mayoría de los consejeros ni, por ende, en los planes militares del propio Consejo y del XVII Cuerpo de Ejército. Ni tampoco en los del Gobierno de la República, ni en los del Estado Mayor Central. En segundo lugar, la tarea consistía en conservar las posiciones conquistadas hasta donde fuera posible, consolidarnos en todos los frentes, reconstruir las unidades que tanto habían sufrido en los durísimos combates de febrero-marzo. Y como la iniciativa pasaría al enemigo en todo el frente de la zona norte, sólo había un camino adecuado: prepararse para la defensiva... Y contribuir a la defensa de todo el Norte. Primero ayudando a los vascos; después a los santanderinos frente a la embestida de moros y mercenarios del tercio, de requetés y falangistas, de italianos y alemanes, amén de las fuerzas regulares del ejército franquista y la ayuda eficiente de la Quinta Columna.

El 31 de marzo de 1937 el general Mola inicia la ofensiva para conquistar Vizcaya...

Parece que el apunte está terminado; pero no es así. Porque el 20 de febrero de 1937, un día antes de iniciar nuestra ofensiva, fue asesinado en Oviedo el rector de la Universidad, Leopoldo Alas. Y este doloroso hecho merece una atención especial.

Fue como el crimen de Granada, aquel que Antonio Machado inmortalizó con un poema que termina así:

«Muerto cayó Federico —sangre en la frente y plomo en las entrañas—, que fue en Granada el crimen, sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada».

Ahora el crimen fue en Oviedo, en su Oviedo, en el de su vetusta Universidad que tanto amara.

Fue el día 20, víspera de la ofensiva republicana sobre Oviedo... La noticia nos conmovió, la indignación estremeció todo nuestro ser... Una vez más estábamos ante un hecho que demostraba elocuentemente el carácter terrorista e infrahumano del fascismo. Ya antes habían matado a otros profesores ilustres, entre ellos a Unamuno. Y seguirán asesinando después, como le ocurrió al rector de la Universidad de Valencia, al ilustre Juan Peset.⁶

A Miguel de Unamuno no lo fusilaron, es cierto. Pero hay muchas maneras de matar.

Recordemos. Unamuno fue uno de los que formaron en la Agrupación al Servicio de la República. Hombre, nada descubro con decirlo, de portentosa capacidad intelectual, de gran sensibilidad humana. Liberal, aunque, claro, no marxista. Poseído de un individualismo muy acentuado... Acabó de confundirlo la propaganda falsamente nacional y frenéticamente antimarxista de los falangistas, de los demagogos... Y recibió con aprobación el traidor alzamiento... Pero su acrisolada honradez y su humanismo liberal no tardarían en hacerle ver lo que él

⁶ Juan Peset era de rancio abolengo científico. Médico eminente. Presidente de Izquierda Republicana en Valencia. Diputado a Cortes. Representaba en España a la Cruz Roja Internacional. Detenido cuando las catervas fascistas entraron a sangre y fuego en la ciudad del Turia, fue juzgado y condenado a muerte. Se le conmutó la sentencia. Pero fue de nuevo juzgado, condenado de nuevo a muerte y, esta vez sí, asesinado

mismo denunció en aquel discurso del 12 de octubre de 1936, pronunciado en el Paraninfo de la secular Universidad de Salamanca, en presencia de la esposa del dictador y de autoridades militares, políticas y eclesiásticas; y dijo lo que no voy a dejar de repetir, aunque sea muy conocido:

«Vencer no es convencer. Y hay que convencer sobre todo... Y no puede convencer el odio a la inteligencia».

Millán Astray no se pudo contener y gritó «¡Viva la muerte!» y «¡Muera la inteligencia!»

Unamuno fue destituido del cargo. Cayeron sobre él, con fuerza de balas asesinas, el insulto, la infamia, el vilipendio... Lo obligaron a encerrarse en su casa, rodeada de carceleros armados hasta los dientes. Lo obligaron a morir. ¡Lo mataron! El crimen fue en Salamanca. La tortura física acaso pudiera soportarla; la moral no.

El grito selvático de Millán Astray no era nuevo. Pertenece a la filosofía de la brutalidad y violencia de Goebbels; «...cuando oigo hablar de cultura, echo mano a la pistola»; a lo que servilmente respondía Falange con «la dialéctica de las pistolas».

Por eso, por lo mismo que dijera Unamuno, mataron a Leopoldo Alas: por el odio a la inteligencia.

Ningún hecho más elocuente y demostrativo del odio del fascismo a la inteligencia que el asesinato, encarcelamiento o confinamiento de profesores universitarios y la conversión de la Universidad en cuartel, donde el SEU era el principal banderín de enganche. Pero los estudiantes mismos, valerosamente, se enfrentaron con el SEU, que hace ya tiempo pasó a mejor vida.

Y volviendo a Leopoldo Alas. Era pequeño de estatura; pero ¡qué grandeza de alma! Hombre de cultura universal, humanista ejemplar, forjador de maestros; político querido por su pueblo, que lo llevó a las Cortes Constituyentes de 1931... El día 17 de julio lo vi por última vez en la popular Plaza de la Escandalera, cuando iba camino de la Universidad... Tenía un telegrama en la mano. Era de algún correligionario suyo de Madrid que le informaba sobre la situación. Quiso saber más. Le dijimos cuanto *estaba a nuestro alcance*. Leopoldo Alas estaba visiblemente impresionado... Al despedirse nos dijo: «¡Si mi padre viviera!»

A su padre estaba unida su vida política e intelectual... Por eso las hordas no sólo quisieron matarlo a él; también quisieron matar el espíritu liberal, filosófico, humanista, de su padre, Leopoldo Alas «Clarín»... Se quiso aniquilar el espíritu crítico de *La Regenta*; se quisieron vengar de las aceradas, certeras y profundas sátiras que contenían sus solos, paliques y sátiras contra todos los vicios y corrupciones de la sociedad de entonces; de esa sociedad contra la que nos alzamos en octubre de 1934 y que los fascistas quisieron mantener, embruteciéndola y corrompiéndola aún más, defendiéndola con un régimen de terror y de sangre sin precedente en la historia de España. La tumba de «Clarín», en el cementerio de San Esteban de las Cruces, fue profanada; su estatua en el Campo de San Francisco, escarnecida y retirada.

Pero mientras la obra medieval y reaccionaria de los fascistas pasará al pudridero de la historia, la obra y el espíritu de «Clarín» y de su digno descendiente entrarán en la historia por la ancha puerta de la inmortalidad, porque pertenecen al pueblo,

a la cultura universal, a la civilización.

Rendimos nuestro sencillo homenaje a Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo, representante del pueblo ante las Cortes de la nación, cuya conducta y obra forman parte del patrimonio cultural y revolucionario de las generaciones que han seguido y seguirán a su martirio y muerte.

X. Trubia

La fábrica de Trubia fundió el primer cañón en 1849 y hubo un momento en que en España las unidades de artillería del ejército estaban casi exclusivamente armadas con cañones de Trubia. La fama del pueblín que baña el río del mismo nombre traspasó nuestras fronteras. En cualquier nación de América Latina, fácilmente se encuentran cañones fabricados en Trubia en tiempos ya pasados.

Pero lo que es menos conocido es que Trubia fue también el crisol en que se fundieron generaciones de revolucionarios. En el proceso revolucionario que comprende lo que va de siglo hay tres momentos históricos que no pueden pasar inadvertidos para el movimiento obrero de Asturias, en particular, y para el del conjunto de España, en general: agosto de 1917, octubre de 1934 y julio de 1936.

La actuación de los obreros de Trubia en esas tres memorables fechas los coloca, sin lugar a dudas, en un lugar de honor en el movimiento revolucionario:

Agosto de 1917. Los obreros de la fábrica de Trubia participan en la huelga general revolucionaria, decretada en toda España por el PSOE y la UGT, conjuntamente con los mineros, los ferroviarios, los metalúrgicos... La huelga había de durar un mes. Las represalias no se hicieron esperar: los dirigentes de la huelga fueron detenidos, centenares de obreros despedidos del trabajo. Igual que les pasó a los ferroviarios y a los demás. Me tocó ser testigo de la detención de mi padre, fogonero del Ferrocarril del Norte; nunca se borrará de mi mente la imagen de aquella pareja de la guardia civil que llevaba esposado a mi padre a la cárcel... Allí iba después con mi madre: le llevábamos comida, pelotas... y papeles escritos...

Octubre de 1934. El comité de fábrica organiza la toma de la misma, de tal manera que en todos los talleres, obedeciendo a una señal —el corte de la energía eléctrica—, los obreros detienen a los oficiales y al mismo director, coronel Félix García Pérez; hacen frente a la guarnición, una unidad del Regimiento de Artillería de Costa número 2, muriendo el capitán que la mandaba, Francisco Hernández Pomares. Se obliga al director a que hable al cuartel de la guardia civil para que se rinda. Y así sucede. No, sin embargo, sin haber colocado antes, frente a la entrada del cuartel un cañón del 7,5.

La fábrica de Trubia se convierte en uno de los principales baluartes del movimiento insurreccional en Asturias en octubre de 1934.

Nosotros, los ferroviarios, desde nuestro comité del Depósito de Máquinas, tuvimos contacto permanente con los compañeros de Trubia, en particular con el camarada Juan José Manso. Es más: nos blindaron una máquina en cuarenta y ocho horas. Locomotora que nos sirvió para atacar a los regulares desde la Estación del Norte y también a los reaccionarios parapetados en la calle de Uría (en la casa de mármol blanco, principalmente). Con la misma máquina participamos en cuantos intentos se hicieron para asaltar la cárcel, cosa que, desgraciadamente, no logramos. En la misma máquina llevamos a la que después fue nuestra heroína, Aída de la Fuente, dejándola sobre el puente por debajo del cual pasa precisamente el ferrocarril que va a Trubia (y también al Depósito de Máquinas). El puente es el comienzo de la carretera del Naranco. Poco después de que estuviese en nuestro poder la fábrica de Trubia, cayó la de Santa Bárbara, la de La Manjoya, donde se hacían toda clase de explosivos.

El éxito y la combatividad de los obreros trubiecos no fue una casualidad. Fue en Trubia donde se dio el más alto ejemplo de unidad proletaria, expresada en el comité de fábrica, en el que estaban todos los partidos, y asimismo en el sindicato. Fue una demostración rotunda de la fuerza y de lo que son capaces de hacer los obreros unidos.

Sofocada la rebelión proletaria, muchos obreros fueron de nuevo despedidos. Los dirigentes que pudieron capturar pasaron más de un año en la cárcel. Entre ellos Desiderio García, secretario de la Agrupación Socialista y del sindicato, y Juan José Manso, cuyo destacado papel dirigente fue premiado por el pueblo eligiéndolo diputado a Cortes en las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936...

Y ya había triunfado el Frente Popular. Y los presos seguían en las cárceles, en medio de la creciente protesta de éstos y de todo el pueblo... Seguían en el Coto, en la Modelo de Oviedo y en otras... La fuerte presión popular los liberó...

Y para aquellos que después creyeron en la «lealtad» del coronel Aranda, hay que recordarles que fue el más acérrimo opositor a que se pusiera en libertad a los presos políticos; y en Oviedo, frente a la cárcel, desplegó en abanico una sección de ametralladoras, con el fin precisamente de impedir o retardar la liberación de los nuestros... El mismo Aranda que mandó una columna contra nosotros el 34, el mismo que jamás fue leal a la República... ¿Aprenderemos la lección?

TRUBIA Y JULIO DE 1936

Avelino Mata (del PCE) es presidente del sindicato.

Desiderio García (secretario de la Agrupación Socialista) es el secretario general. Julio Castrillo (del PCE) es el vicepresidente.

La composición del sindicato es fraternal, combativamente unitaria, lo mismo que la del comité de fábrica. Octubre del 34 reafirmó en la conciencia de los trabajadores de Trubia la necesidad absoluta de mantener, consolidar y robustecer la unidad de acción proletaria, con fuerte contenido político marxista y totalmente antifascista.

El director de la fábrica lo era el coronel José Franco Mussió, puesto allí por el gobierno de Lerroux-Gil Robles. Le asistía su hijo, el capitán José Luís Franco Soto.

Los obreros sabían, aunque alguien haya dicho otra cosa, que el coronel Franco «no era de fiar», que el coronel Franco estaba comprometido en la conjura contra el gobierno de Frente Popular; que el coronel Franco se había puesto de acuerdo con el coronel Aranda. El radiotelegrafista que operaba en los sótanos de la fábrica tenía al corriente de todo esto a los dirigentes obreros. Pero hubo *un primer hecho*, y los hechos son muy tozudos, que demuestra lo que afirmamos: el coronel Franco, el teniente coronel Espiñeira y otros oficiales enviaron a Oviedo a sus familias durante los días 16 y 17. Se preparaban a defender la fábrica, ¡contra los obreros, claro!, poniendo bajo la protección de Aranda a sus familiares.

Pero hay más, mucho más. El coronel Franco llamó a Mata, presidente, y a

Desiderio García, secretario del sindicato. Y les dijo: «Mañana sábado —día 18—, a las 9 de la mañana nos espera Aranda en Oviedo. Irán ustedes conmigo y mi hijo». Pero los obreros socialistas y comunistas de Trubia no tenían —contrariamente a la opinión de Prieto y sus amigos en Asturias— ninguna confianza en Aranda, ni tampoco en el coronel Franco. Y como tenían las noticias del radiotelegrafista, y además toda la prensa y la radio hablaban ya de la sublevación en África, nuestros compañeros no acudieron, naturalmente, a la cita. Todo estaba claro: querían decapitar el movimiento obrero; ése sería el primer paso. Y se sucedieron las reuniones de los más responsables políticamente para impedir a toda costa que la fábrica cayera en manos facciosas.

Jaime Fernández (de vieja solera socialista) guardaba 25 fusiles desde octubre del 34. Y bien engrasados. Y con la munición correspondiente. Con ellos se armó a los compañeros de mayor confianza. El día 18 se desarmó uno por uno a todos los soldados pertenecientes al regimiento de Milán, que estaban de guardia. Gallegos en general. Fueron los obreros al Cuerpo de Guardia. Leyeron a los allí presentes el Decreto del Gobierno de la República, según el cual todos los soldados estaban licenciados. Ya no eran soldados... La fábrica estaba virtualmente en poder de los obreros...

El mismo sábado 18, al atardecer, varios dirigentes fueron a ver al coronel Franco. A su casa, que estaba, como se sabe, dentro de la fábrica.

Coronel.—Soy el director de la fábrica.

Desiderio.—¿Al lado de quién está usted?

Coronel (hipócritamente).—Al lado de la República. En quince días está resuelto todo. He decidido dar *vacaciones a todos los obreros a partir del lunes día 20*. Desiderio.—Nosotros sí estamos con el Gobierno del Frente Popular. Y el lunes *no habrá vacaciones*.

Coronel.—¿Quién manda aquí, ustedes o yo?

A. Mata.—Desde luego, en estas circunstancias, nosotros. Los soldados ya están licenciados. Los oficiales no opusieron resistencia.

Vaya tomando nota el lector: primero, el coronel envía su familia a Oviedo; segundo, quiere visitar a Aranda con los dirigentes principales del sindicato; tercero, quiere ver la fábrica sin obreros... Todo lo cual coincidía con las órdenes recibidas de Aranda: prepararse para resistir, ¡contra los obreros, naturalmente! Mientras tanto podrían llegar refuerzos de Oviedo...

La llegada de parte de los expedicionarios republicanos que habían, en mala hora, salido desde la cuenca minera ¡a defender Madrid; redondeó la acción inteligente, decidida y revolucionaria de los obreros. Definitivamente la fábrica nacional de cañones de Trubia estaba de nuevo en manos de sus obreros.

Pero la resistencia ordenada por Aranda no había terminado. Había cañones; pero faltaban los cierres, y faltaban muchas otras cosas, como veremos.

El día 20, lunes, van a ver al coronel los siguientes compañeros: Desiderio García, Avelino Mata, Julio Castrillo, Jaime Fernández, Rogelio Canet (de la JSU) y Custodio.

Señor coronel. Nos faltan los cierres, sobre todo los de los cañones del 10,5. ¿Dónde están?, preguntaron en tono enérgico los obreros.

—No sé, no sé nada de esos cierres de que me hablan, contestó el coronel.

Uno de los representantes obreros se dio cuenta de que algo se ocultaba detrás de las paredes de aquella estancia. Violentamente destrozó una puerta. Y aparecieron los cierres y algo más, a saber:

- * Cierres suficientes para los cañones del 10,5.
- * Seis ametralladoras.
- * Pistolas en cantidad bastante grande.
- * Veinticinco rifles automáticos.

- * Doscientos tambores con munición.

Pero había también en otro lugar de la fábrica dos hermosos cañones del 15,5 (nos hacían falta para el asalto al Simancas, de Gijón), pero sin cierres. ¡Qué casualidad! Los cierres de estos dos cañones, de la marca Krupp, ni estaban ni «sabía» el coronel dónde estaban.

Revisaron los dirigentes obreros toda la documentación que se refiere a la remesa de material a otros lugares de España. Y se encontraron con que los cierres se habían enviado por orden del coronel Franco a Barcelona. ¿A Barcelona? ¿Por qué? En todo caso había que enviarlos a San Sebastián, donde se encontraba el regimiento de artillería pesada. Todo lo tenía el coronel bien calculado. Era más difícil encontrar los cierres en Barcelona que en San Sebastián. Mientras se encontraban quedaban inutilizados los dos cañones del 15,5.

Los dirigentes del sindicato encargaron a Custodio que los fuera a buscar a Barcelona, aprovechando que se había escapado de la base de León un aviador leal con su aparato. Los cierres llegaron. Los del 15,5 pudieron actuar ya contra el cuartel de Simancas, de Gijón.

Más adelante, y en vista de las muchas molestias que causaba desde el mar el «Almirante Cervera», en poder de los facciosos, los trabajadores de Trubia propusieron colocar un cañón costero en el Cerro de Santa Calina, de Gijón. Respuesta del coronel Franco: «¡No se puede!» Pero sí se pudo. Y el «Cervera» ya no pudo actuar con la misma impunidad que antes.

En cuanto a las espoletas, es cierto que en Trubia escaseaban. Pero las que había en existencia también las ocultó el señor coronel.

Al comienzo no se encontraban los trípodes de las ametralladoras. No es difícil llegar a la conclusión de que también era esto cosa del director de la fábrica.

A todo lo largo de la guerra trató de sabotear la producción. Si no hizo más fue sencillamente porque no pudo, ya que la vigilancia de los trabajadores se lo impedía. Recuerdo perfectamente que en mi despacho del Departamento de Guerra, en mi presencia, había enconadas discusiones técnicas entre él y el teniente coronel Enrique Flórez, hombre de toda confianza enviado por el Gobierno de la República, creo que por la Subsecretaría de Armamentos. El afán de Flórez era producir más y mejor. El del coronel Franco poner toda clase de impedimentos. Por otra parte, el comandante Bonet, que desde hacía tiempo trabajaba en la fábrica, había venido comunicando a los dirigentes obreros, día por día, todos los actos de deslealtad del coronel. Bonet pasó después a trabajar a Sama, con González Peña, y después a Gijón.

La camarada Pilar González, esposa del camarada Juan José Manso, trabajó como química en la fábrica de Trubia durante algún tiempo. Ello a requerimiento de los obreros. Había que hacer cosas que, en efecto, no se hacían antes. Según ella nos cuenta, el hijo del coronel —químico también— le estuvo regateando las materias primas. Hasta que —como todo lo demás— aparecieron. Y se hizo pólvora ligera para voladuras de puentes y otras obras; fulminato de mercurio para detonadores, y botellas de líquido inflamable, es decir, lo que andando el tiempo se llamarían cócteles «Molotov». Cuando llegaron los fusiles de México y de Checoslovaquia ya no hubo necesidad de producir parte de esos materiales, porque la cartuchería venía ya completa.

Pero las cosas fueron aún más allá. En una ocasión llegaron hasta la fábrica de metales de Lugones dos oficiales artilleros de la fábrica de Trubia y pidieron que los acompañara Pilar. Ambos habían enviado sus familias a Oviedo. Pues bien, trataron de pasar a Oviedo con Pilar. ¡Buena presa para los facciosos! Afortunadamente no pudieron hacerlo, por la intervención de los milicianos que los detuvieron. Previamente les habían agujereado las llantas... «No íbamos a pasar», dijeron todos. Y menos Pilar, claro, la esposa de J. J. Manso. Pero la verdad es que sí querían pasar.

Hubo otro caso. Cuando las columnas gallegas se aproximaban a Trubia —ya habían tomado Grado—, el capitán Panadero, de la fábrica de Trubia, trató de pasarse al enemigo, atravesando a nado el río Bayo, que nace cerca de Grado y desemboca en el Nalón. No lo consiguió. En el río mismo fue acribillado a balazos por los milicianos.

El mismísimo hijo de Franco, José Luís, trató de hacer lo mismo en Santoña, cuando Dávila atacaba Santander. Y sí lo consiguió. Pero en este caso quienes lo fusilaron fueron los facciosos.

No quiero terminar esta parte sin decir que el coronel Franco me visitaba de vez en cuando en el Departamento de Guerra. Jamás pude depositar en él la más mínima confianza. Lo que me interesaba a mí de Trubia eran las informaciones de los dirigentes obreros de la fábrica.

El coronel Franco me adulaba hasta causarme repugnancia. Era un hipócrita consumado, y esto se reflejaba en su propio rostro, verdusco y frío. De vez en cuando se manifestaba muy optimista en cuanto a la marcha de la producción de la fábrica... Me decía que no temía a los bombardeos de la aviación enemiga y que él era capaz de hacer proyectiles «debajo de un pino». De su capacidad técnica yo no dudaba. Lo importante era saber al servicio de quién quería ponerla.

LAS RELACIONES DE TRUBIA CON EUZKADI EN LA PRODUCCIÓN DE GUERRA

Ya dijimos que la coordinación de la producción de guerra en el Norte fue, desgraciadamente, de corto alcance. No podía ser de otra forma, al no existir unidad militar en la región.

Sin embargo, esto no quiere decir que no se hiciera nada. Y lo que se hizo se debe en buena parte a los dirigentes del sindicato de la fábrica de Trubia. En reunión

con su secretario general, compañero Desiderio García, recordamos los siguientes hechos:

Digamos, en primer lugar, que mucho ayudaron con sus importantísimas gestiones el coronel Alberto Morell y el teniente coronel José Fernández de la Vega, enviados por la Subsecretaría de Armamento y Municiones del Ministerio de la Defensa Nacional.

En contra de las afirmaciones absolutas de que Asturias no envió carbón a Euzkadi, tenemos que decir que, aunque no lo suficiente, sí se envió carbón al País Vasco.

A Durango envió Trubia las matrices para hacer cascos militares.

A Bilbao envió e instaló Trubia el cañón de 308 mm., con proyectiles de una tonelada y con un alcance de 45 km., que defendió la entrada del puerto de Bilbao.

Trubia envía a Euzkadi el motor y cajas de velocidades para los tanques de 80 toneladas que se construyeron en Sestao.

La constructora naval de Sestao y la Euzkalduna nos enviaron proyectiles de cañón. Sabido es que se necesitaban, pues la fábrica de Trubia fue muy castigada por la aviación.

De Euzkadi también recibimos granadas de mano, espoletas, hierro de los Altos Hornos de Bilbao.

Asimismo, hubo colaboración en lo que se refiere a diferentes explosivos.

Las relaciones de Trubia con la constructora naval de Reinosa fueron verdaderamente fraternales.

Y también las mantuvo con la zona centro, pues Trubia envió a Madrid miles de espoletas.

LOS COMUNISTAS LLEVAN AL CORONEL FRANCO A LOS TRIBUNALES

Fue a fines de mayo o principios de junio cuando se celebró la vista del juicio. La denuncia estaba basada en todo cuanto hemos venido relatando y mucho más. Los testigos de cargo —entre los cuales se encontraba Juan José Manso—, trabajadores todos de la fábrica de Trubia, apoyaron la denuncia. A buen seguro de que no harían en notables discursos de profundo contenido jurídico; pero los hechos eran elocuentísimos, aunque algunos de ellos no se pudieron «probar». Las triquiñuelas jurídicas triunfaron y con ellas la política anticomunista que seguían, tanto la mayor parte de los dirigentes socialistas como los anarquistas, con el consejo del que fingía como secretario particular del gobernador.

Y los acusados fuimos nosotros, los comunistas. Los «desleales» fuimos nosotros; el «leal» fue el traidor coronel de la fábrica de Trubia, José Franco Mussió. El premio para los traidores. El castigo para los fidelísimos combatientes de la República. Y como jamás había ocurrido, el Tribunal Popular emitió un comunicado especial acusando y calumniando a los comunistas.

¿Quién lo había de decir? Estos honorables magistrados y políticos, en primer lugar

el ya citado secretario de Belarmino, huyeron cobardemente de Asturias el 12 de octubre de 1937, a bordo del vapor «Somme», una cuña de fabricación belga. Esos «defensores» de la ley republicana fueron quienes agredieron a los comunistas por haber denunciado a un traidor, por haber querido avivar la vigilancia de las masas hacia los enemigos que teníamos dentro, por haber velado porque la producción de guerra aumentara.

Y el coronel Franco fue puesto en libertad con todos los honores. Y lo más grave es que se convirtió en el hombre —el militar— de más confianza del gobernador y de la mayoría de los dirigentes socialistas y anarquistas.

Y a él le encomendaron, ése si fue un honor para él, entregar la ciudad de Gijón al enemigo en octubre de 1937. Salió a recibirlo jubilosamente, llevando del brazo a los pilotos nazis que habían hecho prisioneros nuestros milicianos utilizando simplemente ametralladoras con las que derribaron sus «Junkers».

Y Franco fue juzgado por Franco. Y el coronel fue fusilado. Es natural. Así obraban los fascistas. No perdonaron nunca la menor vacilación. Además, el traidor no es menester siendo la traición pasada. Y de nada le valió el afirmar lo que negó en el juicio de Gijón. En su descargo confirmó todas las acusaciones de los comunistas en Asturias y alguna más. En alguna parte, en el sumario, estarán sus declaraciones. La prensa de la España leal sólo nos dijo que se había defendido afirmando que siempre había sido fiel a los facciosos y lo demostraba relatando hechos.

Nosotros reaccionamos. Escribimos un artículo que salió en *Frente Rojo*, órgano del Comité Central del PCE, aclarando lo que había hecho el coronel Franco al frente de la fábrica de cañones de Trubia. Confirmamos que la razón nos asistía cuando lo llevamos a los tribunales de justicia, de la justicia sedicentemente republicana y, aún más, revolucionaria.

Eso provocó una tempestad de ira en algunos de los viejos defensores del coronel. Fue el ya tan citado secretario desertor, siempre metido en lo más profundo de la retaguardia; fue este miserable quien contestó con un artículo calumniador, repugnante... Y fue un dirigente anarquista el que publicó otro de la misma catadura...

Hasta dónde llegaría la calumnia y la procacidad de estos dos despreciables elementos, que el comité central de nuestro Partido decidió ir a Gobernación para denunciar ante el ministro a quienes protegían la traición y atacaban la postura honrada de quienes llamaban a las masas a la vigilancia revolucionaria contra los intrusos en el aparato del Estado republicano, contra la Quinta Columna.

De todas formas, lo importante no son estos elementos completamente extraños a los sentimientos y a la conciencia de la clase obrera.

Lo importante es la gran lección revolucionaria que nos dieron los obreros de la fábrica de Trubia:

Unidad de socialistas y comunistas como garantía de todos los éxitos.
Combatividad en los frentes y abnegación sin límites en la producción.

Entrega total a la causa del Frente popular.

Vigilancia revolucionaria que hizo posible que la fábrica trabajara desde el comienzo hasta el final de la guerra.

¡Honor a Avelino Mata, a Jaime Fernández, a Julio Castrillo, a Alfonso Castrillo y a todos los que cayeron asesinados por las balas fascistas!

¡Honor a los que, aún vivos, participaron en aquella gesta y siguieron firmes en la lucha por la unidad y la lucha contra el franquismo! 74

Todos ellos hicieron posible que los obreros de Trubia hayan entrado por la puerta grande en la historia del proletariado revolucionario de Asturias y de España.

XI. Abril de 1937, ¿otra crisis.?

No, no alcanzó tales proporciones de crisis lo acontecido en abril de 1937, cuando Belarmino Tomás recibe un telegrama, fechado el día 17, ordenando que la Consejería de Guerra, cuyo titular era también Belarmino, cesara en sus funciones.

No se trataba en manera alguna de una censura o desautorización ni al gobernador ni al Consejo Interprovincial de Asturias y León, sino de incluir a Asturias en el proceso de centralización, de establecer un mando único en el orden político, económico y militar, como exigían apremiantemente las condiciones excepcionales de guerra en que vivíamos. En este mando único estaban comprendidas Cataluña y Euzkadi.

En estas dos nacionalidades existía, como es bien sabido, un régimen autonómico. Y en ambas encontró el Gobierno las más serias dificultades: en el País Vasco por el exceso de celo manifestado por el gobierno autónomo en el disfrute de los derechos establecidos en el Estatuto, siempre respetado por el Gobierno de la República, jamás desmentido por nadie, y menos, naturalmente, por nosotros, que somos por principio acérrimos partidarios de la autodeterminación de los pueblos; en Cataluña por la acción desintegradora, irresponsable, realmente separatista, de los anarquistas, cuya expresión estatal era el tristemente célebre Consejo de Aragón, que hacía caso omiso tanto del Gobierno de la República como de los principios que informaban al Gobierno de la Generalitat de Cataluña, también dominado durante algún tiempo por furibundos ultraizquierdistas de la FAI.

Tal era la gravedad que entrañaba la existencia y la acción de ese Consejo —lejos de pelear contra el fascismo, lo ayudaba objetivamente—, que el Gobierno de la República decidió disolverlo. El ministro de Defensa, Indalecio Prieto, cursó la orden correspondiente al Estado Mayor central, y éste decidió que la ejecución de los acuerdos del Gobierno fuera encomendada a la 11a. División, mandada por el comandante Enrique Líster. Y esta unidad regular del ejército cumplió su misión sin disparar ni un solo tiro, sin matar a nadie. Resurgieron los comités del Frente Popular, así como todos los partidos componentes del mismo disueltos por la FAI, que dominaba, como se sabe, el Consejo. Del libro de E. Líster, *Nuestra guerra*, queremos reproducir estos elocuentes párrafos:

«Es muy difícil decir qué pueblo de Aragón sufrió más: en todos penetró la ola de terror, en todos se perseguía a los que no acataban sin rechistar la dictadura anarquista. Bajo el régimen de “comunismo libertario”, los campesinos vivían infinitamente peor que antes de la “revolución anarquista”. Para los campesinos no existía la más mínima garantía de seguridad personal...

«En Aragón existió un “Estado anarquista”, la dictadura de la FAI, con todos los métodos y medios “estatales” y políticos del más feroz Estado burgués: ministros, militares, agentes de la autoridad, magistrados, cárceles propias, campos de concentración, trabajo forzado...»

En Euzkadi, con un gobierno de corte burgués y prácticas asimismo burguesas, se entorpecía la unidad de toda España en armas contra el fascismo. En Cataluña, el Consejo de Aragón, con representantes sedicentemente obreros y empleando una fraseología ultraizquierdista y ultrarrevolucionaria se hacía mucho más daño que en Euzkadi a la acción unida contra el enemigo de los trabajadores, del pueblo y de

la República.

Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario, nos enseñó Lenin. La doctrina anarquista es pequeño burguesa, con todas las lacras del capitalismo y en la práctica conduce a lo que acabamos de describir: a establecer un régimen reaccionario como el Consejo de Aragón. Un echo histórico innegable, elocuentísimo fracaso del anarquismo en la teoría y en la práctica «revolucionaria».

Ese proceso de integración republicana era, repetimos, una exigencia natural y vital de la lucha a muerte contra el franquismo y sus mentores nazis y fascistas italianos. El proceso no se limitaba a lo militar, aunque esto tuviera una importancia decisiva, pues lo mismo ocurría en el orden económico, en el judicial, en todos los aspectos, en fin, de la actividad humana; en un país en que todo y todos no pueden o no deben tener más objetivo que ganar la guerra para salvar la independencia nacional y la democracia. Esa es la suprema garantía para consolidar, posteriormente, las libertades nacionales de Euzkadi y Cataluña que se harían extensivas a Galicia. En cuanto a esta última nacionalidad, consideramos que en general ni el Gobierno ni los partidos del Frente Popular prestaron la debida atención a las justas aspiraciones nacionales del pueblo gallego.

Acabar con la dispersión y el despilfarro de energías era una cuestión de vida o muerte para la conducción de la guerra. Unificar y centralizar el esfuerzo de guerra, forjar y consolidar el mando único, expresado en el Estado Mayor central, era lo que veníamos defendiendo obstinadamente los comunistas desde el comienzo mismo de la contienda.

Belarmino Tomás manifestó su desacuerdo con la disposición gubernamental y presentó la dimisión de su cargo como gobernador. Esta actitud no estaba en manera alguna justificada. En primer lugar, porque no había nada en la decisión del Gobierno de la República que entrañase una censura a su actuación como delegado del mismo. En segundo lugar, porque la tan citada decisión no se tomó como una medida unilateral relacionada sólo con el Consejo de Asturias; se trataba de un acuerdo general del Gobierno liquidando todas las Juntas de Defensa, Comités o Consejerías de Guerra que obraban aún independientemente, perjudicando la aplicación de los planes generales de guerra en el gran conjunto de la zona leal, lo que requiere, obviamente, un mando supremo y único: el Estado Mayor central, subordinado al poder civil, es decir, al Gobierno, que tiene la responsabilidad y la autoridad legal e indiscutible en todo el territorio nacional.

Asturias gozaba de toda la autoridad necesaria, tanto en el orden civil como en el militar. En cuanto a lo primero se contaba con el gobernador delegado del Gobierno central, con todas las facultades inherentes a su alto cargo, que no habían sufrido ninguna variación con motivo de la nueva disposición gubernamental. En cuanto a lo militar, propiamente dicho, teníamos la representación del Comisariado, que trabajaba conjuntamente con el Estado Mayor del XVII Cuerpo de Ejército, que dirigía Javier Linares. El Consejo de Asturias, presidido por B. Tomás, conservaba intactos todos sus derechos, propios de tiempos de guerra, y debía convencerse más y más de que era un organismo legal, político y administrativo, cuya responsabilidad primaria era la de aplicar en Asturias, de acuerdo con la situación concreta de la región, el programa político y de defensa, las leyes y disposiciones del Gobierno de la República.

Por eso la representación del Partido Comunista en el Consejo apoyó sin ninguna vacilación la resolución ministerial de suprimir la Consejería de Guerra, por una parte, y no aceptar, por otra, la dimisión del gobernador, cuyas facultades, repetimos, habían quedado intactas.

Algún consejero maliciosamente nos dijo: «Claro, vosotros adoptáis esta actitud porque ahora no está Ambóu al frente de la Consejería de Guerra. ¿Por qué no hicisteis lo mismo precisamente cuando controlabais el Departamento de Guerra? ¿Por qué protestasteis cuando Ambóu fue sustituido en el Departamento de Guerra por B. Tomás en diciembre pasado?».

Esta exposición es aparentemente lógica. Pero no es en manera alguna dialéctica, porque no corresponde al desarrollo de la lucha en nuestro país. No se daban cuenta de que el desarrollo cuantitativo de la lucha antifascista en un momento determinado se transforma, cambia cualitativamente. Y esto ocurrió precisa y necesariamente en nuestra guerra, en la acelerada dinámica de nuestra guerra. Por consiguiente, lo que era bueno en diciembre de 1936 ya no lo era en abril de 1937.

Al fin y al cabo el Gobierno hizo en el plano nacional lo que nosotros hicimos en el plano provincial. Como se recordará, surgieron comités de guerra en cada lugar desde los primeros momentos de la asonada militar. Y esto era lo normal y lo necesario revolucionariamente en una situación en que, debido a la sublevación militar fascista, se produce la subversión, el desquiciamiento de todo el orden constituido: en el político, en el económico y sobre todo en el militar, amén del judicial. Si los obreros, los campesinos, las masas populares, se erigieron en poder democrático y antifascista en cada lugar, no hicieron otra cosa más que cumplir con un sagrado deber: defender el programa del Frente Popular, defender las conquistas democráticas y de clase alcanzadas hasta aquel momento. Defender al Gobierno mismo de la República y poco más tarde defender la soberanía nacional. ¡Ojalá el claudicante Gobierno de Casares Quiroga hubiera hecho lo mismo!

Estando en Sama de Langreo, representando al PCE en el Comité Provincial del Frente Popular, cuyo presidente era Ramón González Peña, estuvo a mi cargo la redacción de la primera publicación del Comité Provincial del Frente Popular: un sencillo boletín impreso allí mismo, en Sama. Pues bien, en ese Boletín salió un trabajo hecho por mí y refrendado por Peña y demás compañeros del Frente Popular, en el que se exhortaba, precisamente a que se constituyeran en todas partes comités de Frente Popular o de Defensa o de Guerra —el nombre no hacía al caso en esos momentos—, haciendo especial hincapié en que se procediera lo más democráticamente posible; pero lo fundamental, lo urgente, es que se estableciera el poder antifascista, que se organizara militarmente a los obreros, campesinos y ciudadanos antifascistas de cada lugar y que se pusiera a buen recaudo a los falangistas, liquidando todas las actividades antidemocráticas y antipatrióticas de los mismos.

Pero una vez que se consolida la dirección provincial con la fusión del Comité Provincial del Frente Popular y el Comité de Guerra de Gijón —dualidad de poderes que no podía continuar—, de la que nace el Comité Provincial de Asturias del Frente Popular con sus respectivos departamentos y presidido por B. Tomás, gobernador de Asturias y León; una vez que se inician las actividades para pasar de los grupos dispersos de milicianos a unidades militares (batallones), que han de ser el fundamento del ejército popular en Asturias, ya los comités locales de

guerra, que fueron en los primeros momentos vitales para derrotar al fascismo en cada una y todas las poblaciones de Asturias, pasan a constituir un obstáculo para la lucha centralizada y unida de las fuerzas populares y antifascistas de la provincia de Asturias y lo que teníamos de la de León.

Nadie se puede imaginar qué habría sucedido si el jefe o presidente de cada uno de los numerosos comités de guerra, adoptando una actitud de protesta, se hubiese negado a aceptar los cambios necesarios para la transformación de los comités en órganos locales limitados a las funciones propias de su competencia también local y dependientes todos ellos del Comité Provincial o Interprovincial del Frente Popular. La resistencia a la aceptación de esos cambios necesarios no podría haber traído más que el desorden y el caos. No hubo, en general, resistencia, pues era la vida misma la que dictaba la supresión de los mencionados comités.

Claro que, paralelamente a la cancelación de esos comités, se iban restableciendo los ayuntamientos, en la forma más democrática posible y con el nombramiento de alcaldes de raíz popular.

El mismo proceso dialéctico de la lucha se operaba en todo el frente del Norte; pero desgraciadamente, y de manera particular en el orden militar, se frenó, aunque no se destruyó, porque eso no es posible, por la tan terca como equivocada actitud del Gobierno vasco y en grado menor por los Consejos de Asturias y Santander. Y aunque el proceso culminó con el nombramiento de la Junta Delegada del Gobierno para todo el Norte, lo que facilitó la actuación del Estado Mayor del Ejército en la región, la verdad es que llegó ya tarde. El tiempo que se perdió fue precioso —el valor del tiempo se centuplica en tiempos de guerra—, lo que aprovecharon los facciosos para la más rápida liquidación de la zona republicana del Norte.

El mismo proceso de integración se operaba en el plano nacional, aunque también obstaculizado por la actitud del Gobierno vasco —acabamos de recordar su enemiga a la formación del Ejército del Norte—, así como por la conducta de los anarquistas en Cataluña, que monopolizaron por algún tiempo el poder militar. Únicamente después de ser derrotado el *putsch* de mayo de 1937 en Cataluña, protagonizado por anarquistas y trotskistas (POUM), y disuelto el Consejo de Aragón en agosto del mismo año, el Gobierno de Negrín y su Estado Mayor pudieron ejercer su autoridad en todo el territorio de la zona republicana.

Sólo así pudimos derrotar a los facciosos en la batalla de Teruel. Sólo así pudimos proseguir la lucha que había de alcanzar tantos laureles en la gran batalla del Ebro.

Resumiendo: Belarmino Tomás retiró su renuncia. La crisis había terminado sin que hubiese tenido las características de tal. Todo había sido una tormenta en un vaso de agua.

No fueron así las cosas, sin embargo, cuando se constituyó el Consejo Soberano. De ello nos ocuparemos en un próximo apunte.

XII. Santander

La sublevación militar fascista no tuvo éxito en Santander. Militares leales como José García Vayas —jefe de las fuerzas del ejército destacadas en Santoña— y César Puig —oficial de asalto—, apoyados por las incipientes milicias populares, hicieron abortar la sublevación.

La clase obrera destacó por su iniciativa y combatividad y fue la base de la resistencia. Descuella el ejemplo, pocas veces citado, de los obreros de la constructora naval de Reinosa, que se hicieron dueños absolutos de la importantísima factoría, asaltando, además, con la población, el cuartel de la Guardia Civil, que se rindió a los trabajadores.

La constructora naval continuó y aumentó su producción de guerra, tanto la que era destinada a la flota republicana como a la defensa costera; siguió fabricando proyectiles de artillería, y se blindaron vehículos que fueron de gran utilidad para reducir a la impotencia diversos puestos de la Guardia Civil dispersos por los alrededores.

Pero cedamos la palabra al camarada Fernando Álvarez Segovia, secretario general del Sindicato de la Constructora:

«Al comenzar el levantamiento fascista en África, la clase obrera de Reinosa, orientada por comunistas y socialistas, se hizo dueña de la situación local y se organizaron grupos de seguridad para vigilar los movimientos de la reacción e impedir cualquier maniobra agresiva o provocadora. Por eso una de las primeras medidas de aquel memorable sábado, 18 de julio, fue la de visitar los domicilios de conocidos enemigos de la República, registrarlos, requisar todas las armas que se encontraban en su poder. Las que fueron a parar a la improvisada sala de armas del ayuntamiento, siendo las primeras con las que se empezó a armar a las aún embrionarias Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC).

En lo que se refiere a la Sociedad Española de Construcción Naval, el único sindicato que tenía firmado el contrato con la empresa era, en representación de todos los obreros que trabajaban en ella, el Sindicato Metalúrgico Montañés, UGT, sección Reinosa. Importante organización sindical, ya que en la empresa trabajaban 2.400 obreros y empleados.

En los primeros días se creó un comité de fábrica, integrado por comunistas y socialistas. La CNT, aunque muy débil, también tuvo representación en el mismo. Como responsable y presidente del comité de fábrica fue nombrado el compañero socialista Manuel Rayón Segovia, quien actuó provisionalmente como director de la fábrica misma.

El sindicato estaba dirigido por un veterano ugetista, José Landeras, siendo secretario general del sindicato el que esto escribe, Fernando Álvarez Segovia.

El comité de fábrica buscó inmediatamente la forma de establecer relaciones con otras industrias de guerra del Norte. Nos trasladamos a Sama de Langreo, donde estuvimos con Ramón González Peña y Juan Ambóu, del Comité Provincial del Frente Popular, quienes nos facilitaron el traslado por ferrocarril a Trubia.

Nuestra misión con los compañeros de la fábrica de Trubia era la de gestionar cierta cantidad de cobre que la constructora naval necesitaba para terminar los

pedidos urgentes de proyectiles que el Gobierno de la República nos había hecho para las dotaciones conocidas como tipo «Churruca».

Afortunadamente en Trubia había gran cantidad de cobre y no existió ni el más mínimo problema por parte del sindicato de Trubia para hacernos la entrega del cobre que se precisaba para colocar la banda de forzamiento que se necesitaba para los proyectiles mencionados. Fue para nosotros una gran satisfacción poder servir a nuestro Gobierno.

En Reinosa teníamos una abundante dotación de láminas de acero blindado, de las que se usan en los escudos de la artillería de montaña. De este tipo de lámina estaban necesitados los de Trubia. Así se pudo hacer un intercambio de productos... Los obreros de Trubia y Reinosa, hermanados en los mismos afanes, resolvieron sus problemas dentro de los marcos de solidaridad proletaria y con proyección balística contra el enemigo común, el fascismo».

Buen ejemplo este último, que de haberse generalizado hubiera constituido una ayuda excepcional para la lucha en el Norte y aun para el resto de la zona republicana.

La unidad de comunistas y socialistas hizo posible esta victoria. Igual que había ocurrido en Trubia. No es de extrañar, pues muchos de los trabajadores y técnicos de Reinosa procedían precisamente de la veterana fábrica de cañones de Trubia.

Sin embargo, en la capital tardaba mucho en rendirse el cuartel de la Guardia Civil. Esto motivó que con González Peña nos trasladáramos a Santander a fin de ofrecer nuestro concurso para acelerar la capitulación de esa importante fuerza... Días después el cuartel se rindió, pero los guardias civiles fueron enviados precipitadamente a los frentes del Sur, desde donde fácilmente se pasaron, en general, al enemigo, es decir, con sus amigos.

Los camaradas del Comité Provincial del Partido Comunista en Santander, Ángel Escobio y Mariano Juez, estaban muy descontentos por cómo marchaban las cosas y por el menosprecio con que los trataban. La pasividad y aun la frivolidad eran visibles. Excepción hecha, naturalmente, de Reinosa, Castro-Urdiales, Torrelavega y algún otro punto, en los cuales había triunfado la candidatura del Frente Popular en las elecciones del pasado febrero. Lo contrajo de lo ocurrido en el conjunto de la provincia.

Los enemigos de la República en la capital montañesa eran legión. La Quinta Columna nunca fue eficazmente combatida. La comunicación con el enemigo era evidente, según nos decían y comprobaban nuestros camaradas. «De nuestro puerto —nos decían— salen a veces barcos ingleses cargados con mercancía con destino a otros puertos republicanos, y luego ocurre que desembarcan en puertos facciosos». La capital era también refugio de reaccionarios de Asturias, donde vivían sin molestias y comiendo mejor, mucho mejor, que los combatientes, en restaurantes bien surtidos —al comienzo al menos— de buenos alimentos. Estando nosotros comiendo con Dutor en uno de ellos vimos a varios reaccionarios de La Felguera que hacían lo mismo. No lo dudamos. Ordenamos su detención y el traslado a Asturias inmediatamente.

La primera Junta que presidió el gobernador civil, la segunda que encabezara

Bruno Alonso —el dirigente socialista más conocido— y finalmente la delegación del Gobierno de la República, dirigida por Ruiz Olazarán, poco hicieron por cambiar esta situación de complacencia que duraría hasta el momento mismo de la caída de Santander, en el que la Quinta Columna mostró todo su poderío.

La no existencia en el Norte de la indispensable coordinación política, militar y económica —y también de seguridad interna—, tan insistentemente reclamada por los comunistas, contribuyó en gran medida a que en Santander no se sintiera ni se viviera la guerra como en Asturias... La sombra del real palacio de La Magdalena, del señorial casino y de la aristocrática playa del Sardinero se proyectaba aún con fuerza sobre la mayoría de los habitantes de la capital, burguesa y pequeño-burguesa por antonomasia.

No desdeñamos de ninguna manera los esfuerzos que comunistas y socialistas y en menor proporción la CNT y los republicanos realizaron en todos los órdenes para organizar la resistencia republicana. Primero para hacer fracasar la sublevación, y después para organizar las milicias populares, que habían de convertirse más tarde en unidades regulares constitutivas del XV Cuerpo de Ejército al mando del teniente coronel García Vayas. Además, unidades militares santanderinas combatieron con nosotros en Asturias durante las ofensivas de octubre de 1936 y febrero de 1937, y asimismo en la heroica resistencia del final de nuestra guerra de liberación. También participaron en la defensa del País Vasco.

La capital montañesa fue elegida por el Gobierno de la República como sede del ejército del Norte. Tal ejército sólo pudo empezar a ser realidad demasiado tarde, después de la caída de Bilbao.

También en esa época fue asiento de la Junta Delegada del Gobierno en el Norte, presidida por el general Gámir Uribarri. Figuraban como componentes de la misma: Guillermo Torrijos, en nombre del Gobierno vasco; Juan Ramón Ruiz Rebollo, como diputado a Cortes por Santander (de I.R.), y Juan José Manso, diputado por Asturias (del PCE).

Como se ve, no se trataba de una Junta con representaciones de partidos y organizaciones sindicales. Por eso la CNT no estaba incluida entre los miembros de la misma. Tampoco formaba parte en aquel entonces del Gobierno de la República.

Sin embargo, la no inclusión de la CNT en la Junta Delegada del Gobierno hizo más tirantes las relaciones de esta organización y de la FAI, claro, con el resto de los partidos y, manifiestamente, con el nuestro, pues los anarquistas nos consideraban culpables de no haber sido incluidos en la Junta Delegada

Movido seguramente por la FAI, el teniente coronel Martín Luna, jefe de la aviación republicana en el Norte, nos invitó a comer en Gijón, cerca de su puesto de mando, a Segundo Blanco y a mí a mediados de agosto de 1937. La comida no pudo ser más borrascosa: Segundo Blanco echando rayos y centellas contra el Gobierno y los comunistas; y nosotros defendiendo al Gobierno y expresando con toda clase de hechos que nuestro Partido, fiel a su política, pulcra política de unidad, jamás se había opuesto, sino al contrario, a la participación de la CNT en organismos oficiales. Ejemplo: el Consejo de Asturias, y antes las Alianzas Obreras. Confesemos que nosotros pudimos manifestar nuestra opinión públicamente en favor del ingreso de la CNT en la Junta, pero eso equivalía a enfrentarnos con el Gobierno... No sé porqué Segundo Blanco no insistió más sobre este tema cerca de los

compañeros socialistas:

Pero en este caso, como en tantos otros, el anticomunismo cegaba a Segundo Blanco... Para consuelo de este compañero y de otros furibundos anticomunistas, precisamente en esa época Prieto ordenó el traslado al centro del camarada Francisco Ciutat,⁷ el mejor conocedor entre todos los militares profesionales de la situación de los frentes que aún quedaban en el Norte; pero, la razón era política: Ciutat era militante del Partido Comunista. Y a esa medida siguió otra aún más desacertada e injusta: la destitución de Jesús Larrañaga como comisario del XIV Cuerpo de Ejército. A Larrañaga, el gran dirigente obrero vasco, organizador eficiente de las unidades militares vascas más combativas que vinieron en nuestra ayuda en octubre de 1936. Pero al parecer lo grave era que Larra —como le decíamos cariñosamente— era miembro del Partido.

En fin: así no se hacía ni patria ni unidad. Una vez más se ponía de manifiesto que el anticomunismo es siempre disgregador, perturbador, reaccionario.

Mientras tanto, el enemigo preparaba febrilmente su ofensiva sobre Santander. Y Santander no estaba preparada para hacerla frente y derrotarla. Ya hemos expuesto algunas causas principales. A éstas hay que agregar que ni siquiera en el aspecto de fortificaciones se había hecho nada verdaderamente eficaz para resistir a un enemigo como el que se nos venía encima. Ni los puertos del sur estaban debidamente fortificados. Ni el conjunto del Cuerpo de Ejército montañés fogueado. Además, tampoco ayudaba, en general, la moral de la población.

Así las cosas, el 14 de agosto de 1937 se desencadena la ofensiva facciosa, contando con enorme superioridad en hombres y en armas de todas clases, principalmente en la aviación, a la que poco podíamos oponer, a pesar de que el Gobierno logró, con enorme esfuerzo, hacer llegar a La Albericia algunos aparatos republicanos.

En los dos meses que el Gobierno nos dio de alivio con la batalla de Brunete se adelantó poco en la organización de la resistencia en general.

A pesar de todo, la resistencia a las brigadas navarras y a las divisiones italianas en el sur, en los puertos, fue encarnizada. Según dijeron más tarde nuestros enemigos, nunca habían sufrido tantas bajas las unidades fascistas italianas, a pesar de que en sus avances eran apoyados por una verdadera nube de aviones.

Fue heroica la resistencia ofrecida por las unidades de la LV División montañesa, mandada por el teniente coronel Sanjuar; y notablemente eficiente y heroica la ayuda prestada por la L División de reserva vasca, mandada por el teniente coronel Juan Ibarrola; y a la misma altura se elevaron las unidades de la División de reserva, de choque, la LVII, que dirigía nuestro entrañable camarada Luís Bárcana.

Es para nosotros motivo de legítimo orgullo que Reinosa, fuera defendida, revalidando su valiente comportamiento durante toda la campaña, por uno de los batallones de Bárcana, que originalmente se llamó «Sangre de Octubre» y que estaba compuesto, al comienzo, por una mayoría de jóvenes de mi barrio inolvidable: de La Argañosa. Al frente del batallón estaba el camarada Manolín Alonso, el que fuera sencillo empleado de correos en Oviedo y que fue esforzado defensor de la Estación del Norte, de Oviedo, en octubre de 1934.

⁷ Ciutat no se trasladó nunca al centro.

También Manolín Álvarez, Ladreda y muchos otros participaron en la batalla de Santander.

Merece especial atención lo ocurrido en la constructora naval de Reinosa ante el avance enemigo. No había llegado a los obreros la alerta que la Junta Delegada debió haber enviado a tiempo. ¿Cursó la noticia? Sea lo que fuere, la noticia no llegó a la fábrica. Ni los dirigentes ni los obreros estaban advertidos del peligro que les amenazaba a ellos y a la empresa. El caso es que fue un consejero soviético —creo que el general Gorev— quien con su intérprete, la vivaz e inteligente Lina, llegó a la fábrica para decir a los obreros que el enemigo no estaba muy lejos de la misma.

Sin perder ni un minuto, los dirigentes del sindicato pidieron mineros y dinamita para volar la fábrica. Y llegaron los dinamiteros: eran los de la Escuela de Especialización del Ejército del Norte. Entre ellos, naturalmente, había no pocos mineros asturianos. Se sacaron la mayor cantidad de máquinas que fue posible. Unas las embarcaron en camiones y llegaron bien a su destino: Gijón. Otras las montaron sobre plataformas de ferrocarril, pero desgraciadamente el tren, perfectamente preparado, no pudo salir a su destino por la obstrucción de uno de los túneles cercanos. Y cayó en poder del enemigo. La fábrica fue parcialmente volada e inutilizada por varios meses. La participación de los obreros de la fábrica en todas estas operaciones fue unánime y disciplinada. Todo lo que se diga en contrario es falso. Hemos hablado con testigos excepcionales: dirigentes del sindicato y de los dos partidos obreros que aún viven y con la moral altísima.

Y de todas maneras: ¡Qué diferencia! En Euzkadi, en aquellos momentos trabajaban para los facciosos, y a pleno rendimiento, las fábricas que los dirigentes nacionalistas vascos no quisieron ni permitieron que se volaran.

¡Hermosa lección de los obreros de Reinosa!

La resistencia cedía en todas partes. La puntilla habían de dársela los batallones vascos que se concentraron en Santoña y en Laredo, donde pactaron con los invasores fascistas italianos con la valiosa ayuda de los ingleses. Y la bendición, claro, de los jefes nacionalistas vascos. La entrega fue incondicional. Y los barcos ingleses «Bobie» y «Seven Seas Spray» no se fueron con los dirigentes militares y políticos de las unidades vascas que ya estaban a bordo. Ordenes superiores llegaron. Los bajaron a todos. Los metieron en la cárcel. Y al día siguiente empezó la orgía de sangre. La resistencia hubiera producido en las filas de los desertores menos sangre; habría corrido también la del enemigo. Y no hubiera surgido ese factor de desmoralización que llevan consigo siempre las deserciones, las capitulaciones injustificadas, las traiciones.

La situación se agravaba por momentos. Diez días después de iniciada la ofensiva, Santander quedaba incomunicada por tierra con Asturias al llegar los facciosos a Torrelavega.

Poco después se produciría la caída de la capital, cuya descripción dantesca, con más o menos acierto, han hecho ya numerosos autores.

En la caída de Santander se mezclaron, con los tremendos errores políticos apuntados, la incapacidad del mando superior republicano, por una parte; la actuación de la Quinta Columna, eficacísima; la traición de elementos de los cuerpos represivos republicanos, que izaron diligentemente su bandera blanca.

En San Vicente de la Barquera se organizó, aunque débilmente, la nueva línea de resistencia. En Asturias ya se había decretado la constitución del Consejo Soberano. Como miembros de la comisión militar del mismo estuvimos en el pintoresco lugar Onofre García y yo. Nos acompañé el teniente coronel Francisco Galán, que había actuado brillantemente en Euzkadi y en Santander. Fue uno de los cuadros militares que el Gobierno de la República envió al Norte con objeto de ayudar a la defensa de tan importante región. Con él, enviado especialmente por la dirección del Comité Provincial del Partido en Asturias, estaba ya Casto G. Roza, uno de los dirigentes más abnegados y capaces que dieron a Asturias los metalúrgicos de La Felguera. Galán fue nombrado jefe del XIV Cuerpo de Ejército, sobre cuyos hombres había de pesar la enorme responsabilidad de organizar la resistencia en el oriente asturiano. De esto nos ocuparemos en los apuntes siguientes.

A continuación, he aquí algunas conclusiones sobre la batalla de Santander:

— Santander pudo salir airoso en los primeros momentos de la lucha contra los conspiradores fascistas, a quienes derrotó. Pero se durmieron sobre sus laureles los dirigentes de la montaña. Era sólo el comienzo y resultaba imprescindible organizar concienzudamente la continuación de la contienda que abarcaba a toda España. Esto no se hizo por las causas ya explicadas. Los resultados no pudieron ser peores.

— Santander fue, como ya había ocurrido antes en Euzkadi y en toda España, una demostración del carácter de nuestra guerra: de la sublevación se pasó a la guerra civil y después a una guerra nacional liberadora. Las operaciones militares de Santander fueron dirigidas por los mandos nazis de la «Legión Cóndor», secundados por los fascistas italianos. En *Il Popolo* de 27 de agosto de 1937, Mussolini dijo, hinchándose como un sapo, que Santander había sido «una splendida vittoria italiana».

— Santander puso de relieve quiénes eran los cómplices de los facciosos en la no intervención. Fueron los ingleses los que mediaron para la rendición de los nacionalistas vascos en Santoña.

— Pero brilló, por otra parte, el internacionalismo proletario, aunque no en las proporciones que se dieron en la defensa de Madrid. El camarada italiano Nino Nanetti, comandante de la LII División (integrada en el XIV Cuerpo de Ejército, al mando del coronel Prada) murió heroicamente. La actuación de los camaradas soviéticos, y en especial los que alertaron a los obreros de Reinosa, también fueron ejemplos emocionantes de internacionalismo proletario.

— Lamentablemente, los contactos entre los comunistas de Asturias y Santander no se organizaron sólida y permanentemente. Considero que se puede decir lo mismo de los compañeros socialistas y de los sindicatos de la Unión General de Trabajadores.

— Las relaciones entre las direcciones oficiales de ambas provincias fueron solamente esporádicas. Belarmino Tomás y Juan Ruiz Olazarán se vieron contadas veces. El cantonalismo asomaba la cabeza por todas partes.

— La Junta Delegada del Gobierno en el Norte vino, como dijimos, demasiado tarde y nunca llegó a ejercer una verdadera autoridad.

— Desde el punto de vista de la seguridad interna, con gran dolor hay que decir que la Quinta Columna campó por sus respetos y pudo desempeñar el importante papel que ya hemos reseñado. Imponer el orden republicano en tiempo de guerra era un deber ineludible de los gobernantes.

En definitiva, la causa principal de todos nuestros males internos se debió a que en el Norte no existió por la parte republicana la unidad política, económica y militar absolutamente necesarias para hacer frente al desafío del fascismo español, detrás del cual estaba toda la reacción mundial, encabezada por las potencias del Eje.

Los manantiales de Fontibre, en las montañas de Reinosa, nacimiento del río ibérico, el Ebro, contemplaron la batalla de Santander. No habría de transcurrir ni un año cuando el mismo caudaloso Ebro fue escenario, ya no lejos de su desembocadura, de la batalla más grande entre las libradas por el ejército republicano, en la que triunfó asombrando a propios y a extraños.

XIII. El consejo soberano de gobierno

La caída de Santander es inminente. El Estado Mayor central, dándose perfecta cuenta de la situación, ordena un repliegue organizado hacia Asturias. Pero las unidades militares dirigidas por el Partido Nacionalista Vasco desobedecen las órdenes del Gobierno de la República, se concentran en Laredo y Santoña y capitulan ante el general italiano Mancini, con quien establecen un convenio, conocido como el Pacto de Santoña, en virtud del cual saldrán al exterior, en barcos ingleses, mandos y dirigentes políticos de Euzkadi. Como es sabido, los franquistas, de acuerdo con los nazis, imponen su ley. El convenio se convierte en un pedazo de papel, son apresados los mandos y dirigentes políticos y empieza la represión. Lo más grave de todo es que esta deserción en masa de las fuerzas nacionalistas vascas transforma el «repliegue combativo y ordenado» en desbandada... Y, como ya queda dicho en uno de nuestros anteriores apuntes, se establece una débil línea de contención en San Vicente de la Barquera...

El éxodo de refugiados vascos hacia Asturias aumenta considerablemente; la pérdida de armamento ha sido grande; las unidades vascas, asturianas y santanderinas retroceden diezmadas; el bloqueo marítimo y el cerco general de lo que nos queda de Asturias se estrechan; la posibilidad de recibir más ayuda del Gobierno —ayuda directa— es casi imposible, pues como me decía el teniente coronel Francisco Galán, «estamos rodeados de enemigos por todas partes, menos por una..., el Comité de No Intervención». Es decir, estamos en situación muy grave. El peligro de la caída de todo el Norte se cierne amenazador sobre nosotros.

Hay quien sólo piensa en cómo salir, pero también hay quien piensa en cómo seguir resistiendo. Asturias tiene que hacer honor a la Asturias del 34. Asturias sigue siendo una parte inseparable de toda la zona republicana... De eso tienen conciencia los combatientes; y, pese a todos los descalabros y aunque parezca inverosímil, están dispuestos a seguir resistiendo.

En estas condiciones aparece el «decreto» transformando el Consejo Interprovincial en Consejo Soberano de Gobierno. No por conocidas vamos a dejar de transcribir las cláusulas de tal «decreto». Helas aquí:

Artículo 1. El Consejo Interprovincial de Asturias y León a partir de la fecha de este decreto, se constituye en *Consejo Soberano de Gobierno* de todo el territorio de su jurisdicción, y a él quedan íntegramente sometidas las jurisdicciones y organismos civiles y militares que funcionan y funcionen en lo sucesivo dentro del referido territorio.

Artículo 2. El propio Consejo Soberano, a la vista de los acontecimientos favorables que se produzcan en el curso de la guerra, determinará el momento de despojarse de las funciones soberanas que hoy asume.

Artículo 3. *De este decreto se dará cuenta al Gobierno para su convalidación, sin perjuicio de su absoluta vigencia, impuesta por el imperio de las circunstancias, desde este mismo momento de su promulgación.*

Fecha del «decreto»: 24 de agosto. Hora: las 12 de la noche.

La proclamación del Consejo Soberano es el golpe cantonalista más grave producido hasta entonces, porque se arroga facultades que sólo competen legal,

política, económica y militarmente al Gobierno de la República.

Organizar la resistencia, la defensa de Asturias, como parte integrante e inseparable de toda la zona republicana, cumplir con nuestro deber revolucionario y patriótico, exigía precisamente todo lo contrario: mantener con mayor firmeza nuestra inquebrantable adhesión al Gobierno único de la nación en armas, fuente de la unidad antifascista de todos los españoles, garantía suprema en escala nacional de la lucha contra el franquismo y los invasores.

También los Tribunales Populares juegan su cuarto a espadas y se «independizan». En tal grado que ni al Gobierno ni al Consejo Soberano le han de pedir autorización para huir vergonzosa y cobardemente en el vapor «Somme» el día 12 de octubre.

La actitud de la representación comunista en el Consejo fue de rotunda oposición al «pronunciamiento civil». Y fue expresada así:

«Nosotros, los comunistas —dije ante el Consejo— no aceptaremos jamás nada que niegue o merme las facultades legales y legítimas que corresponden al Gobierno de la República, en el que están representados todos los partidos políticos. Al enemigo no se le combate debilitando al Gobierno de la nación, sino cerrando filas en tomo al mismo.

Además, si este mal ejemplo cundiera, los días de vida de la República estarían ya contados.

Podemos hacer críticas honradas al Gobierno, pedirle más ayuda si se quiere; al fin y al cabo tiene la responsabilidad global de cuanto ocurra en el conjunto del territorio en poder de los leales. Pero en estos momentos —y de acuerdo con el Gobierno— nuestro sagrado deber es organizar la resistencia hasta donde humana, política y militarmente sea posible. Esa es nuestra histórica responsabilidad ante la clase obrera y todos los trabajadores de Asturias, ante el pueblo español y su Gobierno republicano».

El compañero Rafael Fernández, en representación de la JSU, coincidió con nosotros, manifestando su total desacuerdo con la constitución del Consejo Soberano.

Ahora bien, conviene aclarar que en los partidos y organizaciones sindicales representadas en el Consejo no había unanimidad en cuanto a la proclamación de «soberanía» se refiere: no la hubo en el PSOE, ya que el secretario general de la Federación de Asturias, Rafael Fernández, tuvo una opinión contraria bien definida; tampoco en la UGT, cuyos votos aparecieron divididos en el propio Consejo, ya que uno de sus representantes era socialista, mientras que el otro era comunista; ni tampoco en Izquierda Republicana, como se prueba de manera irrefutable en la visita que a Manuel Azaña hicieron los diputados, de Izquierda Republicana por Asturias, Menéndez y Laredo. He aquí lo que Azaña dice en su libro *Memorias políticas y de guerra*: «Reprueban —dice refiriéndose a los dos diputados— la formación de ese gobierno extravagante y su conducta». Finalmente, no recuerdo que trascendiera al público lo que pasaba en los medios anarquistas. Parece ser que los que, al menos en principio, eran acérrimos enemigos de toda clase de gobierno, se manifestaban aquí —una vez más— como los defensores más contundentes del gobiernismo a ultranza.

En cuanto a la resistencia asturiana y su significación en el marco de la guerra en su conjunto, son muy importantes las opiniones que con criterio independiente han expresados personalidades de la talla de Javier Bueno, el inolvidable director de *Avance*, que cambiaba con naturalidad y serena valentía la pluma por el fusil cuantas veces la situación así lo exigiere. He aquí lo que Javier Bueno escribió en el prólogo al libro de otro brillante periodista, Ovidio Gondi, ya después de la pérdida de Asturias:

«La resistencia en el Norte, que aparece baldía si circunscribimos la atención al marco local, florece como una posibilidad más de perfeccionar la organización guerrera en otras regiones de España. Débese alabanza en este punto a la profundidad con que Asturias comprendió y aceptó este destino trágico suyo; pues frente a la protesta espasmódica de unos pocos estuvo la conciencia general de que el Gobierno, responsable de España como un total, no tenía el derecho de comprometer escuadra, aviación, todo, por una salvación problemática del Norte».

Javier Bueno⁸ tenía razón. Sin embargo, como veremos a continuación, no fue poco lo que el Gobierno, por otros medios, hizo en apoyo a la resistencia asturiana, que como dice el ilustre periodista, no puede comprenderse limitándola «al marco local».

Nada había hecho el Gobierno que pudiera justificar tal manifestación de desconfianza por parte del Consejo de Asturias. El Gobierno tenía conciencia de lo que significaba el Norte para la prosecución de la guerra y había tomado, entre otras, las siguientes medidas:

— Preparación y desencadenamiento de la ofensiva de Brunete, que nos dio varias semanas de respiro para organizar la resistencia en Santander.

— El 23 de agosto, y pensando siempre en el Norte, inició otra ofensiva cuyos objetivos eran Belchite y Zaragoza.

— El 11 de octubre, otra vez en el frente de Aragón, desatan una nueva ofensiva también para ayudar al Norte y lo que del mismo quedaba: Asturias, mejor dicho, una parte de Asturias.

— Creó la Junta Delegada del Gobierno en el Norte, tratando de ayudar a forjar la unidad en la región. La presidió el general Gámir Uribarri, estando compuesta por G. Torrijos, representante del Gobierno vasco; Ramón Ruiz Rebollo, diputado de Izquierda Republicana por Santander, y Juan José Manso, diputado del PCE por Asturias. La Junta trabajaría en coordinación con Juan Ruiz Olazarán, delegado del Gobierno en Santander, y Belarmino Tomás, delegado del Gobierno en Asturias. Esta composición no era de partidos y organizaciones sindicales, sino de personalidades oficiales y parlamentarias. No había, pues, ningún representante de la CNT, lo que a mi entender constituyó un error, aunque es cierto que en esa época la CNT no figuraba en el gobierno Negrín. Eso hizo que el gobernador de Asturias,

⁸ Javier Bueno se encontraba dirigiendo un diario en Madrid al final de la guerra. Después de la traición casadista y una vez tomada la ciudad por los fascistas sin disparar ni un solo tiro, Javier Bueno fue apresado y ejecutado a garrote vil por los falangistas, quienes manifestaron así su odio zoológico a los periodistas revolucionarios que habían cumplido con su deber en defensa de la República.

muy compenetrado entonces con los anarquistas, hiciera poco caso a la nueva Junta. Por consiguiente, si la Junta —que se constituyó tarde, desde luego— no funcionó como debiera, no fue por culpa exclusiva del general Uribarri. Lo que no quiere decir, en absoluto, que aprobemos su actuación como jefe militar en la catastrófica retirada de Santander.

Como es sabido, el general Uribarri fue destituido por el Consejo Soberano, cuando su nombramiento había sido hecho por el Gobierno.

— El Gobierno de la República dejó en Asturias mandos tan valiosos como el teniente coronel Francisco Galán, que participó en la heroica defensa de Madrid; al coronel Adolfo Prada, que también fue uno de los jefes que defendieron la capital de España; al general soviético Vladimir Gorev, consejero militar activo en la defensa de Madrid y héroe de cien batallas en diferentes partes del mundo, en particular en China. Y otros muchos oficiales.

— Belarmino Tomás, gobernador delegado del Gobierno, mantenía incólumes todas sus facultades legales, contaba con la confianza del Gobierno. Y asimismo los dos Cuerpos de Ejército que actuaron en la resistencia asturiana.

— Pero aún hay más. El Gobierno nos envió armas en el vapor «Reina», que hábil y valientemente burló la vigilancia enemiga y llegó al Musel, donde más tarde, desgraciadamente, fue hundido por la aviación nazi. Cañones antitanques, antiaéreos, morteros, ametralladoras, minas submarinas, granadas y cartuchería nos trajo el «Reina». ¿Hubiera sido posible más ayuda militar cuando sabemos que la que intentó enviar a Vizcaya y Santander tropezó siempre con el muro infranqueable de la no intervención, que además nos retenía aviones, tanques y otras armas adquiridas para nosotros por el Gobierno en la Unión Soviética? Está claro que esa ayuda no era posible. Si llegaron aviones al Norte —a Santander, por ejemplo— fue porque vinieron directamente, corriendo grandes riesgos.

— Aún después llegaron los vapores «Brandem» y «Mydol» con toneladas de víveres, medicinas y otros.

— Otros barcos no llegaron porque los interceptó la flota enemiga. Algunos más estaban preparados; pero ya no pudieron zarpar de puertos leales, pues la resistencia en Asturias tocaba a su fin.

Entonces, ¿por qué se produjo esta «declaración de independencia» si no había ni motivos políticos ni militares para ello? *¿Quién o quiénes la concibieron? ¿Con qué fines?*

Todo aquel que haya vivido de cerca aquellos días sombríos en la dirección política del Frente Popular de Asturias, en el Consejo Interprovincial, no tiene ya ninguna duda sobre el particular.

La idea fue concebida por Amador Fernández, compartida por Belarmino Tomás y por la mayor parte de los dirigentes de la Federación Socialista Asturiana y en perfecto acuerdo con los anarquistas, cuyo portavoz más violento fue Segundo Blanco.

Pero Rafael Fernández, que era el secretario de la Federación Socialista Asturiana y también secretario general de la JSU, rechazó la idea y mantuvo firmemente en el PSOE y en el Consejo —ya Soberano— una actitud política acorde con la general del Gobierno, con la unidad y la resistencia en Asturias. Entonces se produjo una

crisis en el PSOE y Rafael Fernández cesó en sus funciones de secretario general de la Federación asturiana.

Todas las medidas extraordinarias que la grave situación exigía que se adoptaran podían haber sido tomadas por el Consejo Interprovincial, presidido por el gobernador, en estrecha colaboración con el Comisariado y con el Estado Mayor. Y manifestar y reiterar la más firme adhesión al Gobierno hubiera significado reforzar la unidad nacional y un estímulo para los combatientes.

¿Por qué este acto histriónico, impolítico, de enfrentamiento con el Gobierno?

Se podrán aducir mil pretextos; se podrán, incluso, dar «razones» al Gobierno y «asegurarle» que la cosa no iba contra él, pero la causa era sólo una: *preparar la evacuación*, pero a la manen en que la habían concebido los autores de la «soberanía» del Consejo. Mejor debiera haberse denominado el consejo de la evacuación o de la huida. Y, lógicamente, para organizar tal evacuación, los «soberanos» necesitaban tener *las manos libres*. ¡Ni el Gobierno podía inmiscuirse en los planes de evacuación!

Claro, las cosas no se expusieron así ante el Consejo. Sí se habló de ello, aunque tampoco se dijera toda la verdad, en una reunión de mandos socialistas —mandos militares— presidida por los dirigentes del Partido. Y es más: en esta reunión se daban ciertas seguridades de que *parte de la escuadra inglesa —y tal vez de la francesa—* protegerían la retirada.

Lo mismo ocurría en las cimas de la FAI y de la CNT. Que Avelino G. Mallada era partidario de una rápida evacuación era «vox populi». Y así su cuñado, Ramón Fernández Posada, consejero en representación de las Juventudes Libertarias, que en un rasgo de franqueza había de confesármelo años más tarde.

Y volvamos a la «ayuda exterior»: otra vez los ingleses y acaso monseñor Pacelli. Los mismos que mediaron en Santoña para que fascistas italianos y nacionalistas vascos establecieran un convenio de evacuación; para que, al fin y al cabo, los falangistas —de acuerdo con los nazis— decidieran la situación. Los nacionalistas habían cuidado del orden, mientras tanto. Comunistas y antifascistas fueron encarcelados en buen número. Buen servicio a la Falange. De todas maneras, los jefes militares y políticos nacionalistas fueron «apeados» de los barcos ingleses y sufrieron todo el rigor del terror fascista.

Pero ¿a cambio de qué nos iban a ayudar los ingleses de Chamberlain, conservador, o los franceses de León Blum, socialista, tan identificados en la política internacional y creadores del engendro de la no intervención?

¿A cambio de qué iban a intervenir los gobernantes ingleses, para los cuales «todo lo que se ventilaba en España no valía la sola vida de un marino inglés», o, como decía Churchill, cuando creía que Madrid sería conquistado por los fascistas: «ahora sí acabará esa desagradable cuestión española»?

Lo que se pensaba ofrecer a cambio era evidente a todas luces:

— Respetar a los presos políticos fascistas y organizar el orden, lo cual podía consistir en poner en la sombra a los no partidarios del plan de rendición, es decir, a los comunistas y a los jóvenes socialistas unificados.

— Deponer las armas. Entregarlas intactas. Capitular.

— Impedir la destrucción de minas de carbón y de toda la industria de Asturias, la de guerra en primer lugar.

— Ordenar el cese de voladuras de puentes, carreteras, ferrocarriles, instalaciones eléctricas, así como todos los medios de transporte de mar y tierra...

Nuestra actitud era clara, terminante: mantener a toda costa la resistencia, prolongarla hasta el invierno, nuestro aliado natural, dando al Gobierno de la nación un tiempo precioso. Porque no se trataba de salvar el pellejo propio, sino la vida de la República, de la que seguíamos formando parte indisoluble.

Estábamos, en fin, contra el espíritu de Santoña, que revoloteaba amenazador sobre nuestras cabezas.

Y pasara lo que pasara, en última instancia debíamos estar dispuestos a destruir todo lo que pudiera serle útil al enemigo, que lo iba a volcar contra nuestros hermanos de la zona leal. Pensar, como decía algún ingenuo o algo peor, que la represión sería menos cruenta si le dejábamos al enemigo intacto todo lo que pudiera serle útil, equivalía a olvidar el carácter terrorista del fascismo, que no se detiene ante nada. Y esto estaba demostrado hasta la saciedad.

En relación con esto es interesante recordar que el sindicato de la fábrica de Trubia, dirigido por Avelino Mata y Desiderio García, comunista y socialista, respectivamente, había propuesto al gobernador evacuar la maquinaria que instalada en las naves de Pesquerías Albo, en Candás, producía 4.000 espoletas diarias para aviación, artillería y otros. La respuesta fue negativa. También al final, como veremos, pese a promesas verbales, se procedió en la misma forma. ¿Por qué?

Ahora bien. No quisiéramos que se interpretara mal nuestra actitud política en lo referente a la evacuación. Nosotros entendíamos que si llegaba el momento, oportuna, ordenada y organizadamente habría que proceder a la evacuación, salvando, para que siguieran peleando en la zona leal, la mayor cantidad posible de cuadros políticos y militares, junto a técnicos y obreros especializados. Pero no confiábamos en la «ayuda exterior». Sí, si ésta era promovida por una poderosa movilización de masas, tanto en Francia como en Inglaterra, que obligara a sus respectivos gobiernos a que intervinieran para, enfrentándose a la escuadra facciosa y a la nazi, ayudar a los combatientes de Asturias. Pero esto no sucedió, aunque lo pidieron los comunistas franceses e ingleses y otros amigos de la República.

Por otra parte, es preciso responder a aquellos que decían que en Asturias se quería imitar a los celtíberos de Numancia, encendiendo grandes hogueras y quemándonos vivos nosotros y nuestros familiares: Sí queríamos ser modestos émulos de aquéllos en cuanto a su heroísmo, que defendieron la ciudad contra el cerco de los romanos; pero no, desde luego, perecer en nuestras propias hogueras porque éramos conscientes de poder proseguir la lucha en la otra parte de la zona leal.

Pero a todas las preguntas formuladas anteriormente hay que agregar una más, acaso la que reviste mayor gravedad. ¿Y si los comunistas solos se oponen a los planes del Consejo Soberano de Gobierno, cuyas figuras cumbres eran los conocidos anticomunistas Amador Fernández y Segundo Blanco? ¿Y si los comunistas solos se mantienen tercamente en la actitud de continuar la resistencia

hasta donde sea posible y defienden obstinadamente al Gobierno de la República? ¿Qué podría ocurrir?

Contábamos con la feliz coincidencia política de la JSU. Pero, a pesar de todo, ¿cederían los «soberanos»? ¿O liándose la manta a la cabeza, recurrirían a todos los medios para imponer sus ideas?

No podíamos los comunistas olvidar las lecciones de la historia. No podíamos ni debíamos olvidar lo que acababa de suceder en Santoña —agosto— con la capitulación incondicional de los batallones nacionalistas vascos. Ni tampoco el *putsch* de mayo en Barcelona, protagonizado por la FAI y el POUM (éste de orientación trotskista), contra los poderes democráticos y legítimos del Gobierno de la República. No podíamos olvidar la actitud de la CNT contra el Gobierno en general y contra los comunistas en particular, expresada en los acuerdos adoptados el 10 de junio último en el Pleno de Comités Regionales. Entre los acuerdos, según el Boletín de Información de la CNT número 72, estaban los siguientes:

«Fomentar la propaganda criticando la obra que realice el Gobierno, indicando, además, que es el Gobierno de la contrarrevolución y del “Abrazo de Vergara”. Esta propaganda debe alcanzar a los frentes e introducirse extensamente en los cuerpos armados...»

El punto final decía textualmente:

«Atacar al Partido Comunista en el orden nacional. Atacar en el plano local a quienes se hagan acreedores de ello, por su comportamiento en la localidad, provincia o región...»

Esos acuerdos habían sido tomados menos de tres meses antes de constituirse el Consejo Soberano de Gobierno en Asturias.

Esos acuerdos estaban, pues, vigentes cuando se constituye el Consejo Soberano de Gobierno y cuando la CNT seguía sin formar parte del Gobierno de la República. Hubiera sido insensato y de una irresponsabilidad política incalificable que nosotros no hubiéramos tenido en cuenta esos inmediatos antecedentes.

Evidentemente, por tanto, debíamos prever que los comunistas —como ocurrió después en el centro— seríamos atacados por los fascistas y por los «soberanos», precursores de Casado.

Vivimos días de gran tensión. Las reuniones del Consejo eran borrascosas. En una de ellas levantó Segundo Blanco una silla en alto para descargarla contra Rafael Fernández. «¡Por culpa nuestra...!», gritó enfurecido... Por culpa vuestra, quiso decir, no se han quedado aislados, arrinconados, los comunistas.

Y como la tensión subía de punto y las amenazas eran cada vez más evidentes, tanto los dirigentes del partido como los de la JSU no tuvieron más remedio que ser protegidos por compañeros armados. Y es más: hubo un momento en que se pusieron en estado de alerta algunas unidades con mandos comunistas que estaban reorganizándose en la retaguardia. Y a buen seguro que la JSU tomaría también sus medidas.

Esa era la angustiada situación de aquellos días, que pudo haber tenido un desenlace trágico en Asturias y de funesta repercusión en el resto de la zona

republicana. No en vano el nombre de Asturias se seguía pronunciando con respeto y admiración.

Consideramos que la firme actitud de los comunistas y los maduros jóvenes de la JSU, con la ayuda de la adoptada intransigentemente por el Gobierno en defensa de su legitimidad y soberanía, hizo entrar en razón a los «soberanos». No hay que olvidar, por otra parte, que la mayor parte de las unidades combatientes estaban bajo el mando de jefes comunistas y de la JSU. Así como las unidades de carabineros, que dependían de la Secretaría de Hacienda, y también contaban con un buen porcentaje de cuadros de la organización juvenil. Aún hay que agregar las unidades vascas, mandadas en su mayoría por comunistas y jóvenes socialistas unificados. Los nacionalistas se acabaron en Santoña.

El Gobierno de la República, repetimos, nunca aceptó el Consejo Soberano de Gobierno. Aclaremos que lo «de Gobierno» le daba características de tal y no se agregó a Consejo Soberano a humo de pajas. Se había constituido un verdadero gobierno soberano e independiente... Tampoco podían aceptarlo, por consiguiente, las direcciones nacionales de los partidos que entraban en la composición gubernamental. Zugazagoitia, ministro de Gobernación, habla de una rebelión que sólo cabía disculpar pensando en que «las autoridades asturianas habían perdido la razón». No precisamente todas, le diríamos a Zuga, de no haber sido condenado a muerte y fusilado por la barbarie falangista.

Azaña, el presidente de la República, afirmaba: «Prieto está indignado y dolido con la disparatada conducta de los asturianos». Sobre esta frase queremos hacer un doble comentario:

Primero. No dudamos de la irritabilidad de Prieto, pues a eso tenía acostumbrado a todo el mundo. Pero si tal estado de ánimo era sincero, ¿por qué recibió al autor o coautor de ese engendro —Amador Fernández—, dándole facilidades para su «gestión» en el exterior, y elevándolo después al más alto cargo de la intendencia militar?

Segundo. ¿Por qué se habla, en general, de la «conducta» de los asturianos? ¿Por qué los ministros —excepción hecha de los comunistas— ocultan que la representación comunista en el Consejo de Asturias adoptó una actitud de principio en defensa del único Gobierno de la nación y oponiéndose, con la JSU, a la idea del Consejo Soberano?

¿Acaso temieron que se comprobara cómo en los momentos de responsabilidades históricas, los comunistas, consecuentes internacionalistas, se hallan siempre en vanguardia de la defensa de la patria, agredida desde dentro y desde fuera?

Si abrigaban esos temores, con fuerte sabor a anticomunismo, allá ellos. Los bravos combatientes sí supieron valorar como corresponde la actitud de los comunistas en la fase final de la resistencia asturiana.

Recordaré siempre las palabras de ese gran dirigente obrero, el camarada Vicente Uribe, cuando nos vimos en Valencia en noviembre de 1937: «El Comité Provincial de Asturias de nuestro Partido ha actuado acertadamente en relación con la creación del “gobierno cantonalista”, pues ha sabido, solo, en una situación gravísima, adoptar una posición justa. A nosotros, los ministros comunistas, nos

habéis dado la gran oportunidad de demostrar que los comunistas, por encima de otros mezquinos intereses, apoyan resueltamente al Gobierno del Frente Popular. Así lo hicimos en mayo, con motivo del *putsch* anarcotrotskyista de Barcelona, y así lo haremos cuantas veces sea necesario. Es una cuestión de principio, sin respetar la cual no se puede ganar la guerra».

José Díez, en el Pleno del Comité Comunista de noviembre (1937), dijo: «Otra cosa que quería tratar es lo que se refiere a Asturias: la posición de nuestro Partido en el Consejo Soberano que se formó allí; es necesario que se sepa, porque yo creo que acerca de esto no se ha dicho lo suficiente, para que se sepa con toda claridad por quien debe saberlo, por nuestro Partido y también por las masas antifascista, que nuestro Partido luchó enormemente por impedir la creación de un gobierno pequeñito. Hubo luchas enconadas por parte de algunos compañeros socialistas y anarquistas, que querían la constitución del Consejo Soberano, enfrentándose a nuestro Partido, al que a última hora colocaron ante el hecho consumado. Nuestro Partido, en aras de la unidad, aceptó esa situación de hecho, pero destacando que reconocía como única autoridad al Gobierno de la República». La conducta política del Comité Provincial del Partido en Asturias fue aprobada por unanimidad por los delegados al pleno. En efecto, tanto nuestro Partido como la JSU nos mantuvimos en el Consejo para evitar una catástrofe.

De poco sirvieron las palabras y los telegramas del gobernador de Asturias sobre las buenas intenciones del Consejo Soberano de *Gobierno* en relación con el Gobierno Central. Los hechos estaban ahí, sangrantes. El Gobierno se estremeció cuando supo que el «Soberano» se había dirigido a la Sociedad de las Naciones — ¡era la «soberanía» en marcha!—, amenazando con ejecutar a los presos políticos si la aviación facciosa continuaba sus desde luego criminales bombardeos. Fue el ministro de Gobernación el que se encargó de manifestar a B. Tomás la «sorpresa y el disgusto» del Gobierno. A esto contestó el gobernador de Asturias con un telegrama que nunca se leyó en reuniones del Consejo. Decía:

«Iniciativa funciones plenas Gobierno fue obligada, debido a desertiones Ejército, cuyos mandos eran primeros en incumplir órdenes militares. Tal acto no puede interpretarlo el Gobierno como rebeldía. Deben conocernos suficientemente. Esté seguro procederemos en todo instante con gran serenidad. Nosotros no culpamos Gobierno nada sucede en el Norte y son injustos al decirnos nos declaramos en cantón independiente, ya que nuestra única autoridad la reconocemos en Gobierno actual, con el que estamos y estaremos siempre dispuestos a defender, dando para ello cuanto fuese necesario. Si Gobierno hubiese conocido situación en aquel momento, tengo la seguridad de que no nos trataría tan injustamente como lo hace. Ejército hállase en situación moral derrota, careciendo medios hacerlo pelear. Cuerpo Ejército Euzkadi, Santander sólo recogióse hasta ahora tres mil hombres, los cuales huyen primer disparo, con lo cual desmoralizan también nuestra fuerza. Nosotros hacemos esfuerzos levantar moral. Tengan seguridad de que en cualquier momento sabremos cumplir con nuestro deber, ya que en ello nos va la vida, pero queremos apoyo Gobierno, sin el cual nada podríamos conseguir... Lamentamos amargura pesa hombres Gobierno pensando no sea producida nuestra actitud, pues

conocen nuestra sincera adhesión personal forman Gobierno, estimación y afecto ilimitado: Jamás rehuiremos órdenes —Gobierno, ni consentiremos nadie las rehúya, ni cifren demasiadas ilusiones capacidad resistencia militar supondrá comienzo terror, presagiando serán muchos millares camaradas caerán víctimas fascismo... No existe discrepancia alguna entre partidos. Todos estamos de acuerdo...»

Este telegrama está firmado por B. Tomás. Como se observará, su contenido es exactamente todo lo contrario a la realidad existente. Las contradicciones saltan a la vista. Es imposible concebir un documento tan retorcido, tan maquiavélico, tan absurdamente embustero. Este «documento» sólo pudo redactarlo un «soberano» o el trotskista o trotskistizante que fingía como secretario particular del gobernador. Algunos dirigentes socialistas me llegaron a afirmar que ese tipo —el secretario— tenía conexiones con Falange. De lo que no hay duda es de que objetivamente sí les hacía el juego a los falangistas.

Ese «documento» es la negación de toda posibilidad de resistencia. Es la confirmación plena de que el programa de «soberanía» tenía como finalidad inmediata justificar la liquidación del frente asturiano de guerra sin pérdida de tiempo...

Analícemos este ingente montón de falsedades:

Nadie puede concebir una rebelión contra el Gobierno y afirmar a renglón seguido que estamos dispuestos a cumplir sus órdenes; es absolutamente falso que hubiera serenidad: había nerviosismo, moral de derrota en las alturas, no en el frente. Y ya ¡el colmo!, que no había discrepancias entre los partidos representados en el Consejo y que todos estábamos de acuerdo. ¡Esto es ya incalificable! No sólo no estábamos de acuerdo con el Consejo Soberano —nunca lo estuvimos—, ni comunistas ni jóvenes socialistas unificados, sino que estuvimos a dos pasos de que estallara un choque armado —que nunca quisimos— entre los «soberanos» y nosotros.

El programa de los «soberanos» entrañaba, repetimos, la negación de proseguir la resistencia en Asturias.

¿Qué quieren decir, si no, las afirmaciones según las cuales «los mandos eran los primeros en incumplir las órdenes militares», «el Ejército hallábase en situación moral de derrota, careciendo medios hacerle pelear», «municiones de fusilería no tenemos», «demasiadas ilusiones capacidad resistencia militar supondrá comienzo terror, presagiando serán muchos millares, camaradas caerán víctimas del fascismo», así como la alegación calumniosa, en flagrante contradicción con los hechos, de que vascos y santanderinos «huyen al primer disparo»?

Con esas afirmaciones, rotundas, absolutas, falsas de toda falsedad, no podía haber en cabeza humana más que una cosa: que la resistencia era absurda e imposible.

No se puede informar peor a una autoridad superior, a la que se quería impresionar pintando un cuadro desolador, *sin solución posible*, de cómo las cosas estaban en Asturias, cuya gravedad no ocultamos nosotros, en ningún momento. Pero era necesario hacerlo para llevar adelante los planes de organizar la evacuación a «la manera» concebida por los soberanos. Pero eso lo frustramos los que nos opusimos tenazmente al Consejo Soberano, y por encima de todo decidieron nuestros esforzados combatientes, cuyo heroísmo posterior en la

resistencia elevó a Asturias a las cumbres de la gloria.

La verdad es sólo una: y es la que expresamos a lo largo de este apunte y la que encontrará su natural continuación en el siguiente.

Ya las cosas más calmadas, nos pusimos a trabajar en el Consejo Soberano. La repetición de la táctica seguida en la «crisis» de diciembre de 1936, y expresada en la

94

alianza anticomunista de dirigentes anarquistas y socialistas, había fracasado en esta ocasión. La resistencia en el frente de Asturias y León continuaba.

En el Consejo había un solo ausente: Amador Fernández, quien a los pocos días de entrar en vigor el famoso decreto creando el «Soberano», salió al exterior para tratar, al parecer, de realizar los sueños del gobiernín. También aprovecharía el tiempo para colocar importantes partidas de la acreditada sidra «El Gaitero», de cuya gestión nunca supimos nada, al menos los consejeros comunistas. Amador ya no regresó a Gijón. Ni él ni la escuadra inglesa; ni, por supuesto, la francesa. Al fin y al cabo, la caridad bien entendida empieza por uno mismo... ¿Por qué, pues, extrañarse de que el autor más notorio de los planes de evacuación acelerada no diera el primero ejemplo?

En fin, desde entonces nos pusimos a trabajar para que toda la actividad del Consejo no tuviera más fin que organizar y prolongar la resistencia. Esto fue posible porque las cosas ocurridas en el Consejo, con «soberanía» y todo, no hicieron mella en los combatientes: su moral siempre estuvo muy por encima que la de algunos consejeros. Se crearon varias comisiones:

Comisión Militar. En la que estaban: Belarmino Tomás, como delegado del Gobierno y presidente del Consejo; teniente coronel Javier Linares, jefe del Estado Mayor del XVII Cuerpo de Ejército; Segundo Blanco, consejero de Industria; Juan Ambóu, de Instrucción Pública, y Onofre García Tirador, de Trabajo.

Comisión de Abastecimiento, Evacuación y Transportes: Amador Fernández, consejero de Comercio; y los de Pesca, Marina y Obras Públicas.

Comisión de Justicia, Orden Público, Propaganda y Comunicaciones: Luí Roca, consejero de Hacienda; Aquilino Fernández, de Comunicaciones; Antonio Ortega, de Propaganda.

Comisión de Asistencia Social y Sanidad (civil): Maximiliano Llamedo, consejero de Asistencia Social; Ramón F. Posada, de Sanidad.

Comisión de Economía: Gonzalo López, consejero de Agricultura, y Rafael Fernández, de Justicia.

Se movilizaron nuevas quintas. Se crearon nuevos batallones de trabajo, con la finalidad de cavar trincheras por todas partes. Se vigiló más a la Quinta Columna, que jamás pudo jugar el papel que desempeñó en Euzkadi y Santander. Tratamos, en fin, de poner todas las energías del hombre asturiano al servicio de la patria republicana. Todas las fuerzas estaban en tensión.

Los comunistas asturianos, vascos y santanderinos obramos más unidos políticamente. Las experiencias anteriores y la geografía nos ayudaron. También hubo un contacto más vivo entre las JSU de Asturias, Euzkadi y Santander.

Y se logró el milagro: la resistencia se organizó. Y las unidades asturianas, unidas a algunas vascas y otras santanderinas, escribieron en las cumbres y en los valles, en la costa y en los ríos de Asturias, las páginas más gloriosas de la guerra en el Norte.

Pero esto merece un apunte especial, que será el siguiente.

XIV. Heroica resistencia

Una vez creada la Comisión Militar del Consejo Soberano, dos miembros de la misma, Onofre García y yo, fuimos a visitar al teniente coronel Francisco Galán, que se había hecho cargo del XIV Cuerpo de Ejército, al pasar su jefe, coronel Prada, a ocupar el mando superior del Ejército del Norte, residente en Gijón. Galán vino voluntario al Norte después de caer Bilbao, lo que no agradó al presidente Aguirre.

Durante el viaje habíamos hablado de muchas cosas, particularmente del ejército. Nuestros criterios discrepaban en muchos puntos, como ya se había patentizado con motivo de la transformación del Consejo Interprovincial en Consejo Soberano. De todas formas sentía yo simpatía por Onofre, porque lo conocí en Salas en la época de la batalla de Malleza y Mallecina. También me habían agradado sus palabras, pronunciadas el 10 de mayo de 1937: «...la experiencia rusa y la de Asturias me hicieron cambiar de criterio sobre el socialismo de Estado...» «La revolución por un golpe de audacia no podía realizarse...», «con cuatro pistolas no puede combatirse a un enemigo organizado...» Todo eso lo había experimentado ya Onofre en los primeros combates de occidente. Y ya nosotros nos habíamos levantado poco después, en la histórica reunión de Grado, contra esos métodos de lucha que se desprenden de una ideología pequeño-burguesa, cual es la del anarquismo.

Como es bien sabido, algunos compañeros del mismo Onofre criticaron esos pronunciamientos. Pero Onofre no hizo más que repetir lo que antes hizo un dirigente obrero de tanto prestigio como Durruti; es decir, parecía que no quería aferrarse obstinadamente a unos principios que la vida misma había rechazado.

Ahora bien, con el transcurso del tiempo y examinando la trayectoria política de Onofre —que ha terminado en inhibición— he llegado a considerar que sus palabras de aquel Primero de Mayo no fueron sinceras. Porque aún hoy sus pronunciamientos sin principios, insultantes, contra comunistas y jóvenes socialistas unificados son intolerables... Pero nada de eso nos hace mella, pues nosotros, modestamente, seguimos en la brecha...

Continuó la charla; ahora sobre los mandos militares salidos del pueblo. Su criterio era que Luís Bárzana demostró ser el jefe más completo salido de las filas comunistas, y que él, Onofre, era considerado por su organización ácrata como el mejor que habían dado los anarquistas. Asentí en cuanto a lo primero. En cuanto a lo segundo, le dije que era un poco presumidón y que no podíamos olvidar los nombres de Higinio Carrocera y Víctor Álvarez.

Y así charlando llegamos al puesto de mando de Paco Galán, a quien yo conocía desde que ingresara en el Partido, poco después del fusilamiento de su hermano Fermín, precursor de la II República.

Paco nos acompañó hasta San Vicente de la Barquera. Allí se había establecido la primera línea de contención, evidentemente débil. El aplomo con que nos hablaba Galán, su fe en los combatientes, su firme determinación de defender «este pedazo de la República en armas», infundían confianza. «Es natural —nos decía— que lo ocurrido en Santander haya tenido una repercusión negativa en algunas unidades. Pero están llegando, aunque mermadas, unidades santanderinas, algunas vascas más organizadas y las asturianas. Los mandos están dispuestos a combatir. No

saben lo que dicen quienes afirman que la moral está por los suelos. Ahí tienen el ejemplo de la 50 División, al mando del teniente coronel Ibarrola: defendió tenazmente Cabuérniga y Puentenansa y ha facilitado que por el estrecho corredor de Santillana vengan santanderinos, vascos y asturianos hacia acá. Y sin ir muy lejos: ahí tenéis a los de la dinamita, de la Escuela de Especialización del Arma de Infantería del Estado Mayor del Norte, preparando la voladura del puente que está frente a nosotros.

Esta línea —la de San Vicente— es provisional; necesitamos unos días más para hacer ente en el Deva, o más allá, a la ofensiva que necesariamente van a desencadenar Solchaga y Aranda. Es militarmente elemental que hagan esto para explotar el éxito obtenido en Santander. Esperamos, pues, la ofensiva. Nos defenderemos hasta poder establecer sólidamente una línea. Lo importante, por el momento, es quitarles a los facciosos la borrachera de triunfo que los invade».

Este era un lenguaje distinto al que habíamos escuchado en el Consejo Soberano. Era el lenguaje de la resistencia con la natural tendencia a no exaltar la catástrofe de Santander, sino las reales posibilidades de continuar la lucha. Onofre y yo le dijimos que nos parecía muy bien su determinación y que trataríamos por todos los medios que el Consejo se volcara en actividades de ayuda al frente: movilización de nuevas quintas, más batallones de trabajo para fortificar, más atención a la producción de guerra...

Unos días después, pero solo, volví a visitar a Galán. Llevaba yo la nueva de que el Comité Provincial del Partido había decidido que todos sus componentes, sin abandonar sus deberes de dirección política, se dedicaran a prestar la máxima ayuda a todos los frentes, en particular al oriental; y que uno de los más destacados miembros del Comité Provincial, Casto G. Roza, se pondría inmediatamente a su disposición... Hablamos, no faltaba más, de la constitución de] Consejo Soberano. Le preguntamos irónicamente si esta proclamación de «independencia» había elevado la moral de mandos y soldados.

«No, en absoluto», nos respondió... «Si esta decisión del Consejo ha disgustado al Gobierno, y de una manera especial, al ministro de Defensa y al Estado Mayor Central, ¿cómo es posible esperar que tenga un efecto contrario en nosotros, en los combatientes? Considero que lo que ha salvado y mantenido la moral en los frentes es el apoyo incondicional al Gobierno dado por el PCE y la JSU. Apoyo que, al menos de una manera formal, ha tenido que formular el Consejo Soberano, aunque entre en contradicción con su famoso Decreto».

A propósito del Decreto, «¿se ha leído en las unidades del Ejército?», preguntamos. «No por orden nuestra —responde Galán—. Se habrán enterado por la prensa. Por otra parte, los comisarios e instructores políticos se habrán encargado de explicar las cosas». «Además —prosigue Galán—, yo estoy aquí, como otros jefes militares, por *decisión* del Gobierno, y tengo conciencia de que es a él a quien sirvo. En tierras asturianas hoy, en Madrid ayer, quién sabe dónde mañana. Nuestra resistencia es una exigencia vital de toda España leal. Y eso lo saben los mandos y los soldados, y por eso fundamentalmente combaten... Considero erróneo lo de la “soberanía”, máxime cuando aquí hay una auténtica e indiscutible autoridad que representa al Gobierno: el gobernador delegado del mismo».

En ese momento entran el general soviético Gorev y Juan Ibarrola. Este último, con Galán y Bárzana, formarán la trilogía, cuya actuación será decisiva para la gran

resistencia asturiana. Y en el mismo plano estará la actividad callada, combativa e intensa de nuestro Casto García Roza.

Dávila, general jefe del Ejército del Norte, quería que la batalla de Asturias fuese «prolongación de la de Santander sin ninguna solución de continuidad»: Solchaga, al mando del VI Cuerpo de Ejército, atacaría de Este a Oeste, mientras que Aranda, al mando del VIII, lo haría de Sur a Norte... En Pravia acampará después un Cuerpo de Ejército italiano que más tarde marcharía sobre Avilés. El avance desde el sector oriental debería ser rápido. Tanto como para llegar al Sella en unos cuantos días... «Cuentas galanas», dijeron los bravos combatientes de la República. Vayamos a los hechos.

La ofensiva no se haría esperar. El 1 de septiembre, Solchaga inicia sus operaciones ofensivas en todo el sector oriental de Asturias, comprendiendo lo que quedaba en nuestro poder de territorio santanderino. El 4 del mismo mes,⁹ el citado general ordena «avanzar rápidamente hacia el Sella». Por su parte, Aranda empieza la ofensiva el 9 de septiembre, siendo su gran objetivo el Puerto de Pajares.

Son muy importantes los números que citan algunos autores, tomados de autorizadas fuentes militares. La conclusión a que llegan es coincidente: en el frente oriental la proporción entre efectivos facciosos y republicanos es de cinco a uno a favor de los primeros. A la vista de esta abrumadora superioridad numérica, había quien afirmaba rotundamente que la resistencia era imposible. Pero los números absolutos, por sí solos, no decían toda la verdad.

A esos números hay que añadir que las unidades atacantes estaban casi intactas, acababan de ganar una victoria —«splendida vitoria italiana»— y nos superaban en armamento, teniendo su aviación el dominio absoluto del cielo y de la tierra, pues hasta el ras del suelo descendían para ametrallar a los nuestros. Por nuestra parte el arma más valiosa era el hombre y su moral de resistencia.

No nos fue fácil contenerlos en el Deva. Avanzaron sobre Llanes. Y ahí fue donde tropezaron con la línea de resistencia republicana, que se extendía desde la costa hasta los puertos que conducen a Castilla: las brigadas de Ladreda, de Carrocera, de Manolín Álvarez; unidades mermadas de batallones santanderinos que se integraron en ellas; los batallones vascos «Larrañaga», «Isaac Puente» y «Guipúzcoa»; la 13 brigada vasca; que manda Miguel Arriaga, a quien se encomienda la defensa de El Mazuco; Pepón de la Campa en el Pontón, Crispulo Gutiérrez en Tarna y San Isidro; y Bárzana con Francisco Bravo —jefe de la Agrupación de los Puertos—. Todos pararon en seco a los ensobrecidos ejércitos fascistas... Los Picos de Europa parecían erguirse aún más saludando a los defensores de la patria... «El Mazuco», «la voz más alta de la sierra de Cuera», que dijo el poeta, se convirtió en monumento nacional que algún día consagrará el Gobierno del pueblo... Nada contuvo el coraje, el auténtico heroísmo de los nuestros... La aviación facciosa descargaba tormentas de bombas sobre los combatientes republicanos... No podíamos responder con aviones ni con baterías antiaéreas, pero lo hacíamos con fusiles y derribamos varios aparatos de la odiosa Legión Cóndor, participando en esta hazaña hasta soldados de intendencia... Con

⁹ Desde entonces comienza el periodo de resistencia final que duraría cuarenta y ocho días. 98

indignación hemos de consignar que mientras esto sucedía, no pocos aviones soviéticos con destino a Asturias estaban desarmados y paralizados en la frontera francesa por orden del Gobierno del país vecino y en acatamiento a la maldita política de no intervención.

Mientras tanto, y con la misma furia, las unidades de la Escuela de Especialización, los dinamiteros, «los rompefaroles», como les decía Galán, volaban cuanto pudiera entorpecer las operaciones del enemigo...

Yo vi a Gorev y a Galán desafiando todos los peligros, dando órdenes aquí y allá. A Ibarrola, brazo derecho de Galán, acudiendo a taponar todos los huecos que el enemigo abría. Francisco Bravo fue el jefe de la Agrupación de los Puertos, constituida ya en agosto con la denominación de XVI Cuerpo de Ejército.

La aviación enemiga no fue suficiente, la artillería tampoco; ni siquiera los tanques... Tuvo que recurrir al cuerpo a cuerpo, a las bombas de mano, a la bayoneta... Las posiciones pasaban de mano en mano..., se perdían, se reconquistaban de nuevo... He aquí dos ejemplos que ilustran lo que fue la resistencia: Uno de ellos tuvo como imponente escenario Peña Blanca, en la sierra de Cuera, defendida por un batallón montañés de Infantería de Marina, que fue unidad de reserva del Ejército del Norte en Santander. Hasta 10 batallones enemigos se turnan para tomar la posición... La aviación golpea implacable... Se esconden, reaparecen de nuevo sus defensores..., y así varios días. Los mandos y los más de sus defensores resultaron muertos o heridos; pero el enemigo sufrió cuantiosas pérdidas... El coronel Prada cita a la brava unidad montañesa en sus partes de guerra, y el enemigo no puede por menos que reconocer el valor de leyenda de la unidad republicana... Otro ejemplo: nuestro Luís Bárzana hace prodigios en la resistencia en los puertos montañosos y en el contraataque. No sólo lo sabemos y lo decimos nosotros, también lo dicen cronistas de la época del otro campo: Bárzana «ataca con enorme empuje». El desgaste infligido al enemigo es grande. Hasta tal punto que el 16 de septiembre Aranda tiene que paralizar la ofensiva, que sólo se reanuda nueve días después, el 25.

«¡Milagro, milagro!», gritan algunos consejeros. «Gracias al Consejo Soberano», decían los más atrevidos... Nada de eso. Por encima de todo estaba la conciencia del porqué se lucha, conciencia de que nuestro sagrado deber era resistir a toda costa, causarle al enemigo el mayor daño posible, como digna respuesta al Gobierno de la nación y a todo el pueblo... Eran los planes del Estado Mayor del Norte, magistralmente ejecutados por el XIV Cuerpo de Ejército con la eficaz resistencia prestada por el XVII Cuerpo de Ejército; y eran, sobre todas las cosas, los soldados, esos soldados del pueblo que en efecto llevaban en sus mochilas el bastón de mariscal...

Los mandos no toleran la indisciplina. Ha de ser Carrocera el que, consagrado en cuerpo y alma a combatir al enemigo, ordene el fusilamiento de algunos compañeros que seguían creyendo en la acción incontrolada...

Nuestras bajas son altas, sensibles; pero las del enemigo también. El general Solchaga no podrá por menos que expresar públicamente su sorpresa por la enconada resistencia asturiana... En el Gobierno de la República consideran que estas batallas han enterrado todas las dudas y dificultades creadas por el Consejo Soberano. Los ministros expresan su asombro y admiración por todo lo que está sucediendo en Asturias. Existe el firme convencimiento de que se está haciendo lo

imposible por evitar la derrota... Consecuentemente, el Gobierno condecora a la brigada de Carrocera con la medalla del valor; a Manolín Álvarez y su comisario, Fernando Fernández, de la X brigada, con la medalla de la libertad; la misma distinción se confiere a los comandantes de los batallones vascos «Larrañaga» e «Isaac Puente». ¿Y qué unidad, qué jefe, qué comisario no merecía éstas u otras condecoraciones? Ellos salvaron la dignidad del Norte, demostraron ser hijos fieles del pueblo español, realizaron en el fuego de los combates la unidad de santanderinos, vascos y asturianos... Por la costa el avance del Cuerpo navarro es lento; desde el 6 de septiembre hasta el 8 de octubre sólo progresa *poco más de diez kilómetros*.

Se mantiene la resistencia; se sacan tropas del frente de Oviedo para relevar a los bravos combatientes de la zona oriental; se incorporan las nuevas quintas movilizadas... De todas maneras el enemigo avanza, gracias a su abrumadora ventaja en hombres y material de guerra. Aranda ocupa el Puerto de San Isidro un mes después de iniciada la ofensiva; Solchaga se acerca al Sella en esas mismas fechas... La situación se torna más difícil.

Se celebra una reunión en la parte occidental del río, a la que asisten Galán, Ibarrola, Marquina, Gasavall, Ladreda y otros. Todos con el cansancio, casi el agotamiento, reflejado en sus rostros. Se habla de resistir, de cómo continuar resistiendo... Es la preocupación que se siente en todos los frentes. Así se manifestaban en el puesto de mando de Manolín Álvarez, que habíamos visitado pocos días antes. Los fieros combates habían hecho mella física en sus unidades. Pero el combate tenía que seguir, a cualquier precio, hasta el límite de nuestras fuerzas. No había otra alternativa.

El puesto de mando de Manolín estaba no lejos de la Basílica de Covadonga. Cuando llegamos era ya de noche. La jornada había sido, como todas, intensa, dura. Manolín y Fernando, su comisario, me decían: «Cada día tenemos menos mandos. ¿Cómo reponerlos?» «Mi modesta opinión —contesté— es que después de cada batalla se llame a los jefes y comisarios de las unidades. Conocida la lista de los valientes que cayeron para siempre, sustituirlos con los mejores que hayan actuado en ese mismo día. Aquí se ascienden y se envía al Estado Mayor del XIV Cuerpo de Ejército la lista correspondiente. No hay otra forma Y menos a estas alturas, en que ya las reservas son casi inexistentes». «Algo hemos hecho ya —me respondieron— sobre el particular y hoy lo vamos a repetir». Y mientras cenábamos —sólo carnes frías— fueron llegando los mandos y comisarios con los combatientes que habían tenido mejor comportamiento. Y allí mismo se nombraron nuevos oficiales y comisarios. Me pidieron el aval. Al hacerlo, Manolín me dijo con mal disimulada ironía: «Para algo te ha de servir pertenecer a la Comisión Militar del Consejo Soberano». Acepté, claro, aunque lo del Consejo Soberano me importaba un bledo.¹⁰ Después, en esa reunión del Sella de la que acabo de hablar, se lo dije a Galán, quien me respondió con firmeza: «Muy bien, todo lo que sea, menos detener la lucha.»

¹⁰ En la promoción audaz a puestos superiores, tanto militares como comisarios, queremos citar a Mariano Granada, dirigente provincial de la JSU, que con sólo diecisiete años desempeñó la función de comisario de división con nuestro Luís Bárzana, que tenía su puesto de mando en Campomanes.

En la línea del Sella se reforzaron las posiciones; se volaron los puentes, el nuevo en primer lugar. Ya todo escaseaba, principalmente las armas. Esperábamos el vapor «Reina», que sabíamos traía pertrechos de guerra. Se retrasó y no por culpa del Gobierno, ciertamente. Cuando llegó ya el enemigo había pasado el Sella.

La aviación seguía descargando implacablemente su carga mortal sobre los frentes y la retaguardia, que ya casi se confundían por lo cercanos que estaban los unos de la otra. Habían castigado bárbaramente a Arriondas, Villamayor, Infiesto, Colunga, Villaviciosa, Cangas de Onís, Ribadesella. Con la misma saña desataban sobre Gijón la lluvia de bombas del terror...

Pero aún el 10 de octubre prosigue la resistencia y los contraataques. Arde Cangas de Onís... El 15 se resiste y contraataca en las estribaciones del Suevo, aunque en esa misma fecha se encontrarían en Infiesto las fuerzas de Aranda y Solchaga...

Y el 12 de octubre, cuando aún se combatía con denuedo en algunos puntos, los «ilustres» magistrados del Tribunal Popular, olvidándose de todas las leyes, incluida la de la vergüenza, huyeron cobardemente de Asturias. Y con ellos otros elementos pertenecientes también a la masonería. Traicionaron a los que aún la defendían, más con su conciencia firme que con las armas. Ese acto incalificable de los «pilaricos» —así se les llamaba porque desertaron el día de la Pilarica— tuvo una repercusión desmoralizadora, más en la retaguardia, ya tambaleante, que en el frente. En el «Somme» se fueron los que no serán nunca más dignos hijos de la indómita Asturias. Ninguno de ellos fue combatiente. Nunca supieron lo que era el frente, lo que significaba dar la vida por la patria republicana. Y menos que ninguno el que fuera secretario particular del gobernador, lo que aprovechó, precisamente, para preparar mejor la huida. Y se llevó hasta el sello del gobernador, seguramente para «legalizar» el vergonzoso chaqueteo. Salvaron la pelleja, pero perdieron para siempre su vida civil y política.¹¹

Nos dolió mucho que fueran recibidos por el Gobierno y que algunos miembros del mismo creyeran en sus falaces relatos y les proporcionaran altos empleos, siempre atrás, en la retaguardia, claro. Y nos dolió mucho más que esgrimieran como razones las de que cierto grupo de presos políticos no estuvieran en la Ilesiona (la de los jesuitas), sino en un barco. De esto inculpaban a Rafael Fernández, secretario de Justicia del Consejo, quien no hizo más que cumplir con su deber y con cuyos actos estaba totalmente solidarizado el Consejo en pleno. Rafael Fernández bien pudo irse con justificadas razones a la otra zona leal, pero cedió el lugar a Antonio Llana. Se trataba de incorporarse como vocal, si no me equivoco, a la Comisión Ejecutiva del PSOE.

Volvimos a hablar con Galán y con Roza. Nos dijeron terminantemente que, hundido el frente en el Sella y con el peligro inminente de que enlazaran las fuerzas

¹¹ El «Somme» salió de San Juan de Nieva el 12 de octubre de 1937, día de la Pilarica y también mal llamado día de la Raza. Lo mandaba el capitán de la Marina Mercante, Mario Cienfuegos. Un comandante de Ingenieros, Pipo el de Valdecuna (Mieres), socialista, persiguió al «Somme» tratando de que regresara a puerto, sin conseguirlo.

de Aranda y Solchaga en Infiesto, no quedaba más remedio que dar por perdida Asturias. «Un frente en Villaviciosa —dijo Galán— es, en las condiciones concretas actuales, insostenible».

Los camaradas Galán y Roza tenían razón. El Comité Provincial del Partido Comunista convino en que ésa era la situación. Lo importante ahora es tomar todas las medidas para salvar a la mayor cantidad posible de cuadros, tanto militares como políticos, así como el mayor contingente posible de fuerzas combatientes. Proceder a destruir cuanto pueda servir al enemigo. Organizar, dentro del mayor orden posible, la evacuación. Pedir inmediatamente una reunión urgente del Consejo para plantear estas cuestiones y para que el Estado Mayor del Ejército del Norte informe sobre la gravedad de la situación.

Y así se hizo. El Consejo se reunió el día 20. Prácticamente ya no había frentes estables. El problema acuciante era la salvación del mayor número de cuadros y de combatientes. La guerra, al fin y al cabo, no había terminado. Continuaba en el resto de la zona republicana.

El coronel Adolfo Prada, jefe del Ejército del Norte, coincidiendo con lo que me habían dicho Galán y Roza, dijo que toda resistencia era ya inútil. Proceder a la evacuación era lo indicado. Prada tomó sobre sí la responsabilidad de organizar la evacuación, así como la demolición de cuanto pudiera servir al enemigo. Sobre esta reunión y la evacuación misma hablaremos exclusivamente en el apunte siguiente.

La resistencia tocaba a su fin, en cuanto a la guerra regular se refiere. La epopeya asturiana se prolongó desde el día 4 de septiembre hasta el 21 de octubre; es decir, cuarenta y ocho días. El enemigo había pensado que, después del desastre de Santander, la toma de Asturias sería «una simple prolongación de las operaciones» de la montaña.

En homenaje a los gloriosos combatientes que hicieron posible la epopeya asturiana queremos, antes de resumir este apunte, señalar los jalones históricos de la resistencia...

Donde la conciencia política de resistir se manifiesta como el arma rectora del combate; donde el hombre se supera a sí mismo cobrando una estatura sobrehumana; donde lo imposible se hace posible; donde con sangre obrera, campesina y popular se escribe la historia y se inmortaliza la gesta... Fue en estos escenarios de nuestra guerra justa, republicana, liberadora...

En Pendueles y Purón, en los preliminares...

En la Sierra de Cuera, el contrafuerte más avanzado de los Picos de Europa, sobresalientemente en *El Mazuco*, Puerto de Tornería, Picos de Vieres y Turbina, *Peña Blanca*... También en Biforco, Llabres, Llonín, Peñamellera y otros lugares circundantes...

En la Sierra de Santianes: *Mofrecho*, *Benzús*.

Sierra de Bustasirmín... En la de Covadonga, Priena, Següenco...

En Sierra Cavada: *Ribeo*, La Vega, Peñaverde...

En la del Sueve y sus estribaciones: Beluenzo, El Fito, Piedra Blanca. (¡Y aún el

15 de octubre los nuestros contraatacan y reconquistan Villar!)

Y por los puertos de la divisoria cantábrica, arrancando de León: Pedroso, *Aralla*, Canga, *El Rozo*, Peña Prieta, *Peña Buján*, Sierra de Cueto Negro, Los Celleros..., La Corbata, *Machamedio*, La Calva, Peña Lasa, La Perruca... Todas las posiciones que dominan Pajares, testigos de constantes ataques y contraataques...

En la defensa de los puertos de Tarna —allí donde nace nuestro gran río, el Nalón— y San Isidro: Mieses, Pileñes, Cardal, Puertos de Ventaniella, Piedrafita, Vegarada... Sierra de Tornos. Y aún cerca de Campo Caso..., y aún en Sevares (Concejo de Piloña).

Gran sorpresa y asombro causó la resistencia. En los hombres de nuestro Gobierno y del Estado Mayor Central... Y también entre los adversarios, desde Solchaga Muñoz Grandes y Aranda, hasta sus propios soldados, que vivieron y sintieron el valor de nuestra resistencia...

Los autores de libros, historiadores profesionales o no, la casi totalidad de tendencia franquista, han reconocido esta verdad histórica:

Que las fuerzas republicanas «se recuperan en brevísimo plazo» después de lo de Santander...; cuentan con unidades «decididas a sucumbir combatiendo...»; «la resistencia es tensa...»; «fortísima resistencia...»; «combates durísimos...»; «resisten palmo a palmo, cuerpo a cuerpo...»; «contraatacan con furia...».

Por los nuestros habló en su informe oficial el coronel Adolfo Prada: «...la fase más gloriosa, heroica, de la resistencia en Asturias». El incontestable desgaste del enemigo «por la sublime tenacidad de sus defensores».

Esta epopeya de hoy nos trae a la memoria, en torrentes de heroísmo, la tradición milenaria de la Asturias combatiente... Con espíritu indomable de independencia, los astures defendieron su suelo frente a las famosas legiones romanas... En Covadonga se inicia la reconquista, y la famosa infantería asturiana participa en la mayor parte de los teatros de la guerra contra los musulmanes... Estas luchas se entrelazan con los levantamientos de los siervos contra los feudales... En la guerra de independencia contra Napoleón destaca Asturias en lo político y en lo militar: se crea la primera Junta Provincial de Defensa, que combina la defensa de la patria con la realización de las aspiraciones liberales. Asturias da a la Junta Central hombres de la talla de Jovellanos... Como en las remotas épocas de los romanos, surgen por doquier las guerrillas y son legendarias las mandas por Porlier (Defensor de la Constitución de Cádiz, ahorcado por orden de Fernando VII).

Asturias, fiel a sus tradiciones, estuvo al lado de los liberales en las dos guerras carlistas y en la tercera frustrada del pasado siglo...

Contribuyen los obreros asturianos con su organización sindical y política ya desde mediados del pasado siglo... Participan destacadamente en la huelga general de agosto de 1917... Saludan ardientemente la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia; y a su calor nace el Partido Comunista de España, encabezándolo el notable dirigente Isidoro Acevedo...

En la insurrección de octubre es el proletariado el dirigente inconfundible...

Continuación de ese glorioso pasado ha sido nuestra resistencia a los traidores a la nación y a los invasores de la misma durante quince meses que comprenden la

epopeya final de cuarenta y ocho días...

No obstante la gravísima derrota sufrida, podemos decir con nuestros antepasados, aquellos que lucharon contra la invasión francesa:

«¡Asturias, nunca vencida!»

Porque la conciencia de lucha por la libertad, la democracia y el socialismo nunca fue vencida. Y ha reaparecido en todas las formas imaginables: guerrillas, primero; huelgas y protestas, después, sin descanso... Hasta el derrocamiento del franquismo, sin ninguna duda, en marcha hacia la democracia, hacia el socialismo.

En este homenaje final incluimos a todas las armas y a todos los servicios del Ejército por su ingente esfuerzo y sacrificio en esta batalla histórica.

Y rendimos tributo de admiración a la población civil, que luchando contra el ambiente de desmoralización existente en ciertos sectores de la retaguardia, lo dio todo en ayuda a los que valerosamente luchaban en los frentes. A este efecto, es digno de destacar la movilización de Infiesto y de la casi totalidad del Consejo de Piloña, promovida y dirigida por un gran Alcalde, nuestro Laureano Argüelles, que encabezaba las caravanas de hombres ya maduros, mujeres y niños, participes en el abastecimiento y fortificación de los frentes de guerra más próximos.

Y ninguna oportunidad mejor que ésta para manifestar nuestro profundo reconocimiento a todos los medios de difusión, a la palabra hablada y escrita; a los diarios, que participaron desde el comienzo en el esfuerzo de guerra, orientando y alentando a los combatientes y propugnando, al mismo tiempo, la organización de la producción y del orden republicano en la retaguardia.

Recordamos con emoción a *Milicias*, primer órgano oficial del Comité Provincial del PCE en Asturias, seguido de *Asturias*; a *Vanguardia*, órgano oficial de las JSU; al ya veterano *Avance*, y en general a todos los demás diarios. El *Boletín del Norte* fue editado al final por los comunistas de Asturias, Santander y Euzkadi. Incluimos a los numerosos periódicos de unidades militares que orientaron política y militarmente a nuestros combatientes.

Y es el momento para poner de manifiesto los relevantes méritos de periodistas tan notables como Javier Bueno, Ovidio Gondi, Ramón G. Roza, Vega Pico, Félix Llanos, Federico Patán y muchos otros. Notable contribución dio entonces a la causa republicana el periodista y escritor Juan Antonio Cabezas. Y no nos olvidamos de Suárez y tantos otros fotógrafos de guerra.

Finalmente unas palabras sobre la significación histórica de nuestra resistencia.

Siempre tuvimos en cuenta que desde que estalló la sublevación militar-fascista hasta Santoña, las ideas de capitulación ante cada situación grave se habían manifestado peligrosamente, produciendo un serio impacto en la resistencia republicana. Lo más reciente era Santoña, hecho que constituyó uno de los factores decisivos para precipitar el descalabro santanderino.

Esas mismas ideas aparecieron en Asturias, precisamente a raíz del hundimiento de los frentes santanderinos. Esas ideas estaban en el fondo de lo que pensaban hacer

los «geniales» creadores del Consejo Soberano o de la «soberanía» del Consejo, como ya hemos dicho en el apunte correspondiente.

La significación política principal de esta etapa trascendente que vivió Asturias fue que a la idea de capitulación opusimos nosotros la idea de organizar la resistencia. Y esta idea triunfó, penetró profundamente en la conciencia de los combatientes y se transformó en una fuerza considerable. La clase obrera, en uniforme militar o de trabajo, la hizo suya, pudiendo así desempeñar el papel dirigente en la lucha contra los traidores a la patria y sus invasores. El Partido Comunista, como un todo, y un grupo de dirigentes socialistas, con el firme apoyo de la JSU, mantuvieron y defendieron la idea de la resistencia.

Resistir y resistir fue una constante en la política del Estado Mayor del Norte, en el que los camaradas Ciutat —jefe del mismo—, Asarta, Segurajáuregui y otros desempeñaron un papel decisivo. Lo mismo ocurría en el Estado Mayor del XIV Cuerpo de Ejército, con Paco Galán a la cabeza; en el XVII Cuerpo de Ejército, con el teniente coronel Linares al frente; en los mandos militares de unidades como las de Bárzana, Ladreda, Somoza, Manolín Álvarez, Pepón de la Campa, Marquina, Recalde, Crispulo Gutiérrez y tantos otros, todos ellos comunistas; en hombres de la CNT de la talla de Higinio Carrocera, y del PSOE como Garsavall, Dositeo Rodríguez, Arturo Vázquez...

La idea de capitulación había fracasado. El Consejo Soberano, como tal, pasó prácticamente a mejor vida, pese a que conservaba el nombre de «soberano»; se estrelló ante el muro inexpugnable de la resistencia, de la adhesión de los asturianos al Gobierno de la República, de la unidad indivisible con todos los combatientes de la España leal, de la entrega incondicional a los principios encarnados en el Frente Popular.

Y el Consejo volvió a ser lo que había sido antes de la proclamación de «independencia». Y sólo así pudo ser realmente útil en multitud de actividades de retaguardia relacionadas directamente con los frentes de combate.

Se impuso, por primera vez en el Norte, el mando único. El coronel Prada se comunicaba directamente con el Ministerio de Defensa, al que informaba y enviaba los partes de guerra y de quien recibía los órdenes oportunas. El Consejo no se inmiscuyó ya en los planes del Estado Mayor del Ejército del Norte.

La disciplina de los combatientes nunca antes había alcanzado tan alto grado; su combatividad y heroísmo iluminaban las altas cumbres de la cordillera cantábrica.

La confraternidad en la lucha de asturianos, vascos y santanderinos y también de gallegos encuadrados en el batallón que dirigía el comandante Iglesias, fue verdaderamente ejemplar.

Los cuarenta y ocho días de resistencia quebrantaron seriamente al enemigo, cumpliendo así el deber que nos habíamos impuesto de participar dignamente en la resistencia de todo el pueblo español y de seguir sin vacilaciones las instrucciones que emanaban del Gobierno único de la nación.

Y si los frentes, al fin, se desplomaron, fue cuando ya la resistencia era imposible, cuando en depósito había 381 hombres y 361 fusiles; cuando ya no teníamos ni terreno ni armas que acompañaran el heroísmo de nuestros combatientes para hacer frente a la abrumadora superioridad numérica en hombres y en armas de los

atacantes fascistas.

Asturias y sus hombres, en nombre de sus 35.000 muertos y más de 100.000 heridos en toda la campaña, pudieron decir con legítimo orgullo:

Presidente Negrín, hermanos combatientes de toda España leal: ¡Misión cumplida!

¡Nuestro anhelo: unirnos a vosotros para continuar la lucha!

XV. Héroes anónimos

Escribo este apunte con singular simpatía, pues se trata de dar a conocer la obra de un puñado de hombres de abnegación sin límites que contribuyeron grandemente a la lucha antifascista en el Norte.

Se trata de los grupos de dinamiteros o «rompefarolas», como les decía Galán, o los del «batallón del trueno», como les dirían más tarde en el Ejército del Ebro. Son los que trabajan también en la retaguardia enemiga.

Estos grupos en Asturias se iniciaron organizadamente en los tiempos del Departamento de Guerra del Comité Provincial del Frente Popular. También, pero aparte —como se dijo en su lugar—, se organizaron los grupos especiales de compañeros (gallegos los más) que trabajaban en la retaguardia enemiga. Unos y otros jugaron ya su papel en la retirada de occidente.

Siguieron actuando así hasta que se constituyó la Escuela de Especialización del Arma de Infantería, dependiente del Estado Mayor del Ejército del Norte. Directamente o a través de un enlace se relacionaban con Francisco Ciutat.

En esa escuela había compañeros de todas partes. Palentinos, leoneses, asturianos, santanderinos, vascos y hasta algún que otro extranjero.

Como consejero político y técnico estaba el camarada soviético Alex, a quien todos los supervivientes recuerdan con mucho cariño.

Un instructor principal fue el asturiano «El Seta» —nunca supe su verdadero nombre—, auténtico héroe del peligroso trabajo de demolición, que venía actuando desde los primeros momentos. Nunca nadie, creo yo, destruyó en Asturias tantos puentes y otras obras de fábrica que pudieran servir al enemigo. Tantas, que hasta el enemigo se hizo eco de ello y lanzó amenazas de serias represalias si los nuestros continuaban su positivamente destructivo trabajo.

Dos de los camaradas más destacados eran Santiago Gutiérrez, de Palencia, que tenía el cargo de capitán, y Vicente Martínez Luna, de Castro-Urdiales (Santander), comandante. A la Escuela de Especialización se incorporó también Inocencio Ferrer, gallego, que luchó con Manolín Álvarez en Asturias durante mucho tiempo. Era teniente.

Los dinamiteros en Euzkadi se relacionaban con el Estado Mayor del Ejército del Norte por medio del comandante Asarta, mientras Ciutat permanecía al fondo.

Allí, al igual que en Asturias, dinamitaron y volaron numerosos puentes desde el comienzo de la ofensiva de Mola sobre Vizcaya. Pero lo más importante ocurrió en Bilbao: el enemigo estaba a punto de tomarlo. El Estado Mayor del Norte dio la orden de volar el puente de Isabel II y otros más. Pusieron los compañeros manos a la obra. Hubo tremendos forcejeos con los nacionalistas, que no querían de ninguna manera que se volara. Insistieron los de la Escuela de Especialización, y por fin volaron el famoso puente. Y así otros muchos en Bilbao y sus alrededores... Después les dijeron: «Os librasteis de una buena, pues los nacionalistas habían emplazado ametralladoras en las azoteas vecinas para impedir la demolición del puente de Isabel II». «Bueno, contestaron, no es la primera ni será la última vez».

En efecto, tanto en Bilbao como en Galdácano, y en otros lugares donde existían

industrias de guerra, no pudieron hacer nada porque se encontraron siempre con el no y las armas de los nacionalistas. Los gudarís custodiaban las empresas.

Retornan a su cuartel general en Santander, que era nada menos que la casa del conde de Gamazo, preparándose allí para recibir el ataque de los facciosos. Este se retrasa a causa de la ofensiva republicana sobre Brunete. Nuestros compañeros dicen que si todos los vascos que hay en Santander pelean como lo hicieron en Archanda, la resistencia de santanderinos, vascos y asturianos en la montaña puede ser tenaz. Los camaradas no soñaban con que vendría Santoña... Uno de ellos me dijo: «Estos nacionalistas, después de salir de Vizcaya, creen que pisan ya terreno ajeno. Está bien la autonomía; pero son de un nacionalismo muy cerrado...» Santoña dio la respuesta.

No creo que haga falta repetir que nos estamos refiriendo exclusivamente a los nacionalistas vascos, pues de los demás, auténticos héroes en tierras de Asturias, no podemos conservar más que un recuerdo fraternal e imperecedero.

Por los puertos del sur —Reinosa y del Escudo— empieza la ofensiva. La Constructora Naval corre peligro. La empresa, que en manos de los obreros no dejó de producir nunca para la guerra, inicia la evacuación de maquinaria. Llamaron a los de la Escuela de Especialización y les indican los lugares principales para volar la fábrica, ya con el enemigo casi en la puerta. Y la vuelan, aunque sólo en parte, pues no se disponía de suficientes explosivos. Zugazagoitia dice en su libro *Guerra y vicisitudes de los españoles*: «En Reinosa la mayoría de los obreros de la Constructora Naval se oponen a la destrucción de la fábrica, riñendo un combate en el que perecen varias personas... Los trabajadores protegen con sus cuerpos la factoría, pensando en que si subsiste salvarán sus vidas...»

Si a Zugazagoitia, como ya dijimos antes, no lo hubieran asesinado vilmente los falangistas, después de secuestrarlo en tierras de Francia, le pediríamos una inmediata y total rectificación, pues los obreros no sólo no se opusieron, sino que todos contribuyeron a sacar la maquinaria para trasladarla a otro lugar en un largo tren... Los testigos aún viven: socialistas y comunistas, jefes de producción y dirigentes del Sindicato. Más nuestros dinamiteros...

Sin embargo, sí ocurrió algo de lo que dice Zuga, pero en Maliaño, donde están los Altos Hornos de Nueva Montaña. Los enemigos ya habían cortado el paso a Asturias por Torrelavega. El capitán Santiago Gutiérrez, con un grupo, fue a demolerlos. Los obreros razonaron: «Ni podemos embarcar ni salir hacia Asturias. Si se vuelan los Hornos, ¿qué va a ser de nosotros?» Valieran o no las «razones», los dinamiteros no pudieron forzar las cosas. Y los Altos Hornos no se volaron...

Las cargas de demolición siguieron haciendo estragos... Todos los puentes de este oeste hasta Guarnizo. El puente del ferrocarril de Ontaneda, túneles... En Puentenansa no pudieron volar el puente. Fueron cercados por los facciosos; pero escaparon del cerco... hasta dar con Galán. Su última operación fue la voladura de parte del puente de San Vicente de la Barquera...

En Asturias, el comandante Martínez Luna se encargaba de establecer los contactos con el XIV Cuerpo de Ejército (Galán) para realizar toda clase de operaciones propias de su especialidad. Estaba en relación permanente con Ladreda, Carrocera, Manolín y Pepón de la Campa, que permanecía en el Pontón... Por la carretera de la costa, el estallido de las cargas de demolición es intermitente. Vuelan el puente y

las instalaciones ferroviarias de Arriondas, el de Cangas de Onís... (no el llamado Romano). Y así llegan a Ribadesella, donde es necesario volar el puente nuevo. Pero todo escasea, hasta los explosivos. El capitán Santiago Gutiérrez parte rápido hacia Gijón. Ve a Ciutat, que lo conduce hasta el comandante Castillo, encargado de esas cosas. Pero éste le dice que el único que puede dar explosivos es el coronel Franco; ¡con la Iglesia hemos topado! Y Santiago llega a Franco. Este niega que haya explosivos. Santiago insiste ya en tono de «pocos amigos». Y ¡al fin! consigue que le dé una autorización escrita para que le entreguen dos barriles de trilita... ¡Puso una pica en Flandes!

Cuando se lo cuenta a Ciutat y a Castillo, éstos prometen levantarle un monumento, pues de «ése» nadie consigue nada. Lo tiene todo oculto. ¿Con qué fin?

Sea como fuere, el puente nuevo de Ribadesella es dinamitado. Camino de Villaviciosa realizarán sus últimos trabajos. De ahí, previo aviso de Ciutat, al Musel, para continuar su obra en la otra parte si se logra burlar la vigilancia enemiga...

En la gran resistencia asturiana, el papel de los dinamiteros fue de primera importancia por su valor, por su técnica, por su efectividad: volaron carreteras, puentes, túneles, vías férreas, fábricas... Y sin excepción, autores desembozadamente pro franquistas hacen constar en sus libros que las destrucciones y las demoliciones causaban serios retrasos y entorpecimientos a las operaciones militares fascistas¹².

¿Son o no estos compañeros de la dinamita o del trueno dignos de figurar entre los héroes de nuestra guerra de liberación?

Hacen frente a todos los peligros... Y si los comisarios son los primeros en avanzar y los últimos en retroceder..., los dinamiteros son los primeros en avanzar dentro del campo faccioso y siempre los últimos en retroceder, pues antes hay que volar los pasos naturales de que se puede servir el enemigo...

¹² «El plan de destrucciones del Estado Mayor fue excelente, logrando hacer fracasar la táctica de la aviación nazi. Las «sábanas» aéreas perdieron eficacia al no poder verse acompañadas de tanques de infantería por efectos de las destrucciones militares». (F. Galán en carta a su hermano José María el 17 de julio de 1971, desde Buenos Aires).

XVI. La evacuación

El día 17 de octubre se reunieron con el delegado del Gobierno los componentes de la Comisión Militar y los mandos principales. Estaban presentes: Belarmino Tomás, Segundo Blanco, Juan Ambóu, el coronel Prada y su jefe de Estado Mayor, comandante Ciutat; el teniente coronel Martín Luna, jefe de la Aviación; el capitán de Navío Valentín de Fuentes, jefe de las fuerzas navales (¿de cuáles?); Galán, jefe del XIV Cuerpo de Ejército; Linares, del XVII.

Belarmino habló de la gravísima situación existente, tanto en los frentes como en la retaguardia; de sus contactos con el Gobierno; de la entrevista que con éste tuvieron los dos consejeros que se trasladaron a Valencia con resultados poco alentadores, ya que la ayuda que el Gobierno podía prestar a estas alturas era difícil o casi imposible: los puertos estaban minados, la costa bloqueada, los facciosos eran dueños absolutos del aire, y además la resistencia estaba tocando a su fin. Así y todo llegaron el «Reina» y otros barcos.

Agregaba el gobernador que Amador Fernández está haciendo gestiones en ese sentido. ¡Ya lo sabíamos! ¡Y desde cuándo! También Amador sondeaba, al parecer, ¡quién sabe dónde y con quién!, la posibilidad de conseguir, a cambio de no destruir las minas y las fábricas, que Franco dejara embarcar a nuestro ejército. Si esperar la ayuda del imperialismo inglés era una ilusión o un error político de primera magnitud, creer ni por un instante que Franco permitiera la salida de nuestros bravos combatientes significaba desconocer la realidad o puro aventurerismo, sacar las cosas de quicio con gravísimo perjuicio para organizar una evacuación que fuera lo menos dolorosa posible, evitando pérdidas en hombres que desgraciadamente habían de ser cuantiosas.

Y aun situándonos en el inverosímil caso de que Franco o alguna autoridad fascista hiciera indicaciones de que accedía al cambio de fábricas y minas por nuestros soldados —la sola enunciación del trueque nos repugna—, nosotros no hubiéramos aceptado nada de eso, pues hubiera constituido una maniobra del fascismo no para facilitar la salida de nuestros combatientes, sino para impedir la, para encarcelar a nuestros cuadros políticos y militares y asesinarlos después a mansalva... Hubiera sido la repetición, mucho más grave y sangrienta, de lo ocurrido en Santoña. ¿O es que no han de servir para nada las lecciones de la vida, de la historia? Y en este caso tan reciente, tan caliente, como la dramática de Santoña. No, el fascismo no podía hacer tales promesas. Y si las hiciera, habría que considerarlas siempre como una argucia, una colosal mentira, esencia misma de toda su actuación.

Como se podrá apreciar, con terquedad digna de mejor causa se defendían las mismas ideas que generaron el nacimiento del Consejo Soberano.

Y si la evacuación no fue más organizada y la destrucción de fábricas y minas no se llevó en general a la práctica, se debe precisamente a esas ideas capituladoras que se mantuvieron vivas en algunos «soberanos», pese a la inmortal resistencia de los asturianos.

Es cierto que aún en esta reunión los comunistas hablábamos de resistir. Y así se expresaban también los camaradas Ciutat, Galán... Pero no resistir a ultranza, sino con un objetivo claro, preciso: crear las mejores condiciones para la evacuación. Y

para la destrucción de armamento, depósitos de municiones, transportes, fábricas, minas... En una palabra: había que hacer en la retaguardia lo que los dinamiteros habían hecho en los frentes con notable valentía, audacia y técnica: destruir todo cuanto pudiera servir a los facciosos.

El Comité Provincial del PCE se reunió antes de que lo hiciera el Consejo. Era el 19 de octubre. Estaban presentes Juan José Manso, miembro del Comité Central del Partido; Ángel Álvarez, secretario general del Comité Provincial y miembro también del Comité Central; Juan Ambóu, consejero de Instrucción Pública y miembro suplente del Comité Central del Partido, recientemente nombrado; Gonzalo López, también del Comité Provincial y consejero de Agricultura; Aquilino Fernández, consejero de Comunicaciones por la UGT; Félix Llanos, Salustiano G. Sopena, Casto G. Roza y algunos otros camaradas. La reunión fue en la sede del Partido, en la casa Paquet.

El Comité Provincial estaba perfectamente informado de la situación, tanto en el frente como en la retaguardia. Yo completé el cuadro informando sobre la reunión del día 17, de la que acabamos de hablar y a la que asistí como miembro de la Comisión Militar del Consejo. Se tomaron decisiones muy precisas:

Participar con todas nuestras fuerzas en la evacuación de cuadros militares y políticos, así como del mayor contingente posible de combatientes; realizar un esfuerzo supremo para que la evacuación, hasta donde las circunstancias lo permitan, sea ordenada, procurando evitar a toda costa que se repita la ola de pánico que en Santander causó tantas víctimas. Ayudar al mando militar a organizar esa evacuación, avisando a los cuadros de los frentes con la debida antelación; prestar atención a todos los cuadros políticos y otros de la retaguardia, estableciendo inmediatamente contactos con las organizaciones del Partido para que éstas procedieran con rapidez y orden al cumplir las instrucciones del Partido. Vigilar y destruir a la Quinta Columna donde quiera que apareciese.

Pese a las circunstancias políticas, militares y psicológicas poco favorables, esforzarse por que el Estado Mayor, el gobernador y el Consejo dicten las medidas necesarias para que sean inutilizadas las minas de carbón y las fábricas de producción de guerra. En esto, tanto las autoridades militares como civiles tendrán toda nuestra ayuda. Y allí donde vacilen unas y otras, hemos de ser nosotros, los comunistas, los que procedamos. Es una importantísima misión revolucionaria.

Respetar en general la vida de los presos políticos, a excepción de aquellos que por su grave responsabilidad en el alzamiento fascista y por el daño que sus delaciones puedan hacer a los nuestros, deban ser puestos fuera de combate.

En relación con algo tan importante como la evacuación, es sobremanera interesante el testimonio de Francisco Ciutat, jefe a la sazón del Estado Mayor del Ejército. En un largo artículo, publicado en ruso y en Moscú en 1963, que figura incluido en las páginas 199 a 257 del libro sin autor editado en la URSS con el título *El pueblo español contra el fascismo*, dice Ciutat:

«El Gobierno de la República dio orden al jefe del Ejército del Norte de preparar la evacuación de las tropas por mar...»

«...resultó difícil establecer el lugar del enemigo que avanzaba hacia Villaviciosa (20 kilómetros de Gijón)...»

«El jefe del ejército envió a los jefes de división una orden personal y secreta por la que cada gran unidad de éstas deberían organizar un batallón de choque mandado por el propio jefe de la división; las compañías por jefes y comisarios de brigada, y las secciones por jefes de batallón. Estas unidades de choque se reunirían en lugares señalados en la orden secreta, trasladándose después a un sitio determinado que no figuraba en ese documento. Esto debería ser comunicado más tarde de forma personal por un oficial de enlace del Estado Mayor. Este mismo oficial estaba encargado de conducir los batallones al lugar del embarque para ser trasladados a Francia».

«De esta manera fue preparada la evacuación de la parte principal del ejército. Evacuar a todas las tropas era absolutamente imposible... A Francia llegaron alrededor de 19 embarcaciones con unos 9.000 hombres...»

Al intervenir en el Consejo, representando al Partido, centré mi intervención, hecha por escrito, en los acuerdos anteriormente detallados:

En cuanto a los presos se refiere, reitero la posición de nuestro Partido. Pero en la última acta del Consejo, vi con asombro que decía textualmente: «Con el voto en contra de los consejeros de Instrucción Pública, Agricultura y Comunicaciones, se acuerda respetar la vida de los presos». Y el acta en cuestión ha circulado demasiado para que nosotros no encaremos el problema y aclaremos, una vez más, nuestra actitud en este orden de cosas.

El Partido Comunista siempre tuvo una política firme y claramente definida en relación con los delincuentes políticos fascistas: que se practicara la justicia republicana de acuerdo con las leyes que estaban en vigor.

Nada tenía que ver esta actitud nuestra, basada en normas jurídicas en tiempo de guerra, con la desconcertante conducta de los representantes de otros partidos y organizaciones en el Consejo Interprovincial, pues si bien ahora pedían —¡qué humanos!— respeto por igual para todos los presos políticos —incluidos los que podrían considerarse como auténticos criminales de guerra fascistas—, no es menos cierto que antes —¡qué inhumanos!—, a raíz de la creación del Soberano, el gobernador envió, como ya dijimos anteriormente, un telegrama a la Sociedad de Naciones amenazando con ejecutar a *todos los presos políticos* si continuaban los ataques aéreos sobre Gijón. Y en una alocución radiada, alguno de los «soberanos» afirmó que por cada víctima de la aviación fascista *serían fusilados diez presos*.

Estos actos exaltados de los «soberanos» preocuparon seriamente al Gobierno, al que, según Julián Zugazagoitia, ministro de Gobernación, le causaron un gran disgusto. El mismo Zuga se encargó de comunicárselo a B. Tomás.

Esa política de los «soberanos» era totalmente negativa y nunca la apoyó la representación comunista en el Consejo. Además, en el fondo, esas truculentas amenazas eran puramente demagógicas, mezcladas con una alta dosis de desesperación; lo que llevó a Zugazagoitia a creer que las autoridades de Asturias habían perdido la razón.

Permítaseme hacer un breve comentario sobre lo dicho en la reunión del Consejo. En primer lugar, no respondía en absoluto a la realidad lo manifestado por Belarmino en relación con los barcos disponibles para la evacuación. Creo, como su correligionario Julián Zugazagoitia, que el gobernador entraba demasiado

fácilmente por los caminos de la demagogia y muchas veces de la ingenuidad. No existían tales barcos, ni los que había estaban preparados con carbón y víveres, salvo excepciones.

El mejor testimonio de esto era y es el del compañero socialista que fue secretario de la Consejería de Marina. Nadie como él conocía la realidad. Se trata del compañero Ángel de Ávila. Ni para 60 ni para 50 ni para 10.000 hombres había barcos. Hubo para unos miles, asegura Ávila. Y eso, agregó por mi parte, hasta donde la aviación lo permitiera, puesto que la Legión Cóndor seguía hundiendo barcos... Nadie podía creer en aquellos momentos que el enemigo iba a tener en cuenta para nada lo de «a enemigo que huye, puente de plata». Y así fue: a la hora de la verdad, el Estado Mayor no tuvo a su disposición los barcos prometidos por el gobernador. Sencillamente no existían.

En cuanto al acuerdo tomado por aclamación para la inutilización de minas y fábricas, todo quedó en palabras, en demagógicas y engañosas palabras. Además, en unas horas no podía hacerse lo que debió estar preparado con mucha más antelación. Y en esas horas el estado de ánimo de la población no era muy propicio para estos menesteres. Menos si recordamos que la política de evacuación venía fomentándose, desde el primer momento, «a la manera» de los forjadores de la «soberanía» del Consejo. Y las autoridades civiles de la cuenca minera eran precisamente de la tendencia, en general, de los «soberanos». Eso explica que cuando algunos grupos de militares llegaban a uno de esos lugares de la cuenca minera, no encontraban más que obstáculos para poder cumplir su misión. En otros casos, cuando, por ejemplo, Dositeo Rodríguez, que había sido un gran Jefe militar, quiso volar la fábrica metalúrgica de la Duro Felguera, otro compañero, residente hoy en México y que lo recuerda perfectamente, le dijo: «¿Para qué? ¿Qué van a comer el día de mañana estos pobres que se quedan ahí?»

El Partido sí había tomado algunas medidas: envió dos camaradas a la cuenca minera, al veterano Ramón García Roza —fundador del Partido en Asturias, a quien recuerdo con profunda emoción— y a Lucio Sopeña, campesino de Villaviciosa, miembro del Comité Provincial del Partido. Sus noticias fueron que era muy difícil, salvo excepciones, cumplir su misión, por la oposición que encontraban, tanto en las autoridades como en parte de la población. Roza fue hecho prisionero y asesinado después. Al camarada Julio Castrillo, de Trubia, miembro también del Comité Provincial, se le encomendó que procurara la destrucción de lo que la aviación fascista no había podido aún demoler de la fábrica de Trubia. Castrillo murió en la empresa, asesinado por los fascistas. Sí pudimos confirmar que fue efectiva la destrucción de cañones, ametralladoras, fusiles, otras armas y depósitos de municiones. He aquí un testimonio valioso, expresado en la carta que Galán envía a su hermano José María, desde Buenos Aires, el 10 de septiembre de 1971:

«Combatimos hasta el 20 de octubre, inclusive, cuando desbordados en el frente de Villaviciosa dimos por terminada la tarea militar. Nunca pensamos emular a los numantinos, y menos entregarnos. A las 10 de la noche de ese día destruimos la artillería que nos quedaba. Durand, mi jefe artillero, me dio el último parte...»

El estado psicológico general expresado en el «¿qué va a pasar el día de mañana?, ¿no se irritarán los fascistas si destruimos fábricas y minas y será más cruenta la

represión?», constituyó un serio obstáculo para el cumplimiento cabal de esta importantísima tarea. Era ya cuestión de instinto, no de actitud política. Porque la verdad, ya bien conocida, es que la bestia fascista actuaría implacablemente contra todos los hombres de todos los partidos del Frente Popular, o simplemente simpatizantes del mismo, con minas inundadas o con minas sin inundar. El terror fascista nunca tiene en cuenta eso. Y mata y nunca se sacia de sangre. Y la prueba está en la represión que vino después.

La dirección de nuestro Partido en Asturias no está ni mucho menos exenta de responsabilidad en relación con este grave problema de las destrucciones, pues no tomó, hay que decirlo con sinceridad, las medidas necesarias a su debido tiempo para hacer realidad esa misión, que era una misión de guerra.

¡Lástima que no hubieran podido actuar en este caso los estupendos dinamiteros de que hablamos en el apunte anterior! Ellos se fueron del frente al Musel directamente. El mismo día 20.

Bueno, alguien puede preguntar: «¿Qué pasó con Amador Fernández, nombrado, al constituirse el Soberano, cabeza de la comisión de evacuación?» Ya dijimos que se fue poco después de parir el decreto sobre el Consejo Soberano. Y ya no regresó.

Se decía que estaba gestionando todavía la participación de la escuadra inglesa y de la francesa en la evacuación. Así era. Belarmino nos lo había confirmado en la reunión del día 17, de la que ya hablamos al comienzo de este apunte. ¿Que para lograr tal cosa estableció contactos con los socialistas franceses y los laboristas británicos? Es perfectamente posible. Pero unos y otros —sus dirigentes— no harían nada que pudiera alterar la política de estímulo al agresor practicada terca y ciegamente por los gobiernos respectivos. Ya lo había dicho Mr. Chamberlain, jefe del Gobierno conservador inglés, ante la Cámara de los Comunes, cuando en junio de 1937 se refirió a la guerra civil española.

Para Chamberlain, la guerra civil española «constituía un peligro perpetuo para la paz de Europa...». «La política del Gobierno de Su Majestad ha sido dirigida hacia un solo fin: la de mantener la paz en Europa, manteniendo la guerra en España en su carácter local. Y por esto juntamente con Francia hemos trabajado para constituir primero y mantener después el Comité de No Intervención».

¡Cómo cuidaban su imperio las clases dominantes en Francia y en Inglaterra, con la servil complicidad de los Citrine y León Blum! ¡Qué les importaba a esos voraces imperialistas que los nazis se engulleran España si eso «podiera» salvar su imperio! Además, en España la clase obrera desempeñaba el papel dirigente en la lucha contra el fascismo. Y nos ayudaba, cumpliendo con su deber internacionalista, la Unión Soviética. Y eso sí que no podían tolerarlo los imperialistas anglo-franceses, porque les olía a democracia avanzada y aun a socialismo.

Eso explica que en más de una ocasión se comprobara que las misiones diplomáticas de ambos países en España hacían trabajo de espionaje a favor de los invasores.

Y las intenciones de esos miserables imperialistas se vieron con meridiana claridad cuando cayó Asturias. Era lo único que esperaban para intercambiar con Franco representantes comerciales: el inglés Mr. Robert Hodgson vino a Burgos, y Franco envió al duque de Alba a Londres.

Una buena parte de la clase obrera inglesa —y en menor proporción la francesa— estaba envenenada por el oportunismo siempre antiobrero de los dirigentes laboristas. Llegaron a creer en la paz de Europa que les ofrecía Mr. Chamberlain. Y no radicalizaron su acción en defensa de quienes los estábamos defendiendo a ellos. El internacionalismo proletario estaba arrinconado en los polvorientos archivos del Partido Laborista. «España —como dijera un almirante inglés— no vale la vida de un solo marino británico...» Pero los hechos son los hechos. Y no hubo ni pudo haber paz en Europa, sino todo lo contrario: la derrota de la España republicana precipitó la guerra en Europa y se extendió al mundo. Los comunistas habían alertado a los pueblos desde hacía años. Jorge Dimitrov había dado el aldabonazo desde la alta tribuna del VII Congreso de la Internacional Comunista: el fascismo es la dictadura terrorista del gran capital, es la guerra.

Los agresores nazis contaban con una posición política y estratégica de fundamental importancia: España, la España fascista de Franco. Y eso, lejos de aplacarlos, aumentaba su voracidad belicista. Las condiciones eran óptimas, creadas merced a la política capituladora de las potencias capitalistas. Y los nazis desencadenaron la guerra como salida ideal y única para tratar de resolver a su favor las agudas contradicciones interimperialistas... Y el proletariado y el pueblo inglés tuvieron que soportar los más grandes sufrimientos a causa de la política cobarde de sus gobernantes... Desgraciadamente se habían olvidado de las experiencias de la primera guerra mundial..., se habían olvidado de la actitud revolucionaria de los bolcheviques rusos, que habían de ser, ¡oh ironía!, tras grandes e inenarrables sufrimientos, el factor principal de la derrota del nazismo, salvando así al pueblo inglés del dominio de una dictadura nazi.

La aviación fascista había hundido el destructor «Ciscar» y muchas otras naves de diferente factura y utilidad. Averiaron también el submarino C-6, que no pudo hacerse a la mar. Entonces, al grito de «¡Viva la República!», lo hundió la propia tripulación, que mandaba Matisse, nombre de guerra del voluntario soviético Nikolai Equipko. Su comisario era el italiano Paolo.

La evacuación fue decidida por el Consejo y el Estado Mayor el día 20 de octubre. Al día siguiente, 21, a las 3 de la tarde, hacían su entrada en Gijón las fuerzas de los generales traidores Aranda y Solchaga. En honor a la verdad hay que decir que los dirigentes políticos y militares de Asturias abandonaron la reducida zona leal que quedaba en el Norte en el momento preciso: no podía y no debía haber sido antes, mientras quedara la más mínima posibilidad de resistir; ni podía ni debía ser después, ya que hubiéramos privado al Gobierno de la República de un contingente numeroso de cuadros militares, políticos y técnicos que, como más adelante veremos, fueron muy útiles a la República, tanto en el campo de batalla como en los organismos de gobierno, particularmente en la producción de guerra, así como también en la dirección de los partidos y organizaciones sindicales.

En cuanto a la evacuación propiamente dicha, la mayor parte de los autores que he leído se regocijan exaltando y exagerando la confusión, el desorden y qué sé yo cuántas truculencias más. Es éste un criterio malévolos, interesado, que no persigue exponer la verdad histórica, sino desacreditar las ideologías y los partidos revolucionarios. Se recrean en lo episódico para que se olvide lo que tiene un valor sustantivo y permanente: la heroica resistencia asturiana, que confirma la bondad revolucionaria de la política del Frente Popular y pone en su lugar a cada uno de

los partidos y organizaciones que participaron en la misma. Y por otra parte, el hecho innegable de que los que se iban no huían, sino que salían con el fin de continuar la lucha. Ese era el espíritu de la evacuación en general.

Por mi parte, sólo diré que no existe ningún Dunkerque en el que lo característico sea el orden. Casi me atrevería a decir que en este tipo de retiradas lo ira portante es hacerlas con el menor desorden posible.

A mí me tocó salir en condiciones muy difíciles. Las principales embarcaciones ya se habían hecho a la mar: el torpedero, el remolcador, el «Santiuste» —ya ducho en estos menesteres, pues vino de Santander con precioso cargamento de cuadros de mando— y otros. Quedaban sólo barcos pesqueros.

De acuerdo con lo convenido por el Consejo, llegamos juntos al Musel los consejeros de Izquierda Republicana y el que esto escribe. Pero por razones fáciles de adivinar, perdí contacto con ellos. Y me encontré poco después con Paco Galán, Roza y varios cuadros de mando del XIV Cuerpo de Ejército, entre los que estaban Juan José Manso y otros miembros del Partido. Y con ellos abordamos un pesquero.

Ya era muy entrada la noche. Al fin, después de no pocos trabajos, zarpamos rumbo a algún puerto de la costa occidental francesa. Pero he aquí que de pronto tuve la impresión de que retrocedíamos. Y así era: el patrón del barco se desorientó y viró en redondo. No sé realmente lo que pasó, pero sí sé que regresamos de nuevo al Musel. Tampoco sé exactamente cómo fue; pero sí sé que Galán se las arregló para componer las cosas y partir de nuevo. Y ya mar adentro, un nuevo sobresalto al divisar la silueta de un barco, al parecer de guerra, pero... ¡francés! ¡Menos mal!

Y así, burla burlando ya sea al «Cervera», ya al «Velasco» o a los numerosos bous que les hacían el coro, llegamos extenuados a Saint Nazaire. ¡Qué travesía! ¡Y qué espera antes de poner pie en tierra! Desembarcamos. Y poco después, en perfecta formación, en un amplio local lleno de mercancías que se improvisó como comedor, nos dispusimos a devorar un frugal desayuno con el que nos forjamos la ilusión de restaurar nuestras perdidas fuerzas. Poco después llegó una grata noticia que nos hizo olvidar todas nuestras desventuras: íbamos a salir rumbo a Barcelona, en tren, dentro de una hora.

No todos los barcos corrieron la misma suerte. Algunos fueron apresados por el enemigo y conducidos, los más, a puertos gallegos. En uno de ellos iba nuestro Carrocera, que poco después sería asesinado por los falangistas. Otros combatientes fueron conducidos a los campos de concentración gallegos de Muros, Vieta y Camposanto. Muchos fueron descubiertos por los miserables sabuesos Capolillo, «El Vizgu» y «El Cadavio», que en un solo día delataron a 29 compañeros asturianos, entre ellos al comandante Manolín Fernández, siendo todos fusilados en Oviedo.

Otros mandos y miles de combatientes quedaron en tierras de Asturias. Se fueron al monte, organizando allí la lucha guerrillera, que con los lógicos altibajos duró más de una década... Era también la natural continuación de la resistencia en Asturias, imposible por otros medios, que seguía ayudando al resto de la España leal al retener importantes contingentes de fuerzas militares franquistas.

Los que fueron apresados, morían con la conciencia tranquila, y de ahí su sereno heroísmo, la mejor herencia para quienes continuaron su obra revolucionaria. He aquí uno de tantos testimonios: la carta de nuestro Manolín Fernández a su esposa:

«A mi querida esposa: salud.

Ante estos instantes de angustia y dolor te escribo estas cuatro líneas desde capilla.

Te digo que muero sereno y tranquilo, y orgulloso porque sé que el triunfo llegará.

Tere, Tere querida... Cincuenta vidas que tuviese, cincuenta vidas daría por defender las libertades democráticas del pueblo español.

Te pido que no llores. La República te hará justicia. Cuida a nuestra hijita y dile por qué murió su padre.

Mis últimas palabras ante el piquete serán: “¡Viva la República!” Son las cinco y media de la madrugada. Me queda tan sólo una hora. Besos y abrazos de tu

Manolín (firmado).

Prisión Provincial de Oviedo. Galería 4a. C. 46. 27 de septiembre de 1938».

SEGUNDA PARTE

I. HOMENAJE A LOS MAESTROS DE ASTURIAS

Este capítulo está dedicado a presentar una síntesis de la actividad desarrollada por la Consejería de Instrucción Pública, de la cual fui nombrado titular por el Consejo de Asturias y León, a partir de los últimos días de diciembre de 1936.

Para dar una información más exacta, pedí un informe a mi entrañable camarada José Bárzana, entonces secretario de la Consejería en sustitución de Ismael García Lombardía, a quien el Partido había confiado la responsabilidad de nuestro periódico.

Pepe Bárzana fue maestro de maestros. De firmísimas convicciones filosóficas y políticas, de limpia y sólida conciencia de comunista. Sencillo y de una rectitud proverbial. Hermano de «los Bárzana», que dieron inteligencia, esfuerzo y sangre sin límites ni regateos a la revolución. Compañero de esa pléyade de dirigentes políticos y sindicales, de capaces y heroicos jefes militares, salidos todos de las filas de la combativa ATEA (Asociación de Trabajadores de la Enseñanza de Asturias).

Pepe Bárzana fue secretario de la Dirección General de Primera Enseñanza —era director general César García Lombardía— hasta marzo de 1938. Instructor del Partido en la 34 División (X Cuerpo de Ejército). Comisario ayudante de Fusimaña (comisario del XV Cuerpo de Ejército)... Vivió las amargas del campo de concentración de Saint Cyprien, en Francia... Cumplió con su deber de comunista en diferentes partes del mundo, mereciendo ser elevado a la dirección nacional del Partido.

La crítica y la autocrítica constituyen una ley inmutable en el Partido. Ley que entraña el derecho y el deber de cada militante de observarla y practicarla sistemáticamente. Sin ella no se pueden corregir errores ni avanzar; por el contrario, puede significar el estancamiento del Partido o, lo que es aún peor, su degeneración. Generalmente se oponen al ejercicio de esa ley aquellos que renuncian a los principios y métodos del marxismo-leninismo.

Pepe Bárzana usó de esa ley con honradez y capacidad política reiteradamente probadas. Y con ella enjuició severamente las posiciones antisoviéticas y oportunistas de Santiago Carrillo y su grupo, así como sus métodos de dirección, que llegaron a ser inhumanos, incompatibles con los estatutos del Partido.

Pepe Bárzana sufrió el acoso del grupo oportunista, que arbitrariamente le fue relevando de todas sus funciones.

Después de un pleno amañado del Comité Central del Partido, el camarada Pepe Bárzana y otros camaradas, perseguidos por el mismo hecho y expulsados injustamente del Partido, reorganizaron éste en lo que se llamó Partido del VIII Congreso. Y ahí continúa defendiendo los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

En él simbolizamos a todos los maestros de Asturias. A los que murieron y tanto dieron y a los vivos, que tanto dan por la causa de la democracia y el socialismo.

A continuación honramos las modestas páginas de este libro, dedicado a los obreros de Asturias, con las notas que sobre la instrucción pública en Asturias escribió especialmente Pepe Bárzana.

NOTAS SOBRE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN ASTURIAS DESDE SEPTIEMBRE DE 1936 HASTA LA CAÍDA DEL NORTE

Llegaba septiembre, y con él el final de las vacaciones escolares del verano de 1936. Era necesario abrir las escuelas y hacer que la enseñanza funcionase lo más normalmente posible dentro de las difíciles condiciones que creaba la guerra.

Únicamente existía un organismo: la Consejería de Instrucción Pública, dependiente del Consejo de Asturias y León. En nuestra zona no había quedado ni un solo inspector, ni un solo funcionario de la sección administrativa. No quedaba nada *del aparato oficial* en que poder apoyarse para mantener mínimamente el funcionamiento de la enseñanza.

Las dificultades eran grandes. En primer lugar, por diversas causas, faltaban muchos maestros en las escuelas nacionales. Por otra parte, en la enseñanza privada, los colegios religiosos no abrieron sus puertas, y entre los laicos bastantes hicieron lo mismo, agravando con ello el problema general de la enseñanza, ya deficitario y sin posibilidades para atender a toda la población escolar en los tiempos normales, antes del 18 de julio.

Hubo, pues, que montarlo todo, de arriba a abajo. Se empezó por crear en la Consejería de Instrucción Pública un equipo de trabajo (no recuerdo qué nombre se le dio, incluso no sé si se le dio alguno), formado por José Barreiro, maestro socialista; Quintanilla, viejo maestro *anarquista*, con mucho prestigio entre los medios de la CNT y en particular entre los obreros; Ortega, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Oviedo, miembro de *Izquierda Republicana*, y José Bárzana, *comunista*.

Este equipo trabajó intensamente en los diversos problemas del dominio de la Conserjería de Instrucción Pública, que fueron principalmente los de la enseñanza y los de la infancia en las condiciones creadas por la guerra, así como los del arte, la cultura y la defensa del patrimonio artístico, y siempre logramos mantener una buena relación y comprensión mutua, a pesar de que a veces tuvimos que zanjar problemas delicados en los que jugaban aspectos contradictorios en razón de las respectivas pertenencias políticas.

Se puso en pie una inspección de primera enseñanza a base de un grupo de maestros de gran autoridad y prestigio entre los profesionales de Asturias, encabezados por Leoncio Zamora, maestro de Illas, más tarde fusilado por Franco.

También se organizó una sección administrativa, bajo la dirección de otro maestro, Campo Zurita, que permitió resolver los problemas administrativos más acuciantes y en particular asegurar el pago del sueldo regular de los maestros en activo, así como efectuar los nombramientos necesarios para poner en funcionamiento

diversas escuelas cerradas e iniciar las clases en las que fuimos abriendo

ESCUELAS

En la práctica funcionaron normalmente las escuelas nacionales que se encontraban fuera de los lugares que la guerra había convertido en zona peligrosa.

En cuanto a las escuelas particulares, religiosas o laicas, abrimos toda una serie de ellas que habían sido abandonadas o simplemente cerradas. ¿Cuántas? No puedo recordarlo; pero fueron bastantes, y en distintos lugares. A título de ejemplo cito la Fundación Pola, en Gijón (en la Puerta de la Villa), que estaba regida por monjas. La Consejería se incautó de esa institución, que a la sazón estaba sirviendo exclusivamente para residencia de las monjas. Tomando como base las alumnas del antiguo internado, instalamos en dicho edificio una escuela graduada para unas cien niñas, en régimen de internado, bajo la dirección de una maestra socialista, Eladia García. En cuanto a las monjas, después del «traspaso», que terminó «en buena armonía», a pesar del miedo que ellas tenían cuando comenzó, las ayudamos a trasladarse, con sus bagajes personales, a domicilios particulares, de familiares o de amigos, según sus deseos, y algunas (dos o tres) fueron a trabajar a hospitales militares.

En ciertos lugares, con ayuda de los ayuntamientos y de los comités del Frente Popular, logramos establecer cantinas o comedores escolares, que en la difícil situación de abastecimiento por la que pasaba Asturias significó una ayuda importante a las familias de los combatientes, que en ésta, como en todas las demás iniciativas relacionadas con la infancia, constituyó siempre el centro de las preocupaciones de la Consejería.

En otros, particularmente en los internados, construimos talleres para atender diversos servicios relacionados con los niños. Por ejemplo, en la escuela «Rosario Acuña», de Gijón, se crearon talleres de costura, donde, a base de material procedente principalmente de la solidaridad, se fabricaba toda clase de ropa para los alumnos y las alumnas del internado.

Constituyó una dificultad la escasez de material escolar, y en particular de papel. El de las librerías de la zona que podíamos utilizar era absolutamente insuficiente, y para resolver el problema tuvimos que traer unas 60 toneladas de papel de Vizcaya (sobre todo libretas escolares) y algún otro material.

MAESTROS

La falta de maestros constituyó el problema número uno, y el que exigió una solución más urgente.

Buena parte de los maestros estaba en condiciones de ponerse al frente de sus escuelas al comenzar el curso escolar, y así lo hicieron. Pero de todos modos, fueron bastantes los que no pudieron incorporarse a sus escuelas, por encontrarse bien en la zona ocupada por los franquistas o bien en la zona centro-sur de la

República, y sin posibilidades ni unos ni otros de regresar a Asturias. Además, muchos maestros jóvenes estaban en los frentes desde los primeros momentos de la lucha, y otros en diferentes organismos del Frente Popular, locales y provinciales, y, naturalmente, tampoco pudieron incorporarse a sus escuelas. Algunos, como Alfredo Coto, ya habían ofrendado su vida en los primeros días de la sublevación. Y no cuento, porque fueron muy pocos, a los que tuvimos que cesar a causa de su desaforado y activo antirrepublicanismo, entre los que destacó Lobo, maestro de El Berrón, en Noreña.

Fácilmente puede comprenderse la agudeza del problema. Hacían falta maestros, muchos maestros, para cubrir los huecos que se habían producido en la enseñanza nacional, y más aún para paliar en la medida de lo posible las defecciones en las filas de la enseñanza privada, la religiosa especialmente.

En Asturias quedaban algunos a quienes las circunstancias de la guerra les impedían incorporarse a su escuela, situada en otras zonas; pero eran en cantidad extremadamente insuficiente para cubrir nuestras necesidades; ni tampoco bastaron los maestros sin escuela de que pudimos disponer. Así, fue necesario acudir a otros sectores para obtener personal. Primero acudimos a los jóvenes que habían terminado el bachillerato; después, no pocos estudiantes del Magisterio, del bachillerato y de otras profesiones se hicieron cargo de escuelas de primera enseñanza y cumplieron su labor con entusiasmo y eficacia. De ese modo, en lo fundamental, los niños de nuestra zona, cuyas escuelas no se encontraban en lugares prohibidos por razones de guerra, pudieron continuar recibiendo normalmente la enseñanza en aquel curso escolar de 1936-1937.

ORFANATOS E INTERNADOS

La guerra continuaba. Tras ella, aumentando cada día, un río de huérfanos, hijos de milicianos que caían en los frentes. Era una necesidad y un deber que el pueblo tomase en sus propias manos la atención de aquellos niños y niñas que habían perdido el sostén de sus vidas en aras a la causa del pueblo.

Para atender a los huérfanos de los milicianos se crearon los llamados orfanatos. Este servicio se fue haciendo extensivo, en la medida en que las posibilidades iban aumentando, a los hijos de los milicianos que continuaban combatiendo en los frentes.

Estas instituciones estaban organizadas como escuelas graduadas en régimen de internado, donde los alumnos, aparte de la enseñanza, recibían gratuitamente, claro está, alojamiento, alimentación y en gran medida la ropa necesaria.

Estaban dotadas de personal suficiente y capaz, tanto desde el punto de vista de la enseñanza como desde el de los demás servicios y atenciones a los niños que exige el régimen de internado. Hay que recordar con emocionado agradecimiento a los maestros y maestras por la abnegación y la entrega total al cumplimiento de esta responsabilidad, que consideraban como un deber sagrado. Y otro tanto hay que decir del resto del personal, que supo dar a tantos niños y niñas, con sus múltiples atenciones y cuidados, una parte del cariño y del mimo maternal que la guerra les había robado.

Recordamos los siguientes: el orfanato «Alfredo Coto», instalado en un antiguo colegio de religiosas, con unos 300 ó 350 internos, huérfanos de milicianos, dirigidos por la maestra Visitación Remis, socialista, esposa de Manolo Peña.

El orfanato «Félix Bárzana», de Sebares (Infiesto), análogo al anterior, dirigido por una maestra, que había sido diputado por Asturias, Venerada García Manzano. También para huérfanos de milicianos solamente.

El «Rosario Acuña», creado en principio para huérfanos de milicianos. Tengo la idea, aunque no puedo afirmarlo taxativamente, de que se acogieron después hijos de milicianos sin la condición específica de «huérfanos»; pero de todos modos, siempre fueron hijos de milicianos. El número de internos era de 100 a 150 entre niños y niñas.

En la Quinta de Arango instalamos después un internado análogo a los anteriores, del Socorro Rojo, que estaba en Infiesto, y venía retrocediendo desde el País Vasco, y después desde Santander, a medida del avance de los fascistas. Con ellos venía la hija de Arrarás como responsable. Completado en Gijón, llegó a unos 150 internos, y al frente de él se puso al joven maestro José M. Arregui, que acababa de perder el brazo derecho en los combates de San Lázaro (Oviedo). Aquí estaban, entre otros, los hijos de Damián.

La necesidad de atender a nuevos hijos de combatientes llevó a la instalación de otro establecimiento análogo en la Quinta de Rocés, en Jove.

Estas instituciones, por la índole de sus alumnos, estuvieron siempre rodeadas de una atención y un cariño especiales. En la difícil situación de abastecimiento que sufría la población a causa, por un lado, del bloqueo de nuestras costas y, por otro, de la falta de brazos en la producción, siempre se logró asegurar a estos orfanatos y escuelas todo lo necesario.

Estas instituciones, cuando no pudieron instalarse en antiguos centros de enseñanza (como «A. Coto» y «F. Bárzana»), lo fueron en magníficos chalets, amplios y confortables, pertenecientes a las clases más acomodadas. Habían sido abandonados por sus dueños, y nos incautamos de ellos con los fines arriba indicados. El «Rosario Acuña», por ejemplo, fue instalado en una gran finca de los Figaredo, en Somió.

SEGUNDA ENSEÑANZA

Funcionaron regularmente todos los centros de nuestra zona. Dos nuevos institutos nacieron en esta época: el de Llanes y el de Infiesto. Con motivo de la inauguración de ambos se celebraron actos importantes, a los que asistió el consejero de Instrucción Pública. El de Infiesto se inauguró el 28 de enero de 1937, y entre los que firmaron la apertura estaba el titular de la Consejería.

Es interesante consignar hasta dónde llega el odio del fascismo a todo lo que signifique educación y cultura: ambos institutos estuvieron inactivos durante años, pues tenían un sello inconfundible: habían sido creados por nosotros, por los republicanos.

INTELECTUALES Y ARTISTAS

La Consejería de Instrucción Pública promovió la actividad pública de intelectuales y artistas, organizando (o ayudando a organizar) diversas manifestaciones, como conferencias, exposiciones, recitales, conciertos, representaciones folklóricas, etc., donde tomaban parte personalidades prestigiosas. Incluso creo recordar que se envió fuera de Asturias (¿al extranjero?) un conjunto de cantos y danzas regionales.

Organizaron estas actividades, junto con el profesor Ortega, ya mencionado, el director de la Escuela de Comercio de Gijón; Goico-Aguirre, dibujante, colaborador de *Avance*; Germán Horacio, dibujante-cartelista; Inhiesta, recitador; Ángel Muñiz Toca, violinista ya entonces muy conocido y hoy uno de los más famosos de España, y algunos otros cuyos nombres se me escapan. Junto a ellos tomaban parte en las actividades mencionadas otros intelectuales y artistas de prestigio.

La Consejería de Instrucción Pública se preocupó al mismo tiempo de la situación material de los intelectuales y artistas en general, algunos de los cuales se encontraban en situaciones difíciles incluso (o fundamentalmente) en el problema de las subsistencias, y también en el de la continuidad de su trabajo, debido a las circunstancias que la guerra creaba a la población en general y en la que ellos, de modo especial, encontraban con frecuencia más dificultades para moverse.

A título de ejemplo, entre los «ayudados», menciono a Nicanor Piñole, seguramente el más famoso de los pintores de Asturias. Era un hombre extremadamente tímido, y su encuentro con nosotros fue para él un verdadero encuentro de salvación.

También tuvimos otros casos análogos, y entre ellos el de un geólogo notable, profesor de la Escuela de Minas.

En agosto de 1937 se celebró en Gijón un acto de gran trascendencia en honor del insigne patricio Gaspar Melchor de Jovellanos.

EL TESORO ARTÍSTICO

Fue una de las preocupaciones del Consejo, y concretamente de la Consejería de Instrucción Pública, el poner nuestro patrimonio artístico a salvo de los riesgos que implicaba la guerra.

Para ocuparse de esta misión se constituyó una comisión de la que formaban parte Ortega y casi todos los citados con él más arriba. Miembros de esta comisión y otros colaboradores idóneos, peregrinando por multitud de lugares, fueron recogiendo los valores artísticos que se encontraban expuestos a los riesgos de la guerra y centralizándoles en un lugar seguro. En esta labor recibieron una ayuda eficaz de los milicianos y de los organismos del Frente Popular. Se recogieron bastantes cosas; incluso se descubrieron algunas obras de arte de las que no se tenía noticia. Se salvaron así bastantes obras de arte, pues más tarde la guerra y sus inevitables acompañantes habían de pasar por los lugares de donde todo aquello procedía. Entre lo salvado figuraba por lo menos una parte de las cosas de Covadonga.

Todo estaba preparándose, si no ya preparado, en sus cajas y embalajes correspondientes para su traslado en barco a la zona republicana centro-sur, a través de Francia. Supe las gestiones que se estaban haciendo y que surgieron ciertas dificultades, pues su obligado paso por Francia requería ciertos trámites y garantías especiales, a causa de la índole de la «mercancía».

Seguramente podrían aportar más precisiones y noticias las personas anteriormente citadas. Goico-Aguirre y G. Horacio creo que están por México; por lo menos, de Germán Horacio he tenido noticias ciertas.

NIÑOS ENVIADOS A LA URSS

Para ayudamos a salvar niños, capital más valioso que todos los tesoros artísticos, alejándolos de las zonas de guerra y de los ciegos bombardeos fascistas (Gijón estuvo bombardeado por mar y por aire casi constantemente, y otras ciudades también), el Gobierno soviético nos hizo el ofrecimiento de hacerse cargo hasta el fin de la guerra de mil niños, que ellos mismos recogerían en el puerto de Gijón.

La Consejería de Instrucción Pública organizó el grupo a base de los huérfanos de milicianos que teníamos en los orfanatos mencionados más arriba, y previo el acuerdo o el deseo de las madres o, en caso de falta de éstas, de sus familiares. También se concedió preferencia a otros huérfanos de milicianos que por cualquier razón no estaban en los orfanatos, y después de éstos a los demás hijos de combatientes.

El Comité Provincial del Partido Comunista había tomado la decisión de que no se incluyeran en la expedición los hijos de los dirigentes comunistas. Se consideraba que la condición de dirigente da obligaciones y responsabilidades mayores, pero que no debe dar ningún «privilegio». Recuerdo que esto fue causa de algún problema, pues Valdés estaba categóricamente contra ese criterio y quería que su hija fuese incluida en la expedición. Y sobre aquella base de «ningún hijo de dirigente comunista» se hizo aquella lista de los mil niños a enviar a la URSS.

Ángel Álvarez y yo llevamos esa lista al cónsul de la URSS en Gijón, quien se asombró de la excepción que se había hecho con los hijos de los dirigentes del Partido. Nos dijo que eso era un puritanismo que sólo conducía a la injusticia de quitar a los hijos de los dirigentes comunistas los derechos que se daban a todos los demás, y que, en consecuencia, era un error que había que corregir. Y para corregirlo añadió: «traerán ustedes otra lista suplementaria de cien niños más, en la que *solamente habrá* (y lo subrayó) hijos de dirigentes comunistas».

Y así preparamos aquel grupo de mil cien niños que en la bodega de un barco con bandera y tripulación soviética zarpó del bloqueado puerto del Musel hacia la URSS, ya anochecido el día de San Mateo de 1937, huyendo de las bombas fascistas que caían sobre Asturias. Al llegar a puerto francés, aquel barco, necesario para esta parte de la operación, fue sustituido por uno magnífico de pasajeros. De aquellos niños, ¿cuántos hubieran sobrevivido de no haber salido entonces? ¿Cuántos deben hoy su vida a este acto de solidaridad internacionalista de la URSS?

Este grupo salió de Asturias llevando como responsable a don Pablo Miaja, uno de los maestros de más prestigio de Oviedo, republicano viejo, director de una de las

escuelas graduadas de la capital, y cuyo nombre llevaba un magnífico grupo escolar que se acababa de construir en la Avenida del General Elorza, en Oviedo; le acompañaba su esposa, doña Enriqueta.

Con don Pablo Miaja iban un grupo de unas 40 o 50 personas para el cuidado de los niños. Había varios maestros, aunque pocos, pues en aquellas condiciones no había muchos hombres para salir de Asturias. Todos tenían más de cuarenta y cinco años de edad, y recuerdo a Jesús Quirós, un maestro de gran autoridad de Gijón; Rabanal, Valbuena y pocos más. Sólo había uno joven, José M. Arregui, pero éste ya había pagado su tributo, y marchaba a la URSS después de haber perdido un brazo; tendría entonces poco más de veinticinco años. El resto eran mujeres. Unas maestras, cuya misión era asegurar la enseñanza de los niños, además de participar en la dirección de sus vidas en otras actividades fuera de las que podemos llamar estrictamente escolares; otras, las educadoras, tenían la responsabilidad de la dirección de la vida de los niños en todo lo que no atañe a los estudios y demás actividades de tipo escolar: la conducta, el aseo, la actitud en la comida, en los dormitorios, el vestirse, el empleo de las horas libres, etc. Maestras y educadoras: ¡Cuánto les deben nuestros niños! ¡Con cuánto cariño les he oído hablar de ellas! Pienso que todas, en general, han sabido ocupar, por lo menos en parte, el hueco que la guerra había cavado en el corazón de los niños al arrancarles de su familia. Estos niños (y niñas, naturalmente) estaban clasificados en grupos, y cada uno tenía a su frente una maestra (o maestro) y una educadora. Y con ellas siguieron, en lo fundamental, a su llegada a la URSS.

Entre aquellas maestras figuraban María Rodríguez, Luz Mejido, Libertad Fernández Inguanzo, Quintina Calvo y otras, todas ellas salidas de los orfanatos de Gijón.

Entre las educadoras mencionaré a María Bayón y Luisa Rodríguez, también de los orfanatos.

Entre este personal había miembros de diversos partidos y sin partido, y a excepción de los de la CNT, los demás eran afiliados de la ATEA, de la que hablaremos más adelante.

La pérdida de la guerra impidió, al menos por entonces, el regreso a España de niños y maestros.

La mayor parte de aquellos maestros, maestras y educadoras formaron el núcleo del personal de las diferentes casas de niños en las que éstos fueron instalados en la URSS, y allí continuaron la misión que habían comenzado en Asturias.

Algunos maestros se trasladaron, con el correr de los tiempos, a diversos países de América Latina. Pero la mayor parte, cuando cesó la actividad de las casas de niños, porque los niños se terminaban y se abrían ante ellos otras perspectivas, la mayor parte, repito, se integraron en la vida de la URSS y a ella dieron su esfuerzo y su afán en la reconstrucción y el desarrollo socialista; unos en actividades de alto nivel en la enseñanza, como los ya citados María Rodríguez, Luz Mejido y José M. Arregui; otros, como Libertad Fernández, en el mundo del libro u otras actividades, pero todos con una fidelidad y una dignidad ejemplares.

En cuanto a los niños, el Estado soviético los tomó a su cargo con carácter permanente, y a pesar de las tremendas dificultades de la guerra, y luego de la primera fase de la posguerra, les educó y abrió posibilidades de desarrollo que la

mayor parte no hubiera podido soñar ni en su patria.

Algunos de aquellos niños son hoy verdaderas personalidades con una alta calificación profesional. Hay muchos médicos, ingenieros, técnicos, profesores, economistas, artistas, etc.: algunos toman parte, con altas responsabilidades técnicas, en las grandes construcciones del comunismo. Carlos Vega, hijo de Etelvino, es un gran ingeniero; Eusebio Gómez, de la cuenca minera de Langreo, es un notable ingeniero que participa en la construcción de la central eléctrica de Bratsk.

En la segunda mitad de la década de los cincuenta, algunos regresaron a España con sus profesiones, y con frecuencia a través de muchas dificultades lograron por fin trabajar en su profesión, a veces después de revalidar sus títulos. Casi siempre la circunstancia que decidió fue la calidad de su preparación profesional. Y allí trabajan hoy muchos de aquellos niños. Unos son ingenieros; otros, arquitectos; otros... Algunas de las niñas de entonces, hoy son profesoras; otras ingeniero textil; otra dirige una escuela de danza; algunas son buenos médicos. A título de ejemplo citaremos a Delfín Val, ingeniero; Aladino Cuervo, ingeniero en una empresa metalúrgica (creo que en la ENSIDESA); Gloria (no sé el apellido), médico; Rosita Suárez, profesora de ruso en la Universidad de Barcelona, etc.

Estos últimos datos no tienen, naturalmente, relación directa con la actividad del Consejo de Asturias y León, ni con su Consejería de Instrucción Pública, y solamente pudieran tener lugar en una especie de epílogo; pero, de todos modos, es la confirmación a posteriori, y con los hechos, de los resultados positivos (y de la razón que nos acompañó entonces) de aquel oscurecer del día de San Mateo de 1937 en el Musel, y de muchas cosas más que no son del caso. Los familiares de aquellos niños continúan hoy la vida dura y difícil de obreros sencillos a los que el régimen de explotación y fascista cerró toda vía de expansión y desarrollo, mientras que la URSS, por el contrario, se las abrió de par en par a los que pudo acoger.

LA ATEA

Pero no puede hablarse de nada sin hacerlo de la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza de Asturias: la ATEA, como se la llamaba y se la conocía popularmente.

La ATEA se había constituido allá por el año 1928 como filial de la ITE (Internacional de Trabajadores de la Enseñanza). Más tarde se transformó en la sección asturiana de la FETE (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), que jugó un papel importante durante la guerra, particularmente en la defensa de Madrid, a la que dio, entre otras cosas, su batallón, que llevaba el nombre de «Félix Bárzana»; destacó luego en las actividades relacionadas con la infancia, la cultura en el frente e incluso después en las actividades culturales de los campos de concentración franceses.

Sigamos con la ATEA: Éramos una treintena de afiliados el año 1931. Al llegar a octubre de 1934 se acercaba a la cifra del centenar en toda Asturias. Después de febrero de 1936 crecimos bastante, llegando a unos 300 al estallar la guerra.

En el seno de la ATEA, los comunistas constituimos una minoría. Había también

socialistas, republicanos y algún anarquista y también bastantes (acaso los más) sin filiación política. Sin embargo, en el Comité Provincial los comunistas constituíamos la mayoría; el conjunto de afiliados nos había dado su confianza porque consideró que supimos expresar las aspiraciones de los maestros, cosa que los socialistas no habían logrado, a pesar de la presencia de Fernando de los Ríos a la cabeza del Ministerio de Instrucción Pública y de Rodolfo Llopis en la Dirección General de Primera Enseñanza.

Los maestros y la ATEA en octubre de 1934.

Entre los participantes en el movimiento de octubre de 1934 en Asturias hubo, como es natural, maestros, algunos de los cuales fueron detenidos por su participación en la insurrección. Entre ellos Félix Llanos y Luís Bárzana, miembros del Comité Provincial de la ATEA; Alfredo Coto, caído en los frentes de Asturias en agosto de 1936, y Jesús Bárzana, preso después de la caída de Asturias y fusilado por los franquistas.

Y merece capítulo aparte Félix Bárzana, que, enviado por la dirección nacional del Partido Comunista a Asturias, realizó con inteligencia y audacia excepcionales la salvación de numerosos cuadros revolucionarios. Cayó preso, y con la misma audacia de siempre se escapó de las manos de los verdugos.

La ATEA organizó la solidaridad con los maestros presos y sus familias. El número de presos fue de unos 34, a cada uno de los cuales se les enviaba cada mes la suma de 25 pesetas para sus gastos personales. De ellos había cuatro que tenían familia a su cargo. A cada una de estas familias se les entregaban mensualmente 150 pesetas...

Una buena parte de esta suma se recogía entre los propios maestros asturianos. Bastantes maestros de derechas, que nada tenían que ver ni política ni ideológicamente con la ATEA, contribuían regularmente. Para cubrir el resto nos ayudó la solidaridad de la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza (ITE). Las personas con quienes teníamos relación a estos efectos eran los camaradas franceses Georges Cogniot y Georges Fournial.

Después de la sublevación franquista, ya bien metidos en la guerra, la CNT organizó lo que llamó «Obreros de la Enseñanza». No tuvo ningún arraigo entre el Magisterio progresista de Asturias y se convirtió en realidad en un refugio de los maestros reaccionarios, a algunos de los cuales se les había negado el ingreso en la ATEA. Otros provenían de antiguos colegios de frailes, concretamente de los Maristas de Mieres. En la nueva organización de la CNT, estos novísimos militantes sindicales lo único que buscaban era un carnet de protección contra los eventuales riesgos que implicaba su reaccionarismo. (El mismo fenómeno ocurrió en otros sindicatos de la CNT).

De la ATEA formaban parte no solamente maestros; en ella teníamos también profesores de escuela normal, de institutos de segunda enseñanza, de escuelas de comercio y de bellas artes, algunos de los cuales aparecen en las informaciones anteriores. Alejandro Solera, de la dirección de la ATEA, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Oviedo, fue fusilado por los franquistas.

Nada de lo que se hizo en el curso de aquel año en Asturias en los dominios de la instrucción pública, de la cultura, la infancia, la salvaguardia del tesoro artístico, se hizo sin la ATEA.

La ATEA estuvo presente, en primer lugar, en los frentes, para combatir la sublevación, a donde se fue la mayor parte de su juventud. De ella salieron muchos mandos de las milicias, y después jefes y oficiales del ejército de la República.

Sus miembros también pertenecieron a los comités del Frente Popular, participando activamente en los múltiples problemas de organización y dirección de la vida en la retaguardia, tanto a escala local como provincial. José María Suárez Velasco, fusilado después, estaba en la Consejería de Agricultura (como secretario) y en lo que se llamaba... de la Reforma Agraria.

Laureano Argüelles, torturado y fusilado después, era alcalde de Infiesto.

Pero donde la ATEA se volcó como tal fue en las actividades dirigidas por la Consejería de Instrucción Pública, particularmente en salvar las dificultades que la guerra creaba para la organización y el funcionamiento de la enseñanza y atendiendo los problemas de la infancia, y más que nada los que fueron consecuencia de la guerra, en particular a los huérfanos y los hijos de los milicianos. Como es sabido, los pueblos de las cuencas mineras de Mieres y Langreo dieron los principales contingentes a las milicias. Pues bien: en estos pueblos, entre las familias obreras, la ATEA era muy popular y conocida por su actividad en favor de los hijos de los milicianos. Muchos milicianos se incorporaban al frente diciendo: «Marcho tranquilo por mis hijos. Si a mí me ocurriera algo, la ATEA se ocupará de ellos». Muchas esposas de milicianos sabían encontrar directamente la ATEA en busca de ayuda para sus hijos. La ATEA nunca las defraudó. Muchas no sabían lo que ese nombre significaba, y ni siquiera que era cosa de maestros; pero lo que sí sabían, por la experiencia propia y la de su alrededor, es que en ella los hijos y huérfanos de los combatientes encontrarían siempre la solidaridad de clase.

La ATEA nunca tuvo una función de asesoramiento en la Consejería de Instrucción Pública. La intervención de la ATEA fue a través de sus hombres, que en su acción y en sus funciones pusieron todo su empeño en ayudar a resolver con la mayor eficacia posible los problemas de la Consejería en los lugares que se les designaron, principalmente organizando una inspección de la enseñanza y una sección administrativa y atendiendo las escuelas.

Resumiendo, podemos afirmar que la ATEA fue la principal base de apoyo que tuvo la Consejería de Instrucción Pública para toda su actividad.

Con su ayuda pudo organizar la inspección y la sección administrativa. Ayudó a reclutar y seleccionar, incluso fuera del Magisterio, el personal necesario para el regular funcionamiento de las escuelas.

Intervino de modo decisivo en la selección de *todo* el personal de los internados de hijos y huérfanos de milicianos, como también en la organización y funcionamiento de dichos establecimientos.

Ayudó también a la organización del grupo de niños que se enviaron a la URSS, y la selección de todo el personal que fue a su cargo.

Este fue, a grandes rasgos, el perfil de la ATEA. Pienso que al final de estas notas no está desplazado el recuerdo como homenaje de respeto y gratitud de los maestros asturianos que dieron su vida en el cumplimiento de su deber revolucionario.

José Bárzana (21 de mayo de 1973)

Si la ATEA tuvo tan destacada actuación fue debido a que observó escrupulosamente los principios revolucionarios propios de toda organización sindical, y fundamentalmente porque las relaciones entre sus afiliados, independientemente de la ideología de cada cual, fueron de respeto recíproco y fraternales, lo que hacía imposible el caciquismo sindical y menos aún la dictadura que practicaban no pocos comités de control de los que hemos hablado en apuntes anteriores.

En una palabra: el irrestricto ejercicio de los derechos de cada afiliado y el cumplimiento consciente de sus deberes se manifestó en la sana y eficiente práctica de la democracia sindical, absolutamente necesaria siempre, máxime en la situación de excepción que nos tocó vivir. (J. A.)

II. Informe al gobierno de la república. Comentario crítico

Con pretensiones y categoría de informe, un grupo de consejeros de Asturias elevó un escrito al Gobierno que contiene dos defectos fundamentales:

Primero: ni los consejeros comunistas ni los que representaban a la Juventud Socialista Unificada fueron llamados para su elaboración; ni siquiera para pedirles que lo firmaran si estaban de acuerdo con su contenido.

Por consiguiente, ese escrito presentado al Gobierno de la República no es del Consejo de Asturias, sino de un grupo de consejeros.

Nosotros, los comunistas, y creemos que lo mismo le ocurrirá a la JSU, no sólo no estamos de acuerdo, en general, con ese informe, sino que declinamos toda la responsabilidad que del mismo se derive ante la clase obrera de Asturias y ante la historia.

Segundo: el informe es incompleto. No hace la menor alusión a la primera época de la lucha en Asturias, tan difícil en todos los órdenes, llevada a cabo por el Frente Popular y cada una de las organizaciones que lo componían. Nos referimos a los seis primeros meses de guerra. Organizar la resistencia en ese período constituyó la base para el combate posterior contra los facciosos y los invasores extranjeros.

Por tanto, el cuadro que se presenta sobre el desarrollo de la epopeya asturiana es totalmente incompleto. Bastará con leer los apuntes precedentes para darse cuenta de ello.

En diferentes partes del informe —llamémosle así— se presenta una situación idílica en cuanto se refiere a las relaciones entre los diferentes partidos y organizaciones sindicales.

«Todos nosotros nos alegramos en declarar la cordialidad y unanimidad de criterio que siempre existieron entre las diversas representaciones políticas y sindicales que constituían el Consejo».

No, no puede ser fiel a la historia, a la objetividad histórica, quien renuncia al análisis crítico de cada situación, de las relaciones entre los partidos de distinto signo ideológico y político. La verdad exige examinar los acontecimientos a la luz del materialismo histórico, si es que queremos legar a las generaciones que nos suceden enseñanzas que constituyan una rica parte de su arsenal revolucionario, tanto en el orden filosófico como en el político.

Sí hubo discrepancias fundamentales y hasta enfrentamientos graves. Sí influyeron estas diferencias en el desarrollo de los acontecimientos durante la resistencia asturiana.

Tales discrepancias existieron desde el primer día, expresadas en la oposición rotunda de los comunistas a que salieran de Asturias dos columnas de milicianos con destino a Madrid, dejando Oviedo a merced de Aranda; en los criterios contrapuestos, cuando se decide emprender una ofensiva para liberar Oviedo, en lugar de volcar todas las fuerzas para detener el avance de las columnas que venían de occidente para enlazar con Aranda; en la «crisis ministerial» de diciembre de 1936, provocada por los anticomunistas con el fin de desplazar a los

representantes del Partido Comunista de la dirección política de la guerra; en la ofensiva de febrero de 1937, que pecó, aunque en menor

grado, de lo mismo que la de octubre de 1936; en las posiciones dispares, hechas públicas, en relación con los pequeños industriales, artesanos y campesinos, pues mientras todos los partidos del Frente Popular defendían los intereses de estos grupos de contenido democrático, en general, los anarquistas hacían todo lo contrario, imponiendo la omnímoda voluntad de los llamados comités de fábrica, sin elegir democráticamente en la mayoría de los casos...

Punto y aparte merece la discrepancia total de principios cuando se creó el Consejo Soberano, contra el cual se declararon abiertamente los comunistas y los jóvenes socialistas unificados. El verdadero propósito del Consejo Soberano, como hemos dicho en el lugar correspondiente, era la capitulación ante el enemigo. Las palabras altisonantes y los gestos ultrarrevolucionarios no cambiaban en nada ese contenido. Esto creó la situación más grave vivida por el Consejo.

En fin, toda una serie de diferencias, de las que sólo hemos señalado las principales, fueron una realidad tangible que influyeron, ¡cómo no!, en el curso de la guerra.

Si es rigurosamente cierto que se mantuvo la lucha, se debe básicamente a la conciencia política y de clase del proletariado astur, cuyo grado de unidad —tanto en el frente como en la retaguardia— siempre fue muy superior al prevaleciente en las alturas; y a que el Partido se apoyó siempre en la acción de las masas para realizar su política dirigente, coincidiendo en repetidas y decisivas ocasiones con la JSU.

No es serio afirmar que «se daba por supuesta la conformidad del Gobierno de la República» con la constitución del Consejo Soberano. No estuvo conforme, pero se le colocó ante el hecho consumado.

Tampoco es cierto que se proclamó la «soberanía» del Consejo «sin rozar en lo más mínimo la autoridad del Gobierno de la República», puesto que el Consejo Soberano se atribuyó facultades que competían exclusivamente al Gobierno de la nación para bien de toda la España leal combatiente.

Además, ¿cómo se puede proclamar respeto al Gobierno cuando en el punto 3 del «decreto» se dice: «De este Decreto se dará cuenta al Gobierno para su convalidación»? y sin importarles un bledo a los «soberanos» lo que pueda opinar el Gobierno, estampan a continuación con la mayor impudicia «sin perjuicio de su absoluta vigencia».

Tamaño despropósito sólo se concibe cuando en el trasfondo hay algo más grave; en este caso no podía tratarse más que de la capitulación —encúbrase con toda la hojarasca que se quiera—, para lo cual, insistimos, los «soberanos» no querían contar con nadie más que con ellos mismos, exclusiva y excluyentemente.

Tampoco responde a la verdad, aun reconociendo la gravedad de aquellos momentos, que se había perdido «toda noción de la disciplina» y que casi había carencia de mandos.

La rápida reorganización del XIV Cuerpo de Ejército, al mando de Francisco Galán,

es el mentís más rotundo a aquellas gratuitas afirmaciones. Como lo es que el enemigo tuviera que parar su ofensiva a los pocos días de haberla desencadenado, frenado por los mandos y los disciplinados soldados de aquel Cuerpo de Ejército, que dieron comienzo a una gran resistencia para asombro de propios y extraños. Posible también por la posterior incorporación al frente oriental de unidades del XVII Cuerpo de Ejército, que mandaba el teniente coronel Javier Linares.

Se dice, en un ataque abierto al Estado Mayor, que «ramas de su propio tronco actuaban con perniciosa (sic) autonomía: Intendencia Militar, Sanidad Militar, Transporte Militar, Artillería, Ingenieros, Municionamiento y Armamento, Transmisiones, etc., teniendo incluso relaciones directas, y por tanto dispares, con los organismos del Gobierno central...»

Pues claro que sí. ¿Por qué no se iba a actuar así? ¿No son los servicios parte integrante e inseparable de un ejército? ¿No es eso, precisamente, la esencia del mando único? Realmente esta crítica de los «soberanos» no es digna del menor comentario.

Continuamos leyendo el informe. Llegamos a un punto que nos produce asombro primero, indignación inmediatamente después: es el que se refiere a los vascos. Se dice que, en efecto, 24 batallones asturianos fueron a defender el País Vasco. Textualmente copiamos del informe:

«...y el hecho de que gente madura de Asturias observara a la *juventud vasca de paseo por las calles de Bilbao* (el subrayado es nuestro), cuando ellos — los asturianos— venían de su tierra para escalar sus montañas y defenderlas contra el enemigo invasor, motivaba agrios comentarios, justas comparaciones...»

Esto no podía producir más que nuestra más profunda repulsa. Conocida es nuestra posición crítica de clase, política e ideológica, al gobierno vasco. Así lo hemos expresado en apuntes anteriores. Pero lo que no puede admitirse es el desprecio que rezuman las líneas del informe «soberano» que acabamos de transcribir hacia el pueblo vasco.

Fuimos y somos admiradores de las gloriosas tradiciones del proletariado y del pueblo vasco. En la lucha del movimiento obrero, Perezagua y Meabe son un símbolo de heroísmo de la clase obrera vasca, que continuaron Leandro Carro, Vicente Uribe, Dolores Ibárruri, Jesús Larrañaga y muchos más. Y si ellos lucharon por la libertad nacional de Euzkadi, no hay que olvidar que siempre lo hicieron desde posiciones internacionalistas. Es sobradamente conocida la posición leninista del PCE en cuanto se refiere al problema nacional, que sigue en pie tanto en Cataluña como en Euzkadi y Galicia.

Pero además, la verdad objetiva, la verdad histórica, es ésta: sí hubo graves errores del Partido Nacionalista Vasco y de su gobierno autónomo. Pero en la época a que se refieren nuestros «soberanos», la de la ofensiva de la Legión Cóndor, de las divisiones fascistas italianas, de los requetés de Solchaga y de otras fuerzas, los vascos defendieron con ardor, con verdadero heroísmo, su tierra... Porque así lo hicieron sufrieron la horrenda venganza infligida por la Legión Cóndor nazi en las poblaciones de Durango y Guernica, que fueron arrasadas...; la aviación nazi, con la bendición del franquismo, dejó tras de sí ruinas, más de dos mil cadáveres, miles de heridos, dolor... Al bombardear Guernica habían querido ofender el alma vasca

de las libertades patrias.

Y aunque muy conocidos, nos vemos en la necesidad de repetir algunos hechos de la resistencia vasca. Nos obligan los «soberanos» informantes.

Es universalmente admirada la heroica defensa de Irún, y más tarde la ofensiva de Mola, iniciada el 31 de marzo, encuentra en los batallones que manda Ibarrola una tenaz resistencia. Así lo reseñan, incluso, algunos historiadores franquistas. El 20 de abril, dos batallones al mando de Jesús Larrañaga repiten la hazaña resistente... En los primeros días de mayo es derrotada en el sector de Bermeo la brigada italiana «Flechas Negras». Se distingue en ese combate el batallón «Meabe», de las Juventudes Socialistas Unificadas... El enemigo tiene que pedir refuerzos...

En el triángulo que constituyen Jata, Sollube y Bizcargui, luchan, hermosa y heroicamente hermanados, vascos, asturianos y santanderinos... El enemigo emplea cuarenta días para avanzar 10 kilómetros...

Peña Lemona y más tarde Archanda escriben nuevas páginas de gloria. Y tras más de dos meses y medio de ofensiva, contando con traiciones y sospechosas mediaciones, y pese a la defensa épica de los vascos, cae Bilbao; es el 19 de junio de 1937...

No sólo factores internos del País Vasco contribuyeron a que la resistencia no fuera aún más prolongada. Hay que tener en cuenta también factores externos de la zona leal, que objetivamente ayudaron al enemigo en su ofensiva contra Vizcaya. Uno de ellos fue la permanente pasividad del frente de Aragón, en el que imperaba la ley absoluta del anarquismo. El otro, más grave, fue el *putsch* anarcotrotskista de Barcelona, en el mes de mayo, contra el Gobierno de la República y contra el propio autónomo de la Generalitat de Cataluña. Sí en el frente no se peleaba, arguyendo los dirigentes anarquistas que era por carencia de armas, en el levantamiento contrarrevolucionario ellos mismos se desmintieron al emplear abundantes armas ligeras, pesadas y de todo tipo. Parece que era más útil conservar las armas para imponer el «comunismo libertario» que utilizarlas en la lucha contra los fascistas.

El *putsch* permitió que los facciosos retiraran más fuerzas del frente de Aragón, parte de las cuales habían de ser destinadas a reforzar la ofensiva de Mola en Vizcaya; obligó al Gobierno de la República a distraer más hombres y armas para sofocar el levantamiento, ostensiblemente estimulado por los facciosos y por el general Queipo de Llano desde su Radio en Sevilla. No podía hacer otra cosa el Gobierno por la importancia vital de Cataluña; por su industria, su concentración obrera, sus fronteras con Europa. Los amotinados fueron derrotados por el Gobierno, la Unión General de Trabajadores, el Partido Socialista Unificado de Cataluña y el pueblo catalán. Pero el daño a los combatientes del Norte estaba ya hecho, amén de la repercusión política negativa tanto en España como en el extranjero. En el Gobierno estalló una crisis política que terminó con la dimisión de Largo Caballero y la ascensión a la presidencia del Gobierno del doctor Negrín.

En cierta forma, la conducta de la CNT-FAI era una repetición de la observada en octubre de 1934, pero con una forma doblemente contrarrevolucionaria.

Después de la caída de Bilbao, las mejores unidades vascas defendieron Santander, mientras en Santoña capitulaban los que habían transformado el patriotismo vasco, consustancial con la República, en chovinismo. Perdida la tierra vasca, poco les importaban Asturias y Santander. Mejor pactaban con el enemigo.

Pero no sólo ocultan nuestros informantes la verdad de los hechos, sino que demuestran no tener ni idea de la solidaridad que sí existió en el Norte entre los que habían abrazado principios internacionalistas. Y Asturias fue escenario elocuente de ello.

¿Es que no actuaron con nosotros batallones vascos —y santanderinos— en nuestra ofensiva de octubre de 1936? ¿Es que no lo repitieron brillantemente en febrero de 1937? ¿No recuerdan esos amigos fanáticos del subjetivismo excluyente que la posición más importante tomada al enemigo fue la Loma de Pando, cortándole la línea principal de comunicación con Oviedo y que nunca les fue arrebatada por los facciosos, pese a sus repetidos contraataques?

¿Es que hasta tal punto han perdido la memoria que ya no recuerdan que en la épica resistencia final de Asturias participó lo mejor de Euzkadi —y también de Santander—?

¿No saben que con Prada estaban los vascos Asarta y Segurajáuregui, entre otros? ¿Se olvidaron que el brazo derecho de Galán en el XIV Cuerpo e Ejército fue el vasco Juan Ibarrola? ¿Que con nosotros pelearon Marquina, Cristóbal Errandonea y tantos otros jefes vascos? ¿No cuenta la actuación de los batallones «Larrañaga» e «Isaac Puente», condecorados con la medalla de la libertad por su heroísmo en el frente de Llanes? ¿No saben que con nuestros Carrocera, Manolín Álvarez y Ladreda también pelearon vascos y santanderinos?

¿O es que estamos rivalizando con Aguirre en cantonalismo o, aún peor, en regionalismo estrecho y aldeano?

No, compañeros consejeros, vuestra postura desairada ante los combatientes vascos es injusta y reprobable.

Nada tiene que ver vuestra actitud pequeño-burguesa, deformadora de los hechos y de la historia, con la clase obrera de Asturias, esencialmente revolucionaria e internacionalista.

En el informe se dice que el Consejo de Asturias y León celebró una reunión extraordinaria en la que se acordó enviar a Santander una delegación para tratar de restablecer la moral perdida. Pero en esos momentos el enemigo no continuó la ofensiva, al parecer, según dicen los informantes, «por su propia voluntad o quebranto».

No, señores informantes. El enemigo no se detuvo por voluntad propia. ¡Qué barbaridad! Políticamente es inconcebible tal cosa. Y mucho más militarmente. Por quebranto sí, desde luego. Pero ese quebranto fue producto de la resistencia vasca a la que ya nos hemos referido. Y así lo reconocieron hasta nuestros propios enemigos.

Pero fundamentalmente el enemigo se detuvo por otra razón de primerísima importancia que también los informantes silencian: *por la ayuda del Gobierno al Norte*. Esa gran ayuda fue la batalla de Brunete, iniciada el 6 de julio y terminada el 27 del mismo mes. ¡Qué memoria tan frágil la de nuestros sesudos informantes! Sí, la batalla de Brunete, donde, por cierto, peleó y perdió la vida un asturiano ejemplar: el médico Gonzalo Pando, jefe de la IX Brigada, perteneciente a la XI División. Donde peleó y murió por la República y por Asturias un gran combatiente

cubano, Alberto Sánchez, Jefe de la I Brigada Mixta. Fue una batalla sangrienta, en la que los nuestros tuvieron más de 50.000 bajas contra otra cifra parecida el enemigo. Una batalla que al decir de los jefes facciosos pudo cambiar el curso de la guerra. Y lo importante es que para hacer frente a las fuerzas republicanas en Brunete, el Estado Mayor franquista retiró de Asturias importantes unidades. Y eso fue en julio, precisamente cuando no hubo ofensiva sobre Santander, que empezaría a mediados de agosto... ¿Que se aprovechó mal este largo respiro por la dirección política y militar del Norte? Bueno, eso es ya harina de otro costal.

Es cierto que la situación era grave cuando el enemigo cruzó el Deva; también que hubo que lamentar deserciones; pero no lo es en absoluto que:

«...los mandos que quedaban eran impotentes para convencer a sus tropas de la necesidad de combatir, ya que detrás de ellas sabían que sólo quedaba el mar, y por tanto la muerte».

Quienes miraban hacia el mar eran los creadores del Consejo Soberano, a pesar de las demagógicas exclamaciones de que «¡de aquí no sale ni Dios!» o de «¡no miréis al mar!». De «quemar las naves» —como hizo Cortés— no se habló, claro. Es curioso que el primero que miró hacia el mar fue el principal coautor del Consejo Soberano de Gobierno. Y se fue. Y ya no volvió.

Sí existieron mandos capaces de organizar el combate; sí existieron las tropas que lucharon con altísimo espíritu combativo durante la gran resistencia de cuarenta y ocho días. Y que resistieron no porque detrás de ellos «sólo quedaba el mar», sino porque tenían clara conciencia —mandos, comisarios y soldados— de que se trataba de cumplir con un deber ineludible como revolucionarios, como patriotas españoles.

Y fue esa conciencia política de los combatientes asturianos, con lo mejor que había llegado hasta Asturias desde Euzkadi y Santander, lo que produjo la emocionante e histórica resistencia, y no, de ninguna manera, la proclamación de la «soberanía» del Consejo. Todo eso ya lo hemos razonado en apuntes anteriores.

Razón tuvo el Gobierno de la República al censurar la política del Consejo Soberano de inmiscuirse en las funciones del mando militar. ¿Quién, si no el Consejo Soberano, destituyó al general Gámir Uribarri? ¿Quién nombró en su lugar al coronel Prada?: el Consejo. Y eso cuando el Gobierno podía resolver fácilmente el nombramiento de un nuevo jefe para el Ejército del Norte, que así hubiera tenido, desde el mismo comienzo, mucha más autoridad.

Y si bien es cierto que otros mandos militares aceptaron el Consejo Soberano, fue porque los colocaron ante el hecho consumado.

De todas formas, en el curso de la gran resistencia final asturiana, los mandos siguieron, afortunadamente, las instrucciones emanadas del Gobierno y de su Estado Mayor Central. El desarrollo de la lucha misma lo impuso, enterrando el afán de mando de los «soberanos».

Finalmente, otra pregunta: ¿Qué mandos del XIV Cuerpo de Ejército —en sus divisiones, brigadas, batallones— de los que organizaron la resistencia manifestaron en alguna ocasión que tenían en cuenta la «soberanía» del Consejo? Fuimos testigos presenciales, y con ese título podemos afirmar que en general

ninguno.

Contesto a otra parte del «informe». Existió, en efecto, no sólo escasez de armas y municiones, sino también carencia de algunas armas tan importantes como la aviación. Sólo contábamos con un puñado de pilotos, verdaderos héroes, también anónimos, como los «rompefarolas», que cada vez que despegaban del campo sabían que lo más probable es que ya no volvieran... ¡Aún me acuerdo de cuando cayó el camarada Panadero, uno de los pocos que nos quedaban! Surcaban los cielos de Asturias sólo para ayudar moralmente a los bravos combatientes de tierra; pero en verdad sufríamos una profunda conmoción cuando los veíamos caer para no levantarse más.

De todas maneras, tuvimos las armas y las municiones necesarias para resistir cuarenta y ocho días. En Asturias se fabricaban o reparaban algunas armas; proyectiles y espoletas para artillería y aviación; de Euzkadi habíamos traído una cantidad apreciable de espoletas para granadas de mano; se recargaban cartuchos de fusil...

A petición del Consejo, el Gobierno dispuso que un cargamento de armas y municiones saliera con rumbo a Asturias sin pérdida de tiempo. Vinieron en el vapor «Reina», que, por causas no imputables al Gobierno, llegó a Gijón el 17 de octubre. ¡Demasiado tarde! Pero aún pudieron emplearse, entre otro material, unas 65 ametralladoras.

Al acuerdo de evacuación tomado por el Consejo nada tenemos que objetar. Ya queda establecido en apuntes anteriores qué partes del acuerdo general no se cumplieron: ni estaban preparados barcos con capacidad para 50.000 o 60.000 personas, ni se procedió a inutilizar o destruir las minas de carbón más importantes, ni las fábricas que producían para la guerra.

Las conclusiones que sacan los consejeros autores del «documento» que comentamos son de carácter particularmente regionalista, y tan subjetivo como todo lo que constituye su línea general, desde el comienzo hasta el fin.

No fue Asturias «sola, como pudo», la que defendió palmo a palmo su territorio. También contó con la ayuda —no siempre acertada y suficiente si se quiere— del Gobierno de la República, y con la fraterna en el campo de batalla de vascos y santanderinos.

Finalmente, los consejeros informantes declaran que no pueden silenciar «el dolor que nos produce el hecho de que el ejército asturiano haya sido *el único condenado al sacrificio*» (el subrayado es nuestro, J. A.), pues «apenas se ha podido salvar el 10 por 100 de los soldados asturianos», siendo igual para España «la sangre de todos sus hijos».

Evidentemente, aquí se trata de una acusación muy grave contra el Gobierno de la República, diciéndole que abandonó a su suerte a los heroicos hijos de Asturias. Rechazamos sin ambages esta acusación.

Esa afirmación es totalmente gratuita y respira, como bastantes más a lo largo del «informe», un desprecio absoluto por lo que otros combatientes republicanos

hicieron en otras partes de España. ¿Es que no derramaron sangre a raudales los gloriosos defensores de Madrid, todo el pueblo madrileño? ¿No siguieron dando sangre en el Jarama, en Guadalajara y en tantos lugares de la zona central? ¿No se desencadenaron ofensivas en Brunete y en Belchite y en numerosos lugares, precisamente para ayudar al Norte? ¿No derramaron su sangre internacionalista y generosa los combatientes de las Brigadas Internacionales?

Entonces, ¿por qué la queja? ¿Acaso porque el Gobierno no accedió a las pretensiones capituladoras de los autores de la «soberanía» del Consejo, debido a lo cual, ¡quién sabe!, no llegó ni la escuadra inglesa ni la francesa en nuestra ayuda?

¿No se sabe, por otra parte, que después de la caída de Bilbao mejoraron sustancialmente las relaciones, no sólo comerciales, entre Londres y Salamanca?

Ni hablar del Gobierno conservador inglés, que durante toda la guerra continuó mediando, siempre a favor del franquismo, ¡para mantener la paz en Europa!

¿Qué pudo hacer el Gobierno? ¿Enviar barcos de guerra y de transporte? Eso estaba fuera de su alcance. El bloqueo faccioso y la no intervención lo hubieran impedido. Y si no salieron más que el 10 por 100 de los combatientes es responsabilidad del Consejo, cuyo presidente prometió, repetimos, embarcaciones, además ya listas, para 50.000 o 60.000 hombres.

Pretender hacer otra cosa nos hubiera conducido, en fin, a obrar como los nacionalistas en Santoña, pero ese espíritu que existía entre algunos de los componentes del Consejo nunca fue el de los combatientes de Asturias... Eso lo haría más tarde, en Madrid, la junta de traidores de Casado...

No queremos ser mal pensados; pero nos extraña sobremanera que, en lo que se refiere al espíritu de capitulación, los informantes no hayan tocado para nada la entrega incondicional de los nacionalistas vascos en Santoña, que precipitó, evidentemente, la caída de Santander. ¡Y nadie se atreverá a echarle la culpa a Uribarri por este vergonzoso hecho!

Pero nos extraña más aún que los informantes no hayan hecho ni la más mínima alusión a los señores magistrados del Tribunal Popular de Asturias y a otros que con ellos huyeron, el día 12 de octubre, en la draga «Somme»; lo que constituyó un factor grave de desmoralización y que es preciso tener en cuenta cuando se habla de la heroica resistencia de Asturias.

En aquellas fechas se criticó duramente en el Consejo la acción de los desertores. Y se comprobó que alguno de los componentes del mismo sabía que se preparaba la fuga que los consejeros —y el gobernador en primer lugar— calificaron de traición. ¿No estará entre los firmantes del «informe» este o estos consejeros encubridores? Decirlo es duro, pero también lo fue la dramática realidad que estamos presentando al desnudo.

No podíamos cerrar este apunte sin señalar que el informe no refleja en absoluto lo que fue la gloriosa resistencia final de Asturias. Compárese, si no, lo que dice el informe con lo que describimos en nuestro apunte XIV.

Se cita en el informe la heroica resistencia de «El Mazuco», verdad jamás desmentida. Sin embargo, no se menciona la proeza realizada por el batallón

santanderino de Infantería de Marina en Peña Blanca, también en la Sierra de Cuera, que mereció una mención especial por parte del Estado Mayor del Ejército del Norte, firmada por el coronel Prada. Sí se habla en el informe de la operación del Benzúa, en forma más bien despectiva, lo que demuestra una ignorancia supina de lo que pasó en los frentes de combate. La Sierra de Santianes, los Picos de Benzúa y Mofrecho fueron testigos de enconadísimos combates. La I Brigada de Navarra, mandada por el coronel García Valiño, no pudo ocultar los contraataques y la «tenaz resistencia» de los intrépidos defensores de aquellas dos posiciones republicanas. A Benzúa y Mofrecho, así como a Ribeo, en la Sierra Cavada, había de referirse más tarde García Valiño, ascendido ya a general, como el centro de la gran resistencia de aquella difícil región montañosa.

No nos cansaremos de repetir que los hechos demuestran contundentemente que la resistencia final fue una obra de colosos que sorprendió a los redactores del «informe», al Gobierno y al propio enemigo. Porque no fueron sólo El Mazuco, Benzúa, Peña Blanca, Mofrecho y Ribeo... Fue en toda la zona oriental, en el llano y en las alturas... Y fue en los puertos de la cordillera cantábrica, de la cual los consejeros «informantes» se olvidaron por completo. No supieron de Aralla, El Rozo, Peña Buján, Machamedio, Piedrafita, Vegarada... No supieron con qué ardor, con qué heroísmo se defendió el Puerto de Pajares... ¿Dónde estarían esos compañeros consejeros durante la épica resistencia? ¿Es tan sólo falta de información? No es posible, pues los mandos superiores del ejército siempre pusieron de relieve todos esos históricos combates... Falta de sensibilidad política, de verdadero interés por la lucha; en el fondo, quiéranlo o no, de desprecio a la lucha misma en la que no creían... Por eso pudo constituirse el «soberano».

En resumen: el informe que comentamos críticamente no refleja el desarrollo de la guerra en Asturias. Es parcial, subjetivo; es un «yo no fui», carente de exposición razonada, objetiva, crítica y autocrítica. Al decir de los informantes, el Frente Popular, primero, y los consejos con diferentes denominaciones, después, lo hicieron todo bien. Esto es puro narcisismo político, con la premeditada intención de encubrir todos los errores habidos. Al parecer, la culpa de todo la tienen el Gobierno, los vascos y los santanderinos.

A lo largo del documento se juega torpemente con algo tan serio como la psicología, que, como todo lo demás, no tiene para ellos su base en el reflejo de la verdad objetiva, sino en toda una serie de explosiones subjetivistas. Pero la esgrimen como un arma contra el Gobierno de la República y como justificación de la constitución del Consejo Soberano. En efecto, refiriéndose a este último dicen que «razones de índole psicológica avalaban nuestra postura». Exigían mayores facultades para el «soberano» teniendo en cuenta «los factores psicológicos del momento...». Afirman que «nadie puede negar el valor fundamental de los factores psicológicos...». En resumen, hablan tantas veces, de tantas peculiaridades de Asturias y de la psicología de los asturianos, que no parece sino que Asturias tenía todos los rasgos diferenciales —¡que el Gobierno ignoraba!— para declararse independiente.

Claro está que cada región tiene sus particularidades, sus rasgos característicos y hasta nacionales —es el caso de Cataluña, Euzkadi y Galicia—; pero no cabe la menor duda de que hay algo fundamental en común en el conjunto del Estado

español: la lucha de clases, motor de la historia que une en un solo haz a los obreros de todo el país. Y si hay gaita y tambor en Asturias y más sidra que en cualquier otra parte y hermosas costumbres que mucho admiramos, no es menos cierto que no hay nada más importante que el hecho de la existencia del antagonismo de clases y la lucha de clases, y es ese factor social el que determina la psicología de los obreros; lo demás es puro idealismo, que después del materialismo histórico de Marx y de los portentosos descubrimientos de Pavlov no sirve más que para el arsenal ideológico de la reacción.

Puede ser que entre los redactores del «documento» haya habido algún maestro o estudioso de la psicología, de la llamada ciencia del alma; pero a los asturianos, vascos y santanderinos «no les salió del alma» hacerles caso y se entregaron a forjar la gran resistencia final de cuarenta y ocho días..., lo que nada tiene que ver con esos anacrónicos psicólogos.

Hay que tener el valor de declarar, por exigencia de la clase obrera y de las masas populares de Asturias y para que quede en su lugar la verdad histórica, que los dirigentes políticos de Asturias, y en especial el grupo dirigente del PSOE, que entonces tenía una influencia decisiva en el movimiento obrero, cometieron graves errores.

El primero fue el acuerdo a que llegaron con Indalecio Prieto, como dijimos en el primer apunte, de enviar las columnas de mineros fuera de Asturias, con lo que se nunca se pudo mantener la autoridad del Gobierno de la República en la capital asturiana, como se había conseguido en Bilbao y Santander. Este desgraciado acontecimiento influyó en toda la marcha posterior de la guerra. Y de ahí nació el mito: tomar Oviedo, lo que nos costó ríos de sangre para, al fin y al cabo, no reconquistar la capital.

El error final, que para nosotros no fue error, sino concepción y realización de una idea consciente, consistió en la creación del Consejo Soberano con todas las consecuencias que ya hemos apuntado.

Todo esto fue posible porque cristalizó la alianza pequeño-burguesa de dirigentes de partidos políticos con los anarquistas sobre la base de un programa de acción eminentemente anticomunista, causando así un daño irreparable a la lucha antifascista, pues estaba en flagrante contradicción con el espíritu de unidad combativa de la clase obrera, que realizó prodigios de organización en el frente y en la retaguardia; que peleó desde el comienzo hasta el fin, escribiendo páginas gloriosas que culminaron en la epopeya final, en el más difícil y desigual combate de toda la guerra y que tuvo como maravilloso escenario la parte oriental y el sur de Asturias, donde nuestros hombres rivalizaron en grandiosidad y bravura con nuestro mar, nuestros ríos y nuestras majestuosas montañas.

III. ¿por qué se perdió el norte?

Podríamos sintetizar la respuesta a esta pregunta con unas sencillas palabras: por las mismas causas fundamentales que más tarde, en la primavera de 1939, se perdió la República.

Es decir, el Norte se perdió:

Por la intervención extranjera, acentuada tanto en la dirección de las operaciones militares —mando nazi— como en las operaciones mismas —aviación fascista germano-italiana, artillería nazi, divisiones enteras de Mussolini—. La sumisión política de Franco fue total.

Por la no intervención, que impidió la llegada al Norte del material de guerra vitalmente necesario para su defensa, procedente de la zona leal, de la URSS y de otros países. La no intervención actuó siempre en favor del agresor. Fue un complemento de la intervención.

Por la actitud «neutral» de los Estados Unidos, cuyo Congreso, el 6 de enero de 1937, estableció que «...será ilegal exportar armas, municiones o elementos bélicos con destino a España...». Un eslabón más de la no intervención. Esa ley que trataba por igual al agresor que a la víctima de la agresión era, por eso mismo, jurídica y humanamente injusta. Pero, en definitiva, lo era mucho más porque el único beneficiado era el agresor, que, por diferentes canales, recibía productos norteamericanos útiles para la guerra, entre ellos petróleo.

Sin embargo, las simpatías del pueblo norteamericano por nuestra causa eran visibles. Su más noble y alta representación fue la Brigada Internacional «Abraham Lincoln», que combatió heroicamente a nuestro lado. Incluso las encuestas de opinión (las organizadas por Gallup, por ejemplo) comprobaban esa simpatía. Pero en la Cámara de Representantes *un solo legislador* votó contra la Ley de Neutralidad. Y en el Senado ninguno de sus miembros votó en contra. Durante mucho tiempo fue delito ayudar a nuestro pueblo política o económicamente. Recuérdese que cuando juzgaron a los esposos Rosenberg,¹³ una de las acusaciones del fiscal era que los reos «ayudaban económicamente» a los republicanos españoles.¹⁴

Por la complicidad de la Iglesia española y del Vaticano con los agresores, pues participaron espiritual y materialmente en la preparación, desencadenamiento, desarrollo y desenlace de la llamada «Cruzada contra el comunismo». La Iglesia desempeñó su tradicional papel de instrumento de clase de los poderosos, de los opresores, de la oligarquía financiera

El mensaje que el Papa Pío XII dirige a los triunfadores es la confirmación inequívoca de lo que acabamos de expresar. No resistimos la tentación de reproducirlo. Helo aquí:

¹³ Julius y Ethel Rosenberg fueron sentenciados por delito de espionaje, que jamás se probó, y electrocutados el 19 de junio de 1953.

¹⁴ La Brigada «A. Lincoln», de la que 1.600 de sus miembros murieron en España en acción de guerra, fue declarada *organización subversiva* el año 1946 por el Comité sobre Actividades Antinorteamericanas.

«Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la católica España, para expresar nuestra paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan generosos sufrimientos. El sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de la fe y civilización cristianas, profundamente arraigadas. En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de las que os merecieron los grandes santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, nuestros queridos hijos de la católica España, sobre el jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición apostólica».

Pío XII no hacía más que culminar la política de su inmediato antecesor, Pío XI, que ya había derramado sus bendiciones sobre los sublevados fascistas.

Es cierto que la Iglesia ha introducido en su política innovaciones, cambios tácticos importantes, sobre todo después de las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*, del Papa Juan XXIII, y de las conclusiones del II Concilio Vaticano. Pero el rigor histórico, la verdad objetiva, no puede omitir, cuando se habla de nuestra guerra de liberación nacional, uno de los factores reales que contribuyeron a sumir a los pueblos de nuestra España en cerca de cuatro décadas de oscurantismo y de terror sin precedentes.

Por la política anticomunista, cuya expresión más virulenta fue el antisovietismo, mantenido por los países «democráticos» de Europa occidental, tanto en el interior como en el exterior, principalmente en la Sociedad de Naciones; política a la que se sumaron la mayoría de los dirigentes de la II Internacional, en la que predominaban las decisiones del laborismo inglés; política que tenía que degenerar forzosamente, en un proceso dialéctico inevitable, en la ayuda directa al nazismo. La entrega de Checoslovaquia a los nazis es un ejemplo terminante. Y lo que Chamberlain y Daladier quisieron para Checoslovaquia es lo mismo que pretendieron también para España.

¿Hacia dónde apuntaba, si no, desde el mismo comienzo de la guerra, la decisión del Gobierno francés de León Blum del 25 de julio de 1936 de prohibir la exportación de armas a España, vulnerando groseramente los convenios existentes entre los dos países?

Ni Baldwin ni León Blum, primero; ni Chamberlain ni Daladier, después, obraban contra la República española «para mantener inalterable la paz en Europa». Eso fue una gran mentira. La verdad era la proclamada cínicamente por Churchill, para quien la victoria franquista sería «un mal menor que el triunfo del Gobierno republicano».

Ellos actuaban en nombre de los intereses y del odio de clase imperialista, que, envuelto en frases sobre la paz en Europa, se transmitía a sus pueblos a través de los partidos y organizaciones reformistas.

Actuaban así porque temían que una victoria de las armas republicanas podría significar una mayor influencia comunista en España, y por tanto un mayor

prestigio de la URSS en nuestro país y en todo el movimiento obrero internacional.

Actuaban así, por otra parte, por el temor de que un triunfo popular en España tuviera sanas repercusiones contaminantes en la clase obrera y los pueblos de Francia e Inglaterra, así como en los demás de Europa y del resto del mundo.

La conclusión a la que llegaban era, al parecer, lógica, y razonaban así: ayudemos preferentemente a la victoria nazi en España. Al fin y al cabo el nazismo representa al capital financiero y es casi natural que nuestra actitud los empuje a realizar un ataque contra la Unión Soviética, su sueño dorado y el nuestro.

Consecuente con esa política, Chamberlain firma con Mussolini un tratado de amistad y colaboración el 16 de abril de 1938, precisamente cuando los facciosos cortan en dos a la España leal, al llegar sus tropas al Mediterráneo por Vinaroz. Y el 27 de febrero de 1939, Francia e Inglaterra, y luego los Estados Unidos, rompen relaciones diplomáticas con el Gobierno republicano y reconocen al de Franco.

Pero las contradicciones interimperialistas no son tan fáciles de resolver. Y a la perfidia de los imperialistas anglo-franceses contestaron los nazis con la suya propia, expresada en las divisiones pánzer que arremetieron contra Francia, Inglaterra y sus aliados; contestaron con los cohetes V-1 y V-2 que cayeron sobre Londres... El grito de los londinenses fue que había que defender la capital británica como se había defendido el heroico Madrid... Eso a pesar de la tan soberbia como estúpida frase de cierto almirante inglés, para quien «todo lo que se ventilaba en España no valía la vida de un solo marino inglés».

Corrió la sangre de centenares de miles de franceses e ingleses: fue el fruto natural de la política que practicaron los gobernantes de ambos países de ayuda a los franquistas y a sus mentores nazis.

Esta política anticomunista y antisoviética tuvo un fiel reflejo en los capituladores españoles del campo republicano, quienes en reiteradas ocasiones se dirigieron a los gobiernos mencionados implorando su mediación en nuestra lucha. Y sí hubo mediación, pero siempre revestida de la política de clase que acabamos de exponer, enfilada contra la República, contra nuestro pueblo.

La política del imperialismo inglés encontraba su expresión en España en la posición de Besteiro, según la cual sin los comunistas no se podía ganar la guerra; pero si se ganaba aumentaría su influencia entre las masas populares. Conclusión: lo mejor, o lo menos malo, era perder la guerra.

La servidumbre y las vacilaciones de los líderes de la II Internacional impidieron que la solidaridad del proletariado y de los pueblos del mundo alcanzara el volumen y la fuerza decisiva para obligar a sus gobernantes —a los apaciguadores del nazismo— a renunciar a su nefasta política de apoyo a los agresores y a que ayudaran, por el contrario, al legítimo y auténticamente democrático Gobierno de la República española.

Así y todo, la solidaridad global de la URSS, la de México y en menor escala la de otros países; la de la III Internacional, que cumplió fielmente con sus deberes internacionalistas; la de la clase obrera y los pueblos de Europa y otros continentes, constituyeron una poderosa ayuda para la resistencia republicana.

Por lo que se refiere a España misma, queremos comentar críticamente las causas que según Indalecio Prieto, ministro de Defensa en aquellos momentos, determinaron la caída del Norte. Máxime cuando a estas causas se refiere, esencialmente, el «informe» de los consejeros que en el apunte anterior hemos impugnado.

Según Prieto, esas causas fueron siete (*El Socialista*, 30-X-1937).

La primera, «los antagonismos políticos». Efectivamente, así fue. Hubo antagonismos políticos que impidieron que una sólida y permanente unidad de todas las fuerzas antifascistas hicieran frente, en esos momentos cruciales de nuestra historia, al enemigo común. Pero cualquier antagonismo es siempre entre dos partes, por lo menos. Lo importante es esclarecer cuál de las dos tuvo razón. A lo largo de los apuntes anteriores consideramos que todo ha sido ampliamente razonado y explicado. De todas formas, podríamos resumir que ese antagonismo se traducía, por parte del Partido Nacionalista Vasco y de no pocos dirigentes socialistas y anarquistas del Norte, en una actitud anticomunista sistemática que llevó la división en muchos casos a las fuerzas republicanas; y a querer imponer el espíritu de capitulación que fue dramática realidad en Santoña, y que no pudo repetirse en Asturias por la acción de la clase obrera y del pueblo, encarnados en el ejército republicano, y por sus representantes comunistas y de las juventudes socialistas unificadas en el Consejo Interprovincial.

Una de las pruebas más convincentes de ese espíritu anticomunista lo encontramos en el informe que elevó al Gobierno Central José Antonio de Aguirre y Lecube, que fuera presidente del Gobierno vasco. Su desprecio por Asturias, así como por Santander, resultan evidentes. Y su enemiga en particular a los comunistas aparece en ese informe como una verdadera obsesión. Y para que no haya dudas lo expone ya desde el primer punto, que dice así:

«1. Contra la intriga política traducida en múltiples actuaciones poco nobles, ineficaces y perturbadoras, a cargo de algunos jefes y componentes del Ejército del Norte, alentados por elementos comunistas y sus amigos de las zonas de Santander y Asturias».

Para él, los comunistas vascos que se desvivían por crear comités de unificación de milicias, camino del ejército regular, lo hacían «para su provecho político». ¡Ya salió el «proselitismo»!

Repetimos lo que ya dijimos en otro apunte: el anticomunismo fue una de las grandes causas de la pérdida del Norte y de la guerra misma.

La segunda causa de la pérdida del Norte fue, según Prieto, «las intromisiones de la política en el mando militar». Aunque parcialmente cierto, sería totalmente injusto generalizarlo. Somos testigos excepcionales del trato respetuoso y de fraternal colaboración con que los comunistas, entre otros, tratamos a los mandos profesionales. Jamás en Asturias el mando militar estuvo mediatizado por la intervención política del Consejo, excepción hecha de los primeros días de existencia del Consejo Soberano, como hemos explicado en el apunte que corresponde a la creación y actuación del mismo.

La tercera, «insuficiente solidaridad entre las regiones afectadas por la lucha».

También sobre esto hemos sido sobradamente explícitos. Y aunque los gobernadores de Santander y Asturias no carezcan de responsabilidades, la máxima recae en el presidente Aguirre, por su absoluto desprecio a los asturianos y santanderinos. Como hemos visto en el apunte anterior, la mayoría del Consejo Soberano pagaba con la misma moneda, adoptando una política hostil contra los vascos y los santanderinos.

La cuarta, «desconocimiento de la verdadera naturaleza de sus funciones por parte de los comisarios». Nunca tuvieron los comisarios el defecto de entorpecer la función y la acción del mando militar. Eso, en general, no ocurrió, como erróneamente creía Prieto.

Lo que sí tuvo que sufrir el Norte fue la oposición inicial del presidente vasco al nombramiento de comisarios; y cuando cedió a regañadientes lo hizo con el propósito de que los comisarios fueran algo así como «asistentes» de los mandos militares, máxime si éstos eran profesionales y no estaban tocados por el virus marxista. A José Antonio Aguirre y a no pocos dirigentes de casi todos los partidos del Frente Popular les pasaba lo mismo que a Prieto: jamás sintieron ninguna simpatía por los comisarios. Francamente hablando, eso les olía a la Revolución de octubre de 1917.

Así, cuando la función de comisario era despojada de su profundo carácter político, sucedía que los resultados de sus relaciones con mandos y soldados no eran realmente eficaces.

«Los comisarios son el alma política de nuestro ejército», decía José Díaz. Por eso la cualidad primera del comisario tenía que ser la de poseer una sólida preparación ideológica y política. En toda guerra, y más en la nuestra, que tuvo un carácter popular, nacional revolucionario, se combate no sólo con las armas de fuego, sino también con las políticas e ideológicas. Y por ahí no iba Prieto. No pocos comisarios fueron nombrados más por motivos politiqueros que políticos. En el mismo Consejo de Asturias hubo un regateo digno de mejor causa cuando se trató del nombramiento de los comisarios.

De todas formas, contamos en el Norte con excelentes comisarios que sí tuvieron conciencia de su función. El símbolo más alto fue Jesús Larrañaga para el País Vasco y Ceferino Álvarez Rey para Asturias.

Perdimos Asturias y con ella el Norte. Pero sólo después de una prolongada resistencia que asombró a propios y a extraños.

Larrañaga, Álvarez Rey; comisarios de brigada y de batallón, así como delegados de compañía, pasaron a la zona republicana para seguir combatiendo.

Y ocurrió algo tan injusto como insólito: Prieto jamás los reconoció como comisarios, dejándolos abandonados a su suerte. Pero sí intervino para que correligionarios suyos que nunca lo habían sido recibieran el nombramiento de tales.

Y eso sí es un atentado contra «la verdadera naturaleza» de las funciones del comisario. O lo que es peor: desnaturalizar conscientemente esas funciones, subordinándolas y diluyéndolas en una política partidista condenable desde todos los puntos de vista. Nada tenía que ver esa actuación de Prieto ni con el espíritu ni con la letra del decreto promulgado el 15 de octubre de 1936 creando el

Comisariado de Guerra.

La quinta, «apartamiento del Ejército combatiente de personal excesivo entre el movilizado». Se trata de aquellos movilizados que por una u otra causa quedaban en organismos o servicios de retaguardia. Desde luego, no puede considerarse como una de las grandes causas de la pérdida del Norte.

La sexta, «conducta errónea de la retaguardia, consintiendo que cobrara influencia en ella el enemigo». Esto fue verdad en Euzkadi y también en Santander, y en proporciones mínimas en Asturias.

La séptima, «cultivo de recelos injustificados entre los mandos».

Se dieron, en efecto, algunos casos. Pero en otros estuvo justificadísimo ese recelo. El enemigo trabajaba también en nuestro campo. Y no sólo en el Norte, sino en toda la España leal. Prieto conoce estos casos. Sin ir más allá, la sublevación facciosa en Cartagena, coincidente con la de Casado en Madrid, son ejemplos bien ilustrativos. Y en cuanto al Norte, ¿no está el caso de Goicoechea, que entrega los planos del «Cinturón de Hierro» de Bilbao al enemigo? ¿No está el del coronel José Franco, director de la fábrica de Trubia, del cual nos hemos ocupado extensamente?

Es necesario destacar la importancia que tuvo la vigilancia republicana, revolucionaria, contra la «quinta columna». Y por eso sí fue un mal, una causa más de la derrota del Norte el abandono o el descuido imperdonable que en la acción contra la Quinta Columna tuvieron las autoridades de Euzkadi y Santander principalmente, a lo que no escapan tampoco las de Asturias.

Considero que siempre fue débil, por otra parte, el servicio de espionaje y de contraespionaje, algo tan necesario en toda clase de guerras.

Concluye Indalecio Prieto diciendo que *faltó el mando único*. Y así fue.

Pero no sólo faltó el mando único en el Norte en el terreno militar. Faltó también el mando único en el político y el económico: tres ramas del mismo tronco que representan la más sólida y eficiente resistencia al enemigo común.

Lo principal era la coordinación política que, sin rozar para nada la autonomía vasca, abarcara a todo el Norte —es decir, lo que a última hora vino a ser la Junta Delegada del Gobierno en el Norte—, capaz de centralizar y dirigir todas las actividades que requería el esfuerzo de guerra que estábamos obligados a realizar.

No hubo tal coordinación general. Sí cooperación —entiéndase esta palabra con el valor restringido que le corresponde— en cierto grado en lo político, lo económico y lo militar. Y también en lo que se refiere a la industria de guerra, gracias, principalmente, a la representación de la Subsecretaría de Armamento y Municiones del Ministerio de la Guerra, encabezada por el coronel Morell y el teniente coronel de La Vega. Esta representación residió primero en Bilbao, después en Santander y finalmente en Ribadesella (Asturias).

Una de las grandes causas de la pérdida del Norte la constituyó, por tanto, la falta de mando único general que englobase lo político, lo económico y lo militar.

Y volviendo a lo militar, tiene razón Prieto:

Faltó el mando único, gravísimo mal que padecimos hasta casi el final de las operaciones en el Norte. Aguirre se empeñó en ser Napoleón. Y si bien las fuerzas

militares, que se dividían primero en sectores y subsectores, se convirtieron en ejército de Euzkadi, no es menos cierto que era un ejército particular del País Vasco.

El Gobierno presidido por Largo Caballero, por orden publicada en la Gaceta de la República, número 239, nombró al general Francisco Llano de La Encomienda, jefe del Ejército del Norte, y al capitán Francisco Ciutat, jefe de Operaciones.

Las protestas de Aguirre fueron tales que el jefe del Gobierno de la República se arrepintió, y al parecer para evitar males mayores, se dio el espaldarazo al cantonalismo de Aguirre. A pesar de que las organizaciones del Frente Popular y otras que, en conjunto, formaban la mayoría opinaron, en su programa elaborado en marzo de 1937, que era necesario conseguir «que el mando único sea efectivo, debiendo comprender desde el Estado Mayor de Euzkadi, pasando por el del Norte, hasta el Estado Mayor Central». Esas organizaciones eran: el PSOE, el Partido Comunista de Euzkadi, Unión Republicana, Izquierda Republicana, Unión General de Trabajadores, Juventud Socialista Unificada...

El Partido Nacionalista Vasco estuvo en contra, naturalmente.

Lo curioso es que fue el mismo Indalecio Prieto quien, como ministro de Defensa Nacional y de conformidad con el Decreto del 31 de mayo, sancionó oficialmente la división de las fuerzas militares en el Norte, tal como había dispuesto su antecesor, Largo Caballero.

El General Llano de la Encomienda se trasladó a Santander.

Y cuando, perdido el País Vasco, se organiza en Santander el Estado Mayor del Norte sobreviene la catástrofe que había de arrebatar la Montaña al Gobierno de la República. La formación, pues, del Estado Mayor del Norte llegaba, como dijimos anteriormente, ya tarde, demasiado tarde.

En Asturias, después del fracaso de la idea capituladora que bullía en el fondo de la constitución del Consejo Soberano, *sí hubo mando único, sí una disciplina férrea en el ejército*, pues sólo así pudo ser realidad la épica resistencia de cuarenta y ocho días, a la que Prieto no hace ninguna alusión, a pesar de que causó serios quebrantos en las filas enemigas.

Existen otras causas de la pérdida del Norte que no señala Prieto. Y una es, a nuestro juicio, fundamental: la que se refiere a la movilización política de todo el pueblo, como se hizo en la defensa de Madrid, para poner en tensión todas sus inagotables energías y lanzarlas contra el enemigo. Energías que debían manifestarse en el frente y también en la retaguardia: en la producción, en el orden republicano, en la vigilancia contra las infiltraciones y actividades del enemigo en todas las esferas. Para ello se necesitaba alertar a las masas, consolidar su conciencia política... Y para eso hacía falta propaganda, mucha propaganda por todos los medios de difusión; en mítines, en charlas en el frente y en la retaguardia, hasta en los propios hogares...

Pues no, no fue así ni en Euzkadi ni en Santander. En ambas zonas estaba prohibida la propaganda política, el dirigirse a las masas. Seguramente no se quería asustar ni a Chamberlain ni a León Blum, no fueran a decir que la guerra era una guerra de los comunistas. En el fondo todo esto era la expresión de una política de clase de

Aguirre, secundada por las autoridades montañesas.

En el Comité Central del PCE, celebrado en Valencia en noviembre de 1937, el camarada José Díaz, secretario general del Partido, denunció vigorosamente esta anormalidad política en su informe, que sólo podía frenar y desorientar tanto a vascos como a santanderinos.

En el curso de la guerra no hubo actos políticos de masas de esta naturaleza en Euzkadi. La política del gobierno autónomo lo explica por sí misma. El horror de Aguirre a los «excesos de las muchedumbres» se confirmaba en la realidad.

En Santander no ocurrió así durante los primeros meses, puesto que yo mismo intervine en el acto que se celebró en noviembre de 1936 en conmemoración del XIX aniversario de la Revolución Socialista de Octubre. Fue más tarde, en junio de 1937, después de la caída de Bilbao, cuando sucedió lo siguiente: en un acto el camarada Larrañaga criticó con dureza, como correspondía en aquella situación, los graves errores y la falta de unidad de la zona norte, cuya responsabilidad hizo recaer tanto en el gobierno vasco como en la dirección oficial de Santander y de Asturias. Hubo una respuesta fulminante a cargo del que era presidente del Tribunal Popular, Roberto Álvarez (sobrino del político asturiano Melquíades Álvarez); y a renglón seguido el gobernador, Juan Ruiz Olazarán, decidió prohibir los actos públicos, cuando era más necesario que nunca orientar a las masas populares, prepararlas para lo que inevitablemente se avecinaba: la ofensiva fascista sobre Santander.

Informados en Asturias de lo que ocurría, los camaradas del Comité Provincial del Partido me encomendaron redactara un artículo explicando las consecuencias funestas de la decisión gubernamental montañesa, publicado como editorial en *Asturias*, nuestro órgano oficial en aquellas fechas.

Poco después —seguimos en Santander— se niega a los camaradas vascos autorización para publicar en la capital montañesa *Euzkadi Roja*. Pretexto: no había papel. Y como ya hemos dicho en otra parte, Larrañaga es destituido sin ninguna explicación como comisario del XIV Cuerpo de Ejército. Y Ciutat es llamado al centro (ya sabemos que Ciutat no salió del Norte hasta el final de la contienda en Asturias).

Todos estos hechos, perfectamente encadenados, dicen elocuentemente a dónde conduce la política anticomunista.

Más grave fue que esa misma actitud *apolítica* se practicara con tozudez en las filas de los combatientes republicanos. Hablarle a Aguirre de trabajo político en los frentes era lo mismo que mentar la soga en casa del ahorcado. Con ciertas variantes ocurría lo mismo en Santander. Antonio Ruiz Hidalgo, secretario provincial de la JSU en Santander, nos afirmaba: «El trabajo político en las unidades militares es totalmente insuficiente. Nosotros, que debemos y queremos hacerlo, lo realizamos tras vencer no pocas dificultades. Pero hay que llegar con nuestra política, que es la del Frente Popular, a nuestros jóvenes que están combatiendo contra el fascismo». «Es más —agregaba—, muchos comisarios no actúan con el espíritu de llegar a la conciencia de los soldados, porque no han sido seleccionados por su capacidad política, sino por pertenecer a un determinado partido».

Por eso repetimos: ¿Cómo es posible llegar a la conciencia de las masas en la

retaguardia, cómo incorporarlas a la lucha, en una u otra actividad, sin una intensa y clara propaganda política que explique la razón de nuestra lucha y la significación del fascismo?

¿Cómo es posible que el combatiente pelee con alma y conciencia, si no se alimenta con el cabal conocimiento de por qué lo hace?

Esto no ocurrió, desde luego, en Asturias. Por ello la responsabilidad derivada de esa conducta recae íntegramente en el Gobierno del País Vasco y en el Consejo Interprovincial de Santander, Palencia y Burgos.

Conclusión: entre las causas de la pérdida del Norte hay que incluir, sin duda alguna, la que acabamos de denunciar, consecuencia de otra más general ya apuntada: la falta de mando único o coordinación en el orden político.

La autocrítica, nunca fue virtud de Indalecio Prieto. Por eso se le olvidó que la pérdida de Asturias, y con ella la del Norte, también se explica por lo que se hizo durante los comienzos de la guerra. Es decir, hay males de origen.

Por ejemplo, su personal y decisiva intervención sobre sus seguidores de la dirección del PSOE en Asturias para que confiaran en el coronel Aranda — comprometido ya hasta los ojos en la conspiración contra la República—, basándose en lo cual pidió que columnas de mineros salieran hacia Madrid para defenderla de los facciosos. La consecuencia fue que Oviedo quedara en manos de Aranda y que todas las operaciones militares en Asturias iniciadas por parte republicana giraran fundamentalmente en torno a un solo punto: reconquistar Oviedo. Y en eso se nos fueron las energías; en esto se derramó, en gran medida, la sangre de los asturianos.

El papel político dirigente lo compartíamos con todos los partidos y organizaciones que integraron el Consejo del Frente Popular. El Partido nunca tuvo hegemonía en la dirección de la guerra; pero su papel dirigente se amplió grandemente en el curso de la resistencia, lo cual fue posible gracias a la línea política de nuestro Comité Central y a su acertada aplicación en Asturias.

La activa y apropiada participación del Partido en la lucha antifascista trajo como natural consecuencia que una gran parte de las unidades pertenecientes al XVII Cuerpo de Ejército tuvieran mandos de procedencia política comunista. La JSU dio también un alto porcentaje de mandos al ejército popular.

El Comité Provincial del Partido Comunista en Asturias mantuvo siempre su independencia política. Jamás renunciamos a la crítica. Si lo hubiéramos hecho, hubiera sido inevitable la caída en el oportunismo, como ocurrió en el País Vasco. No se nos olvidó nunca que el marxismo es crítico y revolucionario o no es. Además, si la crítica es siempre necesaria, lo mismo que la autocrítica, en tiempos de guerra lo es mucho más. Se procuró que nuestra crítica fuera siempre constructiva, fraternal, prudente, flexible; pero hubo momentos en que tuvo que endurecerse, particularmente cuando se nos impuso el Consejo Soberano, que prácticamente, y con fines capituladores, rompía con el Gobierno de la República.

Nunca regateamos esfuerzos para conseguir el estrechamiento de la unidad con los

compañeros socialistas. En el apunte correspondiente quedan reseñadas las vicisitudes de este esfuerzo. Agreguemos que un verdadero modelo de unidad entre comunistas y socialistas se dio permanentemente en la fábrica de cañones de Trubia. El mismo afán nos guió para conservar siempre cierto grado de unidad en el Frente Popular. Lo mismo hicimos en el orden sindical. Y en el juvenil también, siendo ampliamente correspondidos por la JSU, que batalló sin descanso por la unidad de socialistas y comunistas, así como para mantenerla en el Consejo de Asturias.

La participación activa de la mujer asturiana en las luchas de la clase obrera y del pueblo era ya tradicional. Me tocó presenciar casos en que las mujeres se enfrentaban a los explotadores de sus esposos; otras en que las mujeres lanzaban contra los esquirols los calificativos más duros, llegando incluso a golpearlos... Recuerdo que mi madre, cada vez que pasaba por delante de nuestra casa en La Argañosa el tren de Trubia, me decía: «El maquinista Silverio fue esquirol». Y eso años después de la gran huelga de agosto de 1917... Las esposas se las arreglaban para esconder a sus maridos, para que nada les faltara en la cárcel cuando caían presos... Muchas de ellas serían encarceladas, sobre todo con motivo de la insurrección de octubre de 1934. Mi hermana —con mi padre— estuvo detenida en la Comisaría de Investigación y Vigilancia... Y a mi madre no pudieron llevársela... Se defendió como pudo, pero ni arrastrándola hubieran podido conducirla a la cárcel... Entre las maestras había muchas revolucionarias. Una de ellas, Veneranda García Manzano, llegó a ser elegida diputada... Otras empuñaron las armas, como Aída de la Fuente en 1934, que sirvió de ejemplo a las muchas que lo hicieron en 1936..., entre ellas Paulina, Maruja y Pilar de la Fuente.

Por esos antecedentes considero que el Comité Provincial de Asturias del Partido Comunista, en su conjunto, y la responsable del trabajo femenino, en particular, tuvieron a este respecto grandes debilidades. No supieron aprovechar el inmenso caudal revolucionario de la mujer asturiana para volcarlo en la guerra de liberación nacional. No tuvimos, en la realidad, una verdadera organización provincial de mujeres. Sí comités locales muy activos —sobre todo de las mujeres encuadradas en la UGT—, que dieron milicianas al frente en los primeros días de la lucha; muchas trabajaron en la producción, en hospitales y talleres de confección. Pertenecían a la Agrupación Antifascista, que no alcanzó, repetimos, una auténtica dimensión provincial.

Destacó la actividad de las mujeres en Gijón, y entre ellas la camarada Oliva López, de limpio, valioso y abnegado historial como luchadora. También Marina Cuesta, de Gijón, de la JSU; Enedina Madera, Etelvina García Roza y Teresa González, las tres de Oviedo. De las cuencas mineras recordamos a la infatigable Fanny Gutiérrez, luchadora asimismo en las jornadas de octubre de 1934, que fue torturada y asesinada en Infiesto. A Nina Peláez, también de Infiesto, cercana colaboradora de Laureano, ejemplo de abnegación durante todo el peregrinar doloroso de la emigración... Y como modelo de combatientes no podemos dejar de mencionar a la esposa de Silvino Morán, de Moreda. Juntos estuvieron siempre en los duros días de combate. Y al final, cercados por los facciosos y sin ninguna posibilidad de salvación, ambos decidieron privarse de la vida antes de caer en manos de sus verdugos... Perdida Asturias, la mujer jugó un papel relevante en la lucha guerrillera.

Tampoco la preparación política y teórica de nuestros camaradas fue atendida debidamente. Si esto es vital en tiempos de paz, más lo es en los de guerra, máxime si se tiene en cuenta que pasamos a contraer nuevas y graves responsabilidades, pues de la oposición pasamos a ser poder. Y esta nueva situación nos encuentra, naturalmente, impreparados y hay que aprender a organizarlo y a dirigirlo todo sobre la marcha: política, económica, militarmente. Prepararse teóricamente, asimilar las enseñanzas del marxismo-leninismo, la experiencia del movimiento obrero mundial y en particular la de la clase obrera soviética en el poder es una necesidad revolucionaria básica. Y hay que agregar otro hecho nuevo, importante: el crecimiento numérico de nuestro Partido. Esto nos obligaba aún mucho más a no descuidar el estudio de la teoría revolucionaria. Y los maestros teníamos que ser nosotros, cada militante del Partido que había vivido ya las jornadas de octubre de 1934, amén de otras pasadas experiencias. No hay que olvidar que muchos de los que llegaban lo hacían con débil preparación política.

Se descuidó asimismo la organización de las guerrillas en la retaguardia enemiga, algo que incipientemente había empezado a funcionar en la época del Departamento de Guerra. Insistimos sobre este punto antes de la segunda ofensiva (febrero de 1937), empeñados en mirar siempre hacia occidente; pero sólo se consiguió al cabo de mucho tiempo organizar en el Estado Mayor del Norte la Escuela de Especialización del Arma de Infantería, a la que ya dedicamos un apunte íntegro.

Otra debilidad muy seria que no podemos atribuir sólo al Consejo Soberano, sino a nuestro Partido principalmente, es que no nos preocupamos por dejar organizadas algunas guerrillas o embriones de guerrillas a la vista de la inminente pérdida de Asturias. Lo teníamos todo: combatientes, armas, experiencia y geografía muy adecuada. La lección nos la dieron los combatientes que no pudieron evacuar a la zona republicana. Ellos organizaron la guerra de guerrillas, que con sus naturales altibajos había de durar casi una década. Esta debilidad se manifestó en toda España. Y hay que atribuir a los camaradas que se quedaron, la notable organización de las guerrillas, a la que después la dirección del Partido había de prestar la máxima atención.

Y al final de la contienda, obsesionados por la gesta que se forjaba en el frente oriental, no hicimos lo necesario para organizar serena y metódicamente la destrucción de cuanto pudiera servir al enemigo. Aunque no todo dependía de nosotros, pudimos desde luego hacer más.

Por otra parte, los comunistas del Norte no tuvimos desde el comienzo un comité que comprendiera a las representaciones de Euzkadi, Santander y Asturias. Hubo reuniones, cambios de impresiones, hasta un comité conjunto más tarde. Esto en gran medida facilitó la comisión de serias debilidades de orden político, particularmente en el País Vasco. La política de los camaradas vascos de subordinación a un Gobierno de claro contenido burgués no sólo impidió que el proletariado y el pueblo vasco conociera los errores de su Gobierno, sino que hizo imposible que todos los comunistas del Norte hablaran con una sola voz y actuaran unidos como lo que eran: internacionalistas.

La acción conjunta de los comunistas de todo el Norte desde el comienzo hubiera tenido una saludable repercusión en el pueblo y en todas las organizaciones políticas del Frente Popular e incluso en las nacionalistas vascas.

Estas son las principales debilidades del Partido en Asturias, que tuvo que soportar sensibles pérdidas desde el momento mismo del estallido de la sublevación fascista. En esos terribles primeros momentos perdimos a nuestro querido secretario general, camarada Carlos Vega, y también a José María Castro, secretario general de la Juventud Comunista en la provincia.

Para resumir: el Partido, como vemos, no estuvo exento de errores. Pero a la vista de los hechos, es innegable que su aportación a la guerra fue extraordinaria desde el punto de la dirección política, de la dirección de la guerra, de la producción y de la lucha misma.

IV. En la zona republicana

En Asturias quedaron la mayor parte de los combatientes, numerosos mandos militares y políticos. Pero un contingente apreciable de mandos y grupos de combatientes pudieron evacuar y llegar de nuevo a la zona leal. Estaba finalizando octubre.

He aquí una breve lista de estos compañeros evacuados, refiriéndonos tanto a los asturianos como a los combatientes antifascistas de otras regiones que habían luchado en Asturias.

Del Consejo de Asturias:

Belarmino Tomás, ex gobernador de Asturias, nombrado comisario de Aviación. Nuestro criterio es que este cargo no era el adecuado para Belarmino, pues hacía falta para desempeñarle una preparación política muy superior a la suya.

Amador Fernández, que ya estaba en la zona republicana desde mucho antes de la caída de Asturias, designado director general de los Servicios de Intendencia de los Ejércitos de Tierra. Difícilmente puede explicarse este nombramiento, hecho, claro está, a Instancias de Prieto, ya que éste criticó duramente la formación del Consejo Soberano, cuyo contenido hemos examinado en el apunte correspondiente. ¿Cómo es posible nombrar al inspirador de la «soberanía» de Asturias para un cargo tan alto? Parece realmente una recompensa. Pero no debemos olvidarnos de una cosa: Amador era el portavoz de la política prietista en Asturias y lo seguiría siendo, sin duda alguna, en Valencia y en Barcelona. Además, las ideas de mediación y compromiso de Amador bullían ya en el cerebro de Prieto, que no tardaría mucho en expresarlas violentamente, lo que provocó su salida del Ministerio de Defensa.

Con Amador, en Intendencia, estuvieron numerosos asturianos. Entre ellos los consejeros Onofre García Tirador, de la FAI (Federación Anarquista Ibérica); Rafael Fernández, de la JSU, destacado en la frontera con Francia, en Puigcerdá; Luís Roca de Albornoz, de la JSU, dirigiendo el puesto de Intendencia de La Junquera, también cerca de la frontera francesa, y Ramón Fernández Posada, de las Juventudes Libertarias, en la dirección de Intendencia, según sus propias palabras.

Segundo Blanco, de la CNT, trabajó en la organización confederal hasta ser nombrado ministro de Instrucción Pública. Más adelante examinaremos el papel político jugado por este consejero.

Ramón Álvarez Palomo, de la FAI, también estuvo en la organización confederal, para ser nombrado secretario de Segundo Blanco cuando éste asumió la cartera de Instrucción Pública. Ahora se dedica a escribir libros anticomunistas. Genio y figura...

Valentín Calleja, de la UGT (Unión General de Trabajadores), falleció poco después de llegar a la zona republicana.

Aquilino Fernández, de la UGT, fue destinado por nuestro Partido a la zona de Valencia; y hecho prisionero en los tenebrosos días de la traición besteirano-

casadista. Trasladado a Asturias y asesinado.

José Maldonado González, de IR (Izquierda Republicana), trabajó en la dirección de su Partido.

Antonio Ortega, de IR, fue el principal ayudante del comisario general, Osorio Tafall.

Juan Ambóu, del PCE, fui designado miembro de la comisión político-militar del Comité Central por la dirección del Partido. Cargo que me permitió recorrer todos los frentes de combate, a excepción de la zona centro, es decir, Madrid.

Gonzalo López, del PCE, colaboró con nuestro inolvidable Pedro Checa en la Comisión de Organización del Comité Central.

Del Comité Provincial de Asturias del PCE:

Juan José Manso, diputado del PCE, miembro del Comité Central uno de los componentes de la Junta Delegada del Gobierno en el Norte, fue incorporado al Buró político del Partido.

Ángel Álvarez, asimismo destinado al Buró político, estando por algún tiempo vinculado a la dirección militar y política del Ejército del Ebro, acompañado de su inseparable secretario, camarada Valdés.

Casto García Roza desempeñó un importante papel en la Subsecretaría de Armamento y Municiones.

Aquilino Fernández, Gonzalo López y Juan Ambóu, todos miembros también del Comité Provincial del Partido en Asturias, ocuparon los puestos señalados anteriormente.

Félix Llanos quedó en Asturias; para salir dos años después muriendo en Francia. Salustiano G. Sopena quedó en Asturias. No volví a saber de su paradero.

José García Álvarez quedó y murió en Asturias.

Fernando Rodríguez, gobernador de Castellón de la Plana hasta el final de la guerra.

De la dirección provincial de la JSU, aparte de los ya nombrados al referirnos a los consejeros:

Federico Patán estuvo en la dirección nacional y en el Ejército del Ebro.

Francisco Fernández, «Pancho», destinado al centro.

Ibargüen, que murió en la travesía, camino de Francia.

Elíseo Fernández —herido en la ofensiva sobre Oviedo en febrero de 1937— desempeñó en Valencia varios cargos relacionados con la Comisión Ejecutiva Nacional y el Comité Nacional en noviembre de 1937; en Barcelona dirigió la comisión del Norte de la JSU, con el camarada Rodríguez, de Santander; y el semanario *Reconquista*, editado para los jóvenes socialistas unificados del Norte; aun con muletas se incorporó al frente del Este, al XI Cuerpo de Ejército, que mandaba Galán, en calidad de oficial, grado que ya ostentaba en Asturias.

Marino Granda, el chaval de diecisiete años, del barrio de La Argañosa, que llegó a desempeñar brillantemente el cargo de comisario en la división de Bárzana,

quedó en Asturias; pasó tres lustros en la cárcel, casi todos en el penal de Burgos.

Avelino González Mallada, de la CNT-FAI, trabajó en la organización confederal hasta que fue llamado por las Sociedades Confederadas de Estados Unidos (españolas). Dio varias conferencias y murió en un accidente. Como se recordará, Mallada había sido alcalde de Gijón.

Avelino G. Entrialgo, de grato recuerdo por ser un luchador de gran talla —yo pude presenciarlo en el asalto al cuartel de Simancas, de Gijón— y de cierta flexibilidad política en cuanto al trato con hombres de otras organizaciones y partidos, pasó al Comité Nacional de la CNT.

Eleuterio Quintanilla, ideólogo de las fuerzas anarquistas, hombre de talento y de estudio, periodista singular que mantuvo con nosotros —concretamente conmigo cuando estaba al frente de la Secretaria de Instrucción Pública— relaciones cordiales. Murió en Francia. En Asturias se le había encomendado la custodia del tesoro artístico.

Mandos militares profesionales que salieron del Norte:

Coronel Adolfo Prada. Mandó el Ejército de Andalucía.

Teniente coronel Francisco Ciutat. Desempeñó el cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército de Levante. Fue uno de los que dirigieron la batalla de Teruel. A su competencia militar hay que agregar su fidelidad al Partido, al que defendió hasta el último momento contra la traición casadista.

Teniente coronel Francisco Galán. Jefe del XI Cuerpo del Ejército del Este, ascendido a coronel. En momentos gravísimos se hizo cargo de la base naval de Cartagena, siendo apresado por los facciosos. Pudo ser liberado y salió con la escuadra republicana hacia el norte de África.

Teniente coronel Juan Ibarrola, que tan brillante actuación tuviera en Euzkadi, Santander y Asturias. Fue jefe del XXII Cuerpo de Ejército.

Juan Ibarrola procedía del Cuerpo de la Guardia Civil y era católico practicante. Contó siempre con el respeto y estimación de todos los que profesábamos el credo marxista. El mismo Enrique Líster tenía un alto concepto de él, y en más de una ocasión manifestó su aprecio por el jefe del XXII Cuerpo de Ejército, que había dado pruebas de inconfundible lealtad a la República.

Teniente coronel Javier Linares, a quien recordaremos siempre por su lealtad a la República y su dedicación a la lucha en Asturias. Tuvo una actividad destacada en diferentes frentes de Cataluña. Fue jefe del Estado Mayor del Ejército del Este.

De los mandos salidos de las milicias no pueden dejar de citarse los siguientes:

Manolín Álvarez, «el Pescador», de Gijón, del que ya nos hemos ocupado a lo largo de estos apuntes. Fue un alto exponente de la combatividad de los asturianos. Jefe de la 42 división, perteneciente al XV Cuerpo de Ejército y temporalmente al V del Ejército del Ebro. Participó en la gran batalla del Ebro y lo pasó con brillante éxito. Al retirarse de nuevo a la orilla de origen fue alcanzado por un obús enemigo, perdiendo allí su vida este grande, sencillo y

capaz pescador asturiano.

Luís Bárzana, maestro de Oviedo, que mandó la 71 división del XXIII Cuerpo de Ejército, dirigido por José María Galán, notable militar y camarada de firmes convicciones políticas. Bárzana realizó una verdadera hazaña en campo enemigo, liberando a centenares de presos republicanos que se encontraban en el fuerte o castillo de Carchuna, antes utilizado como puesto de carabineros; situado en una playa de la costa granadina, entre Calahonda y Cabo Sacratif. En la difícil operación no se perdió ni un solo hombre. Toda la prensa republicana saludó la hazaña de la división que mandaba el camarada Bárzana.

Mandaron divisiones:

Víctor Álvarez, el único de su categoría de la CNT que se incorporó al frente; Garzabal, socialista; Recalde, Marquina, Damián Fernández, Juanín (Juan Martínez), Cristóbal Errandonea, comunistas; Juan Ibáñez, Juan Iglesias y temporalmente Bravo y Claudio Martín.

Al mando de brigadas y otras unidades estuvieron Enrique García Vitorero, Martínez Luna, Asarta, M. Arriaga, Celestino Uriarte, Valledor, Santiago Gutiérrez y otros.

Hubo también notables **revelaciones juveniles**. Como el caso del

capitán José Fernández, hijo del consejero Aquilino Fernández, que tuvo una conducta ejemplar como ayudante del comandante Rodríguez en el sector de Cartagena. Él dio la orden de hundir a un barco en el que venían los miembros de los tribunales militares franquistas ¡para hacer justicia! en Cartagena. Se distinguió en la defensa de la base naval. Antes había actuado como ayudante de Luís Bárzana.

Eduardo Bárzana, oficial de enlace del XXIII Cuerpo de Ejército. Después del golpe casadista fue internado en el campo de concentración de Albaterra, de donde se fugó. Se juntó con otros compañeros, entre ellos «Planería», pero se fueron disgregando para seguir burlando al enemigo. Afortunadamente pasó frontera y llegó a Francia.

César Bárzana, el menor de los Bárzana, incorporado a la 71 división. Después del golpe casadista fue hecho prisionero y conducido a la cárcel de Cazorla (Jaén). Sus custodios —nos dice César— eran socialistas de la junta casadista, hecho que nos causa tanta amargura como indignación. Al acercarse las fuerzas fascistas, esos carceleros huyeron, dejando encerrados a los auténticos antifascistas. Sin embargo, echaron las rejas abajo y pudieron escapar. César sufrió largos años de cárcel.

Otros mandos asturianos lograron llegar más tarde. Tuvieron que **atravesar la zona facciosa**. Uno de ellos fue

José Suárez, «Planería», comandante de batallón. Natural de Gijón, albañil y comunista, había actuado destacadamente en la insurrección de Asturias de octubre de 1934. Organizó un batallón desde el primer momento que llevaba su nombre. Participó en la defensa de Trubia, en los ataques a Oviedo, en la resistencia final. No pudo evacuar. Atravesó media España hasta llegar a Talavera de la Reina; pasó el Tajo y extenuado llegó a la zona leal. Fue

hospitalizado, y después se incorporó a la lucha. Mandó una agrupación de brigadas en Extremadura (dependiente del Ejército de Extremadura, que mandaba el coronel Burillo). La traición de la junta de CasadoBesteiro lo llevó a Albaterra (Alicante). De allí se fugó, pero no pudo cruzar los Pirineos. Sufrió toda clase de torturas en diferentes cárceles, terminando en la del Coto, de Gijón.

Los comisarios que pasaron a la zona leal no fueron reconocidos por Prieto, a la sazón ministro de Defensa. Se les dejó a su libre albedrío. Naturalmente, eso no les impidió participar en la lucha:

Ceferino Álvarez Rey, comisario de división, se incorporó inmediatamente al combate. Estuvo en la batalla de Teruel, en el frente del Este, fue instructor del V Cuerpo de Ejército y con él pasó el Ebro en aquella memorable batalla. Estuvo en la base naval de Cartagena en los días aciagos de la traición. De allí pudo salir en un barco que lo condujo a África, donde le esperaban todos los sinsabores y amarguras del campo de concentración.

Simón Díaz, también comisario de división. Estuvo con Ceferino en los mismos lugares hasta Teruel, siendo después destinado por el Partido al Ejército de Levante.

Jesús Larrañaga, capaz y brillante dirigente de la clase obrera y del pueblo vasco. Comandante de milicias y comisario del Cuerpo del Ejército del Norte, desempeñó un notable papel en relación con los frentes de guerra. Ejerció con gran acierto la dirección del aparato especial del Partido, que atendió el frente del Este en los momentos más difíciles. Después, Cartagena. Más tarde el infierno de Albaterra.

Muchos otros comisarios de todos los rangos, procedentes de Asturias, se incorporaron también a la lucha.

En cuanto a los diferentes servicios del ejército, tenemos que anotar la destacada actuación del teniente coronel Manuel Fernández, el verdadero jefe de la intendencia militar. En este cuerpo había muchos asturianos, a algunos de los cuales hemos citado ya. Queremos agregar los siguientes nombres: Urcesino Tomás, Comas, Armando Sánchez, Isaac Fernández, José Menéndez Rodríguez, Montaraz, Florentino Moral...

En Transportes Militares tuvimos a Manuel Pérez Fernández, jefe de Transportes en el Ejército de Maniobra. Recordamos también a nuestro muy estimado compañero Joaquín Almeida, a Vicente Requena, a Alfonso Roza, todos capitanes. Y al comisario general de Transportes, Manuel Naves.

En Transmisiones, sobre todo en el Ejército de Levante, se incorporaron gran cantidad de compañeros de Asturias.

En Cataluña varias comandancias militares fueron regidas por compañeros asturianos lesionados. En Figueras estaba José Somoza, de Gijón; en Port-Bou, el valiente luchador Manuel Menéndez, de Trubia. También en Manresa y Puigcerdá había comandantes militares asturianos.

La Escuela de Especialización del Arma de Infantería del Ejército del Norte dio un puñado de buenos mandos militares, y sobre todo un numeroso contingente que participó en el XIV Cuerpo de Ejército, compuesto por unidades guerrilleras que

actuaban en la retaguardia enemiga. Allí, al igual que en Asturias, luchó anónimamente Cristino García, héroe de leyenda en la Resistencia francesa, como veremos en el próximo apunte.

En la producción de guerra en general, y en la Subsecretaría de Armamento y Municiones en particular, fue notable la aportación de técnicos y obreros que procedían de la fábrica de cañones de Trubia, de la constructora naval de Reinosa y de la industria metalúrgica de todo el Norte. Y en cuanto a Asturias se refiere, además de Trubia, es preciso mencionar a La Felguera, Lugones, la Manjoya y Gijón.

En la Oficina de Proyectos y Estudios del Ejército nació un invento notable que por su importancia quiero describir tal cual me lo relató un asturiano de Trubia que intervino técnicamente en su perfeccionamiento: me refiero a Desiderio García, secretario general del sindicato de la fábrica de Trubia e incansable constructor y animador de la industria de guerra durante todo el tiempo que duró la guerra en el Norte.

El invento se debe —nos dice Desiderio— al mecánico valenciano Viñaque y a Medina, eterno estudiante madrileño de medicina. También intervino, además de Desiderio, el químico vasco Monzón.

¿En qué consistía el invento?

En una rampa con dos guías desde la que se lanzaban proyectiles. Fue muy complicado el estudio de la rampa; más aún la del proyectil. Pero después de muchos trabajos se procedió a hacer las pruebas.

Y fue en las playas de Lloret —nos recuerda la opereta «Marina»—, en presencia de los agregados militares de México, Francia, Inglaterra, Bélgica, la Unión Soviética...

Y la rampa funcionó y el proyectil en línea recta (y en vertical otras veces) salió disparado alcanzando hasta 7 km. El proyectil-cohete pesaba 6 kg.

Se perdió Cataluña. Quedaron los planos del invento en Barcelona. Se supo que fueron a parar a manos de alemanes nazis.

Entonces no se conocía —me dice Desiderio— que en otros países se hubieran hecho pruebas con rampas lanzacohetes. Así que, sin ser vanidosos, bien pudiera ser que un mecánico valenciano, un estudiante madrileño, un técnico asturiano y un químico vasco fueran los precursores de los V-1 y V-2 alemanes.

En el orden técnico merece la pena recordar que Florentino Fernández, facultativo de minas de Sama de Langreo, desempeñó un importante papel como inspector de Minas, cargo oficial que el Gobierno le había conferido. En las minas de pirita de Unión y Escombreras trabajó arduamente. Y se disponía a hacerlo también en las de Cartagena. Florentino moriría más tarde en la URSS, peleando en las filas del ejército soviético.

Los evacuados se reunieron en la zona leal con otros asturianos que ya residían allí desde antes del estallido de la guerra; otros habían caído en la lucha. Entre ellos:

Félix Bárzana, cuya preparación política, inteligencia, serenidad, simpatía y decisión hizo posible la salvación de valiosos cuadros del Partido y de los

sindicatos en octubre de 1934. En estas operaciones andaba en Asturias cuando cayó preso. Pero se escapó de la cárcel. De nuevo en el centro — Madrid—, trabajó con la dirección nacional del Partido, y fue miembro del Comité Provincial madrileño. Al estallar la guerra fue destinado al frente de Guadarrama, y allí, cuando participaba en la organización de las brigadas internacionales, encontró la muerte. Unidades del Ejército popular, escuelas —él era maestro y de la ATEA— y diferentes entidades llevaron su nombre.

Etelvino Vega, hermano de Carlos Vega, secretario del Comité Provincial del Partido Comunista en Asturias al estallar la sublevación fascista. Etelvino fue miembro de la dirección nacional del Partido hasta la celebración en Sevilla del IV Congreso, en 1932.

En el Congreso se criticó la línea sectaria seguida por la dirección del Partido, elaborándose otra política y nombrándose una nueva dirección, de la que no formaría parte Etelvino.

La reacción política de Vega fue sana, siendo consciente de que eran justas las resoluciones adoptadas por la reunión nacional del Partido. Y las acepta. Su recuperación ideológica y política resultó rápida, honrada, consciente. Y con todos los derechos vuelve a ingresar en el Partido a los pocos meses de iniciada la guerra de liberación nacional.

Organiza y manda el batallón «Octubre» en Madrid, compuesto por jóvenes socialistas y comunistas, es decir, por jóvenes socialistas unificados. Su unidad participa en todos los frentes madrileños en los días de gloria de la defensa de la capital: Ciudad Universitaria, Casa de Campo y otros. También interviene en la batalla de Guadalajara.

Pasa a mandar la X división cerca de los Pirineos. Establece su puesto de mando en Orgaña (Organya), partido judicial de Seo de Urgell, en la provincia de Lérida.

Después se le encomienda el mando del XII Cuerpo de Ejército, estableciendo su puesto de mando en Borjas Blancas (Lérida).

El río Segre constituye la línea divisoria del frente. Durante las operaciones del Ebro se ordena al XII Cuerpo que establezca una cabeza de puente al otro lado del río, en Serós (al suroeste de la capital leridana). Sorprende al enemigo. La operación termina con brillantez.

El XII Cuerpo de Ejército se debilita por el paso de buena parte de sus efectivos a unidades del Ejército del Ebro. El teniente coronel Francisco Galán lo sustituye y E. Vega pasa a organizar nuevas divisiones de reserva, unidades de combate.

Sale a Francia en los dolorosos días de la retirada de Cataluña, cuando así lo ordena el Estado Mayor Central. Pero no tardará E. Vega en estar de nuevo en lo que queda de zona leal, donde es nombrado gobernador militar de Alicante, precisamente en los días tenebrosos de la traición besteirano-casadista.

Fiel al Partido y a la República, resiste la sublevación traidora de Casado hasta el límite de sus fuerzas... Alicante se convierte —en la forma dramática de Albaterra— en el lugar de concentración de los republicanos que huyen de los fascistas y de la traición casadista...

E. Vega es apresado por una unidad de la división Littorio. Con él están en la misma

prisión los camaradas Recalde, Luís Bárzana y muchos otros. En una de las «secas», él y Recalde han de ser las víctimas... Y muere como vivió: con una fe inextinguible en el triunfo del socialismo.

En una ocasión encontré a Etelvino en el puesto de mando del Cuerpo de Ejército dirigido por José del Barrio. Después de una violenta discusión que tuve con éste —que siempre se manifestaba en contra de José Díaz y de la línea política de nuestro Partido (él pertenecía al PSUC)—, salí con E. Vega y empezó la charla, que no podía versar más que sobre su hermano Carlos, a quien quería y admiraba entrañablemente. Le relaté cómo había caído prisionero dentro de Oviedo. Cuándo y cómo lo fusilaron, pues cayó en mi poder el parte de la guardia civil en que daban cuenta de su asesinato, así como del de los hermanos Sáenz, denunciados por el médico fascista Rodríguez San Pedro, médico de la compañía del Ferrocarril del Norte, a la que pertenecíamos tanto los Sáenz como yo. Cuando terminé mi relato, E. Vega calló. A pesar de su proverbial serenidad, pude observar cuánto le había afectado conocer algunos detalles de la muerte de su hermano. Ya no lo volví a ver.

Etelvino Vega era flexible y fraternal en su trato con los soldados. Pero al mismo tiempo intransigente en cuanto a la observación estricta de la disciplina militar.

Etelvino Vega fue, en resumen, un gran jefe militar. Capaz, sereno, inteligente, organizador excelente, con dotes superiores de mando y con un gran poder de convicción. Estudioso como pocos, cualidad que adornaba también a Carlos. Siempre llevaba consigo su baúl de libros. Cualquier cosa podía quedar en el puesto de mando cuando con tanta frecuencia tenía que trasladarse a otro. Pero nunca sus libros.

Gonzalo Pando, de Villaviciosa, de la tierrina de nuestro Salustiano G. Sopeña. Estaba ejerciendo su profesión de médico en Rascafría, en el Valle de Lozoya, cerca del puerto de Ribetón, en la provincia de Madrid. Movilizó y organizó a los campesinos del lugar, y Lister nos relata que con cuarenta hombres armados con pistolas y escopetas de todos los calibres tomó el Pico Nevero y ofreció resistencia a las fuerzas fascistas que avanzaban por la Sierra. Con dotes extraordinarias de organizador y combatiente, llegó a ser jefe de la IX brigada de la XI división. Murió en la batalla de Brunete, que se desató en julio de 1937 por el Gobierno republicano, precisamente para ayudar al Norte. Ayuda que fue, desde luego, efectiva. Recuérdese que el enemigo empezó su ofensiva sobre Santander a mediados de agosto.

Manuel Vidal, que hasta 1934 había sido el secretario de la J. C. de Asturias, estaba trabajando en la Comisión Ejecutiva Nacional de la JSU. Posteriormente trabajó en una fábrica soviética.

Y ahora, volvamos a los evacuados.

Ya sé que fueron muchos más los que después de la evacuación del Norte se reincorporaron a la lucha con el mismo ardor con que lo habían hecho en Asturias. Pero es humanamente imposible recordarlos a todos. Máxime cuando casi todos los autores que han escrito sobre nuestra guerra de liberación dan un número de

nombres siempre muy limitado.

Pero una cosa es cierta. La casi totalidad de los que acabamos de nombrar hicieron honor a la resistencia asturiana y repudiaron y lucharon contra los capituladores.

Sin embargo, algunos no dieron su contribución moral y política, en esfuerzo y sangre, a la lucha antifascista en la zona leal.

Los hubo que jugaron un papel negativo, indigno de la clase obrera y de los combatientes asturianos. Destacan aquí Amador Fernández y Segundo Blanco. A ellos nos vamos a referir porque al mismo tiempo se arrojará más luz sobre el fondo de sus acciones políticas en Asturias, principalmente en la época del Consejo Soberano.

¿Quién nos iba a decir que Indalecio Prieto, que exigía a los asturianos que mantuvieran una resistencia a ultranza, fuera ahora, desde su alto cargo de ministro de Defensa, el inspirador del derrotismo y de la capitulación, coincidiendo con otros dirigentes de su partido, con otros del campo anarquista y con ciertos millares profesionales, principalmente los de la zona del centro?

Hay que recordar, en primer lugar, que el miembro del PSOE, I. Prieto, nunca fue marxista. Militante del ala derecha del PSOE, formó parte del grupo de aquellos que en 1931 decidieron que gobernarán los políticos burgueses, a quienes ofrecían el apoyo de los sindicatos que controlaban: colaboración de clases, pérdida de la independencia del movimiento obrero, subordinación de los intereses del proletariado a los de la burguesía... Más tarde, siendo Prieto ministro de Obras Públicas durante la República, nos dijo a los ferroviarios que pedíamos aumentos de salario (había obreros que ganaban 5,41 pesetas al día), que «no le temblaría la mano» si tuviera que firmar algún decreto de represión contra los que osaran declararse en huelga. Así era don Indalecio. Todo lo más un pequeño burgués sin ninguna consecuencia revolucionaria, cuya política está llena unas veces de exposiciones que amenazan con acabar con lo divino y lo humano, y otras, las más, de hundimiento en el pesimismo, en el desconcierto, en el derrotismo. La fe, la confianza en las masas, no existe. De ahí esos vaivenes, inconcebibles en un dirigente de formación marxista-leninista.

Por eso resulta fácilmente explicable que durante la guerra manifestara su añejo anticomunismo, recrudescido en el curso de la contienda por el natural desarrollo del Partido Comunista y la simpatía popular de que gozaba la Unión Soviética por su ayuda tan valiosa como desinteresada a nuestra causa.

En una palabra: Prieto, Besteiro y Largo Caballero acabaron por coincidir en el mismo y vital punto político: el anticomunismo. De ahí nació el derrotismo y la capitulación. Los hechos sangrientos del final de la guerra se encargaron de confirmarlo con su fuerza incontrastable.

El espíritu de capitulación empieza a adquirir caracteres graves cuando el enemigo reconquista Teruel. Era tal el estado de ánimo del ministro de Defensa, que en marzo de 1938 escribe una carta a sus hijas en la que les dice que «hemos entrado en el último episodio. Preveo el desenlace para el mes de abril».

«La charca política», de la que más tarde nos hablaría el doctor Negrín, cobraba nuevos vuelos.

Y metidos en la misma hasta el cuello, nuestros »soberanos« consejeros Segundo

Blanco y Amador Fernández.

Cuando se hablaba de una remoción ministerial, una comisión de la CNT, presidida por Segundo Blanco, visita a Prieto. Se manifiestan contra toda modificación en el Gobierno, hablan de la «dictadura comunista», y amenazan con intervenir ellos y resolver la situación «a tiros».

Más tarde, cuando los ministros comunistas pedían la remoción del coronel Casado del Ejército del Centro, el entonces ya ministro de Instrucción Pública, Segundo Blanco, se opone resueltamente. No pasaría mucho tiempo sin que se consumara por la Junta de Casado-Besteiro la más vil de todas las traiciones: la entrega de Madrid y de sus heroicos combatientes al franquismo.

En cuanto a Amador Fernández, siguió fiel a la política de Prieto; continuó siendo su vocero más autorizado: estaba por la mediación, la entrega, la capitulación.

He aquí lo que le dijo a su colega, Julián Zugazagoitia:¹⁵

«Dudo —le dice Zugazagoitia— que los comunistas accedan a una política de ese tipo. ¿Accederían los sindicalistas?»

Amador contesta:

«Ya conoces a los comunistas, todo depende de las instrucciones que reciban. Es posible que quieran quedarse con la bandera de la intransigencia, pero a condición de que los demás levanten la contraria; demagogia, como siempre. Toda hipótesis es difícil. Harán lo que les ordenen desde Moscú. Con referencia a los anarquistas, he conversado con Blanco (Segundo) y éste está tan convencido como yo de que militarmente ya no podemos esperar nada. *Su enemiga contra los comunistas es profunda y están dispuestos a unirse a nosotros para destruirlos*. (El subrayado es nuestro).

He ahí la verdadera faz de Amador Fernández y de Segundo Blanco. Enemigos mortales de la resistencia, cuando ésta había de elevarse hasta una altura gloriosa poco después con la histórica victoria del paso del Ebro. Cuatro meses transcurrieron desde la ofensiva triunfante y la resistencia republicana hasta regresar a la orilla de origen. Cuatro meses a lo largo de los cuales no hubo ninguna operación ni en el centro ni en otros frentes, a pesar de disponer de más de medio millón de hombres en armas. Cuatro meses que hicieron temblar a Mussolini y a Hitler, quienes empezaron a dudar de la victoria de las armas facciosas. Si la ofensiva del Ebro hubiera sido acompañada por otras operaciones en los frentes del centro y del sur, distinta hubiera sido la suerte de nuestras armas. Pero es imposible la acción militar, patriótica y republicana cuando se está fraguando la traición. Y eso estaban haciendo Casado, Besteiro y Mera. Eso querían los que en un nauseabundo documento pedían al Gobierno que depurara al ejército y al Estado de comunistas, se suprimiera el comisariado y se reorganizara el ejército con mandos exclusivamente profesionales; y como digno remate a tan reaccionarias proposiciones, que dimitiera el gobierno del doctor Negrín.

Si traemos todo esto a colación no es para hacer un análisis de lo que ocurrió en los meses últimos de la guerra, sino para demostrar en forma inconfundible y

¹⁵ *Guerra y vicisitudes de los españoles*. París, Librería Española, 1968, pág. 142. 153

definitiva que teníamos razón cuando en apuntes anteriores denunciábamos el porqué y el verdadero fondo político del Consejo Soberano.

Sí, eso pretendieron en Asturias Amador Fernández y Segundo Blanco. Unirse para aislar y destrozar a los comunistas. Con ello las puertas vergonzosas de la capitulación hubieran estado abiertas. Pero no pudieron. El plato era demasiado fuerte para digerirlo fácilmente. Hicimos frente a la situación dispuestos a todo, menos a capitular. Con la feliz coincidencia política de la dirección de la JSU. Y el sentimiento y la conciencia de los combatientes. Y en lugar de una evacuación entreguista, Asturias dio a la España republicana la colosal ayuda de una legendaria resistencia de cuarenta y ocho días.

Madrid, el heroico Madrid, no pudo conseguir, como Asturias, organizar la resistencia. Venció la traición. Y en lugar de «o la paz por España o la lucha a muerte», que farisaicamente prometía Casado, Madrid fue entregada al franquismo y a los invasores. Estos no dispararon ni un solo tiro. Los únicos que se oyeron durante una larga temporada eran los que indicaban que Franco asesinaba a los comunistas y a otros antifascistas que Casado y Besteiro no tuvieron tiempo de asesinar. No, no se derramó sangre fascista. Sí sangre republicana a raudales. Las víctimas del terror fascista fueron decenas y decenas de millares. Muchas más que si se hubiera resistido al enemigo.

Pero a eso condujo la capitulación sin condiciones.

Aún quedan compañeros socialistas que no valoran los estragos que el pensamiento y la acción reformista de los Besteiros han causado en el movimiento obrero, justificando incluso su apoyo a la Junta de Casado.

Otros, por el contrario, conociendo y analizando correctamente su oportunismo, no vacilaron al denunciarlo como uno de los factores determinantes de la catástrofe final de nuestra guerra de liberación nacional.

Antonio Ramos Oliveira, destacado escritor socialista, afirma en su *Historia de España* que Julián Besteiro fue «el centro de uno de los círculos de la conspiración» contra la resistencia y «el abogado de la capitulación».¹⁶

Juan Simeón Vidarte, miembro entonces de la Comisión Ejecutiva del PSOE, llama a la Junta «la traición del coronel Casado», añadiendo que supuso la entrega a Franco, «atados de pies y manos, de ¡quinientos mil hombres! que representaban las más heroicas páginas de la República Española».¹⁷ Y Julián Zugazagoitia concluye: «Multitud de cadalsos oficiales, oficiosos y clandestinos iban a declarar con el testimonio de los muertos la necesidad de la resistencia».¹⁸

Edmundo Domínguez, vicepresidente de la UGT y comisario inspector del Ejército

¹⁶ México, Compañía General de Ediciones, S. A., 3 vols., tomo III, págs. 370 y 371.

¹⁷ *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973, págs. 923 y 925.

¹⁸ *Guerra y vicisitudes de los españoles*. París, Librería Española, 1968, pág. 285.

del Centro, dedicó un extenso y elocuente libro¹⁹ a dar testimonio de la génesis de la Junta y de los nefastos resultados de su actuación.

El anarquista Joaquín Piñol, que estuvo al frente del IV Cuerpo de Ejército de Cipriano Mera durante los últimos días de la guerra, ha rememorado recientemente aquella triste situación con las siguientes palabras:

«Recuerdo como un amarguísimo trance el momento en que tuve que desarmar y apresar a oficiales comunistas, porque había empezado la otra guerra, la que se libró en forma maldita en las filas republicanas... En España los comunistas querían proseguir la guerra. Hoy yo diría que con razón. Todos los demás queríamos terminar la guerra, pero antes derrotar a los comunistas. Y en eso estábamos equivocados».²⁰

El dirigente socialista italiano Pietro Nenni también denunció rotundamente a la citada Junta, «...que tiene —escribió— la única misión de ahorrar la sangre de los fascistas y de entregar Madrid a Franco, (y) ordenó disparar contra la vanguardia del pueblo, sobre los combatientes que no aceptaban la rendición. Esto es terrible».²¹

Contábamos con cuatro ejércitos y medio millón de hombres armados, y otros trescientos mil aptos para empuñarlas; con una escuadra superior a la del enemigo; con los mandos leales que junto con el Gobierno habían regresado desde Francia tras la pérdida de Cataluña; con diez provincias y nueve millones de habitantes; con importantes puertos marítimos; con producción de guerra y posibilidades de abastecimiento...

Podíamos resistir. ¿Acaso no resistió Asturias cuarenta y ocho días durante el otoño de 1937 en el estrecho pedazo de tierra que nos quedaba?

El enemigo jamás atacó las posiciones de los casadistas, pero continuó actuando²² contra las unidades que no apoyaron su sublevación y permanecieron leales al legítimo Gobierno de la República.

La Junta de los Casado, Besteiro, Wenceslao Carrillo y Cipriano Mera fusiló a Barceló, jefe del I Cuerpo de Ejército, a su comisario político —Conesa— y a otros muchos antifascistas, al mismo tiempo que ponía en libertad a los prisioneros fascistas.

He aquí, en la dramática e inconfundible realidad, el fruto del oportunismo y de la traición. Combatirlos políticamente con decisión, como ya lo hicieron Marx, Engels y Lenin, es una obligación ineludible para todos los revolucionarios.

Paseo de San Vicente, las fuerzas de Franco atacaron las líneas más avanzadas de esta División, en el estanque de la Casa de campo, con «sospechosa coincidencia», y añade en la página siguiente: «No es único este hecho, por el que se descubre la

¹⁹ Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*. México, 2a. ed., Roca, 1976.

²⁰ *Excelsior*. México, 14 de febrero de 1974.

²¹ *La Guerra de España*. México, ERA, 7 enero 1964, pág. 210.

²² Edmundo Domínguez, en la pág. 195 de su obra anteriormente citada, testimonia que al mismo tiempo que Casado desencadenaba una ofensiva contra el puesto de mando de la Séptima División, situado en el

inteligencia y complicidad de los fascistas con el Consejo. Un ejemplo descarado de esta ayuda y colaboración para que Casado venciera a los que le combatían, nos (lo) ofrece el paso de una Brigada en el frente de Arganda a las doce del día».

V. Después

¿Cómo salimos de España los que estábamos en Cataluña?

Nada me produjo tan honda impresión en todo el curso de la guerra como el éxodo de la población civil. Nada me despertó tanto odio al fascismo como su conducta infrahumana, sólo concebible en seres irracionales, cuyo odio de clase corroboraba las palabras certeras de Dimitrov cuando definía al fascismo como la dictadura terrorista del capital financiero, al que todo lo humano es ajeno.

Recordaba en aquellos dramáticos momentos la huida de los malagueños hacia Almería por la carretera de la costa. Allí, encallejados, fueron asesinados cobarde y vilmente por la aviación italiana miles de ancianos, de mujeres, de niños.

Lo de Málaga me lo narraron, lo había leído. Pero ahora lo podía contemplar con incontenible indignación en Figueras. Iban las familias —las familias, no los soldados— con sus hatillos a cuestas, con sus pequeños en brazos, con sus humildísimas pertenencias al hombro o en mil clases de vehículos ingeniosamente improvisados... Todos, camino de la Junquera, hacia Francia...; en pleno invierno, sin nada o sin casi nada que comer, ateridos...; los niños enfermaban..., ya ni el maternal aliento podían recibir...; los pechos de las madres se habían secado; viejos, enfermos y heridos se sostenían unos a otros para seguir avanzando lentamente hacia el exilio... Todos indefensos, sin refugio en el que pudieran protegerse, seguían su marcha, la marcha del hambre, del dolor y de la muerte... De pronto apareció sobre Figueras (Gerona) la «heroica» aviación nazifascista. Dejaron caer su carga mortal. Destruyeron Figueras.

Quedaron tendidas sobre la fría tierra gran parte de aquellos niños, ancianos, mujeres, enfermos y heridos, por todos los cuales el fascismo sentía —y siente— el más profundo desprecio.

Menos daño hicieron los buitres fascistas en las filas de los combatientes de los Ejércitos del Ebro y del Este que se retiraban ordenadamente y hasta combatiendo. Recordemos Gerona.

A mí me tocó estar hasta el último momento con el Ejército del Ebro, dirigiendo los batallones llamados «del trueno», que dependían de la jefatura de ingenieros del ejército, encargados de volar puentes y cuanto pudiera frenar el avance fascista.

Me llegó la orden de la dirección del Partido a fines de febrero de 1939. Me la trajo el camarada Luís Cabo Giorla, miembro del Buró político. «A cubrirte de gloria en Perpignan», me dijo. Y hacia allá fui y nada menos que en el «Packard» que había abandonado Indalecio Prieto antes de salir hacia Francia. El «Packard» pasó a manos francesas.

Atrás quedaba España. Y en ella la zona republicana del centro y del sur, donde se fraguaba la traición.

No todos llegamos a nuestro destino. Por los mil senderos pirenaicos quedaron sin vida, sobre la nieve, los más débiles y no pocos combatientes que iban heridos...

Los demás fueron todos a los campos de concentración que las autoridades francesas habían reservado a los héroes de la resistencia española.

El Partido nos encargó, al camarada Ángel Álvarez y a mí, organizar y dirigir el trabajo en los campos. Mi familia —esposa, mi hija Aída y mi hijo recién nacido, Víctor— fueron enviados a un refugio: una especie de campo de concentración en pequeño.

Estábamos en pleno invierno. Los más fueron concentrados en playas, rodeados de alambradas. Sin techo, sin atenciones médicas, con angustiada escasez de alimentos; custodiados por guardias senegaleses que nos trataban con brutal desprecio y aplicaban abominables castigos.

Nuestro hogar: un hoyo en la arena; y era un logro aristocrático conseguir la caja de un camión, que volteada servía para que dentro de ella durmieran, hacinadas, hasta 30 personas. Al hambre, la miseria y el dolor de la prisión al aire libre había que unir la insoportable molestia de toda clase de piojos, de variados colores, y de otros repugnantes insectos.

Los heridos murieron de gangrena por falta de asistencia médica, de material sanitario y de medicamentos. Así ocurrió con no pocos enfermos. Los suicidios eran cotidianos e iban en aumento. Los diarios departamentales que publicaban quincenalmente las defunciones había veces que llenaban hasta ocho páginas con listas de españoles muertos.

Y aunque en algunos campos se empezaron a construir barracas, las características de todos ellos eran, en esencia, las apuntadas.

A Ángel Álvarez y a mi nos detuvieron y nos llevaron a Argelés-sur-Mer. Flotaba ya en el ambiente la agresión nazi a Polonia. Yo pude escaparme pronto, trasladándome a París.

Me parece oportuno recordar el nombre de los campos: Argelés-sur-Mer, Prats de Molló, Barcarés, Gurs, Saint Cyprien, Vernet d'Ariege, Septfonds, Bram y el terrible campo de Colliure —un viejo castillo—, al que sólo faltaban los hornos crematorios para ser igual a un campo de exterminio nazi. Por lo menos fue su precursor.

Y la tragedia no fue mayor gracias a que los obreros franceses, los comunistas en primer lugar, llevaban alimentos a los campos, y fundamentalmente porque los comunistas españoles se organizaron en todos ellos para hacer frente a la situación, como también lo hicieron compañeros de otros partidos.

El mismo trato recibieron los combatientes que desembarcaron en los puertos de África del Norte.

Se acercaba la guerra. El diario de Perpignan, *L'Independant*, era enemigo a muerte de los refugiados españoles. Su deseo, reiteradamente manifestado, era que las autoridades francesas tomaran las providencias necesarias para sacarnos de allí. Exterminar a «esa plaga» era su execrable propósito. «Indeseables ratas», nos llamaría más tarde el traidor Petain.

Y recuerdo como si hubiera sido hoy que en un artículo de fondo del diario citado se afirmaba que los franceses del Departamento de los Pirineos Orientales no irían a la guerra mientras existiera un solo español refugiado, pues «ni están seguros nuestros bienes ni nuestras mujeres».

Así trataban a los combatientes españoles, que habían luchado tres años contra nazis y fascistas, los reaccionarios franceses, que entregarían Francia a los nazis

después de tan sólo cuarenta días de lucha caracterizados por las retiradas.

El Gobierno francés emprendió una gran campaña para que los combatientes españoles ingresaran en la Legión Extranjera, equivalente al Tercio en España, donde todos los degenerados tienen cabida. El Partido se opuso. Contra el nazismo sí, pero no en la Legión, sino en unidades regulares del ejército. Los más no se alistaron; sólo alguno que otro. Lo que siento es que Quidiello, el chofer asturiano del «Packard», sí se afilió. También su inseparable compañero Martul, que estuvo con Somoza cuando éste era comandante militar de la plaza de Figueras.

Luego vino la orden de incorporación —ya a la fuerza— en las brigadas de trabajo. «¡A cavar trincheras!» nos dijeron. Y allá fueron los españoles, a los lugares que se suponía habían de ser pronto frente de combate. Y comoquiera que los nazis rodearon todas las posiciones avanzadas francesas, incluyendo la famosa Línea Maginot, casi todos resultaron apresados a la primera de cambio y fueron a dar con sus huesos en los campos de exterminio nazis.

Mientras tanto salían las primeras expediciones a México, seguidas por las que iban a Chile. Representando al Partido estuve en Burdeos, y con los delegados de otros partidos formamos el comité encargado de la evacuación de refugiados españoles a Chile. Allí estuvimos con Pablo Neruda, el poeta de la clase obrera combatiente de Chile y del mundo; con Fernando y Susana Gamboa, de la embajada de México en Francia.

Soplaban en Chile vientos bonancibles. Aguirre Cerda era el presidente del Gobierno de Frente Popular, que al igual que Lázaro Cárdenas en México abrió los brazos a los españoles y les brindó la posibilidad de reorganizar su vida en todos los aspectos.

Neruda, trabajador incansable por resolver todos los problemas de sus amigos y camaradas españoles, editó un hermoso folleto sobre Chile, especialmente para los españoles que zarparon rumbo al país sureño en el «Winnipeg».

Nunca olvidaremos el interés político, la solidaridad humana y el espíritu verdaderamente fraternal con que Bassols, Bosque, Neruda, Gamboa y tantos otros atendieron a los que habían visto luchar en España contra el enemigo del mundo: el fascismo. En las horas malas es cuando se conoce a los verdaderos amigos. Y ellos lo fueron en verdad, entonces y siempre.

Finalmente embarcamos nosotros. Yo con toda mi familia en el último barco, el «Lassalle», que salió hacia la República Dominicana, llegando a la capital, Ciudad Trujillo, en vísperas navideñas. En ese barco íbamos algunos asturianos, entre ellos Casto García Roza, Gonzalo López y Juan Ambóu, del Comité Provincial del Partido Comunista en Asturias, y José y Eduardo Bárzana.

Pero volvamos a Europa, donde quedaba el grueso de nuestros camaradas y compatriotas. Empecemos por la *resistencia en Francia*. La actuación de los españoles fue digna de los grandes combatientes que defendieron la República española durante cerca de tres años.

Habíamos sufrido toda clase de vejámenes por la reacción francesa, cosa ya sobradamente conocida. Pero ocupada Francia, los republicanos españoles supieron distinguir —como siempre lo habían hecho— entre la reacción y la clase

obrera y el pueblo francés. Para los españoles el enemigo era el nazismo y su títere franquista. Por eso, a pesar de las ofensas recibidas, entre los españoles se impuso su conciencia revolucionaria, y movidos por ella participaron sobresaliente y heroicamente tanto en las fuerzas francesas del interior, en los famosos maquis, como en el ejército.

Con el famoso general Leclerc participaron no pocos españoles. La estimación que el honorable jefe militar francés sentía por los españoles se expresó elocuentemente cuando concedió a los tanques manejados por éstos el honor de ser los primeros que entraran en París, rodeando el ayuntamiento-hotel de Ville. El mando de la famosa «Novena» (así se llamaba a la novena compañía de la división blindada de Leclerc) lo había pasado el capitán de la misma, Dronne, a nuestro compatriota Antonio Granell, y bajo su mando llegaron los tanques con históricos nombres españoles al ayuntamiento. Allí había de firmar la rendición oficial el general nazi Choltitz, comandante militar de París. Pero de hecho la rendición real había tenido lugar antes en lo que fuera cuartel general del jefe nazi, en el hotel Meurice, donde un español, Antonio Gutiérrez, le arrebató la pistola al general nazi, que le entregó su propio reloj para que lo guardara como recuerdo.²³

A lo largo de los años de la Resistencia en Francia tenemos el ineludible deber de destacar la legendaria conducta de los refugiados españoles.

Encarnación viva de esa conducta consciente, responsable, política, militar, heroica en suma, lo es el camarada *Cristino García Granda*, el chaval de Sama de Langreo, que habíamos conocido en la Escuela de Especialización del Arma de Infantería del Ejército del Norte. Lo llamaban «El Camaradín», porque así llamaba él a todos los que trabajaban en la Escuela.

Cristino pudo salir de Asturias y llegó sano y salvo a la zona republicana. Allí peleó ya como oficial en las unidades del XIV Cuerpo de Ejército, exclusivamente guerrilleras, que trabajaban en la retaguardia enemiga. Tampoco aquí sonó el nombre de Cristino García. Seguía en el anonimato.

En la Resistencia francesa fue ya imposible que Cristino continuara encerrado en sí mismo, pues sus hazañas tuvieron gran repercusión y popularidad en toda Francia.

En toda la parte meridional, donde tan maltratados fuimos los españoles, tanto moral como política y materialmente, surgió el maquis español para defender la patria de los enciclopedistas, de la Revolución Francesa, de la Comuna de París, de Jaurés y de Thorez.

En África los españoles se incorporaron a las unidades que después se unificaron en torno a Leclerc.

Los maquisards se organizaban rápidamente, coordinaban sus acciones, aumentaban su poder combativo... A Cristino García le tocó dirigir la tercera división de guerrilleros, integrada en las FFI (Fuerzas Francesas del Interior)... Minas, fábricas, ferrocarriles, puentes, centros de comunicaciones, fueron blanco de la acción de los hombres de Cristino García.

El escenario de su lucha lo encontramos en los Departamentos de Lozere, Ardeche,

²³ Sobre éste y otros acontecimientos en París nos ilustra fehacientemente Alberto Fernández en su libro *Españoles en la Resistencia*.

Gard, Vaucluse, Arrige: muy cerca del Mediterráneo en unos casos, pegado a las estribaciones pirenaicas en otros, acariciando España desde la vertiente francesa de los Pirineos...

Aunque muy conocidos, hemos de citar los hechos más destacados realizados por las fuerzas de Cristino: la batalla de la Madeleine, en la que un puñado de hombres doblegaron y vencieron a más de 1500 nazis; el asalto y liberación de los presos políticos de la cárcel de Nimes, capital del Departamento de Gard, y la conquista de Mende, capital de Lozere.

Las proezas de Cristino y de sus hombres, entre los que había numerosos asturianos, quedarán para siempre, con caracteres indelebles, grabados en la historia de la liberación de Francia del nazismo alemán. Su nombre y el de muchos otros camaradas yace en lápidas de muchos cementerios; en ciudades y pueblos del sur muchas calles llevan el nombre de Cristino García. Y hasta en París, en Saint Denis, existe una calle con el nombre de nuestro camarada.

A título póstumo se le concedió a Cristino el grado de teniente coronel y la Gran Cruz de la Legión de Honor, que también fue conferida a otros españoles.

Finalmente, regresó a España para continuar la lucha emprendida en 1936, que siguió en la Francia ocupada por los nazis y que, consecuentemente, había de terminar en su patria. Y lo que no pudieron hacer los nazis y los fascistas franceses, lo hizo el franquismo: Cristino García, a pesar del clamor universal de solidaridad exigiendo su liberación, fue fusilado en la cárcel de Carabanchel el 22 de febrero de 1946.

Queda su ejemplo fecundo, revolucionario. Su nombre inspira a los combatientes de hoy e inspirará a los de mañana. No en vano fue un gran luchador asturiano, español, internacionalista.

Félix Llanos, destacado miembro del Comité Provincial del PCE, fue en la Resistencia francesa y en el fatídico campo de Dachau ejemplo de entrega total a la causa del socialismo; combatiente de extraordinario valor, forjado en la heroica lucha de la clase obrera; formidable organizador y por encima de todo un gran dirigente político que honra a los comunistas asturianos y a todos los de España. Como dirigente político se distingue por su formación marxista-leninista, por su capacidad poco común de abordar y resolver cualquier problema en cualquier situación; por su gran audacia; por su profundo sentimiento de fraternidad proletaria y humana.

De nuestro Félix Llanos, de su actividad en la resistencia al nazismo en Francia, habla Alberto Fernández en su libro *Espanoles en la Resistencia*, así como Miguel Ángel en *Los guerrilleros españoles en Francia (1940-45)*.

Pero no quisiera terminar estas líneas sobre el destacado dirigente revolucionario asturiano (aunque naciera en Cienfuegos, Cuba) sin el breve y emocionante relato de Carlos Aparicio, maestro como él, que convivió en Francia con Llanos en diferentes momentos.

Reproducimos a continuación, parcialmente, el texto de la carta que Aparicio me dirigió hablándome de Félix Llanos. Hela aquí:

«Y ahora al grano. Como sabes, Félix se quedó en Asturias voluntariamente con la misión de organizar el trabajo clandestino del Partido. Estuvo al frente de un grupo en las montañas, pero su grupo fue deshecho por las batidas de los fascistas, y al final se quedó solo, pasando mucha hambre y frío, hasta caer enfermo. Pudo refugiarse en casa de una amiga suya en Gijón, y allí estuvo hasta que el Partido lo consiguió hacer salir clandestinamente a Francia. Yo me encontré con él en septiembre u octubre de 1939 en el campo de concentración de Gurs. Yo acababa de evadirme de España. Él hacía poco que había salido. Estaba instalado en la barraca de los combatientes cubanos, por haber nacido en Cienfuegos (Cuba), en instancia de ser evacuado para Cuba. Luís Montero y yo estábamos en otra barraca.

Cuando Montero y yo fuimos movilizados por los franceses en una compañía de trabajadores, Félix dejó a los cubanos y se vino con nosotros. Estuvimos, pues, trabajando juntos, con pico y pala, en la construcción de zanjas y otras cosas análogas, bajo la custodia de soldados franceses, en el Departamento de Loire, cerca de Saumar, hasta que llegó la invasión de Francia por los alemanes. Después de bastantes peripecias, que no es necesario contar, volvimos a reunirnos los tres en Orleans. Vivíamos juntos en casa de una familia española. Allí estaban también su hermana, Amelia, y su futura esposa, Adelina. Esta vez trabajábamos como trabajadores libres, con derecho a salario y cartilla de racionamiento, pero el trabajo era duro: una cantera de piedra.

Félix volvió a contactar al Partido francés, y por su conducto al español. Era el invierno de 1940-1941. Vino la represión de Hitler a la Unión Soviética. Las actividades del Partido se acrecentaban. A finales de 1941, el Partido le encomendó una misión en la zona sur de Francia y Félix pasó clandestinamente la zona de demarcación de la parte ocupada y se instaló en Marsella. Desde entonces nuestras relaciones fueron sólo epistolares. Yo, después de Orleans, estuve en Bretaña, en París y en Normandía. Félix, en el trabajo del Partido, en Marsella hasta el año 1943, en que fue detenido por los policías franceses y encerrado en la cárcel de Eysses.

.....

La sublevación de los presos de Eysses, en la que Félix Llanos jugó un papel destacado, es una de las páginas más gloriosas de la resistencia en Francia.

El 20 de junio de 1944, Llanos, con los demás presos, fue deportado al campo de la muerte de Dachau. No hace falta que te hable de lo que fue la suerte de los deportados en los campos de concentración alemanes. Son muchos miles los españoles que en ellos fueron asesinados. En el campo de Dachau fue incinerado otro querido camarada nuestro, Joaquín Barrios. Llanos salió con vida, pero ya condenado a muerte por la tuberculosis. Nos volvimos a ver a su regreso de Alemania, en 1945, en París. Estaba en un hospital para tuberculosos. Nos veíamos con frecuencia. O yo iba a verle a uno de los hospitales o sanatorios donde se encontraba, o él venía a verme a mi domicilio. A pesar de que sabía perfectamente la gravedad de su estado, de que era ya incurable, Llanos nunca perdió el humor. Charlaba, hacía bromas como siempre, estudiaba, sin dejarse abatir. Su salud declinaba de día en día. Vino su mujer, Adelina, de la que tuvo un hijo, llamado también Félix, y fue trasladado a otro sanatorio lejos de París. Ya no

volví a verle. Nos despedimos por carta. Yo fui a vivir a mediados de 1951 a Viena (Austria), y al poco tiempo recibí una carta de su mujer informándome del fallecimiento de Félix Llanos.

.....

José Ramón Álvarez «Pichón». Comisario de la primera división de l'Ariege. Responsable político de Montauban. Minero. Guaje en diferentes minas de Asturias. Ejemplo extraordinario de lo que las Juventudes Socialistas Unificadas significaron también en la resistencia antinazi en Francia.

Luís Montero y Emilio Hernández «Gagancho». Entrañables compañeros de trabajo en el depósito de máquinas del Ferrocarril del Norte de Oviedo. Ambos ayudantes montadores que ejercían de fogoneros auxiliares. A mí me cupo la honra de organizarlos en el Partido, en el mismo depósito, al que ellos se acercaron movidos por el ejemplo dado por los comunistas en la insurrección de 1934. Recuérdese que el depósito de máquinas fue uno de los centros de la insurrección en la capital. A ellos y a otro grupo de jóvenes ferroviarios los llamamos al Departamento de Guerra para decirles que con ellos queríamos formar el primer batallón de ametralladores. Los ojos pequeños y vivarachos de Montero se cerraron risueños, expresando su contento por tan buena noticia.

Hasta ese momento habían defendido el Naranco por la parte del Pinar de Uría. Y participaron también en la ofensiva sobre Oviedo de octubre de 1936. Ahora, con el flamante batallón de ametralladoras, se incorporarían al frente de Trubia y desarrollarían su lucha por el Monte de los Pinos, Escamplero y Monte de la Berruga. Estas posiciones estaban al mando del comandante Valledor. Más tarde Luís Montero había de pasar a las órdenes del comandante Claudio Martín —ex teniente de carabineros—, como capitán ayudante del mismo... Cayó Asturias. Montero no pudo evacuar... Cagancho estableció contacto con él a través de su hermana. Se vieron en San Sebastián y los dos, Montero y Cagancho, pasaron a nado el Bidasoa en agosto de 1939. En Francia los «acogió» el campo de concentración... Estalla la segunda guerra y los inseparables camaradas llegan a Orleans, donde con Félix Llanos, Carlos Aparicio y otros iniciaron sus actividades en la resistencia...

Francia es ocupada en poco más de un mes, rindiéndose el hasta entonces más famoso ejército con su Línea Maginot incluida. Toda Francia está ocupada. Porque el Gobierno de Vichy no es más que una partida de traidores al servicio del que aspira a ser emperador del mundo durante un milenio.

Luís Montero, por el PCE de España, y José Miret,²⁴ por el Partido Socialista Unificado de Cataluña, son los responsables de la organización político-militar de toda la Francia ocupada. Esto, aunque parezca mentira, no es muy conocido. Ha tenido que ser el camarada Cagancho el que me lo dijera en una de sus últimas cartas. El comportamiento de nuestros camaradas no puede ser más admirable: sus grupos de choque en París realizan innumerables sabotajes, ajustician a no pocos jefes y oficiales nazis, a tenebrosos agentes de la Gestapo, así como a colaboracionistas franceses de Doriot y Darnand. Hasta que la Gestapo detiene y deporta a Montero, Miret, Cagancho y otros al terrible campo de exterminio de Mauthausen, catalogado en la serie III, que comprende los campos nazis más

²⁴ José Miret fue Consejero del Gobierno de la Generalitat de Cataluña. 163

tenebrosos.

Ahí, a ese infierno terrenal, donde lo mismo se empleaban las cámaras de gas que el hacha del verdugo para asesinar a los oficiales y comisarios soviéticos, ahí fueron a parar nuestros jóvenes ferroviarios Montero y Cagancho con Miret y otros excelentes combatientes antifascistas. Ahí llegaron en 1943 nuestros compañeros, que habían de participar en la ingente tarea de hacer milagros para la supervivencia.

Montero, por sus habilidades de metalúrgico, entra a trabajar en la armería. Pronto se destaca como un formidable dirigente y organizador, tanto de los españoles como de los internacionales. La organización de la resistencia en el campo no está presidida por un estado de desesperación, sino por conciencia política para coordinarla, organizar la solidaridad humana entre todos los prisioneros, preparar, incluso, la acción armada. Se organiza el AMI (Aparato Militar Internacional). Montero es nombrado responsable. En los grupos españoles de combate, Montero juega un papel principal.

No arredran a los españoles e internacionales los miles de asesinatos que se cometen un día tras otro. Por el contrario: eso afirma su conciencia de combatientes. En todos los servicios hay hombres de los nuestros. La ayuda mutua alcanza alturas humanamente casi inconcebibles. De la armería salen armas y más armas. Y se esconden y no las descubren los nazis. Se acumulan asimismo alimentos, sacándolos de los depósitos generales... Se cura a los enfermos por amigos de la enfermería... Al más grande de los sufrimientos y dolor humanos corresponde el más elevado amor por el hombre, por el camarada de la nacionalidad o raza que sea... El internacionalismo proletario es el gran principio filosófico, humano, combativo, que lo guía todo...

Montero y todos los suyos rechazan como pueden la incorporación a la tan criminal como ridícula División Azul, que Franco envía a combatir con uniforme nazi a los frentes soviéticos.

Razola, en su libro *Triangle Bleu (Triángulo Azul)*, dice de Luís Montero: «...infatigable organizador, hombre de acción ejemplar, del que se puede decir que fue el alma del AMI».

Entretanto, José Miret, el compañero de Montero en la dirección de la resistencia en la Francia ocupada, es herido en un bombardeo. Herido leve, pero las S.S. lo rematan. Fue el 12 de noviembre de 1944.

Se acerca el final. La organización armada de los españoles e internacionales se perfecciona cada vez más. Hay que evitar a toda costa que los nazis caigan matando, exterminando a todos los prisioneros. Hay organización, hay armas, aunque pocas y dispares, pero las hay también automáticas... La Gestapo no puede realizar sus sueños de masacre. Y el campo es de los nuestros. Y se combate fuera contra las S.S. Se defienden los puentes sobre el Danubio y los pueblos vecinos... Razola, en el libro citado, vuelve a hablar de Montero: «Sólo Montero sale indemne —de una acometida nazi—, y su presencia en el pueblo, en el que estará hasta el fin de las operaciones, refuerza la solidez de nuestro dispositivo. Valiente, infatigable, está en todas partes, dando instrucciones para el mejor emplazamiento de las automáticas...» ¡Con qué emoción recuerdo que las primeras armas automáticas que manejó Montero son las que yo puse en sus manos cuando se organizó el

batallón de ametralladoras!

El 7 de mayo cesan los combates... Rasgan el aire, vibrantes, las notas de «La Internacional». La misma que cantaban tantos camaradas cuando iban camino de la cámara de gases o para ser eliminados con cualquiera de las mil formas que para hacerlo dominaban los verdugos a la perfección... Y quién sabe quién la tenía, cómo la guardó tan celosamente y dónde; el caso es que cuando llegaron las fuerzas aliadas, una bandera ondeaba orgullosa al aire: era la bandera republicana española...

La horrenda pesadilla había terminado en ese campo, inmenso potro de tortura, donde se concentraron la mayor cantidad de españoles deportados, donde dejamos «7.000 españoles muertos por la libertad», según reza en el monumento levantado en su honor en el campo mismo.

Después... Estando en La Habana recibí una carta de Montero y de Cagancho. Estaban en París. Me contaban con la sencillez que los caracteriza su conducta en la resistencia francesa y en Mauthausen... Con la carta venía una foto de Luís vestido con su uniforme rayado...

Después... Por decisión del Partido hizo varios viajes al interior de España. En el último iba enfermo, más enfermo que en los anteriores. Un camarada tenía que inyectarlo antes de partir... A los cuadros del Partido, a los grandes combatientes como Montero, creo que es justa la política de cuidarlos, de procurar su recuperación, su salud... ¿Por qué no se hizo?...

No hace mucho supe que Luís Montero había muerto. Según Razola, «desapareció trágicamente cumpliendo una misión clandestina en España» (*Triangle Bleu*, página 142).

José María Álvarez Posada («Celso Amieva»). Maestro y poeta de Llanes, de firme conciencia política, de actuación serena, también participó en la Resistencia francesa. Como sargento en la tercera brigada mixta de las guerrillas españolas...

Los nombres de Félix Llanos, de Cristino García, Luís Montero, José Ramón Álvarez «Pichón», Emilio Fernández y Celso Amieva son nada más que la representación de los centenares de asturianos que participaron en la lucha por la liberación de Francia... De los muchos que, yendo más allá de todo lo que el humano pensamiento puede concebir, hicieron gala de una resistencia moral y física en los tenebrosos campos de exterminio de Mauthausen, Dachau, Buchenwald (donde asesinaron los nazis al gran dirigente obrero alemán Thaelmann), Auschwitz, propia de probados revolucionarios.

Los ejércitos de la Unión Soviética contaron en sus filas con capaces y abnegados combatientes españoles, entre ellos algunos asturianos. Con Líster, Modesto, José María Galán y tantos otros estuvieron los asturianos Damián Fernández, Enrique García Victoriano, Ceferino Álvarez Rey. Unos se incorporaron a unidades regulares, muchos a las guerrillas. Participaron unos en la defensa de Moscú; otros llegaron hasta Berlín, tumba de la barbarie nazi.

A este respecto contamos con un testimonio de primera mano, el relato que me envía Ceferino Álvarez Rey y que dice así:

«Después del desayuno empieza nuestra preparación militar. El mariscal Timoshenko había dicho que lo que era difícil en la instrucción sería fácil en el combate. En este espíritu empezó nuestra preparación. Los españoles de mi destacamento, que ya teníamos la experiencia de la guerra de España, pusimos todo nuestro empeño para encontrarnos siempre entre los primeros y los mejores.

Con nuestros hermanos soviéticos y con el mismo amor que defendimos nuestra patria, España, participamos en la defensa de Moscú, capital de la URSS, capital de los trabajadores de todo el mundo, capital del internacionalismo proletario. Estábamos en pleno invierno. El termómetro llegó a marcar cuarenta grados bajo cero. A toda costa el enemigo quería entrar en la capital. A todo precio la defendíamos. Como en Madrid, en aquel memorable noviembre de 1936, los españoles decíamos: «¡No pasarán!» Y no pasaron. Fueron derrotados primero y después, en arrollador contraataque, arrojados muy lejos de la capital, dejando sobre la nieve miles de cadáveres y enormes cantidades de armamento y material de transporte.

Después de que el peligro sobre Moscú se había alejado y la amenaza se cernía ahora sobre el Cáucaso, nuestra brigada emprendió un largo viaje para ir en ayuda de sus defensores. Tuvimos que atravesar el desierto de Kara Kum (Turkmenistán), llegando después a Tashkent (Uzbekistán). En esta ciudad estuvimos varios días, esperando que se hiciera un hueco en el enorme tráfico de trenes petroleros con dirección al norte... Aquí tuvimos una agradable sorpresa: la visita de unos muchachos españoles. Uno de ellos, hermoso muchacho de diecisiete años, era de Turón, hijo de nuestro camarada Jerónimo Pérez. Me dijo que en Tashkent había otra chica de Turón, hija del camarada Ramos, fundador del Partido. Ella no vino por encontrarse enferma. Él, a pesar de su juventud, ya trabajaba en una fábrica de aviación. La alegría que sentimos por ambas partes fue indescriptible.

De nuevo en marcha. Atravesamos el Mar Caspio; pasamos por Bakú (Azerbaiján); por Tbilisi (Georgia) hasta alcanzar el río Kubán, que nace en el Cáucaso y desemboca en el Mar de Azov... Mucho tiempo estuvimos en actividad en esa zona... Cuando regresamos a Moscú, ya el ejército soviético rebasaba las fronteras propias y empezaba la liberación de los pueblos de Europa... Nos detuvimos en Stalingrado algunos días a causa de que aún se estaban reparando las vías del ferrocarril. Esto nos dio la posibilidad de visitar la ciudad y apreciar la dureza de los históricos combates de que fue escenario. La ciudad estaba totalmente destrozada y alrededor de la misma, en los campos, observamos gran cantidad de aviones, toda clase de armamentos y transportes que también perecieron en las batallas allí libradas.

El 8 de mayo de 1945 estuve en Moscú en una gran fiesta de la victoria. Contra mi costumbre y a fuerza de brindis sentí ciertos mareos... La guerra había terminado, la victoria sobre el hitlerismo era rotunda.

Pocos meses después fui licenciado. El Gobierno soviético premió a los españoles con diferentes condecoraciones por nuestra modesta pero fiel y abnegada participación en la guerra patria.

Por mi parte tuve el gran honor de haber sido compañero de armas y haber

estado todo el tiempo en la unidad de los heroicos e inolvidables camaradas Pelegrín Pérez, Justo López de la Fuente, Felipe Ortuño, Emiliano Fábregas, Antonio Gros y decenas de valientes comunistas españoles caídos en tierras soviéticas...».²⁵

Así actuaron los asturianos con centenares de compatriotas y españoles en la gran guerra patria. Y los había pertenecientes a todas las armas: infantes, marinos, artilleros, aviadores; expertos y audaces guerrilleros que habían prestado valiosos servicios en el XIV Cuerpo de Ejército, en el que había algunos provenientes de la Escuela de Especialización del Arma de Infantería, adscrita al Estado Mayor del Norte en España.

Cumpliendo fielmente sus altos deberes solidarios, el Gobierno soviético estaba adiestrando en su territorio a cerca de doscientos españoles que habrían de regresar a España como aviadores, lo que, claro, ya no pudieron hacer. Muchos de ellos fueron héroes de la aviación soviética. Muchachos que eran niños cuando de España fueron evacuados a la URSS, en otro rasgo de solidaridad, participaron activamente en los trabajos de la industria de guerra. Y no podía faltar en este orden de cosas la presencia de la mujer española, que había emigrado a la URSS en pequeño número.

Los combatientes españoles estuvieron presentes en la defensa de Moscú —como acabamos de ver—, en la de Leningrado y en la del Cáucaso; en la liberación de Polonia, Rumania, Hungría, Yugoslavia, Checoslovaquia y en la histórica y decisiva batalla de Berlín.

El trato fraternal recíproco entre soviéticos y españoles se hizo hermosa realidad en España durante nuestra guerra. En tierras soviéticas cobraba nueva fuerza. Malinovski, el laureado jefe militar soviético, cumplió con su deber internacionalista desplazándose a España para defender Madrid y la República española. Más de una vez pudo Malinovski contemplar emocionado cómo los camaradas españoles en tierras soviéticas demostraban a plenitud que habían bebido en las mismas fuentes del más humano y del más revolucionario de los principios: del internacionalismo proletario.

En efecto, si la sangre soviética se mezcló durante nuestra guerra con la de los defensores de la República, ahora la de éstos se mezcla con la de los soviéticos en

²⁵ Así termina el camarada Ceferino Álvarez Rey una actuación combativa intensa, de relevantes méritos revolucionarios. Los mismos de los mineros de Asturias, continuadores ejemplares de una notable tradición revolucionaria. Ceferino, hijo de minero, empieza a trabajar en la mina como pinche allá por el año de 1922, baja al fondo como guaje y rampero en 1923. Luego hará de caballista, vagonero, picador y barrenista... Las explotaciones son propiedad de «Minas Hulleras de Turón».

La pasión revolucionaria era patrimonio de toda la familia del minero. Eso explica el alto tributo pagado en esfuerzo y sangre en la resistencia contra el fascismo por la familia Álvarez Rey: cuatro hermanos de Ceferino perdieron la vida, tres de ellos, Rogelio, Agustín y Virgilio, condenados a muerte y ejecutados por los fascistas en Asturias. El otro, Luís, murió en el campo de concentración de Argelés-sur-Mer.

la gran guerra patria. Las tumbas de Rubén Ruiz Ibárruri y la de Santiago Paul Nelken, tan visitadas y amadas por el pueblo soviético, simbolizan a todos los españoles que allí quedaron para siempre.

Los republicanos españoles estuvimos presentes en todos los teatros de operaciones de la segunda guerra mundial. En Dunkerque, en Nervik, en toda Europa. Y aun en el Pacífico, aunque en número reducido. La participación de los españoles en las acciones de guerra en África fueron realmente notables. En fin, las condecoraciones otorgadas por los gobiernos de Francia, Inglaterra, la URSS, Estados Unidos y otros son pruebas irrefutables del heroico comportamiento de los combatientes hispanos, que no hicieron otra cosa que continuar en otras partes del mundo la heroica resistencia iniciada en su patria.

Otros salimos de Francia hacia México y Chile, y en menor cantidad a la República Dominicana. Así lo dispusieron las direcciones nacionales de los partidos del Frente Popular y las organizaciones sindicales.

México fue el país que recibió el mayor contingente de republicanos españoles. Es difícil olvidar este noble gesto del que fueron expresión ilustre el general Lázaro Cárdenas y colaboradores tan notables como Narciso Bassols, Isidro Fabela, Vicente Lombardo Toledano, Adalberto Tejada, Gilberto Bosques, José Mancisidor, Fernando Gamboa, Ignacio García Télez; así como poetas de tantos quilates como Carlos Pellicer y pintores de la fama universal de Diego Rivera, Alfaro Siqueiros y muchos otros. Todos ellos se fundieron con los trabajadores y todo el pueblo mexicanos para dar la más cálida bienvenida a nuestros compatriotas, que habían de encontrar en México su segunda patria, hogar, trabajo y posibilidades de seguir ejerciendo la actividad política propia de la República española.

El centro político de los republicanos españoles residió en México por algunos años: aquí estaba el Gobierno, aquí se reunieron las Cortes, aquí residieron las direcciones nacionales de todos los partidos del Frente Popular.

Sobre la generosa ayuda moral y maternal que México prestó a la España republicana es obligado decir algunas palabras que han de concentrarse en el general Lázaro Cárdenas, presidente constitucional de México.

En efecto, el presidente Cárdenas autorizó el 10 de agosto de 1936 a la Secretaría de Guerra para que pusiera a la disposición del embajador de la República española, Félix Gordón Ordax, en Veracruz, 20.000 fusiles de 7 mm. y 20 millones de cartuchos de fabricación nacional que se embarcaron en el «Magallanes», de la flota mercante española, al cuidado de José María Argüelles, secretario de la embajada... También el Gobierno de Cárdenas, por medio del embajador de México en España, Abelardo Tejada, hizo gestiones en Francia para que el Gobierno de ese país vendiera armas al Gobierno legal de España... Pero lo único que *nos regaló* el Gobierno «socialista» de León Blum fue la no intervención, «el funesto convenio» de la no intervención, como en su día diría el ilustre mexicano Narciso Bassols ante la Sociedad de Naciones.

La actitud gallarda, patriótica y revolucionaria del general Cárdenas está diáfananamente expresada en su informe al Congreso de la nación el 10 de

septiembre de 1936, así como en sus propios apuntes biográficos, en los que escribe:

«El Gobierno de México está obligado, moral y políticamente, a dar apoyo al Gobierno republicano de España, constituido legalmente y presidido por el señor don Manuel Azaña. La responsabilidad interior y exterior está a salvo. México proporciona elementos de guerra a un gobierno institucional con el que mantiene relaciones. Además, el Gobierno republicano de España tiene la simpatía del Gobierno y sectores revolucionarios de México. Representa el presidente Azaña las tendencias de emancipación social y económica del pueblo español. Hoy se debate en una lucha encarnizada, fuerte y sangrienta, oprimido por las castas privilegiadas. Pienso que triunfará el Gobierno republicano, pero si la situación le fuera adversa, el pueblo trabajador de España habrá avanzado: llegará a despertar pujante para librarse de sus opresores...»

A nosotros nos tocó —como ya dijimos— cruzar el Atlántico en diciembre de 1939, más de tres meses después de que los nazis invadieran Polonia. Y sorteando como se pudo a los submarinos alemanes llegamos a la República Dominicana en vísperas de Navidad. Vivimos como pudimos. Estábamos en un país dominado por un tirano, verdadero feudal. Por doquier rezaba esta sentencia: «Dios y Trujillo», que nos recordaba aquella otra de pasados tiempos en Asturias: «Después de la casa de Dios es la casa de Quirós». Los más nos fuimos a trabajar la tierra, lejos de ciudades, en un poblado. Nosotros construimos las barracas, organizamos un grupo teatral, una escuela... Los naturales estaban muy atrasados en todo... Comida casi no había... Carne una vez a la semana. Leche, sólo para enfermos cuando llegaba...

Cosechamos papas, trabajamos como campesinos de choque —¡santa estupidez!—, cuando llegábamos, los más, agotados de la guerra, de los campos de concentración, para vivir en un clima tropical y trabajar en lo que jamás habíamos trabajado.

Pero lo más grave es que los débiles iban cayendo aplastados sobre el surco ya sin fuerzas, enfermos de picaduras de mil bichos... Y después cayeron también los fuertes... ¡Así no se podía vivir! Y fuimos abandonando la República Dominicana, donde dejamos no pocos amigos, cuando a la extenuación por un trabajo que físicamente ya nadie soportábamos se unió la persecución política... ¡Había que ver a los ridículos guardias trujillistas buscar entre los cañaverales a esos «terribles» comunistas que conspiraban contra el «Generalísimo», pues también allí existía un repugnante dictador con tal título.

Y después de declararle algunas huelgas que lo sacaron de quicio, nos dio el Gobierno facilidades para salir. Y nos fuimos unos a México; otros, entre ellos nosotros, a Cuba.

Llegábamos a Cuba en una coyuntura política favorable, determinada por la segunda guerra mundial. El número de españoles republicanos que admitió el Gobierno era limitado. Pero la emigración anterior, llamada económica, era muy numerosa y existía una sólida y amplia organización republicana: la Casa de la Cultura. La clase obrera y el pueblo cubanos desarrollaron un gran movimiento de solidaridad con los republicanos españoles durante nuestra guerra; lo que sirvió, al mismo tiempo, para sacar al movimiento obrero cubano de la clandestinidad. Así

tuvimos el calor político y profundamente solidario de la CTC, que dirigía Lázaro Peña; del Partido Socialista Popular, con dirigentes de tanto prestigio como Blas Roca y Juan Marinello. Fidel Castro, entonces estudiante e hijo de españoles, era también ferviente partidario de nuestra causa. Nuestra actividad política se desarrolló sin impedimentos durante algún tiempo.

Las cosas cambiaron desde que Grau San Martín fue elegido presidente de la República, agravándose en los tiempos de Prío y posteriormente con Batista.

Con el gobierno de Grau San Martín aparecieron los primeros grupos de aventureros y de gangsters, para los que se reclutaron algunos anarquistas españoles y elementos desclasados que habían estado en las brigadas internacionales no por conciencia política, sino por aventurerismo.

Uno de esos grupos empezó por ser ¡el custodio! de la Secretaría de Educación, cuyo titular, Alemán, fue uno de los grandes ladrones de los muchos que conoce la historia de Cuba de antes de la Revolución.

El más destacado jefe de bandoleros lo fue Rolando Masferrer, que también estuvo en las brigadas internacionales: delator de comunistas y revolucionarios, con grupos de choque que asesinaban por doquier, tuvo que huir después de la Revolución, encontrando maternal refugio en los Estados Unidos.

La acción contra los comunistas y otros antifascistas españoles empezó cuando se estaba celebrando la convención cubano-española, presidida por el doctor Agustín Cruz, uno de los acontecimientos más notables de solidaridad con España. Sin la serenidad de los más consecuentes antifranquistas, este evento hubiera zozobrado.

El grupo de anarquistas españoles estaba capitaneado por el conocido anarquista catalán Joaquín Aubí, con rostro de frío puñal, y su compinche Carbó (o Cardó), alto, flaco, cegato, de torva mirada y ademanes de perdonavidas. Ellos actuaban con otro grupo de cubanos dirigidos por Malagamba, y so pretexto de haber estado en las brigadas internacionales —¡mil veces indignos de ellas!—, compartían con los primeros el repugnante trabajo de delatores y agresores de los españoles, principalmente comunistas. Todos ellos terminaron en el SIM (Servicio de Investigación Militar), dirigido por rabiosos anticomunistas que obedecían ciegamente órdenes de los servicios secretos imperialistas.

Hechos en los que fui testigo y víctima son éstos: desempeñaba el cargo de secretario general de la Casa de la Cultura. Un día al disponerme a salir estalló una bomba (un niple) que me hubiera destrozado si no hubiera sido porque en aquel mismo momento di media vuelta porque se me había olvidado la pluma. No hubo ninguna detención. En otra ocasión asaltaron la institución y con tremebundas pistolas nos pusieron contra la pared. Lo registraron todo y se llevaron montones de periódicos y papeles de contenido antifranquista y antiimperialista. «¡He aquí la prueba de que esto es una cueva de comunistas!», dijeron con aire victorioso. Mi modesta casa fue asaltada varias veces. En la primera hicieron un gran descubrimiento: encontraron mi informe ante el Congreso de la institución en el que atacaba al franquismo y al imperialismo yanqui: eran ya los tiempos del pacto yanqui-franquista. En otra, estando yo ausente, mi hija Aída se cruzó firme en la misma puerta. No los dejó pasar. Su madre fue a avisar al Partido cubano. Vino inmediatamente Manuel Luzardo, representante en la Cámara por el Partido Socialista Popular, con otros camaradas. Enfrentándose con Aubí le dijeron

indignados: «¡Vergüenza había de darte venir a la casa humilde de un compatriota tuyo para servir a la reacción de mi país!» Respuesta cínica, tajante: «Para eso me pagan», dijo Aubí.

En otra ocasión tuvimos una reunión con el doctor Agustín Cruz. Ellos siempre iban armados hasta los dientes. Exigían nuestra eliminación del organismo de solidaridad, que presidía el doctor Cruz, aunque nosotros fuimos sus iniciadores y sus permanentes animadores. Como yo me opusiera, al bajar en el ascensor, uno de ellos, el más joven, me encañonó con su pistola sin sacarla del bolsillo. En esta ocasión Malagamba le hizo una seña indicándole que lo dejara para otra ocasión. Más tarde, cuando J. J. Manso se trasladó enfermo a México, me quedé yo en su lugar y tuve que pasar a la clandestinidad: tal era el acoso de estos repugnantes traidores.

Sobre Juan José Manso también cayeron estas hienas. Varias veces registraron su domicilio. En otra ocasión lo detuvieron —Aubí, siempre el miserable Aubí en cabeza—; dieron vueltas, hasta cansarse, con el automóvil. Le dijeron que se bajara y que echara a andar. Desenfundaron sus pistolas. En esto acudió mucha gente y no pudieron perpetrar el asesinato. Se lo llevaron al SIM y en presencia de un agente yanqui le interrogaron durante más de cuatro horas. Dos representantes del PSP lograron su libertad.

Casi todos los camaradas pasaron por el SIM —y ya estábamos en 1953—, donde los cubrieron de vejámenes.

A todo esto, los sindicatos cubanos tiempo hacía que habían sido asaltados por verdaderos forajidos que nada tenían que ver con la clase obrera; el PSP estaba en la clandestinidad. A todos nosotros nos relacionaban con los camaradas cubanos.

Tal fue la odisea que empezó con Grau y acabó con la tiranía de Batista. Como verá quien leyere, no todo fue color de rosa para nosotros en nuestra América Latina. El felón Aubí fue enviado a la cárcel por la Revolución triunfante.

En México siempre las cosas han sido distintas, en general. 169

VI. A modo de conclusión. Internacionalismo proletario y oportunismo

Permítaseme poner punto final haciendo algunas consideraciones sobre el *porqué* me decidí a escribir los apuntes que anteceden.

En España, y particularmente en Asturias, la generación que heredó nuestras experiencias revolucionarias y continuó nuestra lucha quiere conocer la verdad objetiva, reivindicar la verdadera lucha histórica de sus mayores, único medio de que sea un auténtico estímulo, una enseñanza orientadora para el desarrollo creciente e intensamente combativo de la acción revolucionaria de hoy que tiene lugar a todo lo ancho de nuestra patria.

Si la clase obrera tiene, en general, interés y necesidad de conocer lo que fue nuestra lucha de ayer, no es menos cierto que un grupo de jóvenes intelectuales revolucionarios está dando una notable aportación a la tarea no fácil de esclarecer, hasta restablecerla por completo, la verdad histórica de nuestro combate liberador, tanto de 1934 como del periodo 1936-39.

Considero que no es posible combatir eficientemente por la democracia y el socialismo sin conocer o inspirarse en las grandes tradiciones histórico-revolucionarias de nuestro pueblo. Recuérdese con cuánto amor trataba y qué importancia le daba Lenin a esta cuestión.

No es posible avanzar a un gran ritmo hacia una sociedad sin clases si se presenta deformada la lucha de ayer de nuestro proletariado y de nuestro pueblo, ocultando o desfigurando esencialmente nuestra guerra de liberación.

El pueblo éramos nosotros, y España, realmente libre y soberana, estaba encarnada en la República Democrática, a pesar de las vacilaciones y timideces, la más grave de las cuales fue la terca negativa del Gobierno del Frente Popular a depurar de mandos reaccionarios el ejército, demanda constante de nuestro Partido. Eran los titubeos y la inconsistencia propios de todo gobierno liberal burgués que teme siempre más al proletariado que a la reacción, aunque ésta revista carácter fascista. Estas tambaleantes posiciones del Gobierno republicano obstaculizaron el impetuoso avance del proceso revolucionario e impidieron, en buena medida, que estuviéramos mejor preparados para hacer frente a los que conspiraban cada vez más abiertamente contra los poderes republicanos, preparando lo que cualquier hombre del pueblo veía venir: la sublevación militar-fascista en connivencia con las potencias del Eje.

Restablecer la verdad histórica es nuestro primero e insoslayable deber si queremos seguir siendo servidores de la gran causa del proletariado y de nuestro pueblo, pues aún hay importantes sectores populares que están confundidos y desorientados sobre el *porqué y qué pasó* en nuestra guerra. Arduo será el trabajo, pero cueste lo que cueste, ése es el camino.

Máxime cuando en estos tiempos se ha puesto de moda hablar de 1934 y sobre todo de nuestra guerra de liberación nacional. Libros, folletos, cuadernos semanales, artículos y más artículos en diferentes revistas hablan de ello. En España principalmente, pero también en el extranjero. No todas las publicaciones son malas; pero sí las más que se publican gobernando los que provocaron la guerra; por ello son, en general, tendenciosos, falsean la historia y causan un grave daño a la verdad y a la lucha de nuestro pueblo. Esto es lo general. Por eso las

excepciones tienen un valor extraordinario. Con el afán de ayudar modestamente a estos incansables buscadores de la verdad de que hablo más arriba, he escrito estos apuntes.

Quiero, sin embargo, llamar la atención a todos los que leyeron mis apuntes: no apliquen en la situación actual las lecciones de las experiencias vividas en aquellos históricos momentos más que en una forma realmente creadora. A lo largo de más de tres décadas se han producido cambios importantes en todos los aspectos de la actividad humana: económicos, sociales, políticos y aun religiosos. Y han surgido, además, nuevas teorías que pretenden revisar los principios científicos del marxismo-leninismo.

Hay que decir, terminantemente, que los principios del marxismo-leninismo siguen incólumes, avalados por la experiencia del movimiento obrero mundial y de los grandes triunfos de los países socialistas, en general:

El materialismo dialéctico y el materialismo histórico —aplicación del primero a los fenómenos sociales— siguen constituyendo el fundamento teórico del comunismo, la base teórica del partido de la clase obrera.

El marxismo-leninismo sigue siendo la ciencia que se refiere al desarrollo de las leyes sociales, a la revolución de las grandes masas explotadas, de los países aún coloniales, dependientes y semidependientes; la ideología de la clase más avanzada, el proletariado; la única que puede conducir consecuentemente y firmemente al derrocamiento de la burguesía y al triunfo del socialismo.

La lucha de clases no es una diabólica invención de Carlos Marx, sino la consecuencia inevitable de la división de la sociedad capitalista en clases explotadoras y explotadas. El gran mérito de Marx es que descubrió y analizó las leyes objetivas del desarrollo social capitalista. Es, por tanto, anticientífico, contrario a la vida misma y de una necedad irracional tratar de «abolir», como vanamente pretendieron hacerlo todos los regímenes fascistas, la lucha de clases por medio de la ideología de la mentira y el terror... Ante la represión sangrienta el proletariado contesta como Galileo: «...y sin embargo se mueve». Y las huelgas sacuden como nunca antes en todos los confines de la tierra, empezando por los países industrializados, los cimientos mismos de un régimen decadente que se debate en medio de la crisis general que anuncia su fin.

La lucha de clases sigue, pues, en pie y se agudizará inexorablemente mientras exista la explotación del hombre por el hombre. El proletariado será el enterrador del capitalismo y la fuerza de vanguardia que conducirá a la humanidad a la sociedad socialista en el que ya no existen clases antagónicas.

Nada tiene que ver con la clase obrera el hecho de que, en una determinada coyuntura económica favorable, las clases dominantes cuiden, mimen y hasta corrompan a ciertos grupos «aristocráticos» de trabajadores. La clase obrera sigue luchando sin interrupción posible contra las clases explotadoras. Contra esa realidad se estrellan las novísimas teorías de los Marcusse, que sostienen que el proletariado se ha aburguesado y se integra en el capitalismo.²⁶ Así no discurre, de

²⁶ Para Marcusse lo antiburgués está en el movimiento estudiantil y «lo verdaderamente burgués» en el obrero de hoy.

ninguna manera, el proceso social, porque *no es el proletariado el que se aburguesa* —por el contrario, se radicaliza—, son las nuevas capas de la población, pertenecientes a la pequeña y media burguesía, *las que se proletarizan*, desplazadas de sus anteriores posiciones sociales por el avance inmisericorde, arrollador, del proceso de concentración monopolista.

La revolución científico-técnica ha cambiado, en efecto, muchas cosas en la producción industrial y en el mundo mismo del trabajo. Pero las relaciones de producción capitalista y el antagonismo de clases permanecen esencialmente inalterables. Y la continuación de la lucha de clases es, como vemos en los acontecimientos de cada día, irrefrenable. España es un vivo ejemplo de ello. Y dentro de ella los indómitos obreros de Asturias.

El cuadro actual, en síntesis, es el siguiente:

La revolución científico-técnica ha determinado que aumente considerablemente el número de trabajadores científicos y técnicos, así como de obreros especializados. Por otra parte, es en gran medida mayor la participación de la mujer en el proceso productivo. Las transformaciones capitalistas en el campo arrojan a las ciudades masas de campesinos, sobre todo jóvenes. Los servicios, empezando por los que están a cargo del Estado burgués, se amplían en grandes proporciones, dando cabida a un sinnúmero de trabajadores. Pero todos, absolutamente todos, incluidos los profesionales, forman parte del ejército de los asalariados, cuyos intereses son contrarios al capitalismo, a las transnacionales, al capitalismo monopolista de Estado.

Al mismo tiempo crece en progresión geométrica el número de estudiantes, cuya combatividad se manifiesta cada día con renovado vigor. Son conscientes de que el capitalismo les cierra totalmente el porvenir.

Hay que tener en cuenta que todas esas capas sociales que se proletarizan, amén de los estudiantes, crean complejas situaciones en el orden ideológico y político, matizadas por el predominio de ideas pequeño-burguesas que los lleva a veces a abrazar posiciones radicales, no marxistas, más bien neoanarquistas, pretendiendo convertirse en vanguardia revolucionaria.

De ahí deriva una cuestión cardinal: la importancia creciente, decisiva, de conquistar, mantener y consolidar el papel dirigente del proletariado en el proceso revolucionario, basado en la teoría y en la práctica del marxismo-leninismo, en la histórica experiencia del triunfo y desarrollo del socialismo en la URSS, en la experiencia del sistema socialista mundial y en la del movimiento obrero y comunista internacional.

Esto obliga a los comunistas a combatir sin descanso las viejas teorías del reformismo que llevan al proletariado a la colaboración de clases, a entregar atado de pies y manos al proletariado a la burguesía y al imperialismo. Nos obliga a poner al desnudo ante las masas trabajadoras a los ideólogos del «capitalismo popular», que consiste en regalar unas cuantas acciones a un puñado de empleados y hasta obreros, lo que no modifica para nada el régimen de explotación; a denunciar a los «conformistas», para quienes la sociedad de consumo es un «non plus ultra» en el proceso revolucionario; a los Marcusse que nos quieren convencer del fin de la lucha de clases...

Y a otros revisionistas y oportunistas de los que nos vamos a ocupar a renglón

seguido.

El oportunismo del grupo dirigente del PCE está inspirado en el revisionismo del filósofo francés Roger Garaudy, que otrora fuera dirigente del Partido Comunista francés. Por tanto, carece de originalidad y se limita a aplicar creadoramente el oportunismo de todos los tiempos.

Garaudy se considera un genio del «marxismo creador» frente al marxismo «fossilizado», «esclerótico» o «anticuado» que siguen, según él, los Partidos Comunistas en general, y el de la Unión Soviética en particular.

Garaudy padece un terrible deslumbramiento producido por la revolución científico-técnica, por la era de la desintegración del átomo, por la cibernética y sus computadoras; lo han cegado los «milagros» operados en Alemania occidental, Francia, Italia, los Estados Unidos, Japón y otros países industrializados. Tanto lo han cegado estos espectaculares logros en la producción capitalista, que el «genial» revisionista prevé que el capitalismo en su marcha «ascendente» llegará a fusionarse con el socialismo... Hay que prever, por consiguiente, que la lucha de clases, motor de la revolución y de la historia, se disolverá como por arte de magia, y por consiguiente también desaparecerá el proletariado revolucionario. Por tanto, ¿para qué torturarse y perder tiempo con la teoría y la práctica de la revolución proletaria? ¿Para qué hacen falta los partidos comunistas, portadores de esa teoría, vanguardia organizada de la clase obrera? ¿Para qué hablar ya de la dictadura del proletariado, que tanto asusta a los burgueses con los que se ha conciliado Garaudy?

Garaudy ha perdido la confianza en los destinos históricos de la clase obrera y busca conciliarse con las clases dominantes. Pero para lograr la reconciliación después del arrepentimiento tiene que hacer méritos y hablar de todas formas de «socialismo», del que sí admite y fomenta la propia burguesía. Consecuente con esto nos presenta la teoría de los nuevos «modelos de socialismo». Veamos lo que escribe en *L'Alternative*: «...en un país como Francia la democracia socialista puede ser *no la negación de la democracia burguesa* (el subrayado es nuestro, J. A.), sino el ensanchamiento de sus límites». ¡Con qué facilidad llega Garaudy al «socialismo», es decir, a la continuidad del régimen burgués vestido de socialista! ¿No es curioso que Santiago Carrillo llegue a las mismas conclusiones cuando habla del papel «histórico» de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura?

Los «nuevos modelos de socialismo» marchan por el mismo camino que siguieron los revisionistas del marxismo —especialmente Bernstein y Kaustky— el pasado siglo y principios de éste, y que terminaron siendo sumisos servidores del régimen capitalista. Y si no que se lo pregunten a los trabajadores de Asturias y de toda España, que mientras combatían a sangre y fuego al fascismo en la guerra nacional liberadora, el Gobierno del «socialista» León Blum nos negaba el pan y la sal y ayudaba al estrangulamiento de la resistencia republicana, en compañía del laborismo inglés, creando el comité de no intervención. Mientras que un Gobierno verdaderamente socialista, el de la URSS, nos suministraba cuanto podía venciendo ingentes dificultades. He ahí la diferencia entre los distintos «modelos socialistas».

No hay nuevos «modelos de socialismo». Esencialmente no hay más que uno: el socialismo científico. Esto concuerda plenamente con la concepción materialista de

la historia. Cualquier otra filosofía sobre el socialismo caería por completo fuera de la dialéctica materialista y se hundiría en el idealismo. La ciencia y el desarrollo histórico así lo prueban. Es absolutamente acertado afirmar que siempre hay que tener en cuenta las peculiaridades en todos los órdenes que se dan en cada país. Por eso Lenin dijo:

«Todas las naciones llegarán al socialismo. Eso es inevitable. Pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social».

Esa misma influencia nefasta que hizo caer a Garaudy en el revisionismo en la época de los «milagros» de los grandes monopolios; es la que se ha manifestado inconfundiblemente en la línea política y en su consecuente aplicación del grupo dirigente del PCE. Los derroteros seguidos por la política de reconciliación nacional lo demuestran palmariamente. Política que bien dirigida contra la política de guerra civil del franquismo podría haber dado felices resultados. Pero en el fondo —lo que naturalmente no se dijo a los militantes del Partido— esa política buscaba la reconciliación de clases... Y así podemos observar en todos los informes posteriores del secretario general llamamientos, a veces angustiosos, a la oligarquía financiera, a la alta burguesía moderna (¿a cuál?), a la gran prensa empresarial, para que vinieran a firmar con nosotros un sedicente pacto para la libertad que jamás contó con la simpatía de los trabajadores.

Y como es natural, a este desplazamiento hacia la derecha tenía que corresponder un alejamiento de las posiciones revolucionarias, que se manifestaron principalmente en un enfrentamiento con el Partido Comunista de la Unión Soviética y un acercamiento a toda clase de revisionistas. Es muy comprensible que en *Nuestra Bandera*, órgano teórico del Comité Central del Partido, aparecieran artículos de Garaudy en los que se hablaba del «bloque histórico». Lógicamente era de esperar que se reconociera otro «modelo de socialismo», el de la revolución cultural china, caracterizada por su desbocado antisovietismo y que se identifica en estos meses por su apoyo a la junta fascista de Chile y su desprecio inaudito a los partidos obreros y democráticos representados en el Gobierno de Unidad Popular que presidió nuestro inolvidable Salvador Allende. ¡Qué tendrá que ver esa actitud con el internacionalismo proletario!

La ideología de Garaudy influye de tal manera en sus homólogos españoles que, cegados por el espejismo de los «milagros» y del MCE, no ven y no entienden que el desarrollo del proceso revolucionario mundial antiimperialista es lo que cuenta, es lo que avanza arrolladoramente y que su adalid es, a los ojos de todos los proletarios del mundo, la Unión Soviética.

Tan obcecados están nuestros dirigentes que dedican todo un Congreso —el VIII— a tratar fundamentalmente el modo en que España puede ingresar en uno de esos «milagros»: el Mercado Común Europeo. Y a pesar de ser un Congreso rigurosamente amañado —a la organización del Partido en México y a las del interior ni se les comunicó que se iba a celebrar—, fueron tantas las protestas por esa actitud hacia el MCE que el secretario general tuvo que dedicar el resumen a reprender a todo el mundo al mismo tiempo que defendía la entrada de España en el MCE. ¿Cómo es posible que el partido de la clase obrera dedique un congreso a

tratar lo que conviene a la clase dominante, es decir, a la asociación del capitalismo monopolista de estado español con los monopolios del MCE, entre los que predominan las compañías multinacionales yanquis? ¿Qué tiene eso que ver con los intereses de la clase obrera, de los trabajadores españoles?

¿Por qué se oculta que, a pesar del «boom» en la producción derivada de la revolución científico-técnica, la crisis general del capitalismo sigue su proceso ineluctable y que la CEE no escapa a esta crisis, sino que está en su misma vorágine? ¿Cómo se puede ocultar que la CEE se debate en graves contradicciones y que no ha podido alcanzar hasta hoy ni la unidad monetaria, ni la económica, ni la política, teniendo que conformarse únicamente con la aduanal?

Olvidan que la revolución científico-técnica y el coyuntural incremento de la producción capitalista en los países industrializados no engendran cambios *sustanciales* en el sistema y se produce, repetimos, *dentro* del proceso de crisis general del mismo. Olvidar esto es dar por inexistentes la ley objetiva del desarrollo socioeconómico desigual del capitalismo, así como todas las demás leyes objetivas que lo caracterizan. Y esto lleva a menospreciar las leyes objetivas generales que presiden el desarrollo de la sociedad socialista. Así es como se pierde la cabeza para dar de bruces en el oportunismo.

Por otra parte, ¿por qué no se pone de manifiesto, por el contrario, que crecen y se desarrollan impetuosamente en todos los aspectos de la actividad humana los países socialistas, consiguiendo que las maravillas de la revolución científico-técnica beneficien a los trabajadores y a todo el pueblo y no sólo a un grupo de poderosos monopolios como en los países capitalistas? ¿Por qué no se explica hasta la saciedad que en los países socialistas, unidos los más en el CAME (Consejo Económico de Ayuda Mutua), no hay la menor sombra de crisis económica, ni inflación, ni recesión, ni depresión, y sí una estabilidad que se deriva de las leyes objetivas de la sociedad socialista y de su riguroso cumplimiento, que ofrece una perspectiva de ininterrumpido progreso?

¿Es que no está claro que los «milagros» de los países industrializados han pasado en el capitalismo a mejor vida? Que se lo pregunten si no a la clase obrera, a los campesinos, a los técnicos asalariados, a los estudiantes, al conjunto de la juventud sin esperanzas de progresar en las actuales condiciones, a las masas populares, en fin, que sufren los efectos dolorosos del paro forzoso, de la baja constante del poder adquisitivo de sus salarios, de la represión de su lucha en ascenso... Las clases dominantes sólo pueden ofrecer un porvenir de miseria, de catástrofe, de una nueva guerra mundial que, pese a las grandes realizaciones logradas por la política de coexistencia pacífica de la URSS y de otros países socialistas, siguen fomentando los más calificados imperialistas con la complicidad objetiva de los dirigentes maoístas, que proclaman con sospechosa reiteración que la guerra es inevitable, justificando a la OTAN y al dispositivo atómico norteamericano en Europa, y por tanto en España.

Apoyamos con todas nuestras fuerzas la política de coexistencia pacífica. Y somos partidarios de que España comercie con todos los países capitalistas, y en primer lugar con los de la CEE; pero consideramos que lo conveniente, lo fundamental, lo nacional, lo que ofrece un seguro futuro, es que se estrechen cada día más las relaciones económicas y de todo orden con los países socialistas. Ese es, al menos, el interés supremo de los trabajadores españoles y de todas las fuerzas

auténticamente patrióticas.

No se pierda de vista, por otra parte, que la CEE es la despena de la OTAN, el bloque agresivo al que surte, con Estados Unidos, de armas, ejércitos, bases militares y alimentos.

El que España esté en el extremo suroccidental de Europa no puede significar para un marxista que la clase obrera debe mirar sólo al occidente de nuestro continente. Eso es pura geopolítica, fatalismo geográfico que nada tiene que ver con el leninismo. Lo que importa es el enfoque de clase, y éste conduce a los trabajadores a solidarizarse con la Europa socialista, que es la avanzada del movimiento comunista y obrero de toda Europa y del mundo. Si Fidel Castro hubiera escuchado los cantos de sirena de los reformistas cubanos, que consideraban imposible hacer nada en Cuba contra el imperialismo yanqui —era el fatalismo geográfico—, no existiría hoy el socialismo en Cuba.

Es indudable que estos oportunistas «a lo Garaudy» han sobreestimado al capitalismo en esta época, incluido su despegue en la misma España, y casi lo han idealizado. Y lo que es más grave: han menospreciado el ascenso firme, constante, armónico, sin posibilidad de retroceso, de los países socialistas.

De la revolución científico-técnica Garaudy ha sacado esta conclusión: a nuevos tiempos, nuevas costumbres. Es decir, comoquiera que ahora el número de técnicos en la producción ha aumentado considerablemente, es necesario establecer nuevas alianzas. Y de ahí nace el «bloque histórico», cuyas fuerzas principales son el proletariado y los intelectuales (técnicos), siendo éstos en el fondo los que van a dirigir el desarrollo de la sociedad... Garaudy sustituye a la alianza obrera y campesina leninista, factor decisivo en la gran revolución de octubre y que sigue teniendo validez, según los acertados acuerdos de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969.

Al «bloque histórico» corresponde en el fondo, libre de hojarasca, la versión de los oportunistas españoles de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura. Como se ve, ni la significativa palabra «proletario» u «obrero» aparece para nada en ambas fórmulas.

Tiene poco de revolucionario adoptar una actitud contra la alianza de los trabajadores con los intelectuales, particularmente con los técnicos que trabajan directamente en la producción. Al fin y al cabo esos técnicos viven explotados como los obreros —salvo la élite de confianza—, con unos salarios más o menos altos o bajos en el modo de producción capitalista. Pero con lo que no estamos de acuerdo es que se quiere sustituir con ese conglomerado la alianza de los obreros, principal fuerza motriz de la revolución, y extensas capas de la pequeña y media burguesía. Esto sin quitarle, repetimos, toda la importancia que tiene la acción unida de estas fuerzas con intelectuales y estudiantes.

A este respecto queremos recordar que cuando en la organización del Partido en México defendíamos los acuerdos de la Conferencia Internacional de los PP Comunistas y obreros, entre ellos el de la vigencia de la alianza obrera y campesina, un miembro del Partido, filósofo, especialista en marxismo, nos decía: «A vosotros se os paró el reloj». Y cuando defendíamos los triunfos del socialismo en la URSS y en otros países repetía la misma frase para afirmar que en la URSS «no existe el socialismo», sino «una sociedad poscapitalista», tesis, como se verá,

muy parecida, en el fondo igual, a la de Garaudy. Para este seudofilósofo lo predominante en la URSS era «la deformación burocrática», lo que también concuerda con el filósofo francés. En una palabra: si no somos marxistas «creadores» y saludamos el revisionismo, entonces somos una antiguala, un reloj desde hace tiempo parado.

Lo más grave de todo esto es que, en el fondo y aunque no se diga, no se quiere reconocer el papel dirigente de la clase obrera en la lucha revolucionaria, y por tanto, que a escala internacional se desconozca que los países socialistas y el movimiento comunista son los factores decisivos en la lucha antiimperialista.

Y es más grave aún que a ese amasijo de clases y capas sociales se le asigne la tarea —informe de S. C. en el VI Congreso del Partido—, «a través de un período de transición prolongado», de dotar a España de modernos medios de producción; de pasar de la democracia antimonopolista al establecimiento del socialismo, y de hacer algo que en otros países ha realizado la dictadura del proletariado. El caso es decir algo que no asuste a la burguesía, pero que al mismo tiempo pueda pasar de contrabando en el movimiento obrero. En el fondo eso significa la renuncia a la dictadura del proletariado. La cuestión cardinal de la dictadura del proletariado no puede tener más que el valor que le daba, en la teoría y en la práctica, el camarada Lenin. He aquí lo que éste decía en su famoso libro *El Estado y la Revolución*:

«...marxista es sólo el que hace extender el reconocimiento de lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o grande) burgués adocenado».

Ni que decir tiene que ningún «bloque histórico», llámese como se llame, conduce a la dictadura del proletariado; conduce, por el contrario, a la prolongación de la dictadura de la burguesía.

Podrán asustarse las clases dominantes cuando se les hable de dictadura del proletariado. Pero no la clase obrera, no los trabajadores en general. Saben que gracias a la dictadura del proletariado se consolidó y extendió la nueva era del socialismo, ya invencible. Saben que la dictadura del proletariado conduce al establecimiento de la verdadera democracia, en la que participa activamente todo el pueblo, en la que el grandioso objetivo de que los frutos del trabajador creador los disfrute toda la sociedad socialista se alcanza plenamente al ser extirpada de raíz la explotación capitalista, cuyo gran objetivo es obtener siempre los máximos beneficios para goce del puñado de familias que componen las clases dirigentes. Saben que el socialismo es hoy la máxima garantía para evitar una nueva hecatombe mundial. Y saben, en fin, que las guerras terminarán para siempre cuando el socialismo haya derrotado en todo el mundo al imperialismo. La paz y la abundancia conducirán al comunismo, etapa superior en la civilización humana.

En resumen, podríamos decir que las coincidencias de Garaudy y del grupo carrillista son esenciales: la condenación de ambos a la acción internacionalista realizada en Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia, con la sola excepción de Rumania; su inclinación a contemporizar con la propia burguesía; sus calumnias cuando hablan de las deformaciones burocráticas en la URSS; su tergiversación de la aplicación por parte soviética del principio de coexistencia pacífica; su ya inveterado antisovietismo. Su concepción de que la Iglesia ha cambiado: Garaudy dice que el Partido no puede ser «ni idealista ni materialista; ni

religioso ni ateo». S. Carrillo sentenció: «el socialismo español marchará con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra». Sí, creemos y apreciamos en todo lo que vale la democratización de sectores religiosos cada día más importantes. Sean bienvenidos —ya lo hemos dicho— a la lucha común contra la tiranía fascista. En el combate nos conoceremos mejor. Respetamos y respetaremos siempre sus creencias religiosas. Nunca ocultaremos que en orden a las ideologías, las suyas y las nuestras son opuestas. Y muchos de ellos marcharán, sí, al socialismo con nosotros cuando se convenzan, como el gran colombiano Camilo Torres, que la verdad, también en el orden filosófico, está con Marx y con Lenin, con el partido de la clase obrera.

Finalmente, ambos acaparan la atención de la prensa burguesa, que los alienta a que continúen su actitud «valiente» con su política de «independencia» contra la URSS y el movimiento comunista internacional. Los obreros son internacionalistas y no conocen más independencia radical que la natural frente a las clases explotadoras.

Pero frente a esas posiciones oportunistas, en las que el subjetivismo desempeña un papel preponderante, está la verdad histórica, la verdad objetiva: el grandioso movimiento de huelgas y mil formas de protesta en todos los países industrializados, en los más y menos desarrollados. Y un ejemplo descollante lo dan la clase obrera y los trabajadores españoles, que haciendo caso omiso de las leyes franquistas y desafiándolas declaran huelgas que se extienden cada día más, superando constantemente su contenido político. Luchas que ponen de manifiesto de manera definitiva que la clase revolucionaria dirigente en el combate contra el franquismo y por la democracia son los obreros. Y ese papel de vanguardia no cae del cielo: es la conquista en el fuego de los combates diarios. Negar esta verdad es negar la vida, es negar la revolución. Como se ve, la revolución científico-técnica no ha suprimido ni ha debilitado la lucha de clases. Esa es la lección cardinal que da la lucha actual del proletariado.

La conclusión es sencilla: hoy, como ayer, no es posible luchar victoriosamente contra la reacción capitalista sin hacerlo simultáneamente contra el oportunismo de «derecha» y de «izquierda», que niegan el materialismo dialéctico e histórico, el marxismoleninismo, el internacionalismo proletario.

En el documento fundamental de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en 1969, se afirma:

«En las ciudadelas del capitalismo, la clase obrera, como lo han confirmado los acontecimientos de estos últimos tiempos, es la principal fuerza motriz de la lucha revolucionaria de todo el movimiento democrático y antiimperialista».

Ahora bien, no basta hablar de lucha en general. Esta debe ser organizada, unida.

«Los obreros separados no son nada. Los obreros unidos lo son todo», decía acertadamente Lenin.

A lo largo de estos apuntes hemos enfocado reiteradamente el problema de la unidad de la clase obrera, así como el de su alianza con otras fuerzas políticas en la época de nuestra guerra.

En los momentos actuales se plantea con mucha más agudeza y perentoriedad la

cuestión de la unidad de la clase obrera española.

En primerísimo lugar colocamos la necesidad básica de la unificación de todos los comunistas españoles, piedra angular de la lucha unida de la clase obrera y de todos los demócratas y patriotas españoles.

La unidad ideológica y política del Partido Comunista de España se quebró gravemente a raíz de los acontecimientos en Checoslovaquia. Fue, como se sabe, en agosto de 1968, cuando fuerzas del Pacto de Varsovia, agotados los recursos, decidieron la acción internacionalista que salvó el socialismo en Checoslovaquia. Si en algunos cabía la duda entonces y utilizaron las armas de la crítica marxista, no estaban, desde luego, haciendo dejación de principios.

Pero lo que fue crítica admisible, creyéndola, sin embargo, equivocada, a la entrada de los ejércitos socialistas en Checoslovaquia, pronto se convirtió en crítica sistemática y contumaz a toda la política interior y exterior de la Unión Soviética. La crítica dejó de ser marxista para dejar paso a la calumnia, coincidiendo en aspectos fundamentales con la misma actitud conscientemente embustera de los ideólogos del imperialismo. Esto puso al desnudo que lo de Checoslovaquia no era el comienzo de una discrepancia, sino la explosión de un distanciamiento ideológico y político del Partido Comunista de la URSS que se venía incubando desde hacía tiempo en la dirección del PCE. Esta cayó en el oportunismo. Y se produjo lo inevitable: la división ideológica y política, seguida de la orgánica. Así se inicia una etapa nunca antes conocida desde el IV Congreso de Sevilla de 1932. La unidad del Partido dio frutos tan notables como el de la resistencia republicana durante cerca de tres años. Bajo la dirección de José Díaz no se conocieron fisuras ni en la unidad, ni en la disciplina, ni en la combatividad de los comunistas.

La experiencia del movimiento comunista internacional demuestra que el enfrentamiento no crítico, sino calumnioso, ideológico y político con el Partido Comunista de la URSS es signo evidente de que un Partido, organización o grupo de dirigentes ha caído en el oportunismo. Ese es el caso del PCE, concretamente de su dirección actual.

Hoy está claro para cualquier militante informado que la actitud antisoviética del grupo dirigente del Partido en los acontecimientos de Checoslovaquia no fue, como decimos más arriba, más que la manifestación del oportunista que ya se había introducido en nuestro Partido. Y ahora nos damos perfecta cuenta que la novísima política de «reconciliación nacional», iniciada por nuestro Partido en 1956, llevaba ya en sus entrañas los gérmenes del oportunismo.

Hoy ya no es costumbre, como dijera un miembro del Comité Central del Partido destacado en México, informar sobre los congresos o los acontecimientos de la URSS y de otros países socialistas...

Y no es tampoco costumbre hablar de nuestra guerra de liberación. Hay que olvidarla. ¿Cuándo recuerdan los militantes actuales del Partido que se haya conmemorado la gloriosa defensa de Madrid en estos años? ¿Dónde quedan la gloria, las experiencias históricas, las hazañas portentosas de la resistencia republicana? De eso no se puede hablar, pues podría ofenderse la oligarquía con la que queremos la unión ¡o la sumisión!

¿Cómo es posible que mientras se inculca el fascismo en las escuelas a generaciones enteras; se editan decenas y decenas de libros y se publican folletos,

y en el cine, la radio y la televisión se elevan loas al fascismo, nosotros calleemos la verdad de nuestro pueblo, de nuestra patria, de nuestra nación?

¿Cómo es posible callar y aun deformar la verdad histórica que es fuente permanente de inspiración y de lucha para todo nuestro pueblo?

¿Cómo es posible que se haya llegado a tal grado de degeneración política considerando que nuestra guerra no fue una guerra popular y revolucionaria, una guerra de liberación nacional, sino una guerra entre españoles, entre medio pueblo contra otro medio pueblo? Todo esto no es producto de ninguna imaginación calenturienta: así hablan ya los dirigentes del Partido. Negar y tergiversar el carácter de nuestra lucha liberadora es confundir a las masas populares, engañarlas, desarmarlas políticamente.

Las grandes tradiciones revolucionarias son luz orientadora para la acción de la clase obrera de hoy y de mañana. Son un tesoro inestimable del que nos nutrimos ideológica y políticamente cada día.

Nunca quisimos la guerra, pero nos la impusieron. No queremos la guerra civil; pero ello no se logra renegando de nuestras grandes batallas históricas, sino aprendiendo de ellas, inspirándonos en ellas. Que nos dan no sólo luz, sino valor y fuerza.

Si el carrillismo busca una solución «democrática», entregando maniatada a nuestra clase obrera a la oligarquía o alta burguesía, allá él y sus seguidores oportunistas. Su derrota es inevitable. Ya siente que la tierra tiembla bajo sus pies. Los militantes del Partido, depositarios de su pasado glorioso, firmes en los principios marxistas-leninistas, barrerán antes o después a los oportunistas de toda laya, a los antisoviéticos y, por ende, anticomunistas.

El camino leninista es el de los principios, no el de la claudicación ante las clases dominantes.

En conclusión: los oportunistas reniegan de la más grande de nuestras tradiciones revolucionarias, de la epopeya libertadora de casi tres años de duración. Nosotros, los comunistas, con la clase obrera y el pueblo la reivindicamos, somos sus naturales herederos y continuadores. Y sólo con el espíritu combativo que la animó podremos, a pesar de los capituladores, acabar de recorrer el camino que conduce inevitablemente al derrocamiento del franquismo, sin rey o con él, con uno o con otro rey, reconquistar la democracia y avanzar firmemente hacia el socialismo.

Prosigamos. La dispersión de los comunistas es un hecho doloroso. Y la situación concreta es ésta: sigue conservando la mayoría de las fuerzas comunistas el partido oficial que ha entrado en una etapa visiblemente decadente y que se sostiene cada día más por su aparato burocrático, la ayuda de los medios de difusión burgueses y la económica de algún partido en el poder. Cada vez aparece con más claridad que lo que quiere el carrillismo es un partido politiquero, entreguista, que le permita ocupar un puesto de «oposición» dentro del régimen de Su Majestad... Por otra parte se crea otro partido, el del VIII Congreso, que poco más tarde se parte a su vez en dos. Dentro y fuera del país existe un partido más: el de los centenares y miles de camaradas que se quedaron al margen, a los que hay que unir los muchos que siguen en el partido oficial, aun cuando discrepen de su

línea política. Tanto los marginados como estos últimos forman el partido invisible con cuya fuerza hay que contar.

Aun los más optimistas tienen que aceptar esa realidad: existe un proceso de dispersión en las filas comunistas. Nosotros consideramos que lo mismo que en los años veinte no nos podíamos permitir el lujo de que existieran dos partidos, lo que se resolvió fundiéndolos en uno solo, hoy menos que entonces podemos permanecer impasibles ante la dispersión, confusión y desorganización evidente que padecemos en el movimiento comunista español. Por ello oponemos al proceso de división y dispersión la necesidad de acelerar el proceso de unificación de los comunistas, que debe desembocar en un gran congreso de unificación en el que queden restablecidos los principios leninistas, el internacionalismo proletario, la táctica y la estrategia comunista, los métodos de organización, el centralismo democrático de un auténtico partido de la clase obrera española.

No nos cabe la más mínima duda de que el principio vital del internacionalismo proletario es inconcebible si no se reconoce el papel decisivo de la Unión Soviética en el proceso revolucionario antiimperialista mundial.

Los hechos que avalan nuestro aserto están a la vista: Vietnam, Cuba, Chile, los países árabes, Bangladesh, las colonias portuguesas, son testigos excepcionales de la política de principios internacionalista de la URSS. Su política de distensión y de paz ha asestado golpes mortales a la «guerra fría». El arma favorita de los imperialistas, la guerra termonuclear, no la han podido desatar por esa política de paz, resguardada por la potencia económica y militar de la URSS y de los demás países socialistas.

Y si los acontecimientos de Checoslovaquia constituyeron la gran base para precipitar una política antisoviética, hoy esa base no existe en absoluto. El partido checoslovaco se ha restablecido, y con él los sindicatos, la juventud, los estudiantes, los escritores e intelectuales, pese a que aún haya que vencer algunas resistencias; los índices de producción industriales y agrícolas continúan creciendo, cumpliendo y sobrepasando los planes quinquenales; aumenta el bienestar del pueblo; los checos y eslovacos ejercen sus derechos democráticos, como quedó palmariamente probado en las elecciones generales de hace dos años; en el orden internacional ha aumentado el prestigio y la autoridad del Gobierno socialista checo al conseguir que la República Federal Alemana considerase nulos los acuerdos de Munich y se restableciera, acto seguido, las relaciones diplomáticas entre ambos países. La República socialista de Checoslovaquia vuelve a ser hoy un eslabón fundamental en la cadena de los países socialistas.

Y si el tiempo y los hechos han demostrado que en lo de Checoslovaquia la Unión Soviética y los países del Pacto de Varsovia tenían razón, hay que pensar que millares de camaradas estarán de acuerdo en que el congreso de unificación o reunificación de los comunistas españoles es vital, urgente, inaplazable, para darle al pueblo español, a la clase obrera española, el partido dirigente que apremiantemente reclama la situación actual.

Eso facilitará la unidad de acción política con otros partidos obreros; un extraordinario impulso a las Comisiones Obreras y a la UGT y a la lucha por una central sindical independiente.

Eso será un factor estimulante en alto grado para que se forje la unidad en la base,

que fue y sigue siendo una cuestión capital. La unidad obrera en cada fábrica, en cada mina y en cada lugar de trabajo no contradice, sino que facilita la unidad de acción entre partidos obreros por arriba, entre diferentes organizaciones sindicales, y propicia la alianza con los campesinos.

La unidad obrera en la base será también motor y garantía política para alianzas o coaliciones de mucha mayor amplitud. Impediría que la clase obrera juegue el papel de comparsa en esas coaliciones que se organicen, sedicentemente, para derrocar a la dictadura franquista. Garantizaría que el papel de la clase obrera sea efectivamente dirigente y que el Partido, su destacamento de vanguardia, mantenga, por encima de todo, su independencia política. Una coalición o frente o bloque —el nombre no hace al caso— de carácter nacional, democrático, popular, antifranquista, antimonopolista y antiimperialista es absolutamente necesaria para restablecer la democracia en España y poner rumbo al socialismo. Lo que no puede ocurrir —como en el caso del Pacto de San Sebastián— es que la clase obrera no regatee ni esfuerzo ni sangre para que después sea entregada a la burguesía atada de pies y manos.

Afortunadamente, cuando acabamos de escribir sobre el oportunismo de la dirección del Partido Comunista oficial, nos llega el texto completo del artículo aparecido en *Vida del Partido*, órgano del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, correspondiente a la segunda quincena de febrero de 1974.

Muy grande es nuestra satisfacción al comprobar que los planteamientos ideológicos y políticos del PCUS coinciden fundamentalmente con nuestras apreciaciones.

El artículo de referencia es una acertada, profunda y convincente crítica de las posiciones oportunistas y antisoviéticas de la dirección carrillista.

Sobre la tergiversación de la política exterior soviética se dice en el artículo:

«M. Azcárate —en el VIII Congreso del PCE (oficial) a quien contesta *Vida del Partido*— contrapone de hecho los intereses estatales de los países socialistas a los intereses del movimiento revolucionario y de los partidos hermanos. Es evidente que tal planteamiento está en radical contradicción tanto con los principios del socialismo como con la práctica existente en la lucha revolucionaria».

En cuanto a la absurda acusación de que la política de coexistencia pacífica de la URSS significa mantener el *statu quo* en los países capitalistas, el artículo dice:

«Esta política no significa ni el mantenimiento del *statu quo* social y político, ni el debilitamiento de la lucha ideológica. Por el contrario, contribuye a la lucha de clases contra el imperialismo en la escala nacional y mundial». Todos los acontecimientos de estos últimos años confirman plenamente este aserto: en Europa y en todo el mundo. Por algo los imperialistas se insisten en desacreditar la política de distensión.

De acuerdo con los consejos de personajes de la oligarquía española, S. Carrillo se ha empeñado en una política occidental europeísta, dividiendo al movimiento comunista europeo en dos: uno el de los países occidentales; otro el de los países socialistas. La revista dice: «Pero su “alternativa” despide un notorio tufillo nacionalista. A Azcárate le gustaría ver una Europa “democrática y socialista”, pero

desvinculada en absoluto de la actual comunidad de países socialistas». ¿Dónde queda, preguntamos nosotros, el internacionalismo?

Respondiendo a los ataques al régimen soviético:

«Es asimismo imposible guardar silencio ante los ataques de M. Azcárate contra el régimen socialista soviético. Mientras que en la sociedad socialista desarrollada de la URSS florece la democracia soviética y se intensifica la actividad creadora de las masas trabajadoras en todas las esferas de la vida social, M. Azcárate, siguiendo el camino de los enemigos declarados del régimen socialista soviético, se permite emitir toda una serie de infundios sobre la ausencia de democracia en la URSS».

Después de criticar la posición oportunista contraria a que se celebre un nuevo encuentro internacional de partidos comunistas y obreros —lo cual nada tiene que ver tampoco con el internacionalismo proletario—, la revista responde a la candente cuestión de las relaciones de la URSS y China:

«...el PCUS tiende de una manera consecuyente y reiterada a la normalización de relaciones entre la URSS y China; que el PCUS ha presentado y sigue presentando propuestas constructivas que la dirección china rechaza una tras otra. De tal modo, descargando sobre la URSS y el PCUS la responsabilidad por el mantenimiento de la tirantez en las relaciones entre la URSS y China, M. Azcárate falsea sencillamente la verdad y lleva el agua al molino de las posiciones antileninistas y antisoviéticas de la dirección china».

Y en relación a la tan traída y llevada «independencia» de los partidos, «independencia» de y contra la URSS, estimulada por notorios reaccionarios españoles muy citados en los informes de S. Carrillo, la revista asienta:

«Los fundadores del marxismo-leninismo, hablando de la independencia de los comunistas, estimaban que se debe hablar, ante todo, de su independencia frente a los enemigos de clase, frente a los oportunistas y revisionistas de toda laya. Dicho en otros términos, para los comunistas la independencia es fundamentalmente su posición de clase, y una verdadera posición de clase no puede dejar de ser auténticamente internacionalista. Precisamente por esto, la autonomía y la independencia de los partidos marxistas leninistas, como siempre lo han considerado los comunistas, comenzando por Marx, Engels y Lenin, se expresa en que al elaborar independientemente su política, orientada a defender los intereses de cada destacamento de la clase obrera, defienden y salvaguardan al mismo tiempo los intereses generales de la lucha de clases del proletariado a escala internacional y desarrollan al máximo la colaboración entre los comunistas de todo el mundo...»

Por otra parte, los oportunistas, al mismo tiempo que lanzan a todos los vientos la sacrosanta consigna de «independencia», no tienen empacho en inmiscuirse en los problemas internos de la URSS. Dice la revista:

«M. Azcárate... llega incluso a inmiscuirse groseramente en los asuntos internos de nuestro Partido y hasta recomienda a quién elegir y a quién no para los órganos de dirección de nuestro Partido».

Basten estas citas para darse cuenta de que la dirección oportunista vulnera todos los principios fundamentales del marxismo-leninismo y de una manera total los del

internacionalismo proletario.

Este documento del PCUS no es para leerlo y archivarlo. Es un documento vivo que tendremos que usar diariamente los comunistas españoles como eficaz arma en la larga lucha contra el oportunismo y el antisovietismo.

Este documento de rico contenido marxista-leninista debiera ser la base ideal para abrir en todo el Partido oficial, empezando por la dirección, una especialísima discusión de crítica y autocrítica, lo que daría nueva vida a todo el Partido y acrecentaría extraordinariamente su actividad revolucionaria de masas. Pero ¿lo harán quiénes han renunciado desde hace tiempo a la crítica leninista y más aún a la autocrítica? Francamente no tenemos confianza alguna de que llegue a suceder.

Sobre el carácter de la revolución en España quisiera agregar algunas palabras. Quiero referirme a su naturaleza radicalmente antiimperialista. Y lo hago porque considero que ese aspecto vital de la lucha no está situado en el primer plano de las preocupaciones de la mayor parte de las organizaciones democráticas y revolucionarias, ni tampoco en la acción del Partido Comunista oficial.

Sería un gravísimo error que a la lucha antifranquista no se una indisolublemente la lucha contra la penetración imperialista en España, primordialmente la del imperialismo yanqui.

Resulta más que sabido que las empresas multinacionales yanquis se extienden por España como una mancha de aceite. Y sin cortapisas: pueden invertir hasta el ciento por ciento del capital necesario para la instalación y explotación de una industria, de una mina, de múltiples servicios. Si a eso unimos los capitales invertidos por grandes compañías de la República Federal Alemana, de Francia, de Suiza, de Italia, de Inglaterra y de otros países, no podemos llegar más que a esta conclusión: España ha sido vendida, neocolonizada, con todos los peligros que esto encierra para la libertad y la soberanía nacional de un país. Por otra parte, la CIA —asesora de la brigada social— se mete por todos los entresijos de la vida nacional.

Pero es aún más grave la instalación de bases militares yanquis en España. Sobre «U. S. Military Installations in Spain» se escribe en los EE.UU. en diarios, revistas y otras publicaciones. Se habla de ellas por radio y televisión. No es para menos. La Comandancia Aérea Estratégica de los EE.UU. tiene bases en Torrejón de Ardoz (Madrid), Zaragoza y Morón (Sevilla), provistas de almacenes atómicos y de plataformas de cohetes nucleares; en Rota (Cádiz) tienen la base para submarinos armados con Polaris. «España —dicen ellos— se ha transformado en el más importantes baluarte militar de los Estados Unidos en Europa, y probablemente en el mundo». El resumen estadístico que hacen —revista *Folio*, de Los Ángeles— es el siguiente:

Tres cuarteles generales, doce campos de aviación, veinte plataformas de lanzacohetes nucleares, siete estaciones detectoras de radar, cinco depósitos subterráneos de bombas de hidrógeno y cuatro bases navales...

El que cayeran por un descuido en tierras de España (Palomares) bombas atómicas o de hidrógeno pudo constituir una verdadera catástrofe. Pero recordemos algo más próximo: la guerra árabe-israelí llamada del Yom Kippur (Día de la Expiación).

Ya es *vox populi* que las bases militares yanquis en España funcionaron eficientemente abasteciendo al sionismo de cuanto necesitaba para proseguir la guerra. Pensar que los yanquis instalados en nuestro territorio nacional no harían lo mismo en el caso de otra u otras guerras, en las que nada tiene que ver el pueblo español, es una peligrosa ingenuidad. Como lo es el pensar que si del suelo de España salen aviones o submarinos cargados con bombas atómicas o de hidrógeno para descargarlas sobre países amigos, éstos no van a responder en legítima defensa. Y eso es lo que hay que impedir, apoyándonos en un elemental derecho de defensa de la soberanía nacional, de salvaguardia de la vida misma de la nación y de millones de españoles. El desmantelamiento de las bases militares yanquis en España no sólo es una cuestión de honor nacional, sino una gran contribución a la distensión y a la paz mundiales.

Y no podemos ocultar que esas bases son una amenaza constante contra la valerosa lucha de nuestro pueblo y un apoyo al régimen franquista.

De ahí que la lucha antiimperialista en España deba figurar rigurosa y preferentemente en todos los programas de lucha de los partidos y organizaciones españolas antifranquistas y aun en los de las coaliciones que se puedan formar para rescatar la democracia en España.

La lucha revolucionaria antiimperialista avanzará y la paz será mantenida si se intensifica la solidaridad de la clase obrera en todo el mundo. Las siguientes palabras de Carlos Marx, pronunciadas en 1872, tienen validez más de un siglo después:

«Recordemos el principio fundamental de la Internacional: la solidaridad. Conseguiremos el gran objetivo que procuramos si logramos arraigar este principio vivificador en todos los obreros de todos los países».

El internacionalismo proletario es hoy una espléndida realidad en la mente, en la política, en todas las actividades vitales de la sociedad soviética, de todos los países socialistas; apartándose de ella sólo algún que otro país que abraza la teoría y la práctica del nacionalismo, acompañada, inevitablemente, de una posición antisoviética que dócilmente lleva el agua al molino del imperialismo.

El internacionalismo proletario en los países capitalistas encuentra su cabal expresión en la creciente lucha que orientan y dirigen los partidos de la clase obrera; acción en la que convergen, cada vez con más frecuencia, movimientos sindicales claramente influidos por diferentes ideologías políticas.

El dirigente leninista sabe que la liberación de la clase obrera y de la humanidad del azote imperialista será tanto más rápida cuanto con más capacidad, celo y dedicación se eduque, en el fuego mismo de la lucha y sobre la base de su propia experiencia, a nuevos millones de trabajadores en el gran principio liberador del internacionalismo proletario.

En sus primeras luchas —aisladas, diseminadas— el obrero actúa por instinto de clase. En el desarrollo, unificación y solidaridad de su acción combativa adquiere gradualmente conciencia de que el enemigo es el capitalismo como clase y su Estado de opresión política. En la superación de este proceso cobra conciencia de su misión histórica y se convierte, digámoslo con las palabras de nuestros clásicos,

de «clase en sí» en «clase para sí». Es ya soldado del gran ejército mundial de los proletarios, internacionalista consciente, lucha contra el oportunismo y ocupa un lugar en el destacamento de vanguardia de la lucha de clases, en el Partido.

España, y muy especialmente Asturias, ocupan un puesto de honor en la práctica internacionalista. Recordemos la solidaridad con el proletariado ruso con motivo de la Gran Revolución de Octubre; con los espartaquistas alemanes; con los negros de Scottsboro; por la libertad de Luís Carlos Prestes; en el combativo movimiento de protesta por la libertad de Dimitrov; con los obreros austriacos que tomaron el camino de la insurrección en febrero de 1934; con el gran dirigente alemán Thaelmann...

Recordemos, por otra parte, la solidaridad que englobó a casi todo el mundo con nuestros presos en 1934 y 1935; la viva simpatía, la ardiente solidaridad con nuestra guerra de liberación nacional, que tuvo su gloriosa expresión en las brigadas internacionales.

Y aún hoy. ¿Quién no recuerda que, a pesar del terror, en diferentes lugares de España se ha manifestado el apoyo de nuestro pueblo a la heroica lucha de Vietnam? Y la actitud solidaria actual del pueblo español con el chileno es también emocionante y significativa, pues allí se acaba de instalar un régimen militar-fascista cuyos rasgos esenciales coinciden con los de la sublevación militar-falangista contra nuestra República democrática.

Y viceversa. ¿No es acaso permanente la solidaridad internacional contra el terror persistente en España, por la libertad para nuestros presos políticos y contra el régimen mismo?

Toda nuestra lucha debe estar impregnada de este principio cardinal del marxismo-leninismo.

Ello exige una explicación paciente, razonada, permanente y dirigida a todos los trabajadores, tanto manuales como intelectuales, y una crítica tenaz e intransigente contra todas las concepciones localistas, estrechas, patrioterías, indignas del papel dirigente, revolucionario y liberador de la clase obrera; contra todos los oportunistas de derecha y de «izquierda», contra el radicalismo pequeño-burgués, tan impreparado como impaciente, que elige el camino del anticomunismo.

No hay conciencia ni acción revolucionaria consecuente donde existe el anticomunismo y el antisovietismo, los que constituyen, como es bien sabido, la base ideológica y política del imperialismo.

Finalmente, para poner de manifiesto el valor de nuestra historia revolucionaria, queremos recordar brevemente el ejemplo de destacados internacionalistas nacidos o forjados en la lucha de Asturias:

Isidoro Acevedo. Nació en Luanco en 1867. Corrector de imprenta. Precursor y alma del socialismo en Asturias. Compañero de Pablo Iglesias en la fundación del PSOE y de la UGT. Uno de los firmantes, con Lázaro García, del manifiesto que dio nacimiento a la Federación Socialista Asturiana. Fundador, con García Quejido y Perezagua, del PCE. Notable periodista. Escribió en *El Socialista*; dirigió *La Voz del Pueblo*, de Santander; *La Lucha de Clases*, de Bilbao, y *La Aurora Social*, de Asturias. Escribió varios libros,

entre los que destaca *Los Topos*. Orador de masas. Aún en la campaña electoral del otoño de 1933 habló vigorosamente en la popular y centenaria Plaza del Fontán, de Oviedo, en la que participaba él como veterano y el autor de estas líneas como debutante.

Gustavo de la Fuente. Vallisoletano arraigado en Asturias. De origen socialista. Fundador del Partido Comunista. Pintor, como su padre, y conocido cartelista del Teatro Campoamor, de Oviedo. Como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios de octubre de 1934 fue encarcelado, y ya libre se trasladó a Madrid. Al final de la guerra revolucionaria de liberación estuvo preso en el Castillo de Alicante, en Eche y finalmente en la escuela convertida en cárcel que llevaba —¡qué sarcasmo!— el nombre de M. Unamuno (Yeserías, Madrid). Ya en libertad murió en 1948 a consecuencia de las sádicas torturas a que le habían sometido.

Jesusa Penaos. Esposa y compañera de Gustavo de la Fuente. Vilmente asesinada en los comienzos de la guerra en el campo de San Francisco (Oviedo), en el llamado Paseo de los Curas —testigo de incontables crímenes—, que corre paralelo a la calle de Santa Susana.

Aída de la Fuente. Destacada militante de la Juventud Comunista, heroína y símbolo de la insurrección obrera y popular de octubre de 1934. Murió defendiendo la posición de San Pedro de los Arcos el 13 de octubre de aquel año. Sus últimos gritos son una arenga constante para la lucha proletaria: «¡Viva el Partido Comunista!» «¡Viva la libertad!» Aún no cumplía los diecisiete años. El asesino fue el teniente del Tercio Dimitri Iván Ivanov, de origen búlgaro. Con ella caerían en el mismo lugar cerca de un centenar de combatientes antifascistas.

En el homenaje que se le rindió en el primer aniversario de su muerte, el gran poeta Federico García Lorca, que más tarde correría su misma suerte, cantó su heroica hazaña en conmovedores versos.

Maruja de la Fuente. Detenida después de octubre del 34. Martirizada en el hospital General. Allí fue desnudada y hubo un simulacro o disposición real de fusilarla. «El pudor, diría más tarde, podía más en mí que la misma muerte». Murió en la URSS.

Daniel de la Fuente. Jefe de las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas) en Oviedo. Murió en el cuartel de Santa Clara el primer día de la sublevación fascista. Otra versión fue que la muerte aconteció más tarde, cuando las columnas gallegas entraron en Oviedo.

Gustavo de la Fuente. Ferroviario (del Ferrocarril del Norte). Actuó como comisario político. Desaparecido, lo que equivale siempre a asesinado. Jamás se supo nada sobre el particular.

Hemos agrupado así a una ejemplar familia de revolucionarios, educada en el humanismo de la filosofía marxista-leninista. Inspirada en el talento, la probidad, la consecuencia revolucionaria y la fidelidad a los principios y a la conducta rectilínea de un padre y camarada, cuya vida debe ser para nuestra juventud una guía luminosa en la lucha por el socialismo.

El leninismo ha dado a Asturias muchas otras familias semejantes: la de los

Castrillo, de Trubia; la de los Bárzana, de Oviedo; las de los Álvarez Rey y García Álvarez, de Turón; la de los Gutiérrez, de Sotrondio; la de los García Roza, de La Felguera, y tantas otras.

De ellas hablo, aunque sucintamente, a continuación.

Ramón García Roza. Otro gran precursor del Partido Comunista en Asturias. Secretario provincial en 1931. Incansable propagandista y organizador. Periodista, de origen obrero. Muerto en la represión que siguió a la caída de Asturias. Nunca se supo exactamente a dónde llevaron su cuerpo.

Fernando Rodríguez. Fundador del Partido en Asturias. Dirigente sindical. Miembro del Comité Provincial. Secretario del Departamento de Guerra en los primeros meses de la sublevación fascista. Más tarde gobernador de Castellón de la Plana. Murió en Moscú.

Gonzalo López. Minero y metalúrgico. Fundador del Partido Comunista en Asturias. Miembro de su Comité Provincial. Representantes del mismo en el Consejo de Asturias y León al frente de la Consejería de Agricultura. Colaborador de Pedro Checa, Secretario de Organización del Comité Central, desde fines de 1937 hasta que acabó la guerra. Murió en México en 1966.

Carlos Vega Carpintero. Secretario general del Comité Provincial del PCE en Asturias cuando estalló la sublevación fascista. Miembro del Comité Provincial Revolucionario en 1934. Asesinado por los franquistas en el comienzo mismo de la guerra.

José María Castro. Obrero. Secretario general de la Juventud Comunista. Miembro del Comité Provincial del PCE. Murió después de ser herido en el cuartel de Santa Clara el primer día de la sublevación franquista.

Juan José Manso. Obrero metalúrgico en la fábrica de cañones de Trubia. Miembro del Comité Central del PCE. Alma de la insurrección en Trubia en octubre de 1934. Primer diputado comunista de Asturias (febrero de 1936). Murió en México en 1972.

Casto García Roza. Metalúrgico en La Felguera. Miembro del Comité Provincial del PCE en Asturias. De la Comisión de Organización del Comité Central después. Secretario general del Comité Regional del Partido cuando fue asesinado en la comisaría de Policía de Gijón en 1946.

Félix Llanos. Maestro. Miembro del Comité Provincial del PCE. Director de *Milicias*, órgano provincial del Partido. De inteligencia y valor poco comunes. Pasó a Francia, participó en la resistencia antinazi y sufrió los rigores del campo nazi de Dachau. Después del triunfo de los aliados regresó a Francia, donde murió.

Aquilino Fernández Rocés. Minero, dirigente sindical. Miembro del Comité Provincial del PCE. Representante de la UGT en el Consejo de Asturias. Detenido a consecuencia de la traición casadista y trasladado a Asturias, donde fue pasado por las armas.

Salustiano G. Sopena. Dirigente campesino de la comarca de Villaviciosa. Miembro del Comité Provincial del Partido durante la guerra. Muerto en cumplimiento de la misión encomendada por el Partido al final de la guerra

en Asturias.

José García «Pin», de Turón. Minero. Secretario de Organización del Comité Provincial del Partido. Miembro del Consejo de Asturias y León en los primeros meses de la guerra. Asesinado por los falangistas.

Félix Bárzana. Maestro, dirigente regional de la FETE y nacional del PCE. Muerto en la Sierra de Guadarrama, Madrid, en los primeros días de la contienda.

Luís Bárzana. Maestro, destacado dirigente político y militar. Miembro del Comité Provincial del PCE. Orgullo del Ejército Popular en Asturias y en Andalucía, como queda descrito a lo largo de los capítulos anteriores. Muerto después de muchos años de cautiverio en las cárceles franquistas.

Jesús Bárzana. Hermano de los dos anteriores. De la dirección de la ATEA. Torturado y asesinado después de la caída de Asturias.

Horacio Argüelles. Extraordinario organizador y dirigente de masas. Líder de los obreros de la construcción (CNT) en Gijón. Emigrado a la URSS después de octubre de 1934. Abandonó las filas del anarquismo y a su regreso a España ingresó en el PCE. Notable organizador del Ejército Popular. Forjó el regimiento «Máximo Gorki», con tres batallones que dirigieron los camaradas Lamas, Balbino y él mismo. Murió en combate en febrero de 1937.

Manuel Álvarez. Pescador de Gijón. Notable jefe militar. Murió en la batalla del Ebro, al mando de la 42 división de infantería, en 1938.

Etelvino Vega. Hermano de Carlos. Estuvo en la dirección nacional del Partido hasta 1932. Uno de los más brillantes jefes militares del Ejército Popular. Mandó el XIII Cuerpo de Ejército. Encarcelado y fusilado después de la traición casadista.

Silvino Morán. De Moreda. Dirigente minero. Comandante de milicias y del ejército. Murió heroicamente con su inseparable esposa después de terminada la guerra en el Norte.

Críspulo Gutiérrez. Minero. De Sotrondio. Destacado dirigente sindical. Jefe militar. Murió después de caer Asturias. No se sabe dónde ni cuándo.

Sócrates Gutiérrez. Hermano del anterior. Minero. Muerto con su esposa en heroica defensa personal después de la caída de Asturias.

Libertad Gutiérrez. Hermana de los anteriores. Detenida y torturada en una de las cárceles de Bilbao, donde encontró la muerte.

Alfredo Coto. Joven maestro de la ATEA. Cayó en la batalla de Cabruñana. Fue el primer maestro caído en combate.

Emilio M. Morán. De Ciaño. Miembro del Partido y destacado dirigente de la juventud. Comandante en el frente leonés. Asesinado después de la guerra en Asturias.

Laureano Argüelles. Maestro de la ATEA. Dirigente del PCE en Asturias. Ejemplar alcalde de Infiesto durante la guerra. Vilmente torturado y asesinado por los fascistas. Su abnegada compañera Oliva corrió la misma suerte.

Pepón de la Campa. Legendario combatiente. Extraordinario jefe militar salido de

las filas del pueblo. Luchó en los montes de Langreo —Los Cuetos— en la guerrilla. Capturado y asesinado.

Mariano Fernández. Médico. De la dirección provincial del PCE. Organizador de la sanidad militar. Asesinado a garrote vil por los falangistas.

Antonio Muñiz. De la dirección del PCE en Gijón. Jefe de las MAOC. Notable preparación política y militar. Murió en la batalla de Tineo.

Julio Castrillo. Secretario del comité del Partido en la fábrica de cañones de Trubia. Vicepresidente del sindicato de la misma. Asesinado en compañía de su padre, del mismo nombre, después de la caída de Asturias.

Alfonso Castrillo. Hermano del anterior. Miembro del PCE y dirigente de la JSU en Trubia. Fue asimismo pasado por las armas.

Abundio Castrillo. Hermano menor de los Castrillo. Hecho prisionero y asesinado en Castropol en los primeros días de la guerra.

Cristino García. De Sama de Langreo. Héroe de la resistencia española y después, en especial, de la francesa. Asesinado en la prisión de Carabanchel en 1946.

Luís Montero. Obrero ferroviario. Capitán de infantería en Asturias. Héroe de la resistencia en Francia. Alma de la resistencia en el campo nazi de exterminio de Mauthausen. Muerto en España después de la segunda guerra mundial.

Joaquín Barrios. Dirigente del Partido en Oviedo. Dependiente de comercio. Detenido por los nazis en Francia y enviado a Dachau. Allí fue asesinado e incinerado.

Guadella. Nacido en Cataluña. Murió en el ataque al cuartel de Simancas, de Gijón. En un acto de verdadero heroísmo, se prestó voluntario para introducir en el cuartel, ocupado por las fuerzas facciosas del coronel Pinilla, un tanque cargado con gasolina, al que le prendieron fuego. Murió en la empresa.

Avelino Mata. Del Comité Local del Partido en Trubia. Presidente del sindicato de la fábrica de cañones. Horriblemente asesinado por los fascistas.

Manuel Fernández «Manolín». Obrero de la fábrica del gas de Oviedo. Empuñó las armas desde el primer momento de la sublevación. Notable organizador de la escuela de clases (cabos y sargentos) de Noreña. Asesinado.

José Ramón Cabezas. Empleado del conocido diario ovetense *El Carbayón*. Excepcional dirigente del Comité de Radio del PCE en Oviedo. Secretario general del Sindicato de Artes Gráficas. Tuvo una destacada actuación en octubre de 1934. Salió hacia Palencia un día antes de la sublevación fascista para atender al famoso cineasta Juan Piqueras, que había caído gravemente enfermo. Ambos fueron asesinados.

José Cossío. De Mieres. Minero, dirigente juvenil y del PCE. Organizador del batallón «Aída de la Fuente». Muerto en la ofensiva sobre Oviedo en 1936.

Manuel Zapico «Rebullu». De Santa de Langreo. Minero. Muerto en combate.

Baldomero Ladreda. Obrero. Comandante de brigada. Destacado combatiente en la clandestinidad, fue descubierto, apresado y muerto a garrote vil en la cárcel de Oviedo.

Silverio Fernández. Obrero de la fábrica de armas de Oviedo. Dirigente local del Partido. Magnífica actuación en octubre de 1934. Comisario del arma de artillería durante la guerra. Murió en su puesto de combate.

Hermanos Ocejo. Obreros también de la fábrica de armas de la Vega, Oviedo. Asesinados.

Enedina Madera. De la JSU de Oviedo. Colaboradora en el Comité Provincial del PCE. Detenida, maltratada y conducida a la cárcel de Las Palmas (Gran Canaria), donde murió.

Daniel Cantero. Dirigente local en Oviedo del Partido. Murió como comisario, así como uno de sus hermanos.

Luís Ruibal. Hermano de Manuel, de la dirección local del Partido en Oviedo, fue asesinado.

Jovino Flórez. Comisario. Asesinado.

Columbiano Machado. Modelo de militante del Partido en la organización de Oviedo. Tanto él como su compañera Oliva. Comportamiento ejemplar en octubre de 1934. Emigración a la URSS, de donde regresaron en la primavera de 1936. Capitán en las milicias, muere heroicamente en la Casa Negra (carretera del Naranco) durante la primera ofensiva sobre Oviedo (octubre de 1936).

Agustín del Campo. Jefe del batallón «Mártires de Carbayón». Participó en la resistencia francesa contra el nazismo. Con su guerrilla vino desde Francia a Asturias —poco antes que Casto G. Roza—, lo cual constituye una auténtica proeza. Descubierta, vendió cara su vida. Murió matando.

Fernando Fernández. Comisario de la décima brigada, que mandaba Manolín Álvarez. Preso y ejecutado.

Roces «El Seta». ¡Cuánto le debemos a «El Seta»! ¡Cuánto le odiaron los enemigos! Fue actor y maestro en toda clase de voladuras...

Enrique Jarero. Maestro de la ATEA. Muerto después de la guerra.

Sabino Menéndez. De Peña Rubia. Popular dirigente minero. Lo conocíamos por «Chapaev», recordando al legendario guerrillero ruso. Fue delegado del Partido en el VII Congreso de la Internacional Comunista. Herido gravemente en los primeros combates. Asesinado, su cadáver apareció en una cuneta en Santa Cruz de Mieres.

Emeterio García. De Avilés. Secretario de la organización de Avilés. Asesinado por los falangistas después de la caída de Asturias.

José Trabanco. Del comité local de Avilés. Notable comandante miliciano. Muerto después de la guerra.

Florentino Fernández. De Lada. Sama. Facultativo de minas. Muerto en las filas del ejército soviético durante la segunda guerra mundial.

José García. De Pola de Lena. Minero. Notable jefe combatiente. Murió después de la guerra.

Virgilio, Rogelio y Agustín Álvarez Rey. De Turón. De la JSU y del Partido Comunista.

Destacados combatientes. Asesinados por el franquismo.

Luís Álvarez Rey. Hermano de los anteriores. Murió en el campo de concentración de Argelés-sur-Mer con otros muchos centenares de republicanos.

Manuel Zapico. De Blimea. Minero. No supe nunca su paradero.

Herminio García Álvarez. Minero de Turón. Hermano de Pin. Destacadísimo cuadro del Partido Comunista y de la JSU. Notable preparación militar. Muerto en el cerco de Oviedo.

José García Argüelles, «Casín». Padre de los dos anteriores. Asesinado en Turón.

Arcadio Monge. De Turón. Dirigente del comité local del Partido. Luchador de cuerpo entero. Asesinado por los falangistas.

Victoriano Colías. De Turón. De la JSU. Murió el primer día combatiendo en las calles de Oviedo.

José Fernández. De Sama. Hijo de Aquilino. De la JSU. Capitán ayudante de Luís Bárzana en Andalucía y del comandante Rodríguez en la zona de Cartagena en los últimos momentos. Apresado y asesinado por los fascistas.

José Martín, «Chinto». Minero. Dirigente sindical. Murió en la primera ofensiva sobre Oviedo (octubre de 1936).

Comandante Rapín. Prototipo del combatiente de la JSU. Murió en el ataque al Pico del Árbol, al norte del Naranco.

De las cuencas mineras cayeron en la guerra o en la lucha guerrillera y clandestina: Daniel Barcalá, Joaquín Zapico, Fermín Solís (PCE), Leoncio Zapico, José Zapico, Cipriano Castaño, José Rodríguez (JSU); todos ellos murieron combatiendo durante la guerra. En la lucha guerrillera y clandestina fueron asesinados: César Rodríguez, Eliseo Argüelles, Tomás Zapico, Aladino García, Constantino Zapico (Boger), todos del PCE; Vicente Rodríguez, Belarmino Fernández, Silvino Iglesias (de la JSU); las compañeras Pilar Terente, Amada Zapico y Josefa Zapico.

La lista podría prolongarse mucho más. Pero bastan esos nombres para que la llama inextinguible de su vida de revolucionarios patriotas e internacionalistas ilumine el camino de las generaciones que ocupan su lugar en el combate contra el capitalismo y el imperialismo.

Marzo de 1974

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

La década del treinta y la sublevación militar fascista
El frente occidental
Constitución del Comité Provincial del Frente Popular.
Histórica reunión en grado
Lo nuevo en la defensa de los altos de Cabruñana
¿Ofensiva sobre Oviedo o contra las columnas que avanzaban desde occidente?
Entrevista con José Antonio Aguirre y Lecube, presidente del gobierno del país vasco
Después del 17 de octubre
La «crisis ministerial» de diciembre de 1936
¡Proletarios de todos los países, uníos!
Ofensiva republicana en febrero de 1937
Trubia
Abril de 1937, ¿otra crisis?
Santander.
El consejo soberano de gobierno
Heroica resistencia
Héroes anónimos la evacuación

SEGUNDA PARTE

Homenaje a los maestros de Asturias
Informe al gobierno de la república. Comentario crítico
¿Por qué se perdió el norte?.
En la zona republicana
Después.
A modo de conclusión. Internacionalismo proletario y oportunismo

Juan Ambóu nació en Lérida el 27 de octubre de 1909. Presidente del sindicato ferroviario de Oviedo y destacado dirigente de la revolución asturiana de 1934, formó parte de la delegación española al VII Congreso de la Internacional Comunista, siendo además miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil (KIM).

Combatiente desde los primeros momentos, dirigió la Consejería de Guerra del Comité del Frente Popular en Asturias, y más tarde se hizo cargo de la de Instrucción Pública del Consejo Interprovincial de Asturias y León; durante la etapa final de la resistencia en el Norte perteneció a la última Comisión Militar de dicho Consejo. Incorporado a la España leal, fue miembro de la comisión político-militar del Comité Central del P.C.E.

Los comunistas en la resistencia nacional republicana reconstruye las incidencias de la guerra en el Norte, analizando políticamente su desarrollo. Este libro, que supera ampliamente la significación de unas simples memorias, aporta numerosos datos inéditos de crucial importancia tanto sobre Asturias como sobre el País Vasco y Santander. Su última parte está dedicada a analizar críticamente la actual línea política del P.C.E.